

CAPÍTULO VI

ASPECTOS CRONOLÓGICOS Y FASIFICACIÓN DE LA NECRÓPOLIS

CAPÍTULO VI

ASPECTOS CRONOLÓGICOS GENERALES Y FASIFICACIÓN DE LA NECRÓPOLIS

1. FASIFICACIÓN DE LA NECRÓPOLIS

En el capítulo 4.2. establecimos como punto de partida la distinción entre dos periodos cronoculturales para la necrópolis que denominamos Bronce Final y Primera Edad del Hierro. Al mismo tiempo dejamos abierta la puerta a la posibilidad de subdividir esos periodos en distintas fases, destacando la importancia de definir una fase de transición.

Los criterios utilizados para establecer una fasificación más detallada de la necrópolis son los mismos que empleamos en su momento para fechar las tumbas. Veamos a continuación y en detalle cada uno de estos aspectos.

1.1. SECUENCIAS ESTRATIGRÁFICAS Y RELACIONES FÍSICAS ENTRE TUMBAS.

Una de las principales características de la necrópolis es la gran densidad de tumbas que existe en algunos sectores (foto 52). Como principal consecuencia encontramos que, en ocasiones, las tumbas y a veces sus propios contenidos se cortan estratigráficamente o simplemente, se apoyan o se cubren entre sí, lo cual ha permitido documentar pequeñas estratigrafías verticales que nos deben servir de ayuda para complementar la horizontal. Estas relaciones físicas entre tumbas se localizan principalmente en el norte y el centro de la necrópolis, es decir, en aquellas áreas que presentan una gran concentración de tumbas (fig. 69). Desgraciadamente, estos sectores coinciden con el sedimento arcilloso de matriz arenosa en el que resultó tan complicado identificar los verdaderos límites de las fosas excavadas, por lo que las relaciones físicas bien documentadas no son muy abundantes.



Foto 52.- Ejemplo de la densidad de tumbas en el centro de la necrópolis.

Las relaciones estratigráficas que se dan entre las tumbas no permiten establecer una dimensión temporal específica más allá de la anterioridad de una tumba respecto a la otra. Es por ello, que sólo demuestran una secuencia de tiempo relativa y no nos sirven como sistema de datación absoluta de las tumbas relacionadas. No obstante, en ocasiones, a partir de otros criterios cronológicos utilizados, principalmente el deducido por los ajuares, sí que resulta factible realizar una aproximación cronológica más acertada de las tumbas relacionadas físicamente. De esta forma, gracias a ellos podemos saber que las relaciones físicas se suceden a lo largo de toda la vida de la necrópolis, ya sea entre tumbas del Bronce Final que son afectadas por otras de la Primera Edad del Hierro como entre tumbas de un mismo periodo, tanto durante el Bronce Final como durante la Primera Edad del Hierro.

Como dijimos arriba, las relaciones físicas documentadas pueden ser de tres tipos. Las tumbas que se cortan estratigráficamente son las más evidentes de todas, ya que la colocación de una nueva tumba implica la destrucción de parte de los vasos o de la propia fosa que los contiene. Este tipo de relación física permite establecer una secuencia temporal fiable e indudable, aunque, en ocasiones, la destrucción del depósito inicial puede ser tan importante que apenas permita su caracterización con la consecuente pérdida de información.

Otro tipo de relación física se produce entre determinadas tumbas que cubren a otras, es decir, que se sitúan en una cota superior respecto a otra tumba ubicada en la misma coordenada topográfica, lo que implica su preexistencia respecto a aquella. Esta característica establece otra indudable secuencia temporal, ya que permite deducir el recrecimiento sedimentológico en algunos sectores como consecuencia de la aportación de lodos

procedentes de la circulación de agua por la superficie de la necrópolis, tal y como ha quedado de manifiesto a partir del análisis palinológico de sedimentos procedentes del interior de los vasos (Burjachs, 2001).

Finalmente, el tercer tipo de relaciones físicas se produce cuando determinados vasos se apoyan directamente en otros que pertenecen a otra tumba diferente. Este tipo de relación no implica una secuencia cronológica tan clara como en los anteriores casos, porque la acción de apoyarse puede ser debida a procesos postdeposicionales que den como resultado la inclinación de los contenidos del interior de las tumbas con la consecuente creación de una relación física sin que exista una lógica cronológica.

A pesar de la claridad con que se presentan algunas de estas relaciones físicas, principalmente cuando afectan al contenido de las tumbas, debemos recordar que el sedimento característico de los sectores norte y central, precisamente allí donde más casos hemos detectado, está compuesto por arcillas de matriz arenosa, lo que impide una clara identificación de más relaciones físicas deducibles a partir de las fosas que contienen los conjuntos funerarios, las cuales también podrían estar sujetas a cualquiera de los diferentes tipos de relaciones físicas arriba descritas. Por esta razón, en ocasiones resulta imposible llegar a confirmar algunas de las relaciones observadas, aunque podamos suponerlas. Por ello, para este estudio sólo utilizaremos aquellas que verdaderamente estén confirmadas tras su análisis completo, dejando de lado, tanto las que son dudosas, como aquellas otras que, a pesar de ser confirmadas tras la excavación de campo, aún no hemos podido realizar la excavación de los vasos.

El porqué de estas relaciones físicas resulta difícil de explicar. En primer lugar, habría que plantearse si son intencionadas o no, lo que probablemente nos permitiría encontrar una explicación razonable. Debemos recordar que, aunque rudimentarios, las tumbas presentan sistemas de señalización, por lo que en principio habría que pensar en que estas relaciones físicas se producen como consecuencia de una voluntad deliberada por parte de la comunidad, lo que puede explicarse como un intento de querer reunir determinados vasos funerarios –y, por lo tanto, difuntos- debido a la pertenencia a un mismo grupo social o, más concretamente, familiar. Esto explicaría no sólo las relaciones físicas, sino otros casos que manifiestan una notable proximidad entre vasos sin llegar a cortarse, cubrirse o apoyarse unos a otros. No creemos, en cambio, en la intencionalidad del destrozo de parte del contenido funerario, lo que se explicaría como una consecuencia no voluntaria del objetivo principal que es reunir dos o varias tumbas por cuestiones de consanguinidad.

Es muy probable que los sistemas de señalización de las propias tumbas cumplieran con su función de forma efectiva lo que evitó un mayor número de relaciones físicas. No obstante, se percibe también la posibilidad de que en ocasiones algunas tumbas se violaran sin intencionalidad ritual alguna. Esto pudo estar motivado por la degradación de los sistemas de señalización debido a diversos factores como el paso del tiempo u a otros más puntuales como la circulación de lodos por la superficie de la necrópolis en momentos de inundación o intensas lluvias que pudieran llegar a hacer desaparecer el rastro de alguno de ellos. Esto se hace bien patente durante la Primera Edad del Hierro, cuando algunas tumbas de gran capacidad contienen entre el material de relleno de las fosas materiales procedentes del Bronce Final, en algunos casos incluso en un buen estado de conservación, que demuestran la anterior existencia en ese mismo lugar de tumbas de este periodo.

En función de las tumbas afectadas podemos dividir las relaciones físicas en sencillas, cuando intervienen sólo dos de ellas, o complejas, cuando se producen entre más de dos tumbas.

A. Las relaciones físicas sencillas.

Dentro del Bronce Final tenemos un total de 34 casos, de los cuales 12 son dudosos¹⁸³. Para la Primera Edad del Hierro son 6 las relaciones físicas documentadas con sólo una dudosa (la tumba CPR-25 corta a la CPR-35). La relación física entre tumbas de la Primera Edad del Hierro y del Bronce Final se da 9 veces con 2 dudosas (las tumbas CPR-1077 y CPR-1007 cortan a la CPR-167 y la CPR-1104, respectivamente). Finalmente, en 15 ocasiones encontramos relaciones físicas donde interviene alguna tumba de cronología indeterminada con otras del Bronce Final o de la Primera Edad del Hierro, de las cuales cuatro son dudosas¹⁸⁴. A continuación, analizaremos más detalladamente las particularidades de estas relaciones físicas y las principales conclusiones de orden cronológico que podemos extraer.

¹⁸³ Las tumbas siguientes podrían cortarse: CPR-353abc a CPR-353d, CPR-491 a CPR-666, CPR-529 a CPR-515, CPR-611 a CPR-610, CPR-675 a CPR-649, CPR-706 a CPR-705, CPR-730 a CPR-728, CPR-787 a CPR-1115, CPR-794 a CPR-819 y CPR-844 a CPR-843. Por último, la tumba CPR-736 parece apoyarse en CPR-743 y la CPR-1117 cubriría a la CPR-785.

¹⁸⁴ Las tumbas CPR-165, CPR-293, CPR-508 y CPR-604 de cronología indeterminada cortan a las tumbas del Bronce Final CPR-175, CPR-287, CPR-509 y CPR-692, respectivamente.

a) Las relaciones físicas sencillas del Bronce Final.

El listado de estructuras, incluido el tipo de vaso cinerario y decoraciones asociadas, que se relacionan físicamente es el siguiente (figs. 70 y 71)¹⁸⁵:

TUMBA BF	TIPO VC	TIPO T	DEC.	RELACIÓN FÍSICA	TUMBA BF	TIPO VC	TIPO T.	DEC.	FIG. ¹⁸⁶	FIG.	FOTO
222	4III-B	1I-B2	S/S	Corta	475	4III-F2	1I-E1	N/N	70.1		
327	3I	1I-B2	N/N	Corta	394	?		?	-		
374	3I-A3	1I-A1	S/S	Corta	386	3I-D1	1I-D1	S/S	70.2		
427	4III-D3	1I-A1	S/S	Corta	429	3I-C1	1I-D1	S/N	70.3		
467	4III-F4	1I-D1	S/S	Cubre (Superposición)	481	3I-D2	-	S/-	70.4		
468	4III-D4	1I-D1	N/S	Corta	483	3I-C2	-	S/N	70.5		
521	3I	1I-C1	N/S	Corta	522	3I-C2	-	S/N	70.6		
586	4III-D1	-	S/-	Corta	587	4I-A2	1I-C1	N/N	70.7		53
598	3I	1I-A1	N/N	Corta	1095	4III-C2	1I-D1	N/N	70.8		
608	3I	-	N/?	Corta	607	4III-C2	1I-B2	N/N	70.9		54
614	4III-C1	1I-D1	N/N	Corta	624	4III-F4	1I-A1	S/S	70.10	72	55
621	4III-A2	-	S/?	Corta	619	4I-A3	1I-C1	N/N	70.11	74	
653	3I	-	S/N	Corta	654	4III-D2	1I-C2	N/S	70.12	75	56
673	4III-D4	1I-A1	S/S	Corta	676	4III-B2	-	S/-	70.13	73	57
725	4III-B3	1I-C2	S/S	Corta	752	4III-B	-	N/N	70.14		
780	3I?	-	S/S	Corta	779	4?	-	N/-	70.15	76	58
786	3I?	-	N/?	Corta	821	4III-C2	1I-A1	S/S	70.16		59
810	4III-B2	1I-D1	S/S	Corta	809	3I-D2	1I-C2	S/S	70.17	77	
849	3I-C3	1I-B3	S/N	Corta	911	3I?	-	S/?	70.18		
940	3?	-	N/N	Corta	941	3I-D1	1I-A1	S/S	70.19	78	60
1118	4III-B4	-	S/N	Corta	1026	4III-B5	1I-C2	S/S	70.20	79	61
1078	3I-A4	1I-D1	S/N	Corta	1084	4III	-	S/S	70.21		62

¹⁸⁵ Las variables valoradas en estos cuadros que a continuación reproducimos son las siguientes: número de tumba más moderna (tumba), tipología del vaso cinerario contenido (Tipo VC), tipología de la tapadera contenida (Tipo T), existencia o ausencia de decoración en VC y T, respectivamente (Dec.), tipo de relación física documentada (Relación Física), número de la tumba más antigua (tumba), tipología de su VC (Tipo VC) y de su tapadera (Tipo T), existencia o ausencia de decoración en VC y T, respectivamente y número de la figura donde se representa la relación física (figs. 70 y 71). En las casillas que corresponden a las tipologías de los VC y las T, un interrogante implica la imposibilidad de atribuirlos a ninguno de los tipos definidos, mientras que un guión indica la inexistencia del elemento correspondiente, VC o T.

¹⁸⁶ En las figuras correspondientes a cada apartado, las tumbas de la izquierda son las que cortan, cubren o se apoyan sobre las de la derecha, lo que implica que las primeras sean cronológicamente posteriores a las segundas.

353	3I	II-D1	N/S	Corta?	353d	4III-B1	-	S/-	71.1		
491	4	II-A1	N/S	Corta?	666	4III-H	-	S/-	71.2		
529	3I-A2	II-C1	N/S	Corta?	515	3I-A2	II-B3	S/N	71.3		
611	4III-B3	II-B2	S/N	Corta?	610	3	?	?/N	71.4		54
675	3I-D2	II-D1	S/N	Corta?	649	-	?	-/N	71.5		
706	4III-B3	2III	S/S	Corta?	705	4III-B3	II-C1	S/N	71.6	80	
730	4III-C3	II-C2	S/S	Corta?	728	4III-D1	1	S/N	71.7		
736	4III-B4	II-B3	S/S	Apoya	743	3I-B1	II-D1	S/N	71.8		
787	3I-D3	-	S/?	Corta?	1115	-	II	-/?	71.9		
794	4III-F3	II-D1	S/S	Corta?	819	4	-	N/?	71.10		
844	3	II-A1	S/N	Corta?	843	?	-	?/-	71.11		
1117	3	-	S/-	Cubre? (Superposición)	785	4III-A2	2III	S/N	71.12	81	



Fig. 53.- Tumbas 586-587.



Fig. 54.- Tumbas 608-607 y 611-610.



Fig. 55.- Tumbas 614-624.



Fig. 61.- Tumbas 1118-1026.



Fig. 56.- Tumbas 653-654.



Fig. 57.- Tumbas 673-676.



Fig. 58.- Tumbas 780-779.



Fig. 59.- Tumbas 786-821.



Fig. 60.- Tumbas 940-941.



Fig. 62.- Tumbas 1078-1084.

Algunas de estas relaciones no aportan mucha información para establecer fases dentro del Bronce Final, ya que el material arqueológico que contienen dichas tumbas suele hallarse muy arrasado. Este es el caso de la tumba CPR-394 que se vio seriamente afectada por la posterior colocación de la tumba CPR-327, sin que podamos haber reconstruido ninguno de los elementos que la compusieron. Lo mismo podemos decir de la relación física entre las tumbas CPR-780 y CPR-779 (fig. 76 y foto 58). En este caso, la colocación de la primera destruyó la tumba y los materiales contenidos de la segunda, lo que apenas ha permitido caracterizar su ajuar. En cambio, no sucede lo mismo con otras tumbas, donde a pesar de los diversos niveles de destrucción presentes, se ha podido caracterizar con ciertas garantías el ajuar funerario correspondiente de cada tumba.

Del análisis de las relaciones físicas mejor documentadas y que más información nos aportan podemos extraer las siguientes conclusiones de orden cronológico respecto al Bronce Final:

1. Vasos cinerarios de un mismo tipo pueden cortarse entre sí. Esto sucede con los tipos 3I y 4III en un total de 4 veces en el primer caso y de cinco en el segundo.
2. También pueden producirse relaciones físicas entre los dos tipos anteriores, por lo que no podemos deducir la preeminencia cronológica de un tipo sobre el otro. De esta forma, en cuatro ocasiones son los vasos cinerarios del tipo 4III los que cortan o cubren a los del tipo 3I, mientras que a la inversa esto mismo sucede en seis ocasiones.
3. Excepcionalmente, el tipo 4I también interviene en las relaciones físicas. En los dos casos en que esto sucede, estos vasos cinerarios son cortados por sendos vasos del tipo 4III, siempre de tamaño pequeño.
4. Las relaciones también se dan indistintamente entre vasos cinerarios decorados y sin decorar.
5. Tampoco se observa ningún patrón entre las tapaderas de los vasos cinerarios. Decoradas o no, ambos casos se pueden relacionar físicamente entre sí de las cuatro formas posibles.
6. Una asociación recurrente se produce entre tumbas con vaso cinerario grande o mediano y tumbas con vaso cinerario pequeño característico de las incineraciones infantiles. Esta coincidencia podría reflejar la voluntad de asociar ambos conjuntos por algún motivo concreto, que perfectamente podría ser de tipo familiar, lo que representaría una alternativa al modelo representado por aquellos casos en que encontramos un vaso cinerario de pequeñas dimensiones dentro de otro más grande, asociación que durante el Bronce Final sólo se da en cuatro casos, tres de ellos, casualmente afectados por algún tipo de relación física. Se trataría, pues, de dos formas de plasmar una relación parental que, en el primer caso, tal vez nos esté indicando que la muerte de los dos difuntos se produjo con un intervalo de tiempo entre ambos que no podemos concretar, mientras que en el segundo, el hecho de compartir una misma tumba, probablemente nos esté indicando justo lo contrario, es decir, la muerte simultánea de ambos difuntos.
7. Sólo 6 de las tumbas presentan algún elemento metálico de bronce, pero aún así el panorama es bastante desolador, ya que sólo en uno de los casos (CPR-481) podemos

asegurar con total certeza su interpretación como ajuar del difunto. En el resto de casos, los objetos aparecen fuera del vaso y entre el sedimento que rellena la tumba o en el nivel de destrucción del mismo (capa I), por lo que resulta imposible interpretarlo como ajuar de estas tumbas. Por lo demás, los objetos son poco representativos (un brazalete múltiple, dos botones y dos trozos de alambres), excepto en el caso de CPR-481 donde documentamos la presencia una navaja y tres anillas en relación a los restos incinerados. Como dato interesante, destacamos también que esta tumba está cortada por la CPR-467 que no contiene metal, lo que nos hace dudar de la existencia de un incremento en el uso del metal a lo largo del tiempo.

8. En todos los casos, se trata siempre de tumbas sencillas, es decir, con las justas dimensiones como para colocar el vaso cinerario y su correspondiente tapadera.
9. Las relaciones físicas dudosas no desmienten estas conclusiones, sino que, más bien al contrario, las reafirman.

En definitiva, podemos resumir las anteriores reflexiones en la imposibilidad de observar un patrón que nos permita establecer una secuencia cronológica a partir de los tipos. Esto es especialmente importante porque no se demuestra la fasificación tradicional desarrollada por Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero a partir de la necrópolis de Can Missert. De hecho, los vasos de la forma 3 y 4, tan características del Bronce Final, se relacionan físicamente entre si sin que podamos deducir, por lo tanto, una preeminencia cronológica de uno sobre el otro. Esto nos obliga a plantear ambos tipos como básicamente contemporáneos, pero sin que descartemos del todo la creación de uno de ellos con anterioridad al otro o una mayor pervivencia temporal de uno sobre otro.

b) Las relaciones físicas sencillas entre la Primera Edad del Hierro y el Bronce Final.

El listado de estructuras, incluido el tipo de vaso cinerario y decoraciones asociados, que se relacionan físicamente es el siguiente¹⁸⁷:

TUMBA H-I	TIPO VC	TIPO T	DEC.	RELACIÓN FÍSICA	TUMBA BF	TIPO VC	TIPO T.	DEC.	FIG.	FIG.	FOTO
223	3-H-I-A1	?	N/N	Corta	237	4-BF-I-A3	II-A1	S/S	82.1		
270	4III-A2	II-B1	S/N	Corta	259	3I-?	II-D1	S/S	82.2		63
338	-	?	N/N	Corta	313	3I-C2	II-D1	S/N	82.3		
507	4V-A2	-	N/N	Corta	512	4III-A2	II-D1	N/N	82.4		

¹⁸⁷ Para las variables empleadas véase la nota anterior.

682	4I-1E	?	N/N	Corta	646	4III-B4	II-D1	S/S	82.5	83	64
662	?	II-A1	N/N	Corta	679	4III-H	?	S/S	82.6		
862	4I-C2	-	N/N	Corta	948	3I-B2	II-A1	S/S	82.7		
1007	4I-A5	II-A2	N/N	Corta?	1104	?	?	?/?	-		
1077	4I-A4	II-E2	N/N	Corta?	167	4III-B?	-	S/N	82.8		



Fig. 63.- Tumbas 270-259.



Fig. 64.- Tumbas 682-646.

A pesar del grado de destrucción de algunas de las estructuras analizadas, como por ejemplo la CPR-1104, estas relaciones físicas revelan con claridad la periodización propuesta inicialmente, es decir, la distinción entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. Los elementos que definen cada uno de esos periodos son suficientemente evidentes como para señalar la conveniencia del esquema que hemos defendido. Así pues, del análisis de las tumbas relacionadas físicamente extraemos las siguientes conclusiones de tipo cronológico:

1. Parece clara la distinción de dos conjuntos cerámicos. El primero estaría formado por vasos de borde exvasado alargado y cuerpos generalmente bitroncocónicos sin decorar o con decoraciones muy simples que correspondería a la Primera Edad del Hierro. El segundo correspondería al Bronce Final y estaría caracterizado por diferentes tipos de vasos. Unos son globulares de borde recto corto y exvasado, ya sean de tamaño pequeño o medio-grande, mientras que otros presentan bordes convexos y una tendencia bitroncocónica, en ocasiones además, con cuellos claramente diferenciados.
2. El análisis de las tapaderas también permite observar claramente como las que presentan decoraciones internas de acanaladuras corresponden al Bronce Final, mientras que las del siguiente periodo son sin decorar.
3. Mientras que ninguna de las tumbas del Bronce Final contienen metal, todas las de la Primera Edad del Hierro, excepto la CPR-682, presentan algún elemento característico

como cuchillos, fíbulas serpentiforme, anillas en bronce o hierro y algún brazalete de hierro. Por otro lado, hay que destacar que solo en tres tumbas aparece el ajuar en el interior del vaso cinerario. En el resto, aparece en el interior de la tumba dispuesto sobre el fondo de la fosa y agrupados cuando hay más de un elemento. Tal vez el único caso dudoso sea la tumba CPR-270, ya que el único elemento metálico, un cuchillo, aparece a la altura de la carena lo que puede indicarnos que no pertenezca verdaderamente al ajuar del difunto. Por otro lado, destacamos que el vaso cinerario de esta tumba parece aproximarse notablemente a otros de tipología similar del Bronce Final, lo que permitiría deducir una cronología anterior a lo supuesto inicialmente a partir de la asociación de esta tumba con el mencionado cuchillo de hierro.

4. Todas las tumbas de la Primera Edad del Hierro, excepto la CPR-1007, presentan unas dimensiones reducidas que permite calificarlas como sencillas.
5. La tumba CPR-1007 de la Primera Edad del Hierro contiene en su interior restos de vasos pertenecientes al Bronce Final, lo que permite deducir la destrucción de tumbas pertenecientes a este periodo cuyos materiales han sido posteriormente amortizados para forma parte del relleno de tumbas posteriores.
6. Las relaciones físicas dudosas no muestran ninguna contradicción con lo arriba descrito, con lo cual podrían perfectamente incluirse en este estudio.

En definitiva, a diferencia del anterior conjunto de relaciones físicas estudiado, en esta ocasión, podemos señalar la existencia de un claro patrón que nos permite reafirmar la secuencia cronológica propuesta desde un buen principio. Por lo demás, resulta imposible ir más allá de la clara distinción entre estos dos periodos.

c) Las relaciones físicas sencillas de la Primera Edad del Hierro.

El listado de estructuras, incluido el tipo de vaso cinerario y decoraciones asociados, que se relacionan físicamente es el siguiente¹⁸⁸:

TUMBA H-I	TIPO VC	TIPO T	DEC.	RELACIÓN FÍSICA	TUMBA H-I	TIPO VC	TIPO T.	DEC.	FIG.	FOTO
20 ¹⁸⁹	-	-	-	Corta	1167 ¹⁹⁰	-	-	-	84.1	
21	4II-B1	?	S/N	Corta	428	4II-B2	1I-B2	N/N	84.2	

¹⁸⁸ Véase las notas anteriores para entender las variables utilizadas en este cuadro.

¹⁸⁹ Se trata de una estructura que no contiene restos del difunto, a pesar de albergar un notable ajuar metálico y cerámico.

¹⁹⁰ Se trata de otra estructura que tampoco contiene restos del difunto.

272	4I-A4	-	S/N	Corta	283	?	1I-D2	N/N	84.3	
720	4I-A4	1I-B1	N/N	Corta	766	?	-	N/N	84.4	65
869	4I-A3	1I-D1	N/N	Corta	870	4III-A2	1I-B1	N/N	84.5	66
25	4I-A1?	?	S/N	Corta?	35	4I-A5	-	N/N	84.6	

La buena conservación que se observa en la mayoría de las tumbas, a excepción de la CPR-766 y en menor medida de la CPR-25, puede permitir que nos aproximemos a los diferentes aspectos de orden cronológico que caracterizan la Primera Edad del Hierro. Como dato excepcional, destacamos que la primera de las relaciones físicas incluye dos estructuras que no albergaban en su interior un vaso cinerario. No obstante, la existencia de un notable ajuar tanto cerámico como metálico hace que estas estructuras tengan especial relevancia dentro de la necrópolis donde podrían ser interpretadas como estructuras rituales de funcionalidad incierta, tal vez un cenotafio o un simple depósito de ofrendas.



Fig. 65.- Tumbas 720-766.



Fig. 66.- Tumbas 869-870.

Tras el análisis de estas relaciones físicas y desde un punto de vista cronológico hemos podido deducir lo siguiente:

1. Los vasos cinerarios procedentes de las tumbas que se cortan pertenecen al mismo tipo, VC-H-I o VC-H-II, a excepción de la relación física entre las tumbas CPR-869 y CPR-870. En este caso, el vaso cinerario de la tumba más antigua, la CPR-870, pertenece al tipo VC-H-III, un tipo que, como vemos, puede ser relacionado con otros pertenecientes al Bronce Final, de los que se diferencia por no presentar la típica decoración de acanalados, igual que pasa con su tapadera que está exenta de la característica decoración de acanaladuras internas.

2. El análisis de las tapaderas y de los vasos de ofrenda no permite inferir ninguna conclusión de orden cronológico. De esta forma, las relaciones físicas no permiten afirmar la existencia de un aumento de vasos de ofrendas a lo largo de este periodo.
3. La tumba CPR-869 de la Primera Edad del Hierro contiene en su interior restos de vasos pertenecientes al Bronce Final, lo que permite deducir la destrucción de tumbas pertenecientes a este periodo cuyos materiales han sido posteriormente amortizados para formar parte del relleno de tumbas posteriores. En otras tumbas de grandes dimensiones (complejas), como la CPR-20, CPR-21 o la CPR-720, sucede algo similar, es decir, la presencia de restos de vasos que no pertenecen al hecho funerario (VAT), pero que no podemos adscribir con certeza ni al Bronce Final ni a la Primera Edad del Hierro.
4. Con muchas reservas, el análisis de los contenidos metálicos permite observar una cantidad mayor de objetos en las tumbas que resultan más tardías. Esto sucede en cuatro de los cinco casos analizados. De este modo, entre las tumbas CPR-20 y CPR-1167 la diferencia es de un asador y una anilla a favor de la segunda. La diferencia entre las tumbas CPR-21 y CPR-428 es de un notable ajuar compuesto por unos diez objetos (hebilla, cuchillo, aguja, fibulas,...) identificados en la primera de las tumbas, respecto a sólo dos cuchillos procedentes de la segunda. Entre las tumbas CPR-272 y CPR-283, la diferencia es a favor de la primera con una fíbula serpentiforme respecto a la ausencia de ajuar en la segunda. Entre las tumbas CPR-720 y CPR-766 la diferencia es poco importante, ya que la primera tiene un trozo de alambre de hierro (una fíbula?), mientras que la segunda albergaba en su interior un cuchillo. Finalmente, entre las tumbas CPR-869 y CPR-870 la diferencia es de dos cuchillos y una fíbula en la primera respecto a una aguja de cabeza enrollada de bronce (elemento enraizado en la tradición del Bronce Final) y un fragmento de alambre de hierro (una fíbula?) procedentes de la segunda. Estos ajuares pueden aparecer tanto dentro como fuera de los vasos cinerarios.
5. Tal vez más clara sea la evidencia que permite ver una evolución hacia estructuras cada vez más grandes y complejas. De esta forma, vemos como en al menos tres casos (CPR-272 y CPR-283, CPR-720 y CPR-766, CPR-869 y CPR-870) la relación que se establece es entre tumbas grandes y pequeñas, siendo éstas últimas las más antiguas. Esto no excluye que tumbas complejas puedan cortarse entre sí, tal y como pone de manifiesto los otros dos casos (CPR-20 y CPR-1167, CPR-21 y CPR-428).

6. La única relación física dudosa establece una problemática diferente a algunos de los aspectos señalados arriba. Por un lado, el único contenido metálico (una anilla de bronce) se localiza en la tumba más antigua, mientras que por otro, la tumba más pequeña es posterior a la más grande. No obstante, conviene relativizar estos datos, ya que en este caso tanto la escasa presencia de metales en ambas tumbas, como la mínima diferencia de tamaño de las dos estructuras¹⁹¹ no parecen argumentos decisivos para contradecir lo anteriormente expuesto.

En definitiva, a partir de las relaciones físicas analizadas resulta totalmente imposible establecer una secuencia cronológica fiable dentro de la Primera Edad del Hierro. Tal vez, aunque con muchas reservas, podría ser posible señalar un aumento de riqueza a partir de los ajuares metálicos, así como una tendencia al crecimiento de las dimensiones de las tumbas.

d) Las relaciones físicas sencillas entre tumbas indeterminadas y tumbas del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro.

El listado de estructuras, incluido el tipo de vaso cinerario y decoraciones asociados, que se relacionan físicamente es el siguiente¹⁹²:

TUMBA IND.	TIPO VC	TIPO T	DEC.	RELACIÓN FÍSICA	TUMBA BF	TIPO VC	TIPO T.	DEC.	FIG.	FOTO
238	?	-	N/N	Corta	250	4III-D2	?	S/N	85.1	
480	4-VI-I-A	II-D	N/N	Corta	486	3I-B2	II-A2		85.2	67
566	?	?	?	Corta	589	3I?	II-B2	S/N	-	
578	?	?	?	Corta	196	3I-A1	-	S/N	-	68
781	?	?	N/N	Corta	788	4I-B2	?	N/N	85.3	
1185	-	?	N/S	Corta	960	3	II-A2	S/N	85.4	
1187	?	-	N/N	Cubre (Superposición)	1072	3I-C1	II-D1	S/S	85.5	
165	4V-B	-	N/N	Cubre (Superposición)?	175	3I-A4	II-C2	S/S	85.6	
293	?	-	N/N	Corta?	287	4III-F2	II-E1	N/N	85.7	
508	4III	II-A1	S/N	Cubre (Superposición)?	509	4III-D2	?	S/S	85.8	69
604	-	?	N/S	Corta?	692	3	?	S/N	85.9	
TUMBA IND.	TIPO VC	TIPO T	DEC.	RELACIÓN FÍSICA	TUMBA IND.	TIPO VC	TIPO T.	DEC.	FIG.	

¹⁹¹ La diferencia se reduce a sólo 20 cm. de diámetro. Las dimensiones de las dos tumbas permite clasificarlas como de tamaño medio, es decir, con menos de 100 cm. de diámetro.

¹⁹² Para las variables utilizadas véase la cita número 3.

860	?	?	N/N	Corta	861	?	?	N/N	86.1	
1121	?	-	N/N	Cubre (Superposición)	889	-	-	-	-	
TUMBA H-I	TIPO VC	TIPO T	DEC.	RELACIÓN FÍSICA	TUMBA IND.	TIPO VC	TIPO T.	DEC.	FIG.	
373	?	-	N/N	Corta	385	?	-	N/N	86.2	70
805	?	?	N/N	Corta	806	?	?	N/N	86.3	



Fig. 67.- Tumbas 480-486.



Fig. 68.- Tumbas 578-196.



Fig. 69.- Tumbas 508-509.



Fig. 70.- Tumbas 373-385.

Las tumbas analizadas en este conjunto de relaciones físicas, tanto si son dudosas como comprobadas fehacientemente, pueden dividirse en tres grupos. El primero, corresponde a aquellas estructuras bien fechadas y que englobamos dentro del Bronce Final o la Primera Edad del Hierro. El segundo, son aquellas otras estructuras que han sufrido un importante proceso de destrucción con la consecuente pérdida de información, principalmente la relativa a su cronología. Por último, un tercer grupo engloba a aquellas tumbas de las que pese a tener el perfil completo del vaso cinerario y/o de su tapadera, sus formas y características no nos permite una aproximación cronológica con suficientes garantías. La combinación de las tumbas del primer grupo con los otros dos o entre tumbas de los dos últimos grupos posibilita la definición de estas relaciones físicas como un conjunto.

Así pues, a pesar de que disponemos de una información desde el punto de vista cronológico muy sesgada, observamos los siguientes aspectos de interés:

1. Como decíamos arriba, la indefinición cronológica de muchas de las tumbas, ya sea por cuestiones de conservación de los depósitos funerarios o por la particularidad tipológica y decorativa de los mismos, dificulta de lectura cronológica de estas relaciones físicas. En el primer caso, poco podemos hacer por la indefinición del conjunto cerámico sólo matizable en el caso de la presencia de ajuar metálico como ocurre con la estructura CPR-373 que contiene una fíbula serpentiforme de hierro. No obstante, sobre el segundo podemos realizar alguna aproximación si profundizamos en el estudio tipológico de los vasos y tapaderas identificados. De esta forma, el vaso cinerario de la tumba CPR-480 es de difícil clasificación por su proporcionalidad, pero podría estar emparentado tipológicamente con algunos vasos de ofrenda con asa considerados de la Primera Edad del Hierro, igual que ocurre con el vaso cinerario de la tumba CPR-165. Las tumbas CPR-1185 y CPR-604 presentan como única evidencia material sendas tapaderas con acanaladuras internas que podrían clasificarse como propias del Bronce Final, pero la pervivencia de unas pocas tapaderas con esta misma decoración durante el periodo siguiente, nos obliga a ser prudentes y darles una cronología indeterminada. Los vasos de las tumbas CPR-293, CPR-860 y CPR-805 son tipológicamente muy ambiguos, aunque parecen aproximarse a algunos vasos de la Primera Edad del Hierro a partir de características tan poco definitivas, porque también las hallamos presentes en algunos vasos del Bronce Final, como un perfil carenado, la inexistencia de decoración o la presencia de un borde recto exvasado. Por último, en la tumba CPR-508 apareció uno de los vasos cinerarios que tipológica y decorativamente resulta más original. A pesar de que la decoración de círculos impresos es un motivo conocido en ambientes de inicios de la Primera Edad del Hierro, mantenemos las puertas abiertas a otras alternativas.
2. El análisis de las tapaderas no aporta ningún dato relevante más allá de lo señalado en el caso de las tumbas CPR-1185 y CPR-604.
3. La presencia de metal en estas estructuras es bastante escasa y apenas permite extraer conclusiones de orden cronológico en las relaciones físicas. No obstante, si que nos permite en el caso de la tumba CPR-373 y a pesar de la no conservación de gran parte del perfil de vaso cinerario su datación dentro de la Primera Edad del Hierro gracias a la aparición de una fíbula serpentiforme formando parte del ajuar. El caso de la tumba

CPR-508 resulta más problemático ya que la aparición de una aguja de cabeza enrollada de bronce fuera de contexto no permite asociar directamente este elemento con el conjunto funerario. No obstante, desde un punto de vista cronológico, presencia de esta aguja casa bastante bien con el carácter transicional que presuponemos para el tipo de decoración que caracteriza el vaso cinerario.

4. Tampoco las fosas de las tumbas permiten realizar propuestas cronológicas a partir de las relaciones físicas, más allá de la propia adscripción temporal de las tumbas. De esta forma, existe absoluta coincidencia entre todas las tumbas, ya que se caracterizan por sus dimensiones reducidas y, por lo tanto, por su caracterización como tumbas sencillas.

En definitiva, el análisis de las relaciones físicas donde se ven involucradas tumbas de cronología indeterminada resulta poco interesante desde el punto de vista cronológico, ya que resulta imposible establecer tendencias o patrones que podamos utilizar de cara a establecer una fasificación de la necrópolis.

B. Las relaciones físicas complejas.

Durante el Bronce Final hemos podido documentar un total de 6 relaciones físicas, tres de ellas con alguna tumba susceptible de ser dudosa y otra con un vaso cinerario que se apoya en el de otra tumba¹⁹³, mientras que durante la Primera Edad del Hierro solo hemos podido estudiar un único caso que consideramos dudoso¹⁹⁴. El resto de relaciones físicas complejas tienen como protagonista la presencia de tumbas de la Primera Edad del Hierro, del Bronce Final y, en ocasiones también de cronología indeterminada. Esto sucede un total de 13 veces, todas menos tres con la asociación dudosa de alguna de las tumbas¹⁹⁵. Veamos, a

¹⁹³ Las tumbas afectadas en estas relaciones son: CPR-302 y CPR-319 cortan estratigráficamente a CPR-339, CPR-489 corta (?) a CPR-1113 y ésta a CPR-490, CPR-656 se apoya en CPR-554 y ésta corta a CPR-539, CPR-776 corta (?) a CPR-775 y ésta a CPR-793, CPR-798 y CPR-823(?) cortan a CPR-822 y, por último, CPR-886 corta a CPR-881 y CPR-887. Más adelante serán desarrolladas en profundidad.

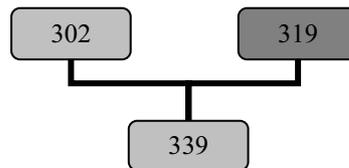
¹⁹⁴ Se trata de la relación entre la tumba CPR-274 que corta estratigráficamente la CPR-455 y de ésta que hace lo propio con la CPR-433. Destacamos el inconveniente de no haber podido excavar el vaso cinerario de la tumba CPR-274 con el consecuente desconocimiento de su contenido, lo que repercute directamente en el análisis cronológico de la relación física.

¹⁹⁵ Las tumbas afectadas en estas relaciones son: CPR-41(H) y CPR-56(BF) cortan estratigráficamente a CPR-74(BF). CPR-395 (IND) corta a CPR-418(BF)(?) y CPR-425(IND) y ésta a CPR-418(BF)(?). CPR-435(H) corta a CPR-426(BF)(?) y a CPR-434(BF)(?). CPR-461 corta a CPR-442(IND)(?) y ambas a CPR-462(BF)(?). CPR-569(H) corta a CPR-568(IND) y ésta a CPR-564(BF). CPR-618(H) corta a CPR-563(H)(?), CPR-581(BF)(?) y CPR-640(IND)(?) y CPR-580 (H) corta a CPR-581 y ésta a CPR-640. CPR-645(H) corta a CPR-644(H), CPR-628(BF) y CPR-749(BF)(?), mientras que CPR-644 hace lo propio con CPR-628. CPR-744(H) corta a CPR-756(H) y CPR-937(IND)(?) y ésta es cortada también por CPR-916(IND)(?). CPR-879(F) corta a CPR-880(IND) y ésta a CPR-878(BF)(?). CPR-946 corta a CPR-936(IND), CPR-945(BF) y a CPR-961(IND)(?).

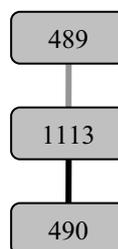
continuación, las particularidades de estas relaciones físicas, así como las principales conclusiones de orden cronológico que podemos extraer.

a) Las relaciones físicas complejas del Bronce Final.

En todas las relaciones físicas complejas del Bronce Final, un total de seis, intervienen tres tumbas. El listado de estructuras, incluido el tipo de vaso cinerario, de tapaderas y de decoraciones asociadas, que se relacionan físicamente es el siguiente¹⁹⁶:



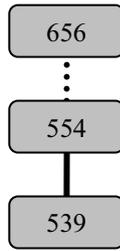
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
319	4II-A1	1I-A1	N/N	87.1
302	4III-D3	-	S/N	
339	3I-C2	1I-D1	S/S	



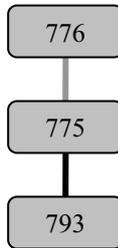
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
489	3I-?	2	S/N	87.2
1113	?	1I-B2	?/S	
490	4I-B?	-	N/-	

CPR-965 corta a CPR-974 (BF)(?), CPR-954 (BF) y CPR-1122(IND)(?). CPR-998(IND) corta a CPR-997(BF) y ésta a CPR-996(BF) y CPR-1008(BF). Por último, CPR-1119 (H) corta a CPR-971(H) y ésta a CPR-991(BF), CPR-992(BF)(?) y CPR-993(IND)(?). Más adelante serán desarrolladas en profundidad.

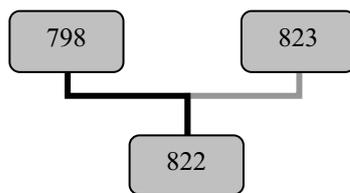
¹⁹⁶ Debido a la falta de espacio, para expresar las relaciones físicas complejas hemos decidido utilizar un sistema parecido al Matrix Harris, donde lo más moderno se sitúa arriba y lo más antiguo se dispone sucesivamente en los niveles inferiores. Las líneas que unen las diferentes tumbas expresan las relaciones estratigráficas (continua las que se cortan, discontinua las que se cubren y de puntos las que se apoyan). En gris se expresan aquellas relaciones físicas que son dudosas y en negro las seguras. Para señalar la cronología, las tumbas del Bronce Final aparecen en gris claro y las Indeterminadas en gris oscuro.



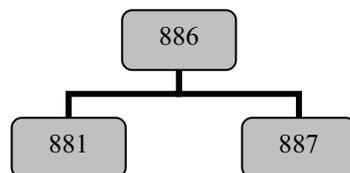
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
656	3I-C1	1I-A1	S/S	87.3
554	4III-B?	?	S/N	
539	3I-C2	1I-A1	S/N	



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
776	3I-D2	1I-E2	S/N	87.4
775	4I-IC?	?	N/N	
793	3I-C3	1I-D1	S/S	



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIGS.
798	3I-C2	1I-C1	S/S	87.5
823	3I-?	1I-A1	S/S	y
822	3I-D2	-	S/-	88



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIGS.	FOTO
886	4III-D3	?	S/N	87.6	71
881	?	-	S/-	y	
887	3I-C1	-	S/-	89	



Fig. 71.- Tumbas 881-886-887.

La conservación de las tumbas que intervienen en estas relaciones físicas es bastante buena, a excepción de algún caso como en el de la tumba CPR-1113, donde no podemos saber la forma ni el tipo del vaso cinerario o las tumbas CPR-775, CPR-823 y CPR-881, cuyos vasos cinerarios presentan una conservación deficiente de alguna de sus partes.

Tras el análisis de las dos únicas relaciones físicas bien documentas y que más información nos aportan (figs. 87.1,6 y 89; foto 71) podemos extraer las siguientes conclusiones de orden cronológico respecto al Bronce Final:

1. En las dos ocasiones, las tumbas con vasos cinerarios del tipo 4III cortan tumbas con vasos cinerarios del tipo 3I, sin que se produzca la relación inversa como se vio en el análisis de las relaciones físicas sencillas del Bronce Final.
2. Las relaciones también se dan indistintamente entre vasos cinerarios decorados y sin decorar. No obstante, manifestamos nuestra duda acerca de la cronología del vaso de la tumba CPR-319. Si lo descartáramos, entonces las relaciones físicas siempre serían entre vasos decorados.

3. Sobre las tapaderas no podemos aportar ningún dato de orden cronológico, ya que se encuentran escasamente representadas. En el único caso analizable (fig. 87.1) vemos como se trata de dos tapaderas decoradas con acanaladuras interiores, aunque uno de ellos éstas sean horizontales y en el otro estén formadas por círculos concéntricos ubicados en el fondo.
4. Una asociación recurrente se produce entre tumbas con vaso cinerario grande o mediano y tumbas con vaso cinerario pequeño característico de las incineraciones infantiles. Esta coincidencia podría reflejar la voluntad de asociar ambos conjuntos por algún motivo concreto, que perfectamente podría ser de tipo familiar, lo que representaría una alternativa al modelo representado por aquellos casos en que encontramos un vaso cinerario de pequeñas dimensiones dentro de otro más grande, asociación que durante el Bronce Final sólo se da en cuatro casos, tres de ellos, casualmente afectados por algún tipo de relación física. Se trataría, pues, de dos formas de plasmar una relación parental que, en el primer caso, tal vez nos esté indicando que la muerte de los dos difuntos se produjo con un intervalo de tiempo entre ambos que no podemos concretar, mientras que en el segundo, el hecho de compartir una misma tumba, probablemente nos esté indicando justo lo contrario, es decir, la muerte simultánea de ambos difuntos.
5. Todos los casos analizados se corresponden con tumbas sencillas, es decir, con las justas dimensiones como para colocar el vaso cinerario y su correspondiente tapadera.

Las relaciones físicas más discutibles (figs. 87.2-5 y 88) plantean conclusiones similares y, al mismo tiempo, reafirman otras que ya hemos visto anteriormente.

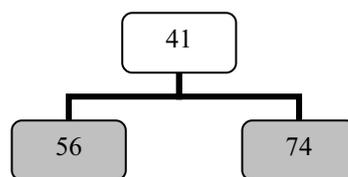
6. Vasos cinerarios de un mismo tipo pueden cortarse entre sí. Esto sucede con los tipos 3I (figs. 87.5 y 89). Indirectamente, esta misma secuencia cronológica se puede desprender de los caso 3 y 4.
7. También pueden producirse relaciones físicas entre los tipos 4III y 3I. Así, en los casos 3 y 4 el primero de los tipos aparece dentro de la secuencia cronológica entre vasos del tipo 3I. No obstante, hay que remarcar que la relación de anterioridad del tipo 4III respecto al 3I parece más fundamentada que no a la inversa, ya que en el primer caso, el vaso del tipo 3I se apoya sobre el 4III, mientras que en el segundo la relación física es dudosa. Esta misma secuencia parece intuirse en el caso 2, aunque tampoco exista una fundamentación excesivamente sólida.

8. Como en los casos anteriores, las relaciones también se dan indistintamente entre vasos cinerarios decorados y sin decorar.
9. Tampoco se observa ningún patrón entre las tapaderas de los vasos cinerarios. Decoradas o no, ambos casos se pueden relacionar físicamente entre si, ya que en una ocasión las decoradas parecen posteriores a las no decoradas (fig. 87.3)¹⁹⁷, mientras que en otras dos la secuencia es a la inversa (fig. 87.2 y 4).
10. La única tumba con metal es la CPR-793 con una navaja en el interior del vaso. Como en las relaciones físicas sencillas, esta tumba se encuentra en la parte inferior de la secuencia cronológica, lo que nos permite redundar en que no necesariamente debió producirse un incremento en el uso del metal a lo largo del tiempo.
11. Como caracteriza a las tumbas del Bronce Final, en todos los casos vemos que las fosas que contienen los vasos cinerarios son sencillas.

En definitiva, estas relaciones físicas no nos permiten proponer una secuencia cronológica ni de los materiales cerámicos, ni de los metálicos ni de las características de las fosas funerarias. No obstante, resaltamos la frecuencia de aquellas relaciones físicas en las que las tumbas con vasos cinerarios de la forma 4III cortan a los del tipo 3I, mientras que a la inversa la cuestión resulta más problemática por la naturaleza de las evidencias arqueológicas.

b) Las relaciones físicas complejas entre tumbas indeterminadas y tumbas del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro.

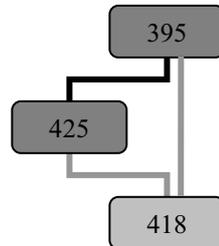
En estas relaciones físicas complejas pueden intervenir de tres a cuatro o, excepcionalmente, cinco tumbas. El primer caso es el más numeroso con seis, mientras que las otras dos tienen cinco y dos casos, respectivamente. El listado de estructuras, incluido el tipo de vaso cinerario, de tapadera y las decoraciones asociadas, que se relacionan físicamente es el siguiente¹⁹⁸:



¹⁹⁷ Aunque con reservas, ya que la tumba CPR- 656 sólo se apoya sobre la CPR-554.

¹⁹⁸ Como en el caso anterior, hemos expresado las relaciones físicas complejas mediante un Matrix Harris. Las líneas que unen las diferentes tumbas expresan las relaciones estratigráficas (continua las que se cortan, discontinua las que se cubren y de puntos las que se apoyan). En gris se expresan aquellas relaciones físicas que son dudosas y en negro las que son seguras. Para señalar la cronología, las tumbas del Bronce Final aparecen en gris claro, las Indeterminadas en gris oscuro y las de la Primera Edad del Hierro en blanco.

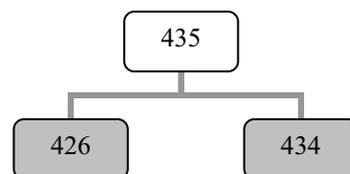
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
41	4VI-A	1I-A2	S/S	90.1
56	4III-B5	?	S/N	
74	4III-F4	?	S/N	



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
395	4V-B	1I-D1	N/N	90.2	72
425	3I	1I	S/N		
418	?	-	S/-		



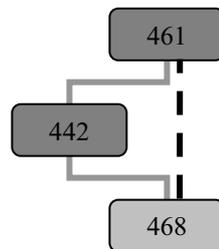
Fig. 72.- Tumbas 395-418-425.



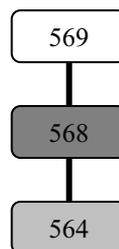
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
435	4I-A1	4I-E1	S/N	90.3	73
426	3I-?	?	S/N		
434	4III-F4	1I-D1	S/N		



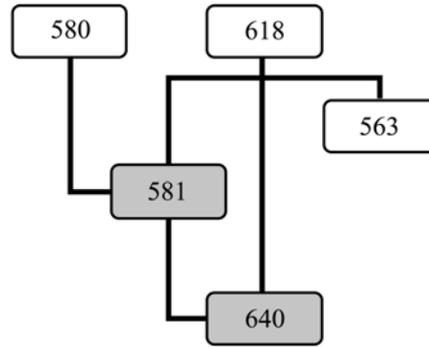
Fig. 73.- Tumbas 426-434-435.



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
461	4I	1I-D	S/N	90.4
442	Sin excavar			
468	4III-B?	1I-D1	N/N	



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
569	4III-A1	1I-A1	N/N	90.5
568	?	?	N/N	
564	4III-B?	?	S/S	



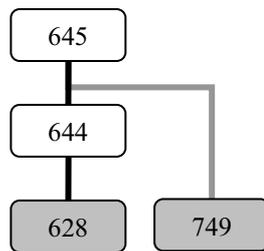
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTOS
618	4I-C2	1I-D2	N/N	90.6	74 y 75
563	4I-A3	?	S/N		
580	4I-A?	-	N/-		
581	4III-C2	1I-C2	S/S		
640	?	?	N/N		



Fig. 74.- Tumbas 563-580-581-618-640.



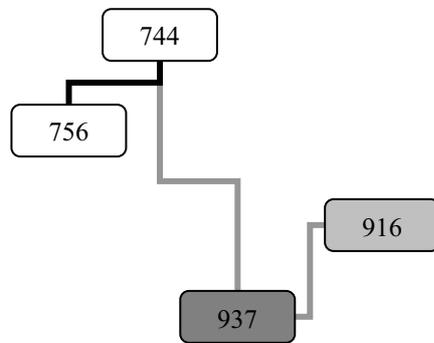
Fig. 75.- Tumbas 563-580-581-618-640.



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
645	4I-A3	4I-C2	N/N	90.7	76
644	4I-E	?	S/N		
628	3I-B3	?	S/S		
749	?	-	N/-		



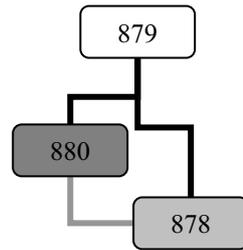
Fig. 76.- Tumbas 628-644-645-749.



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
744	4I-A?	1I-B2	N/N	90.8	77
756	4III-A2	?	N/N		
916	?	-	N/-		
937	Sin excavar				



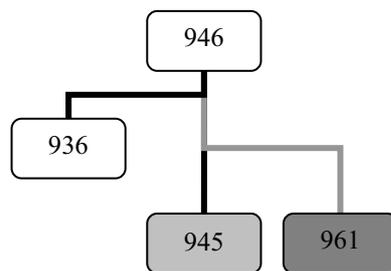
Fig. 77.- Tumbas 744-756-916-937.



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
879	41-A2	1I-D1	N/N	90.9	78
880	1?	1I-C1	N/N		
878	3I-D2	1I-A1	S/S		



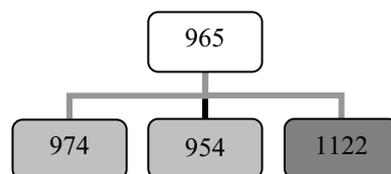
Fig. 78.- Tumbas 878-879-880.



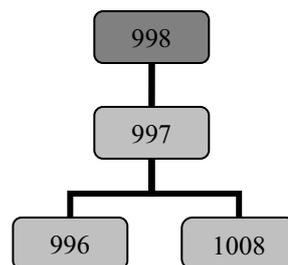
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
946	4I-A3	-	N/N	90.10	79
936	4I-?	?			
945	4III-F3	1I-A1			
961	-	-	-		



Fig. 79.- Tumbas 936-945-946-961.



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIGS.
965	4II-A	Plana	N/N	90.11
974	4III-F4	II-B3	S/S	y
954	3I-C1	II-B2	S/S	91
1122	4II-D1	-	N/-	



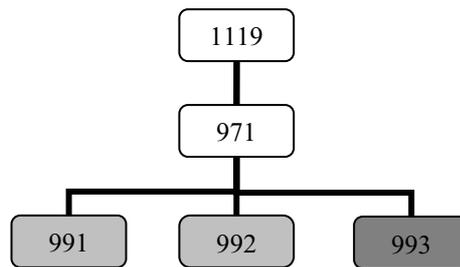
TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIGS.	FOTOS
998	4II-A2	?	N/-	90.12	80
997	?	-	S/-	y	y
996	4III-D1	?	N/N	92	81
1008	4III-B3	II-D1	S/S		



Fig. 80.- Tumbas 996-997-998-1008.



Fig. 81.- Tumbas 996-997-998-1008.



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.	FOTO
1119	4I-B?	-	N/-	90.13	82
971	4I-A3	1I-C1	N/S		
991	4III-B3	1I-A1	S/N		
992	3I-A3	?	S/N		
993	-	-	-		



Fig. 82.- Tumbas 971-991-992-993-1119.

Las estructuras incluidas en estas relaciones físicas presentan un grado de conservación bastante diferente unas de las otras. La mayoría se encuentra bien representadas por un contenido, generalmente cerámico, más o menos fácil de encuadrar cronológico. No obstante, otro tipo de tumbas pueden encontrarse vacías o con material no suficientemente representativo de un periodo u otro, mientras que otras dos no han sido siquiera excavadas (CPR-442 y CPR-937).

En general, y a pesar de estos inconvenientes, las tumbas analizadas muestran con claridad la distinción de los dos periodos cronoculturales con los que venimos trabajando. Así pues, del análisis de las tumbas relacionadas físicamente extraemos las siguientes conclusiones de tipo cronológico:

1. De nuevo observamos la distinción de dos conjuntos cerámicos claramente diferenciados. Por un lado, los vasos cinerarios del Bronce Final se corresponden con los tipos clásicos y, además, presentan las típicas decoraciones. Cuando se da el caso de relación física entre vasos de este periodo no se observa contradicción con lo comentado anteriormente. Por otro lado, los vasos pertenecientes a la Primera Edad del Hierro manifiestan una notable diversidad tipológica, ya que encontramos vasos de los tipos I, II, III, V y VI de la forma 4. No obstante, las relaciones físicas entre tumbas de este periodo siempre se producen entre vasos pertenecientes al tipo I, excepto en un caso en el que una tumba con vaso de este tipo (CPR-774) corta a otra tumba con un vaso cinerario del tipo III (CPR-756). Por lo demás, se observa que los vasos cinerarios de las tumbas más modernas tienden a ser más altos y grandes que los que proceden de aquellas tumbas que son afectadas por éstas, a excepción del caso 13.
2. La distinción de los dos periodos se vuelven a sustentar en el análisis de las tapaderas, ya que volvemos a evidenciar que las tapaderas con decoraciones internas de acanaladuras se fechan en el Bronce Final, mientras que las del siguiente periodo son sin decorar, a excepción de la tapadera de la tumba CPR-41 que se encuentra exteriormente decorada mediante un acabado cepillado. También llamamos la atención acerca de la tapadera plana procedente de la tumba CPR-965.
3. La presencia de metal en el conjunto de estas tumbas es bastante abundante entre las de la Primera Edad del Hierro, mientras que entre las del periodo anterior es testimonial. En el primer caso, aparecen cuchillos, fibulas serpentiformes y una aguja de cabeza biglobular de hierro, así como pendientes, hebillas de cinturón, agujas de cabeza enrollada y anular, botones, anillas, una punta de flecha y brazaletes, todo ello

en bronce y generalmente localizados fuera del vaso cinerario. Durante el Bronce Final, en cambio, tenemos brazaletes y botones, todos ellos fuera del vaso cinerario y en posición estratigráfica que generan muchas dudas sobre su interpretación como ajuar funerario de las tumbas donde aparecen. Un caso excepcional lo constituye la tumba 992 donde apareció un cuchillo de hierro en posición estratigráfica dudosa¹⁹⁹ que nos hizo rechazarlo como ajuar de la tumba que, por otro lado, presenta un vaso cinerario característico del Bronce Final. Por último, mencionar la presencia de un brazalete múltiple en una de las tumbas de cronología indeterminada (CPR-425).

4. Respecto a los metales, otro dato interesante se extrae del análisis de la relación física número 13. En ella, se observa como entre las estructuras de la Primera Edad del Hierro que se cortan, la tumba con más metales (2 cuchillos, una fíbula serpentiforme y una aguja de cabeza biglobular) es posterior a otra que contiene menos (un cuchillo).
5. Las tumbas de la Primera Edad del Hierro pueden ser tanto sencillas como complejas, mientras que las del Bronce Final y de cronología indeterminada siempre son sencillas. Dentro de las relaciones físicas del periodo más moderno se observa la secuencia estratigráfica de que las tumbas complejas cortan a las sencillas, si bien también se observan relaciones físicas que afectan exclusivamente a tumbas sencillas.
6. Las tumbas CPR-744 y CPR-965 de la Primera Edad del Hierro contienen en su interior restos de vasos pertenecientes al Bronce Final. En el primer caso se trata de algún fragmento de vaso decorado con acanalados y una tapadera con acanaladuras internas, mientras que en el segundo aún resulta más claro con la presencia de algún resto de tapadera decorada, algún borde convexo y, sobre todo, la presencia de restos de dos vasos de incineración de la forma 3, uno de ellos completo y el otro parcialmente conservado y que seguramente pertenece a una de las tumbas del Bronce Final que corta (CPR-954). Estas evidencias nos permiten deducir la destrucción de tumbas pertenecientes a este periodo cuyos materiales han sido posteriormente amortizados, pasando a formar parte del relleno de las tumbas de la Primera Edad del Hierro.

¹⁹⁹ En concreto, apareció “flotando”, es decir, al lado del vaso cinerario y por encima de la carena. Para aceptar su interpretación como ajuar de la tumba debería cumplir alguno de los siguientes requisitos: que el objeto esté contenido en el nivel funerario del vaso cinerario, dentro de un vaso de ofrendas o en el interior del *loculus* en el caso de las tumbas complejas, o también, directamente sobre el suelo de la fosa, agrupado con otros metales o colocado justo debajo del vaso. El resto de casos se interpretan como dudosos y sólo tras un intenso análisis de los datos se valida o no su definitiva interpretación como ajuar.

En definitiva, estas relaciones físicas vuelven a confirmar la existencia clara de dos periodos con sus propias características e individualizables a partir de los materiales representados en el interior de las tumbas. Por otro lado, vuelve a quedar constancia de la posibilidad de que las tumbas de la Primera Edad del Hierro evolucionen de tumbas sencillas a otras más complejas, aunque sin que aquellas dejen necesariamente de existir a lo todo el periodo.

c) Las relaciones físicas complejas de la Primera Edad del Hierro.

Aunque dudosa, hay una sola relación física compleja de la Primera Edad del Hierro en la que intervienen tres tumbas, la más moderna de ellas sin excavar, pero que gracias a la posición estratigráfica que ocupa podemos situarla en este periodo sin más problemas. La relación física es la siguiente²⁰⁰:



TUMBA	TIPO VC	TIPO T	DEC.	FIG.
274	No excavada			93
455	-	1I-D1	-/S	
433	4I-A3?	1I-D2	N/N	

El inconveniente de no haber excavado la tumba CPR-274 imposibilita un análisis completo de esta relación física compleja. No obstante, las otras dos tumbas muestran una buena conservación y nos permite su correcto análisis de esta parte de la secuencia estratigráfica.

La primera de las tumbas (CPR-455) es una tapadera cineraria con un ajuar compuesto por dos cuchillos y una fíbula serpentiforme, mientras que la segunda (CPR-433) es un vaso cinerario con su correspondiente tapadera. Ambas son tumbas sencillas, igual que la CPR-274. Por tanto, vemos como los elementos comparativos, que se reducen a las tapaderas y a

²⁰⁰ Como en los casos anteriores, hemos expresado las relaciones físicas complejas mediante un Matrix Harris. Las líneas que unen las diferentes tumbas expresan las relaciones estratigráficas (continua las que se cortan, discontinua las que se cubren y de puntos las que se apoyan). En gris se expresan aquellas relaciones físicas que son dudosas y en negro las que son seguras.

los metales, son poco representativos y no nos permiten deducir ninguna secuencia cronológica fiable para la Primera Edad del Hierro. De nuevo, aunque con muchas reservas, parece intuirse un aumento de riqueza a partir de un mayor número de objetos metálicos (al menos entre las tumbas CPR-433 y CPR-455), pero que habrá que esperar a la excavación del vaso cinerario de la tumba CPR-274, ya que fuera de él no apareció ningún objeto metálico, para validar esta propuesta.

C. Los empedrados.

Los denominados empedrados se merecen una dedicación aparte. Recordamos que hemos denominado empedrados a aquellos conjuntos de tumbas que se encuentran cubiertas por un mismo lecho de piedras de difícil delimitación. En total hemos podido definir dos casos claros (CPR-247 y CPR-1086) que se sitúan en la periferia de la necrópolis, el primero al este y el segundo al norte de la misma, sin que por ello puedan considerarse como estructuras aisladas ni claramente diferenciadas del resto de tumbas con las que comparte el mismo espacio. Ambos empedrados se han fechado en el Bronce Final y se han interpretado como la evidencia de una cubierta que sellaría un conjunto de tumbas relacionadas entre sí, bien por causas familiares o por afinidades de cualquier otro tipo. No obstante, su poca entidad, carácter discontinuo y difícil delimitación, también nos hace pensar en que se trate de una acumulación y dispersión artificial de piedras producto de la destrucción de otros sistemas de cubierta de menor entidad, que como hemos visto protegen y señalizan las tumbas de este periodo.

a) *El empedrado CPR-247.*

Esta estructura se sitúa en el límite este de la necrópolis hacia la parte central de la misma y ocupa una superficie irregular de unos 5 m² que señala y ofrece protección a un conjunto integrado con toda seguridad por un mínimo de 11 tumbas²⁰¹ (Carlús, 2002). No obstante, el análisis de las tumbas de su entorno nos ha permitido ampliar este número de tumbas protegidas por el empedrado hasta al menos 22 y un máximo probable de 30²⁰² (fig.

²⁰¹ Tumbas CPR-255, CPR-305, CPR-340, CPR-341, CPR-406, CPR-874, CPR-918, CPR-931, CPR-932 y CPR-1048, además de la tumba CPR-352, cuyo vaso cinerario no fue excavado.

²⁰² El resto de tumbas hasta conformar un total de 22 (CPR-280, CPR-289, CPR-297, CPR-412, CPR-453, CPR-447, CPR-479, CPR-944 y CPR-1120, además de las no excavadas CPR-256 y CPR-422) han sido deducidas a partir de la excavación de los vasos cinerarios. Así, en el nivel de destrucción del vaso cinerario (capa I) aparecen diversas piedras que hemos considerado pertenecientes al empedrado. Las otras ocho tumbas que podrían pertenecer al empedrado (CPR-413, CPR-421, CPR-438, CPR-439, CPR-792, CPR-894, CPR-920 y la no excavada CPR-719) presentan enormes problemas para asegurar su atribución. A diferencia de las anteriores, durante la excavación de la tumba y del vaso cinerario no aparecieron piedras, lo que nos hace dudar de su

94). En el sector mejor conservado, esta protección de piedras está formada por una única fila de piedras de entre 5 y 10 cm. de tamaño que se encajan en el nivel sedimentológico donde previamente se habían excavado las tumbas (fotos 47 y 48). Esta cubierta está afectada por los sucesivos trabajos agrícolas desarrollados en la zona, lo que dificulta la posibilidad de definir sus límites reales y determinar con precisión su morfología. Por otro lado, otras cuatro tumbas más²⁰³ cortan este empedrado, lo que nos permite establecer una secuencia física de al menos tres momentos: un primer nivel de tumbas, su sellado mediante el empedrado y un segundo nivel de tumbas que lo cortan (fig. 95).

Queremos destacar que son frecuentes las relaciones físicas en los distintos niveles que forman el empedrado. De este modo, hay evidencias de al menos cuatro relaciones físicas sencillas pertenecientes al nivel estratigráfico inferior, dos de ellas, (CPR-340/CPR-874 –fig. 95- y CPR-352/CPR-406) localizadas en el sector mejor conservado del empedrado, otra en el límite conservado (CPR-412/CPR-422) y, por último, otra, aunque dudosa, situada dentro del límite probable (CPR-413/CPR-421 –fig. 96-). Lamentamos la no excavación de dos de estos vasos cinerarios (CPR-352 y CPR-422) con la consecuente falta de datos para la realización de un análisis más riguroso. En cuanto al resto de niveles destacamos otras dos relaciones físicas sencillas más que se dan entre las tumbas CPR-466 y CPR-479 (fig. 97), por un lado, y las tumbas CPR-938 y CPR-931 (fig. 98), por otro. En ambos casos, entre la primera de las tumbas y la segunda se encuentra el empedrado, el cual es seccionado por la primera de las tumbas.

En la superficie del empedrado, igual que sucede en toda la necrópolis, es frecuente localizar fragmentos dispersos de cerámica, de metal, entre los que se encuentra un fragmento de fíbula de pivote, e, incluso, óseos. Estos restos tienen una difícil interpretación, ya que tanto pueden proceder de la destrucción de otras tumbas, posibilidad que creemos la más acertada, como ser el resultado de determinados ritos que incluirían la deposición intencionada de estos restos como consecuencia de un rito alternativo o complementario a la deposición de los restos óseos y del ajuar dentro de los vasos o la propia tumba. Esta posibilidad se fundamenta en las observaciones realizadas en necrópolis tumulares de incineración donde se ha planteado la posibilidad de escampar los huesos cremados y las cenizas del difunto sobre el túmulo, como en Puig Alt en Rosas (Pons, 2000: 85) o la existencia reiterada de visitas a las tumbas con la deposición ritual de ofrendas (vasos o

pertenencia a este conjunto. Llamamos la atención de su proximidad al empedrado, ya que estas tumbas se encuentran en su periferia, tanto al norte como a sur.

²⁰³ Tumbas CPR-295, CPR-446, CPR-466 y CPR-938.

metales) como en La Colomina en Gerb (Ferrández *et alii*, 1991: 135-137). Por tanto, podríamos estar delante de un ritual más complejo donde una parte seleccionada de los restos óseos sería depositada en el interior del vaso cinerario o directamente dentro de la tumba, mientras que otra podría ser mezclada con el sedimento y las piedras que cubre las tumbas o incluso dispersada sobre su superficie. Por otro lado, los restos materiales, cerámicos o metálicos, podrían significar deposiciones rituales posteriores al sellado de la tumba que difícilmente se habrían conservado por la degradación de la necrópolis o sencillamente por no presentar sistemas de protección efectivos.

Tanto las tumbas incluidas debajo del empedrado CPR-247 como las que se sitúan por encima de él no se diferencian en nada del resto de tumbas del Bronce Final, es decir, son sencillas. En cuanto a sus contenidos los vasos cinerarios pertenecen mayoritariamente a la forma 3, si bien, los de la forma 4, con o sin borde convexo también se encuentran representados (fig. 99). En este caso resulta llamativo como las tumbas CPR-340 y CPR-413 con vaso cinerario de la forma 3 cortan a otras dos tumbas (CPR-874 y CPR-421, respectivamente) con vasos de la forma 4. Es decir, dentro del empedrado se observa con claridad una secuencia física según la cual, las primeras serían posteriores a las segundas. No obstante, llamamos la atención de nuevo sobre la posibilidad de que esa secuencia se produzca también a la inversa como se demuestra por la tumba CPR-446 con un vaso cinerario de la forma 4 que corta el empedrado CPR-247. Igualmente, la tumba CPR-466 con vaso cinerario de la forma 4 y borde convexo corta el empedrado y una tumba con vaso de la forma 3 (CPR-479). En cuanto a las tapaderas observamos indistintamente tanto la presencia de decoradas como no decoradas.

En cuanto al metal, solo cinco tumbas demuestran su presencia. En primer lugar, la CPR-289 tiene un fragmento esférico indeterminado que apareció en el interior del vaso cinerario y una anilla y un fragmento de plaquita procedentes de la tumba. En la CPR-412 apareció otro fragmento esférico indeterminado en el interior del vaso cinerario. En el interior del vaso cinerario de la tumba CPR-932 se localizó una navaja completa. En la fosa de la tumba CPR-938, ubicada por encima del empedrado, se localizó un fragmento de brazalete. Por último, también procedente del interior del vaso cinerario, tenemos un fragmento de plaquita procedente de la tumba CPR-1048. En general, los objetos metálicos considerados deben interpretarse como ajueres de las tumbas, si bien existen dudas en aquellos casos en que los materiales se encuentran fuera del vaso cinerario. Por otro lado, estos objetos se encuentran bastante afectados por diversos factores que repercuten directamente sobre su conservación, bien por el fuego de las cremaciones o bien por fenómenos tafonómicos. De

esta forma, en muchos casos se trata de simples fragmentos que resultan muy difíciles de identificar, como por ejemplo ocurre con las plaquitas que podrían pertenecer a navajas.

Excepcionalmente, en dos tumbas (CPR-447 y CPR-479) encontramos restos de fauna en el interior del vaso cinerario. Se trata siempre de fragmentos de cráneo de cerdo que han sufrido alteraciones térmicas por efecto de la cremación. Estas tumbas se encuentran espacialmente muy próximas entre sí y se ubican al norte del empedrado. También comparten un mismo tipo de vaso cinerario perteneciente a la forma 3 y la presencia de una tapadera decorada internamente mediante anchas acanaladuras.

El resto de tumbas no revelan ningún elemento, ni metálico ni cerámico o faunístico, susceptible de ser interpretado como ajuar u ofrenda. Por lo tanto, observamos que la presencia de ajuar se encuentra muy restringida dentro de este conjunto de tumbas relacionadas con el empedrado y que, además, las tumbas que lo incluyen presentan una localización muy concreta que se localizan entre los sectores oeste y sur.

En definitiva, las conclusiones de orden cronológico resultan las mismas que ya extrajimos cuando analizamos las relaciones físicas sencillas y complejas del Bronce Final, es decir, la imposibilidad de establecer una fasificación interna del periodo.

b) El empedrado CPR-1086.

El empedrado CPR-1086 se sitúa en el límite norte de la necrópolis (fig. 94) y presenta unas características similares al anteriormente descrito, tanto en cuanto a superficie ocupada como en características constructivas. No obstante, en este caso, como elemento particular se documentó una capa compacta que se desnivelaba hacia el suroeste y que se componía de arcilla marrón de dimensiones irregulares y piedras encajadas de grosor variable que oscilaban entre los 8 y los 12 centímetros.

En total, este empedrado está integrado por un mínimo de 11 tumbas y un máximo de 14²⁰⁴. Como en el caso anterior, el empedrado está afectado por los trabajos agrícolas desarrollados en la zona, lo que dificulta la posibilidad de definir sus límites reales y determinar con precisión su morfología. Por otro lado, otras tres tumbas más²⁰⁵ cortan este empedrado, lo que nos permite establecer, igual que sucedía con el empedrado CPR-247, una secuencia física de al menos tres momentos (fig. 100): un primer nivel de tumbas, su sellado

²⁰⁴ Tumbas CPR-1015, CPR-1064, CPR-1066, CPR-1087, CPR-1088, CPR-1105, CPR-1106, CPR-1107, CPR-1108, CPR-1109 y CPR-1110, a las que habría que sumar por su situación dentro del área ocupada por el empedrado las tumbas CPR-476, CPR-1188 y CPR-1189.

²⁰⁵ Tumbas CPR-1065, CPR-1089 y CPR-1090.

mediante el empedrado y un segundo nivel de estructuras que lo corta con al menos una secuencia física entre CPR-1089, que no aportó ningún material arqueológico analizable, y la tumba CPR-1090.

Como sucede en toda la necrópolis y también en el empedrado CPR-247, volvemos a encontrar restos dispersos de huesos quemados y de metal, en este caso una punta de flecha, que permiten plantearnos, como en el caso anterior, la posibilidad de que procedan de tumbas destruidas o que respondan a deposiciones intencionadas dentro de unas prácticas rituales ya descritas cuando analizamos el anterior empedrado.

También como en el caso anterior, las tumbas son sencillas, por lo que no se observan diferencias importantes con el conjunto de tumbas del Bronce Final. En cambio, si se observan algunas diferencias en su contenido respecto al empedrado CPR-247, ya que en este caso predominan los vasos cinerarios de la forma 4 por encima de los de la forma 3. Por otro lado, también se observa la presencia de vasos cinerarios de pequeñas dimensiones que superan en cantidad los de tamaño medio y grande. En cuanto a los aspectos cronológicos, volvemos a observar que las relaciones físicas no permiten aclarar la preeminencia de una forma sobre la otra, ya que tanto por encima del empedrado como por debajo de él, encontramos representadas ambas formas. Finalmente, las tapaderas tampoco permiten observar diferencias de tipo cronológico ya que por debajo del empedrado las encontramos decoradas y sin decorar. No obstante, si que llamamos la atención sobre su escasez, ya que, como también es habitual en el resto de la necrópolis, los pequeños vasos de incineración no acostumbran a llevar este tipo de protección cerámica decantándose por otros sistemas alternativos que no podemos concretar.

En cuanto al metal, solo dos tumbas demuestran su presencia, pero siempre fuera de contexto lo que nos impide interpretarlos como ajuares. Por un lado, en la tumba CPR-1064 apareció un fragmento de brazalete rodado, mientras que por otro, en la tumba CPR-1106, se localizó una anilla de bronce (posiblemente un pendiente) también descontextualizada. Por lo que respecta al resto de tumbas, ninguna de ellas presentó ningún elemento metálico, cerámico o faunístico que pudiera ser interpretado como ajuar u ofrenda. Nos encontramos, pues, ante un conjunto de tumbas que en el caso de encontrarse relacionadas entre sí, no manifiestan importantes diferencias internas.

En definitiva, volvemos a redundar en las mismas conclusiones de orden cronológico que hemos venido extrayendo del análisis del anterior empedrado y de las relaciones físicas

sencillas y complejas del Bronce Final, es decir, la imposibilidad de establecer una fasificación interna del periodo.

1.2. LA PRESENCIA DE VASOS AJENOS A LA TUMBA (VAT) EN OTRAS TUMBAS.

Como ya definimos en su momento un vaso ajeno a la tumba (VAT) hace referencia a la presencia de fragmentos de vasos que sabemos que no pertenecen al conjunto funerario original pero que debido al proceso de rellenado de las sepulturas aparecen en el interior de otras tumbas o de sus vasos. Se trata, pues, de restos de vasos seguramente procedentes de tumbas destruidas que se encuentran dispersos por la superficie de la necrópolis y que van a parar al interior de otras tumbas o vasos cinerarios formando parte del sedimento y de las piedras que se utilizan para sellar la tumba. Estos VAT resultan bastante fáciles de identificar en aquellos casos en que el depósito funerario original de la tumba se encuentra en perfectas condiciones de conservación o ligeramente alterado, en contraposición al nivel de degradación que caracteriza al VAT, normalmente reducido a una insignificante parte del vaso original. No obstante, en los casos en que la tumba se encuentra afectada y presenta un notable nivel de destrucción de su contenido, la identificación de los VAT resulta mucho más problemática.

Para el caso que nos ocupa, nos interesa señalar, sobre todo, la secuencia cronológica relativa que se deduce de la presencia de estos pequeños fragmentos de vasos, ya que su localización en el interior de otros vasos o de las tumbas indican necesariamente su destrucción anterior y, por lo tanto, su preexistencia respecto a las tumbas que los contienen, teniendo en cuenta la rapidez de colmatación de las urnas y de las tumbas. En definitiva, los VAT son cronológicamente anteriores a las tumbas y vasos que los contienen. No obstante, para validar esta secuencia es absolutamente necesario identificar las alteraciones posteriores que ha sufrido la tumba y su contenido o de lo contrario podríamos confundirnos y establecer secuencias equivocadas. Es por esto, que la identificación de VAT dentro de los vasos cinerarios ofrecen muchas más garantías que no los que proceden directamente de las tumbas, ya que en muchas áreas de la necrópolis resultó imposible identificar la forma y dimensiones de las fosas que contenían el conjunto funerario.

La presencia de VAT en las tumbas se da a lo largo de todo el tiempo en que está en funcionamiento la necrópolis. Durante el Bronce Final, la identificación de VAT viene dada sobre todo gracias a su localización en los vasos cinerarios. Normalmente, pueden aparecer

todo tipo de fragmentos pertenecientes a vasos más o menos reconocibles como, por ejemplo, los pertenecientes a la forma 3, la 4 o los pequeños vasos de incineración. Precisamente, estos últimos resultan los casos más abundantes, lo que nos permite deducir ciertas prácticas rituales encaminadas a reunificar determinados difuntos, seguramente por sus lazos familiares, a pesar de que ello pudiera conllevar la destrucción de parte o todo el conjunto funerario.

Los VAT pertenecientes al Bronce Final son perfectamente identificables dentro de las tumbas de la Primera Edad del Hierro. Incluso, en algunos casos nos encontramos ante vasos completos, por ejemplo en las tumbas CPR-962 y CPR-965, que han sido amortizados en el interior de la tumba tras verse afectados por la excavación de una nueva fosa. La principal evidencia de estos VAT procede de las tumbas complejas de la Primera Edad del Hierro como, por ejemplo, sucede en la CPR-710, la CPR-711, la CPR-869, la CPR-962, la CPR-965, la CPR-969, la CPR-984, la CPR-1007 y tal vez también la CPR-677 y la CPR-744.

Finalmente, entre las tumbas de la Primera Edad del Hierro también se da la presencia de VAT de esa misma cronología, pero en este caso resulta aún mucho más problemático, ya que frecuentemente se localizan en las tumbas complejas, donde los procesos de destrucción y violación posteriores al sellado de la tumba son frecuentes y más evidentes, lo que reduce considerablemente las posibilidades de aceptar la secuencia como válida.

El valor cronológico de la identificación de los VAT no ha resultado muy útil hasta el momento, ya que las secuencias cronológicas se establecen entre un material bien contextualizado como es el procedente de las tumbas y otro absolutamente fragmentario y lo que es más importante aún, descontextualizado, como son los VAT. No obstante, en el caso de los VAT del Bronce Final en las tumbas de la Primera Edad del Hierro si que nos ha servido para plantear en algunos casos la localización de tumbas del Bronce Final en los límites más meridionales de la necrópolis.

Para una mayor utilidad de los VAT como indicador cronológico resultaría imprescindible la identificación de su procedencia original, es decir, de la tumba de la cual proceden, lo que nos permitiría fechar este conjunto con antelación a aquel en el que aparece como VAT. A pesar de que en muchas ocasiones creemos que la tumba original ha sido destruida, en algunos casos muy concretos la posibilidad de identificarla ha sido viable, fundamentalmente, en aquellos en que las tumbas son próximas y la identificación de la procedencia de los VAT resulta casi automática. Esto sucede, por ejemplo, con las tumbas CPR-628, CPR-644 y CPR-645 (fig. 90.7) que ya analizamos en el capítulo de las relaciones

físicas. En este caso, observamos que las dos últimas estructuras, fechadas en la Primera Edad del Hierro, contienen en su interior diversos VAT de los cuales algunos enganchan entre sí (CPR-644-A-55C va con CPR-645-21F y CPR-644-A-54D va con CPR-645-A-59E) y que, además, podemos situar su procedencia en la primera de las tumbas que cronológicamente pertenece al Bronce Final.

1.3. LA SERIACIÓN TIPOLOGICA DE LOS MATERIALES.

Los materiales arqueológicos presentan una datación relativa como consecuencia de los años de investigaciones que han ido confirmando y concretando su atribución cronológica. Los tipos de objetos más representativos desde este punto de vista son las cerámicas y los metales. En el primer caso, ya analizamos con detalle cada uno de los tipos cerámicos definidos, para los que además tratamos de realizar una aproximación cronológica a partir del contexto en la necrópolis y en otros yacimientos del NE peninsular. En cuanto a los metales hemos realizado una matriz diagonalizada (tabla 33) para expresar mejor la atribución cronológica que corresponde a cada tipo funcional.

En general, estas seriaciones tipológicas han sido utilizadas para la identificación inicial de la cronología de las tumbas. De este modo, antes de intervenir directamente sobre la excavación del contenido de los vasos ya disponíamos de una previa orientación cronológica que procedía del momento de la excavación de la tumba y de la exhumación de sus materiales. Durante la intervención de laboratorio centrada en la excavación de los vasos cinerarios y de los vasos de ofrenda, se puso especial interés en documentar las asociaciones con otros objetos, principalmente metálicos. En este caso, la presencia de hierro era un elemento determinante para atribuir a la tumba una cronología de la Primera Edad del Hierro, siempre y cuando éste o estos objetos presentaran unas mínimas garantías estratigráficas como para aceptar su cronología relativa.

Gracias a la contribución de todos estos datos cronológicos, desde un buen principio fue posible distinguir con suficiente claridad la existencia de dos periodos, uno correspondiente al Bronce Final y otro a la Primera Edad del Hierro. No obstante, quedaban muchas preguntas por contestar como, por ejemplo, la existencia de una fase de abandono o de transición, y por tanto su definición, entre ambas etapas o, por otro lado, la delimitación temporal de las distintas fases con especial importancia del inicio y final de la necrópolis.

Somos conscientes de los problemas que existen en las tipologías de materiales a las que hemos recurrido, ya que podemos encontrarnos con algunos objetos que presenten importantes perduraciones en el tiempo o la escasa o nula adscripción cronológica de algunos otros, lo que se manifiesta principalmente en la difícil identificación de una fase de transición en la que creemos debió existir. En definitiva, todo ello repercute notablemente en el conocimiento de la evolución de la necrópolis.

Sobre los materiales cerámicos y sus características tipológicas y decorativas ya nos hemos extendido demasiado, por lo que remitimos al capítulo correspondiente donde se analiza en detalle las cuestiones de orden cronológico. No obstante, consideramos oportuno evaluar los diferentes aspectos de orden cronológico que hemos valorado. De este modo, el referente básico para el periodo del Bronce Final fue la fasificación tradicionalmente definida para la cercana necrópolis de Can Missert (Almagro Gorbea, 1972; Ruiz Zapatero, 1985; Petit, 1985). Los problemas que presenta esta tipología ya han sido sobradamente comentados, pero nos quedamos principalmente con dos conclusiones. Por un lado, la no existencia de cerámicas morfológicamente asociadas al horizonte pretendidamente más antiguo y, por otro, la invalidez del resto de la secuencia tal y como se ha visto tras el análisis de las relaciones físicas. No obstante, estas relaciones físicas sólo demuestran la contemporaneidad, al parecer durante un importante espacio de tiempo, de los tipos cerámicos propios de las fases II-III de Can Missert respecto a los de la IV, sin que por ello deba asumirse una misma trayectoria cronológica para ambos, ya que objetivamente, a partir de los datos aportados por la necrópolis, nada podemos decir acerca de sus orígenes y, en definitiva, si uno de los tipos es cronológicamente anterior al otro.

En esencia, de todo ello se desprende que solo parece válida la distinción entre los tipos pertenecientes a las formas 3 y 4 o, mejor aún, entre los vasos con borde convexo y los vasos con borde recto y cuerpo globular o bitroncocónico. No obstante, la distribución de las tumbas que incluyen estos elementos no muestra ninguna concentración especial y susceptible de ser interpretada desde una perspectiva cronológica. Como se puede ver en la figura 97, la presencia de las tumbas que contienen estos vasos se entremezclan sin un orden aparente lo que incide de nuevo en su contemporaneidad.

Para las cerámicas de la Primera Edad del Hierro utilizamos las diferentes propuestas tipológicas a nuestro alcance (Pons, 1982; Ruiz Zapatero, 1985). El problema con el que nos topamos es que no existe una secuencia más detallada de esta fase y los tipos cerámicos se definen cronológicamente a partir de su exclusión respecto a los periodos anterior y posterior.

En este sentido, la publicación de la necrópolis de El Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998) y del conjunto de DIASA en Can Roqueta (Boquer *et alii*, 1999) resultó de gran ayuda, tanto por su cercanía geográfica como por su cronología tan acotada y monofásica. El principal problema consistía en la inexistencia de una secuencia tipológica de los materiales cerámicos para este periodo, cuestión que en nuestro caso se puede intuir gracias a la asociación de determinados objetos metálicos, tal y como veremos más adelante.

Los metales presentan una adscripción cronológica más concreta y una presencia geográfica más amplia, lo que nos permite trabajar con más contextos arqueológicos. Los objetos fueron clasificados por su funcionalidad y por sus características tipológicas (Rovira, 2002). En el primer caso, se distinguió entre objetos ornamentales (anillas, cadenas, cuentas de collar, pendientes, agujas, brazaletes, fibulas, botones y cinturones), de aseo personal (navajas, pinzas de depilar y cuchillos de tamaño pequeño), bélicos (puntas de flecha y cuchillos grandes de más de 16 cm. de largo), rituales (diversos asadores y un *simpulum*), elementos de caballería (posibles bocados de caballo), plurifuncionales (cuchillos de tamaño medio que pueden tener múltiples utilidades) e indeterminados (imposibles de atribuir a ninguna de las anteriores categorías por su estado de conservación o grado de fragmentación).

En total, los metales suman un total de 537 objetos que han aparecido en las tumbas, en el interior de los vasos (normalmente dentro del vaso cinerario) o aislados y sin un contexto aparente. Este número es previsible que aumente cuando se proceda a la excavación de los vasos que aún permanecen en el Museu d'Història de Sabadell. Por lo tanto, en el momento actual de las investigaciones, la proporción de metales por periodo muestra su escasez durante el Bronce Final, ya que sólo hay 22, mientras que en el periodo siguiente se han contabilizado un total de 329. El resto, unos 185, resultan difíciles de encuadrar cronológicamente.

Durante el Bronce Final los metales más característicos son los objetos ornamentales, como las anillas y los brazaletes sencillos y múltiples, y los de aseo personal, como las navajas de hoja rectangular y las pinzas de depilar. Para validar esta cronología resulta de vital importancia la asociación de estos objetos con otros elementos de ese mismo periodo como, por ejemplo, los vasos cinerarios decorados con acanalados de la forma 3, ya que la realidad es que estos objetos pueden sobrepasar ese límite cronológico y adentrarse en la Primera Edad del Hierro. Esto sucede frecuentemente con los objetos ornamentales y en menor medida en los de aseo personal, donde sólo una de las navajas de afeitar (CPR-288) está asociada a un conjunto cerámico y metálico de este periodo.

Estos objetos, principalmente anillas y brazaletes, presentan una amplia distribución en diversos yacimientos del NE peninsular (Rovira, 2002). En el caso de las pinzas (foto 20) y de las navajas (foto 21), su aparición se reduce notablemente, sobre todo en el segundo caso, ya que a pesar de existir una variabilidad tipológica muy notable, el tipo que nosotros tenemos representado resulta casi inédito. Dos de los casos de Can Bech de Baix en Agullana (Palol, 1958: tumbas 183 y 207) constituyen los más próximos si bien se observan importantes diferencias en la decoración y el tipo de empuñadura respecto a las de Can Piteu-Can Roqueta que resultan mucho más sencillas. Igual sucede con el ejemplar procedente de El Pi de la Lliura (Pons y Solés, 1994: fig. 31.2). Las pinzas de depilar por su sencillez tipológica presentan muchos más paralelos a lo largo y ancho de toda la geografía catalana y del Golfo de León. Baste citar, dentro del mismo horizonte cronológico en el que nos movemos, los casos de Agullana (Palol, 1958: tumba 9), de Le Moulin de Mailhac (Taffanel y Janin, 1998: tumbas 102, 135, 174, 198, 216, 217, 264, 288 y 289) y del cercano hábitat de Can Roqueta-DIASA (Carlús *et alii*, 1999: 170-171). Su localización en las necrópolis de la muralla NE de Empúries (Almagro Basch, 1955), de Mas de Mussol y Mianes (Maluquer de Motes, 1984 y 1987) o Milmanda (Ramon, 1995: lám. 4.4), entre otros ejemplos, muestran su perduración más allá de este periodo, lo que no ocurre, sin embargo en nuestra necrópolis.

Por último, habría que mencionar todo un conjunto de piezas metálicas que aparecen con toda claridad en contextos de la Primera Edad del Hierro pero que podrían ser susceptibles de localizarse en tumbas más antiguas. Esto sucede con las agujas de cabeza enrollada (foto 25), un total de 6 (una de ellas de hierro) y de cabeza anular (foto 26), con un único ejemplar, y las puntas de flecha con aletas y pedúnculo (foto 22), con 4 casos, conocidas como de tipo mailhaciense y que han aparecido en todos los casos descontextualizadas, excepto en uno de ellos que fechamos dentro de la Primera Edad del Hierro. El análisis de otros yacimientos de Cataluña y sur de Francia nos obliga a ser cautelosos con la cronología de estos objetos, ya que está perfectamente demostrada tanto su antigüedad como su perduración más allá del Bronce Final (Pons, 1984: 179-182 y 201; Ruiz Zapatero, 1985: 930-936 y 939-945; Kaiser, 2003: 89) e incluso es frecuente la realización de alguno de estos modelos en hierro como sucede con las agujas de cabeza enrollada. El ejemplar de la tumba CPR-1007, el de la cercana necrópolis de el Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998: tumba 34) o los numerosos casos del sur de Francia, como Le Moulin de Mailhac (Taffanel y Janin, 1998) o las tres necrópolis de Castres (Giraud, Pons y Janin, 2003), son suficientemente significativos para evidenciar esta evolución.

En general, con los escasos datos de que disponemos, no podemos valorar si existe o no un aumento progresivo de la amortización de metal en las tumbas, tal y como generalmente se ha venido asumiendo. En todo caso, si que evidenciamos la coincidencia de estos objetos metálicos (navajas y pinzas, principalmente) con las urnas de cuello diferenciado y borde convexo, por lo que en caso de que fuera cierto la existencia de un aumento del uso y amortización del metal con el tiempo, volveríamos a entrar en contradicción con la clásica seriación admitida para Can Missert, ya que esta forma cerámica resultaría ser más moderna de lo tradicionalmente admitido.

A partir de la Primera Edad del Hierro, en cambio, los metales se hacen mucho más frecuentes y más variados tipológica y tecnológicamente. La principal característica es la introducción de los primeros objetos de hierro, pero esto no significará la desaparición de los objetos realizados en bronce, si no más bien todo lo contrario. De hecho, también cobra especial significado la utilización de los dos metales para la confección de determinados objetos como los cuchillos que, en ocasiones utilizan remaches de cobre/bronce, o las fíbulas serpentiformes cuyo remate esférico presenta a veces un vástago interno realizado en ese mismo metal que sirve de unión entre los dos cuerpos hemisféricos. En otras ocasiones, un compuesto de base cobre es utilizado igualmente para soldar ambos cuerpos y conseguir ese mismo propósito (Rovira, 2002).

Cronológicamente, la presencia de hierro es lo suficientemente significativa como para establecer un nuevo periodo que se caracteriza por la definitiva apertura de estas comunidades a unas redes comerciales de un amplio radio de acción territorial. No obstante, cabe la posibilidad de que con anterioridad a la entrada de objetos confeccionados con este nuevo material ya existieran indicios de que los habitantes de Can Roqueta habían alcanzado las condiciones necesarias para acceder a esas mismas amplias redes comerciales. Esta fase de transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro debió darse en algún momento del siglo VIII cal. ANE y vendría definida por la presencia en la necrópolis de las fíbulas de pivote y de doble resorte, todas ellas realizadas en bronce (Marlasca *et alii*, e.p.). A este conjunto de materiales probablemente habría que añadir algunos de los objetos que hunden sus raíces en el Bronce Final pero que continuarán todavía en uso como son los tipos de agujas antes mencionados, las pinzas, las navajas y el resto de elementos ornamentales. La duración de esta fase de transición no debió prolongarse mucho en el tiempo ya que rápidamente se introdujeron los primeros objetos de hierro, principalmente cuchillos, que, aunque de forma testimonial, pronto veremos asociados a una navaja, agujas de cabeza enrollada o anular y fíbulas de pivote o doble resorte.

Las fibulas de pivote (foto 83), también llamadas fibulas de dos piezas o tipo Agullana-Sanchorreja, son un total de siete, aunque tres de ellas aparecieron fuera de contexto. La conservación de estas fibulas es excelente en la mayoría de casos, excepto en uno del que sólo conservamos el pivote. Tipológicamente, presentan unas características muy homogéneas, es decir, un arco de sección ligeramente romboidal que puede estar decorado con incisiones (motivos en espina de pez o triángulos rellenos). El arco y la base de la aguja presenta pequeñas protuberancias o bien tres o cuatro apéndices cónicos en forma de trompeta que pueden ser macizos o bien con una o varias concavidades (fig. 102.1-2 y 5). Su origen aún es discutido, pero la mayoría de autores consideran que se trata de una producción mediterránea itálica, siciliota en concreto, y de raíz oriental, a pesar de que la mayoría de hallazgos se concentran en el NE peninsular²⁰⁶. Cronológicamente, debería situarse entre los siglos IX y VIII ANE, siglo X cal. ANE para Castro (1994: 140-141), si bien pueden perdurar hasta el siglo VI ANE (Argente Oliver, 1994; Cerdeño y Juez, 2002: fig. 68.5).



Fig. 83.- Conjunto de fibulas de pivote.

Las fibulas de doble resorte forman un conjunto de cinco ejemplares (fig. 102.3-4 y 84-85), de las cuales cuatro aparecieron bien contextualizadas en el interior de tumbas. Tipológicamente, también presentan características muy homogéneas a pesar de ciertas variaciones internas en la forma de la sección del alambre a partir del cual están hechas o si presentan o no decoración (motivo de espina de pez). Estas fibulas tienen una gran

²⁰⁶ Destacamos los casos de Nules, Can Bech de Baix en Agullana, El Calvari en El Molar y el pecio de Rochelongue (Agde). A todos estos hallazgos debemos sumar los recientemente documentados en el sector de Torre Romeu en Can Roqueta, el del poblado preibérico de St. Jaume Mas d'en Serrà en Alcanar, los dos nuevos casos de la necrópolis de Agullana (Marlasca *et alii*, e.p.) o el ejemplar procedente del hábitat de Can Xac en Argelaguer (Manzano, Agustí y Colomeda, e.p.), cerca de Olot.

distribución peninsular²⁰⁷ y en el sur de Francia, pero su origen es vinculado a prototipos itálicos u orientales, mientras que su difusión se relaciona con el comercio fenicio. Cronológicamente, existe una importante diversidad de opiniones sobre el inicio de fabricación de esta fibula que oscila entre mediados (Ruiz Zapatero, 1985: 952-955; Storch de Gracia, 1989: 368-369; Taffanel y Janin, 1998) o finales del siglo VIII ANE y principios o finales del siguiente (Navarro, 1970: 40; Iniesta, 1983; Argente Oliver, 1994: 51-58). Más consenso existe acerca del final de esta fibula que no iría más allá del siglo V ANE.



Fig. 84 y 85.- Conjunto de fibulas de doble resorte.

El resto de objetos metálicos fechados durante la Primera Edad del Hierro pertenecerían a un momento cronológico más avanzado. En general, son objetos de tipología diversa pero que podemos relacionar con los procedentes de otras necrópolis del territorio catalán y del sur de Francia (Rovira, 2002). Destacamos, no obstante, la falta de armas, fenómeno que podemos paralelizar con la cercana necrópolis de el Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998), pero que contrasta con los casos de Llinars del Vallès y la Granja Soley (Sanmartí, 1993 y Sanmartí *et alii*, 1982), lo cual puede explicarse por una cuestión de orden cronológico, es decir, que estas dos necrópolis sean más tardías que las anteriores. Por otro lado, señalamos también como datos curiosos la repetida asociación entre cuchillo y fibula serpentiforme y la acumulación de objetos en algunas tumbas (tabla 33).

Entre los objetos de función ornamental destacamos los cinturones que presentan interesantes diferencias que afectan tanto al tipo de hebilla (fotos 29 y 30) como a los elementos que decoran el cinturón. Las primeras se caracterizan por tener un único garfio, pero tanto pueden tener una placa rectangular decorada (3 casos) como ser romboidal de escotaduras laterales abiertas y hallarse calada (2 casos). El primer caso se encuentra

²⁰⁷ Dentro del NE peninsular destacamos los casos de Agullana (Ruiz Zapatero, 1985: 81 y 91), las de El Molar (Castro, 1994: 106 y 141), las de La Pedrera y La Palma en Tortosa (Navarro, 1970: 33-34). Más recientemente, tenemos los casos de La Pena (Gallart, 1988), Els Vilars (Garcés *et alii*, 1993) y el poblado de La Pedrera (Gallart y Junyent, 1989).

documentado en el pecio de Rochelongue (Bouscaras y Hugues, 1967) y en las recientemente excavadas necrópolis de El Pla de la Bruguera (Clop *et alii*: tumba 7) y de Llinars del Vallès (Muñoz, 2002), mientras que el segundo lo localizamos en Ullastret (Pons, 1977), de nuevo en el Pla de la Bruguera (Clop *et alii*: tumba 1) y en diversos yacimientos del sur de Francia del horizonte Grand Bassin I (Guilaine, 1972). Como vemos no se trata de tipos muy corrientes, pero aún y así ambos tipos guardan una cierta coherencia cronológica, ya que se fechan entorno al 600 ANE. Los cinturones, en cambio, son más difíciles de interpretar ya que están hechos de materiales perecederos, cuero o algún tipo de tejido, aunque en ocasiones presentan complementos decorativos que nos permiten intuir como irían ornamentados. Esto ocurre con el cinturón procedente del interior del vaso cinerario de la tumba CPR-296 que presentaría una hebilla de placa rectangular y un cinturón decorado con alrededor de 1220 botones de cabeza hemisférica y anilla interior de pequeño tamaño (foto 86). Otro caso llamativo es el procedente del vaso cinerario de la tumba CPR-965 que se caracteriza por una hebilla romboidal de escotaduras abiertas calada, su correspondiente pieza hembra y un cinturón recubierto por una fina placa de bronce que forraría todo su perímetro. En ocasiones, las hebillas han conservado los elementos de fijación al cinturón u otros complementos decorativos (anillas, cadenas, colgantes con forma de ocho, etc.) que se llevarían colgando (foto 87).

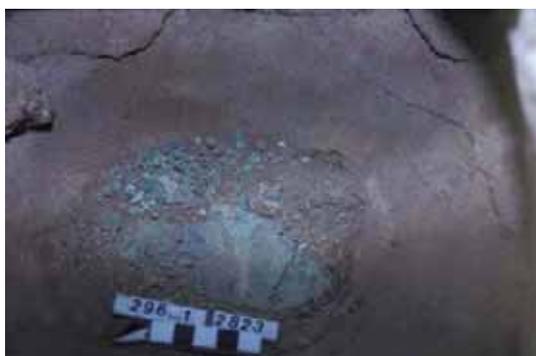


Fig. 86.- Hebillas de cinturón de la tumba 296.



Fig. 87.- Colgantes de la hebilla de la tumba 1025

Como marcadores cronológicos también son muy interesantes las fíbulas serpentiformes y de resorte bilateral y las agujas de cabeza biglobular, todas ellas elementos ornamentales asociados al vestido. Las fíbulas serpentiformes son un tipo prácticamente inédito en Cataluña hasta hace bien poco, pues sólo se conocían los recientes casos de El Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998: tumbas 6 y 21, ésta con dos ejemplares). Sin duda alguna, los ejemplares documentados en Can Piteu-Can Roqueta, un total de 80 normalmente de hierro, pero también bimetálicas, significan un vuelco espectacular a esta escasez de datos. Este tipo de fíbula (fig. 102.6 y foto 36) está fabricada a partir de un alambre de hierro que se

ha torsionado múltiples veces hasta conseguir su característica forma serpenteante. Presenta un resorte con muy pocas espiras (de una a tres), un puente que puede ser de sección redondeada o plana y un pie levantado que es rematado por una esfera hueca. Su origen hay que buscarlo en los precedentes bronceos localizados fundamentalmente en Italia pero también presentes en Francia. No obstante, resulta sumamente curioso constatar que los ejemplares fabricados en hierro, hasta la aparición de los casos documentados en el Vallès, se concentraban en el SE francés, concretamente entre los Pirineos y el Garona, donde son típicos del complejo Grand Bassin I (Pons, 1984: 208).

Las fíbulas de resorte bilateral (foto 38) son sólo dos, están hechas de hierro y se han conservado muy fragmentadas. La imposibilidad de caracterizar la forma del pie nos impide realizar un estudio tipológico más exhaustivo. No obstante, recordamos que el ejemplar de les Sitges de la UAB (Maya, 1985) podría ser el caso tipológicamente más cercano al nuestro.

Las agujas exclusivas de este periodo son las denominadas biglobulares o de pesa. Son un total de 9, todas ellas de hierro menos una. Se trata de un tipo original del sudeste de Francia donde es muy común, tal y como indican los casos encontrados en el pecio de Rochelongue (Bouscaras y Hughes, 1967), Le Moulin en Mailhac (tumba 275), Le Peyrou en Agde (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989) o Le Causse en Castres (Giraud, Pons y Janin, 2003), entre otros. En el NE peninsular, los dos únicos casos conocidos, ambos en bronce, son muy próximos a nuestra necrópolis ya que se localizan en Llinars del Vallès (Sanmartí, 1993) y en el Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998).

El resto de objetos que podemos definir como ornamentales son las anillas, cadenas, pulseras, cuentas de collar, pendientes, colgantes, brazaletes, espirales o coleteros y botones. Se trata de objetos muy representados a lo largo y ancho de toda la geografía del NE peninsular y Sur de Francia y que, en muchos de los casos, tienen una clara continuidad respecto al Bronce Final. Tal vez lo más llamativo resulte la adaptación de estos tipos al hierro, aunque muchos otros se continúan realizando exclusivamente en bronce como los botones que pueden ser de tres tipos: de cabeza hemisférica o discoidal con anilla interna o de cabeza discoidal y travesaño. En cuanto a los brazaletes, estos pueden ser de hierro o de bronce, de sección circular o rectangular, sencillos o múltiples, cerrados o abiertos y, en ocasiones, rematados con esferas, éstos muy frecuentes en las necrópolis francesas y catalanas. Por último, mención especial merecen los dos torques filiformes de bronce, de sección redonda y de extremos delgados y girados (tumbas CPR-677 y CPR-832) que perfectamente pudieron ir complementados con todo tipo de anillas y cuentas (fig. 102.8).

Sus paralelos más próximos los documentamos en las necrópolis de El Calvari en El Molar (Castro, 1994: 106) o Pedrós (Maya, 1976), pero también pueden realizarse a partir de un alambre torsionado como en el sureste de Francia (Giraud, Pons y Janin, 2003: fig. 149), donde también son frecuentes en oro (Guilaine, 1972: fig. 116.7 y 117.1-3). Este modelo presenta unas características que también puede darse entre los brazaletes como, por ejemplo, sucede en El Colomer de Pallerols (Gallart y López, 1991: fig. 8).

Otro objeto muy representado con un total de 127 elementos son los cuchillos de remaches (foto 35) típicos del denominado horizonte Grand Bassin I (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989) que son muy característicos del sur de Francia y el NE peninsular (Pons, 1984; Rovira, 1998). A pesar de esta asociación, hay que reconocer que existe una gran variedad tipológica interna que afecta al tamaño (entre 7 y 19 cm.), a la forma de la hoja y del mango y al número de remaches que normalmente es de dos. Esto puede implicar que no todos tuvieran una misma función, pudiendo valorar alternativas como el aseo personal (los más pequeños), armas (los más grandes) o simplemente como útiles cotidianos. La lista de yacimientos en que aparecen este tipo de cuchillos es muy grande, ya que se trata posiblemente del objeto que más éxito tuvo dentro de las redes comerciales del momento.

Los objetos que hemos considerado asociados a la celebración de banquetes y, por lo tanto, rituales son los asadores de hierro y un *simpulum* hecho en bronce (Marlasca *et alii*, e.p.). Se trata de una serie de elementos que gozaron de una amplia aceptación entre las élites indígenas del Mediterráneo central y occidental, bien porque éstos readaptan sus viejas costumbres con la adquisición de nuevos productos de factura mediterránea o bien porque asimilan un ritual completamente ajeno a sus prácticas locales entre las que se incluiría el consumo de vino y de asados de carne, tal y como se ha propuesto a partir del siglo VIII ANE en el sur de Italia y el Lacio debido al contacto con las colonias griegas (Kohler y Naso 1991). Estas nuevas prácticas implicarían también la aceptación de una nueva panoplia bélica en los ajuares masculinos de alto rango (Tagliente, 1994: 77).

Los asadores (fig.102.9 y fotos 39 y 40) forman un conjunto reducido de tres o cuatro ejemplares que han aparecido en tres estructuras diferentes. El localizado en la estructura CPR-20²⁰⁸ es el más espectacular ya que mide 82'5 cm. de longitud y presenta una sección

²⁰⁸ Esta estructura no puede interpretarse al menos como una tumba convencional, ya que en el interior no aparecieron los restos incinerados del posible muerto. No obstante, presenta un notable ajuar metálico compuesto por el asador, una anilla y una fibula serpentiforme y otro cerámico formado por un total de cinco vasos. Por lo demás, la fosa de esta estructura cumple las características del modelo complejo, tanto por sus dimensiones como por la existencia de un *loculus* ubicado en la parte oeste. No obstante, a pesar de la inexistencia de restos

cuadrangular. Se trata de un asador con un extremo enrollado que responde a modelos bien representados en las necrópolis suritálicas y laciales. Los otros casos, probablemente dos en la tumba CPR-536 y otro en la CPR-832, son de menor tamaño, tienen una sección cuadrangular y presentan características bien diferentes al anterior, ya que tienen un ensanche parcial de forma discoidal o romboidal en uno de los lados. En este caso, los prototipos proceden del mundo griego, por ejemplo, en alguna tumba prestigiosa de Argos del periodo geométrico, allá por el siglo VIII a.n.e (Courbin, 1974: 136; Piérart y Touchais, 1996: 27-28), pero también pueden ser identificados en zonas del Mediterráneo occidental como en la necrópolis de Le Moulin de Mailhac, donde se fecha dentro del siglo VII a.n.e (AAVV, 1997: 41), o hacia el 600 a.n.e en el poblado de Sant Jaume Mas d'en Serra²⁰⁹ en Alcanar.

El *simpulum* de bronce (fig. 102.7 y foto 34) apareció en el interior de un vaso de ofrendas de la tumba CPR-18 donde se hallaba colgando del borde. No presenta ningún tipo de decoración, pero tiene forma carenada y un fondo umbilicado. El origen de este tipo de objetos ha sido puesto en relación con el Norte de Italia (Solier, Rancoule y Passelac, 1976: 69) o en general de ambiente Mediterráneo aunque con notable presencia en Italia (Janin, 2000: 126), mientras que su difusión resulta bastante restringida, ya que para algunos serían objetos que se amortizarían exclusivamente en tumbas de personajes masculinos de alto rango (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989: 438, 447). La aparición de los *simpulum* más antiguos, siempre en contextos de Primera Edad del Hierro u horizonte Grand Bassin I, está limitada a la zona norte de Cataluña y a los departamentos del sureste francés (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989: 417-423, 434-438; Sanmartí, 1993: 44). El ejemplar de nuestra necrópolis debería fecharse hacia el 600 a.n.e, en relación a los ejemplares de La Redorte de Mailhac, de Agullana, de Anglés y, probablemente también el mango aparecido en la fase IIb del poblado de St. Martí d'Empúries (Castanyer *et alii*, 1999: fig. 208.13), todos ellos conjuntos donde el armamento aún no está presente. Los *simpula* tendrán continuidad más adelante en Corno Lauzo (Mailhac), Pézenas, Couffoulens, Llinars del Vallès, Peralada, muralla NE de Empúries y Granja Soley (Sanmartí, 1993: 44)

Otro hallazgo excepcional son los supuestos bocados de caballo (foto 41) hechos en hierro que han aparecido en el interior de los vasos cinerarios de las tumbas CPR-106 y CPR-296. En el segundo de los casos está compuesto por dos piezas retorcidas de 11'2 cm. de largo cada una con unos extremos anulares por donde pasan sendas anillas. Esta identificación

humanos cremados, esta estructura ha sido interpretada como funeraria, bien por haber sido violada en algún momento o bien por tratarse de una tumba conmemorativa o cenotafio.

²⁰⁹ Agradecemos a David García (codirector de la excavación) poder mencionar este dato inédito.

funcional se encuentra por confirmar y estamos a la espera de la finalización de su restauración, para poder asegurar su correcta identificación. El problema que planteamos es que se trata de una pieza que quizás resulta excesivamente delgada para semejante función, lo que tal vez explique la utilización de un doble eje. En todo caso, de tratarse de un bocado destacamos su originalidad respecto a otros ejemplares documentados en St. Martí d'Empúries (Castanyer *et alii*, 1999b: 179), la Ferradura (Maluquer de Motes, 1983: 27) o la Pedrera (Garcés, 2002: ficha 94). En el sureste francés como por ejemplo en Grand Bassin I en Mailhac (Janin, 2000: 126), este tipo de productos se asocian a personajes destacados que son heroizados tras su muerte, a imagen y semejanza de lo que sucede en otros contextos mediterráneos, tanto en Oriente como en Etruria y el norte de Italia (Bouloumié, 1988).

Para finalizar y dejando de lado los materiales cerámicos y metálicos, queremos llamar la atención sobre la presencia de cuentas de collar de pasta vítrea. Estas han aparecido en el interior de los vasos cinerarios de tres tumbas: una en la CPR-443, dos en la CPR-1041 y cuatro más en la CPR-677. Todas ellas son muy sencillas, de colores variados (amarillo, blanco o verde) y de forma anular con diámetros de entre 7 y 9 mm., excepto en un caso que tiene forma de lágrima y es de color azul. No existe mucho consenso a la hora de ubicar el origen de este tipo de cuentas de collar tan sencillas que tanto podría ser mediterráneo, como continental o, incluso, local (Marlasca, e.p.).

1.4. LA ARQUITECTURA DE LAS TUMBAS.

La arquitectura de las tumbas evidencia una evolución de lo más sencillo a lo más complejo, aunque sin que las primeras dejen de existir durante todo el funcionamiento de la necrópolis. De esta forma, a pesar de que las tumbas sencillas no sirven como argumento para fechar, no ocurre lo mismo con las tumbas complejas de tipo silo con *loculi* y otros arreglos internos como encajes laterales y agujeros de poste, que siempre se dan durante la Primera Edad del Hierro y, probablemente incluso, en un momento avanzado de este periodo. Esta afirmación viene apoyada por otros elementos ciertamente relevantes como, por ejemplo, una distribución espacial diferente para las tumbas complejas que ocupan la zona central y meridional de la necrópolis y la presencia en su interior de ajuares típicos cerámicos y metálicos del último periodo de utilización de la misma. Por último, queremos recordar que el engrandecimiento de las tumbas es una evolución que se observa en muchas necrópolis de la Primera Edad del Hierro respecto a las más modestas del periodo anterior. De esta forma, destacamos como las tumbas de tipo silo son características de la necrópolis de Llinars del

Vallès (Muñoz, 2002), de El Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998), donde además conviven con otras más pequeñas, y también de Le Moulin en Mailhac donde se observan, igual que en nuestra necrópolis, relaciones físicas entre tumbas del Bronce Final mailhaciense y las del horizonte de Grand Bassin I (Taffanel y Janin, 1998: 207, fig. 313).

El resto de elementos asociados a la arquitectura de las tumbas, como los tipos de cubierta identificados, son imposibles de utilizar como argumento para adscribir cronológicamente una tumba a un periodo o a otro, a excepción de aquellos que pudieran estar realizados en madera que hemos situado dentro de la Primera Edad del Hierro.

1.5. LOS HALLAZGOS RECURRENTES SUSCEPTIBLES DE INDICAR CONTEMPORANEIDAD.

Con este enunciado queremos hacer referencia a todos aquellos elementos que por su excepcionalidad en el seno de la necrópolis, pero, al mismo tiempo, reiteración en un pequeño sector de la misma pueden insinuarnos una proximidad cronológica en el tiempo. Simplemente se trata de la redundancia de un hecho muy concreto que puede tener multitud de explicaciones pero en los que intuimos una cercanía temporal.

Los casos concretos a los que queremos hacer referencia son de momento cuatro: los empedrados, la presencia de piedras planas que a modo de pedestal se colocan bajo el vaso cinerario con el objeto de equilibrarlo, la existencia de piedras o cuñas líticas que calzan el vaso para mantenerlo recto y la utilización de fragmentos informes de vasos como tapaderas.

Sobre el primero de los casos no nos extenderemos más porque consideramos que ya ha sido suficientemente tratado en anteriores apartados. Simplemente, comentar el hecho, por otra parte ya señalado, de que seguramente las tumbas que se encuentran debajo del empedrado comparten una cronología muy próxima entre sí y que no existe duda a cerca de su encuadre temporal dentro del Bronce Final.

Los vasos que presentan lo que hemos definido como pedestal, es decir, una piedra plana de formas y litologías diversas que se ubica debajo del vaso cinerario para mantenerlo en posición horizontal, son la CPR-244, la CPR-254, la CPR-294 y la CPR-467, todas ellas ubicadas en los cuadros contiguos 11A1 y 9A2 en el lado noroeste de la necrópolis y fechadas en el Bronce Final (fig. 103). La primera de las tumbas contiene una tapadera decorada internamente y un vaso cinerario de la forma 3 con meandros y un pedestal de cuarcita dispuesto de manera horizontal, de tendencia ovalada y que mide 12 cm. de largo por

8 de ancho y 3 de grosor. La tumba CPR-254 contiene una tapadera decorada y un vaso cinerario de la forma 3 con acanalados horizontales y espigas, además de un pedestal de carbonato de forma trapezoidal, cuyas medidas son 15 cm. de largo por 10 de ancho y 3'5 de grosor. La tercera tumba es la CPR-294 que presenta una cubierta de piedras y en su interior una tapadera con una acanaladura interna en el fondo y una urna cineraria de la forma 3 decorada con acanalados horizontales, oblicuos y zig-zags que albergaba una navaja y unas pinzas. El pedestal es una losa de arenisca que mide 16 cm. de lado por entre 2 y 4 de grosor. Por último, la tumba CPR-467 contiene una tapadera con acanaladuras internas, un vaso cinerario de la forma 4 decorado con acanalados horizontales y un meandro y un pedestal de conglomerado que mide 10 cm. de largo por 4 de ancho y 1 de grosor.

Las tumbas que presentan en su interior piedras de formas irregulares y litologías variadas para calzar la urna cineraria son la CPR-487, CPR-641, CPR-643 y CPR-946, todas ellas situadas en el sector noroeste de la necrópolis, concretamente en los cuadros contiguos 9A1 y 9A2 (fig. 104). Este conjunto de tumbas se fecha dentro de la Primera Edad del Hierro, incluso al parecer, dentro de la fase transicional respecto al Bronce Final, como veremos más adelante. Existen otras tumbas de las que tenemos constancia de la existencia de cuñas pétreas, pero que como aún no han sido excavadas totalmente no se incluyen en este análisis. No obstante, señalamos que todas parecen tener confirmada una idéntica cronología aunque también es cierto que se distribuyen por un sector más amplio en dirección sur. De este modo, la primera de las tumbas estudiadas (CPR-487) presenta una cubierta de piedras y en su interior una cuña de carbonato que equilibra una urna cineraria de la forma 4 decorada con acanalados horizontales y pequeñas impresiones ovales. En su interior también encontramos los restos de una tapadera sin decorar y una fíbula de doble resorte. La tumba CPR-641 tiene una cubierta de piedras y en su interior una tapadera y un vaso cinerario de la forma 4, ambos sin decorar, además de dos piedras que realizan la función de cuña. La tumba CPR-643 no tiene restos de cubierta lítica y su interior está compuesto por una tapadera y un vaso cinerario de la forma 4 que no presentan ningún tipo de decoración, además de una fíbula de pivote, una piedra que calza el vaso cinerario y la base de un probable vaso ajeno a la tumba. Finalmente, la tumba CPR-946 tampoco tiene restos de cubierta lítica, mientras que en su interior localizamos un vaso cinerario de la forma 4 sin tapadera, un vaso de ofrendas decorado con acanalados horizontales, tres piedras que calzan el vaso cinerario y un ajuar metálico compuesto por un cuchillo, una anilla de bronce y una punta de flecha mailhaciense.

Por último, en el sector central de la necrópolis del Bronce Final encontramos otra asociación de tumbas un tanto curiosa fechada en este mismo momento (fig. 105). Se trata de

cuatro tumbas, la CPR-859, CPR-875, CPR-1029 y CPR-1092, que comparten un mismo tipo de tapaderas que consiste en la utilización de fragmentos informes de tinaja recortados que al menos en los dos últimos casos, y seguramente también en la CPR-875, pertenecen a un mismo recipiente. A esta curiosidad habría que añadir la proximidad de estos vasos que se encuentran todos ellos en el cuadro 9A3 a una distancia regular de aproximadamente un metro sin que, a pesar de ello, esta distribución muestre ningún tipo de alineación u ordenamiento específico. Por último, también creemos interesante señalar que siempre se trata de vasos de tamaño pequeño. La primera de las tumbas es la que se encuentra más al sur y contiene un vaso con asa que no proporcionó restos óseos, lo que no por ello nos hace dudar de su función funeraria. La segunda presenta una cubierta de piedras y alberga en su interior un vaso cinerario de la forma 3 decorado con acanalados horizontales. La tumba CPR-1029 también contiene un vaso cinerario de la forma 3, pero esta vez decorado con acanalados horizontales, oblicuos y guirnaldas. Finalmente, la tumba CPR-1092 se caracteriza por la presencia de un vaso cinerario decorado con acanalados exclusivamente horizontales.

No podemos concretar que relación existe entre estas cuatro tumbas y la CPR-1065 situada unos metros más al norte y que, recordemos, parece cortar el empedrado CPR-1086. Se trata de una tumba con cubierta lítica que parece tener las mismas características, ya que se encontró un fragmento informe, aunque decorado con acanalados, que tal pudo haber hecho las funciones de tapadera. El vaso cinerario es de la forma 3 y está decorado con acanalados horizontales y en zig-zag y con impresiones circulares.

Dentro de todos los casos analizados y siempre presuponiendo una contemporaneidad o al menos una proximidad cronológica en cada uno de ellos, resulta muy interesante constatar como la distribución de las tumbas implicadas no demuestra la existencia de alineaciones ni de concentraciones bien definidas o delimitadas, lo que vendría a demostrar un modelo de crecimiento de la necrópolis que, en apariencia, resulta escasamente sometido a unas reglas de ordenación interna lo que repercute en una gestión supuestamente caótica del espacio funerario.

1.6. EL RADIOCARBONO.

Para concretar en la cronología de la necrópolis, a parte de los indicios obtenidos mediante el análisis estrictamente arqueológico, hemos recurrido al radiocarbono. Cuando se

propuso este método para fechar algunas de las tumbas nos encontramos ante una serie de problemas que conviene exponer.

En primer lugar, teníamos que valorar que tipo de materiales disponíamos para poder realizar este tipo de dataciones y que características y propiedades tenían cada uno de ellos para poder escoger el más idóneo para nuestros propósitos. De esta forma, habían dos posibilidades: utilizar los restos de carbones aparecidos durante la excavación de los vasos o, bien, directamente los huesos cremados resultado de la incineración del cadáver.

En el primer caso, nos encontramos con el problema de la aparición de carbones susceptibles de ser fechados por C14. Efectivamente, las cantidades resultaban mínimas o inexistentes en la mayoría de los contenidos de las urnas. Por otro lado, también resultaba importante la situación estratigráfica del carbón, ya que preferimos no utilizar los restos aparecidos en la capa I, es decir, aquellos que procedían de la capa de destrucción del vaso cinerario y de la tumba, ya que como ya dijimos, la procedencia de este material que rellena la fosa y la urna es diversa con lo que el carbón podía proceder de otro contexto preexistente a la deposición funeraria que nos interesaba fechar, exactamente igual que sucede con los VAT. En definitiva, el carbón válido de que disponemos para fechar por radiocarbono resulta escaso, lo cual nos condiciona enormemente a la hora de establecer una estrategia de prioridades para resolver problemas cronológicos concretos de la necrópolis. Por tanto, si utilizáramos el carbón estaríamos supeditados a lo que tenemos y no a lo que verdaderamente queremos fechar para solucionar problemas puntuales.

Por otro lado, hay que recordar que los carbones son muestras de vida larga, es decir, que puede darse la circunstancia de que pasen años entre la muerte del árbol, mayoritariamente encina, y su utilización como combustible, con lo que se produciría un desfase entre la fecha de la incineración, que es lo que nos interesa fechar, y la fecha de la muerte del árbol, que es verdaderamente lo que estamos fechando (Castro, Lull y Micó, 1996: 32-33).

La utilización de los huesos cremados resultó una posibilidad que en principio habíamos descartado ya que el proceso de combustión elimina el colágeno y con ello la parte orgánica del hueso. No obstante, después de informarnos se aceptó como la más lógica, básicamente porque se trata de un material ampliamente disponible, lo que nos permitía organizar una estrategia para conocer el funcionamiento de la necrópolis, y porque que no ofrecía ninguna duda de su contexto arqueológico, el cual se halla directamente relacionado con todos los elementos que componen el ritual funerario materializado en la tumba, es decir,

que fechar los restos incinerados de un cadáver equivale a fechar toda la tumba y los objetos materiales que la componen.

La utilización de huesos cremados para fechar contextos arqueológicos era una posibilidad que nos planteamos a partir de la publicación de diversas necrópolis que habían utilizado este mismo procedimiento como, por ejemplo, en las tumbas 152 y 183 de Herrería en Guadalajara (Cerdeño, Marcos y Sagardoy, 2002) o en la tumba 76 de la necrópolis de Palomar de Pintado en Toledo (Pereira, Ruiz y Carboles, 2003), donde los resultados obtenidos se habían aceptado sin ningún tipo de objeciones a pesar de la aparente antigüedad que reflejaban una vez calibradas.

En nuestro caso, contactamos con el Dr. Mark Van Strydonck del Institut Royal du Patrimoine Artistique de Bruselas gracias a la mediación del Dr. Roberto Risch²¹⁰, quien nos dio las absolutas garantías del funcionamiento del método, ya que a partir de temperaturas superiores a los 700-800 °C los huesos adquieren su característico color blanco, tanto externa como internamente, producto de la total deshidratación del hueso lo que genera diversas reacciones químicas en la estructura mineral que provoca la formación de fosfatos de calcio. De este modo, el hueso se ha convertido en un hueso carbonatado el cual, a pesar de la desaparición de todo rastro de colágeno, puede ser fechado de manera convencional. Por otro lado, El Dr. Van Strydonck se nos ofreció para tratar la muestra y enviarla al laboratorio de la universidad alemana de Kiel, donde tenían experiencia en este tipo de dataciones sobre carbonatos y donde precisamente habían llevado a cabo un programa para comparar las fechas obtenidas de huesos cremados y de carbones procedentes de un mismo contexto funerario en una necrópolis de campos de urnas centroeuropea, obteniéndose resultados muy similares²¹¹. En definitiva, con esta información decidimos realizar las dataciones radiocarbónicas en el laboratorio de Kiel, por otra parte, muy utilizado en las Baleares.

Las fechas radiocarbónicas que hemos realizado han sido cuatro, tres subvencionadas por el proyecto 2001 SGR-00007 del Grup de Recerca de Qualitat de la Generalitat de Catalunya, dirigido por el Dr. Josep Maria Fullola, y la cuarta por el Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya²¹². Para llevar a cabo nuestro muestreo decidimos priorizar los siguientes aspectos: establecer la antigüedad de la necrópolis, obtener una fecha absoluta de los elementos propios de un ajuar metálico típico del Bronce Final y fechar uno de los

²¹⁰ Queremos agradecer desde aquí su total ofrecimiento para la tramitación de parte de las gestiones.

²¹¹ Comunicación personal de Mark Van Strydonck.

²¹² Agradecemos al Dr. Josep Maria Fullola, a Araceli Martín y a Vanessa Muñoz las gestiones y la ayuda económica recibida.

empedrados, así como alguna secuencia física que en él se diera. Como podemos ver, nos centramos exclusivamente en el primer periodo de la necrópolis, ya que en ese momento considerábamos que durante la Primera Edad del Hierro teníamos muchos más elementos y más representativos para poder establecer su fasificación interna. No obstante, para realizar la selección de las muestras debíamos atender a dos aspectos importantes: que el hueso fuera grande (a partir de 2 cm.) y que estuviera lo más calcinado (o blanco) posible.

De esta forma, las tumbas seleccionadas fueron la CPR-294 (muestra CPR-01), la CPR-340 (muestra CPR-03), la CPR-406 (muestra CPR-04) y la CPR-466 (muestra CPR-02). Las características de la primera tumba ya han sido explicadas anteriormente, ya que recordemos que es una tumba que contiene en su interior un pedestal de piedra. Su elección vino motivada por dos aspectos: porque albergaba en su interior una navaja y unas pinzas y porque se encontraba situada en el noroeste de la necrópolis (fig. 106). De esta forma, por un lado, la cronología obtenida podría hacerse extensible a todas aquellas tumbas que tuvieran algunos de los elementos que la caracterizaban, es decir, su ajuar metálico, el pedestal y el tipo cerámico del vaso cinerario (de la forma 3) y de su tapadera. Por otro lado, la ubicación de la tumba se sitúa en la zona norte, sector donde creíamos que se iniciaba la necrópolis para después crecer y evolucionar hacia el sur. Se trataba, pues, de un intento por establecer la verdadera antigüedad de la necrópolis.

Las siguientes tres tumbas fueron seleccionadas por estar en relación con el empedrado CPR-274, situado en el Este de la necrópolis. De este modo, la tumba CPR-340 se encuentra debajo del empedrado y se caracteriza por una cubierta de piedras, una tapadera sin decorar y un vaso cinerario de la forma 3 decorado con acanalados horizontales y en zig-zag e impresiones oblicuas (fig. 107). La tumba CPR-406 se escogió porque parecía tener algún tipo de relación física que queríamos reafirmar o descartar mediante la datación radiocarbónica de ambas (fig. 108). Hubiéramos preferido coger la tumba CPR-874 de la que si podemos asegurar su relación física con la tumba CPR-340 (ésta corta estratigráficamente a aquélla), pero no disponíamos de material osteológico suficiente y preferimos no arriesgar. No obstante, la elección de la tumba CPR-406 pensamos que era acertada porque además tenía idénticas características que la CPR-874, es decir, mismo tipo de relación física respecto a CPR-340, inexistencia de cubierta pétreo, tapadera sin decorar y vaso cinerario de la forma 4 con acanalados horizontales²¹³. Por último, la tumba CPR-466 se situaba por encima del empedrado CPR-274, lo que nos permitía establecer la secuencia física de esta estructura (fig.

²¹³ En este caso, el vaso cinerario de la tumba CPR-874 tenía además una serie de círculos impresos por encima de la carena.

109). Esta tumba no tenía cubierta de piedras y se caracterizaba por una tapadera decorada internamente con acanaladuras horizontales y círculos concéntricos en la base y una urna cineraria sin decorar de la forma 3.

Así pues, los resultados de las dataciones radiocarbónicas obtenidos a partir de las cuatro muestras señaladas son:

Muestra: KIA-24835 (CPR-01)

Procedencia: Talla 2 de la capa II del VC 34B de la tumba CPR-294.

Material: Hueso quemado

Edad radiocarbónica: 2755 ± 30 BP

Calibración dendrocronológica:

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 68'2% de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada, respectivamente:

cal. BC 920-890 (25'3%)

cal. BC 880-832 (42'9%)

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 95'4 % de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada:

cal. BC 980-820 (95'4%)

Contexto: Tumba con cubierta lítica situada en el NW de la necrópolis. Tapadera con una acanaladura horizontal interior y urna de la forma 3 decorada con acanalados horizontales, oblicuos y en zig-zag. Ajuar metálico compuesto por una navaja de afeitarse y unas pinzas de depilar.

Muestra: KIA-24836 (CPR-02)

Procedencia: Talla 1 de la capa II del VC 1A de la tumba CPR-466.

Material: Hueso quemado

Edad radiocarbónica: 2620 ± 35 BP

Calibración dendrocronológica:

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 68'2% de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada, respectivamente:

cal. BC 824-792 (68'2%)

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 95'4 % de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada:

cal. BC 900-870 (1'4%)

cal. BC 840-760 (92'5%)

cal. BC 680-660 (1'5%)

Contexto: Tumba sin cubierta lítica y situada en el Este de la necrópolis. Corta el empedrado CPR-247 y a la tumba CPR-479 que se encuentra por debajo de aquel. Presenta una tapadera decorada con acanaladuras internas horizontales y de círculos concéntricos en la base.

Muestra: KIA-24838 (CPR-03)

Procedencia: Talla 2 de la capa II del VC 2A de la tumba CPR-340.

Material: Hueso quemado

Edad radiocarbónica: 2520 ± 30 BP

Calibración dendrocronológica:

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 68'2% de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada, respectivamente:

cal. BC 790-750 (14'7%)

cal. BC 690-660 (9'6%)

cal. BC 640-540 (44'0%)

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 95'4 % de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada:

cal. BC 800-520 (95'4%)

Contexto: Tumba con cubierta lítica situada en el Este de la necrópolis debajo del empedrado CPR-247. Tapadora sin decorar y urna con acanalados horizontales y en zig-zag e impresiones oblicuas. Corta estratigráficamente a la tumba CPR-874 y, en un principio, se pensó que también a la CPR-406.

Muestra: KIA-24839 (CPR-04)

Procedencia: Talla 2 de la capa II del VC 2B de la tumba CPR-406.

Material: Hueso quemado

Edad radiocarbónica: 1835 ± 35 BP

Calibración dendrocronológica:

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 68'2% de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada, respectivamente:

AD 130-225 (68'2%)

Intervalos de edad calibrada correspondientes al intervalo de edad radiocarbónica con un 95'4 % de probabilidad y probabilidad asociada a cada intervalo de edad calibrada:

AD 80-260 (92'5%)

AD 300-320 (2'9%)

Contexto: Tumba sin cubierta lítica situada en el Este de la necrópolis debajo del empedrado CPR-247. Tapadera sin decorar y urna de la forma 4 decorada con acanalados horizontales. En un principio, se pensó que había sido cortada por la tumba CPR-340.

Los resultados obtenidos mediante la fechación radiocarbónica de las muestras analizadas no permiten grandes avances en los problemas que pretendíamos solucionar. En primer lugar, debemos desechar una de las fechas obtenidas (CPR-04) porque ha resultado excesivamente reciente. En segundo lugar, si bien el resto de fechas resultan bastante homogéneas, la CPR-03 nos parece excesivamente reciente para el contexto que hemos datado, sobre todo en comparación con algunas fechas de la Primera Edad del Hierro procedentes del hábitat de Can Roqueta con las que parece solaparse. En tercer lugar, esta homogeneidad hace fácilmente explicable que exista una inversión cronológica entre las muestras CPR-02 y CPR-03 respecto a la estratigrafía observada, ya que ambas fechas son bastante similares y se solapan, lo que en todo caso indica la proximidad temporal existente entre ellas. En cuarto lugar, la datación de la muestra CPR-01 nos permite fechar contextos en los que aparece un ajuar metálico similar y, además, proponer una fecha mínima de inicio de la necrópolis de debe situarse dentro del siglo X cal. ANE. Finalmente, el análisis de los contextos arqueológicos fechados no nos permite profundizar en la fase del Bronce Final, uno de los principales objetivos que nos habíamos propuesto. Esto se observa, sobre todo, en el análisis del empedrado CPR-247 cuya conclusión más factible es que tanto las tumbas que sella como las que lo cortan se produzcan en un breve margen de tiempo.

En definitiva, el número de dataciones realizadas resulta absolutamente anecdótico y, lo que es peor, poco útil para la resolución de los principales problemas cronológicos que observamos en la necrópolis durante el Bronce Final.

1.7. DATOS CRONOLÓGICOS PROCEDENTES DE OTROS YACIMIENTOS DEL ENTORNO.

Lo último que nos queda por valorar para aproximarnos a la cronología de la necrópolis es el análisis de aquellos yacimientos contemporáneos al funcionamiento de nuestra necrópolis. Se trata, fundamentalmente, de la observación de los contextos arqueológicos y de sus materiales asociados así como de las dataciones radiocarbónicas efectuadas.

A. El paraje de Can Roqueta.

Sin duda alguna, la principal referencia de nuestra necrópolis son las diferentes ocupaciones localizadas en el paraje arqueológico de Can Roqueta al que pertenece nuestra necrópolis (Carlús *et alii*, e.p,b y e.p,c). Estas ocupaciones han sido poco estudiadas en detalle hasta el momento e, incluso, las más importantes aún no han sido publicadas debido al escaso tiempo transcurrido desde su excavación. Básicamente, el volumen más importante de información nos viene proporcionado por la excavación del sector de DIASA que ya ha sido enteramente publicado, incluida una serie de 11 dataciones radiocarbónicas (González, Martín y Mora, 1999). El resto de informaciones son parciales y poco aprovechables en el momento actual, ya que algunas de las investigaciones se encuentran actualmente en curso.

Para poder comparar con garantías los materiales de la necrópolis con los obtenidos en las excavaciones de las distintas áreas de hábitat localizadas en su entorno, es necesario plantear previamente algunas cuestiones. En primer lugar, no disponemos de estratigrafías complejas para evaluar, con una cierta garantía, la evolución de los materiales arqueológicos. En segundo lugar, son contados los casos de estructuras habitacionales que, aunque de escasa potencia, nos permitan correlacionar los materiales obtenidos con una buena datación radiocarbónica. En tercer lugar, la inmensa mayoría del registro disponible proviene de rellenos de silos, fosas, estructuras de combustión, cubetas u otras estructuras de funcionalidad desconocida, cuyo material pudo haberse depositado a lo largo de un tiempo indeterminado, siempre breve, y con materiales no necesariamente contemporáneos. Algunos de estos silos han podido ser fechados por C14, lo que ha servido para contextualizar cronológicamente su contenido y dar por supuesto que todos los materiales recuperados tendrían una cronología similar debido a la rápida colmatación que las caracteriza. Finalmente, si consideramos que el contenido de estas estructuras corresponde a materiales de desecho o basura, nos encontramos con el problema de saber con que tipo de materiales

estamos trabajando, es decir, que no podemos saber con seguridad si las cerámicas localizadas en un silo amortizado como basurero son representativas del ámbito doméstico o se trata de otro tipo de producciones destinadas a otros fines como, por ejemplo, urnas cinerarias pero que se han roto por motivos diversos (durante el proceso de cocción, su transporte, su uso...). En el caso que nos ocupa es importante esta cuestión, ya que se trata de saber si se utilizan producciones cerámicas específicas para la necrópolis que son diferentes de las empleadas en los hábitats. En este sentido, aunque podamos deducir que los materiales desechados en los silos u otro tipo de fosas ya amortizados sean producciones domésticas, únicamente los contextos de cabañas serían los que nos permitirían acercarnos a este aspecto con una cierta seguridad, ya que es aquí donde se podrían documentar todas las evidencias propias de un ambiente doméstico. No obstante, es precisamente la notable escasez de cabañas documentadas otro de los principales problemas a los que debemos enfrentarnos.

Todos estos problemas, de no tenerlos en cuenta, hipotecan las conclusiones que puedan extraerse de la comparación entre los contextos cerámicos de la necrópolis y sus hábitats. No obstante y conscientes de los problemas que ello conlleva, podemos deducir algunas cuestiones aunque para ello tengamos que asumir, por un lado, que la colmatación de estas estructuras es un proceso rápido y, por lo tanto, que los materiales en ellas contenidos son contemporáneos, y por otro, que se trate, en todo momento, de producciones domésticas.

Según esto, podemos decir que los materiales de la necrópolis no se diferencian demasiado de los localizados en las áreas de hábitat. Incluso, es perfectamente posible la reutilización de vasos domésticos como contenedores cinerarios, lo cual se podría demostrar por la aparición en la necrópolis de un reducido número de vasos cinerarios, por ejemplo, los procedentes de las tumbas CPR-567 y CPR-625, que presentan el pie completamente roto afectando incluso a su estabilidad. Esta característica también ha podido observarse en la cercana necrópolis de El Pla de la Bruguera, concretamente en vasos pertenecientes a las tumbas 2, 8 y 14 (Clop *et alii*, 1998). Por otro lado, si observamos las tipologías y los motivos decorativos parece ser que no existiría una producción diferenciada para cada uno de los dos ámbitos, a excepción de la producción de tinajas de mediano y gran tamaño con cordones impresos que parece exclusiva de los hábitats. En cambio, si han aparecido en la necrópolis dos vasos pequeños con cordones peribucales impresos, ambos en contexto de la Primera Edad del Hierro. No obstante, como contrapunto a lo observado recordamos, en cambio, que los análisis de contenidos realizados sobre siete vasos cinerarios del Bronce Final y dos de la Primera Edad del Hierro no han dado ningún resultado positivo (Juan y Matamala, 2002) lo

que puede indicarnos que esos vasos no fueron utilizados hasta su definitiva amortización como contenedores cinerarios.

Los principales contextos de hábitat y de silos a los que podemos hacer referencia para comparar los materiales procedentes de la necrópolis son los de Can Roqueta-DIASA (Boquer, Carlús y Francès, 1999), el conjunto, hasta ahora, más extensamente publicado del complejo arqueológico objeto de estudio, y el que hemos denominado como Can Roqueta'91 (Boquer y Parpal, 1994). Las otras dos grandes intervenciones, Can Roqueta II y Can Roqueta-Torre Romeu, llevadas a cabo en la zona aún no han sido publicadas, pero si que podemos hacer alguna referencia, sobre todo del segundo caso, ya que hemos podido tener acceso a su material cerámico²¹⁴. En general, en este tipo de yacimientos el material se conserva bastante incompleto aunque es lo suficientemente significativo como poder permitirnos correlacionar este contexto de hábitat con la necrópolis.

Durante el Bronce Final encontramos cuatro tipos de producciones bastante estandarizadas en los hábitats del entorno. En primer lugar, encontramos los platos-tapaderas que se caracterizan por su forma troncocónica y por un tratamiento diferencial de las superficies, ya que la exterior acostumbra a presentar un acabado rugoso o ligeramente alisado muy diferente de la superficie interior, normalmente bruñida y con decoración de acanaladuras gruesas horizontales o de círculos concéntricos en el fondo. Estos platos-tapaderas, con o sin acanalados internos, procedentes de las estructuras de hábitat guardan un notable parecido con las de la necrópolis, tal y como se observa en Can Roqueta-DIASA (fig. 110.2-3), Can Roqueta'91 (fig. 112.21-25), Can Roqueta II y Can Roqueta-Torre Romeu (fig. 113.2-4). No obstante, en otras ocasiones, se observa una decoración compleja en la cara interna que no hallamos en las necrópolis, donde a pesar de localizar algún caso de decoración compleja, se trata en todo momento de combinaciones diferentes. Esto es lo que se observa, por ejemplo, en Can Roqueta-DIASA (fig. 110.4-6) y Can Roqueta-Torre Romeu (fig. 113.4). Puntualmente, también documentamos la existencia de tapaderas planas (fig. 110.1), igualmente identificadas entre los materiales procedentes de Torre Romeu-Can Roqueta (fig. 113.1), y que en la necrópolis no se encuentran presentes dentro de este periodo.

En segundo lugar, las típicas urnas de borde convexo y cuello marcado también se encuentran presentes en numerosos contextos y en multitud de yacimientos alrededor de todo el paraje de Can Roqueta. Igual ocurre con las decoraciones asociadas a este tipo, por ejemplo, con los bordes convexos impresos (fig. 110.16 y fig. 113.10-11) o los bordes

²¹⁴ Conjunto cerámico actualmente en estudio per X. Carlús y J. López Cachero.

convexos con bisel y acanalados internos (fig. 110.17 y fig. 113.12). A estos casos, habría que sumar los diferentes motivos de acanalados, así como sus posibles combinatorias, también ampliamente documentadas en la Can Roqueta-DIASA como es el caso de las espigas (fig. 110.18), los zig-zags (fig. 110.19) o las bandas de trazos oblicuos y horizontales (fig. 110.20). En Can Roqueta'91, podemos ver también incisiones oblicuas formando espigas (fig. 112.15) además de los acanalados formando triángulos rellenos (fig. 112.40), así como también un motivo en forma de "L" que probablemente forma parte de un meandro (fig. 112.41). Este mismo motivo y las espigas incisas o con trazos acanalados finos, también se ha identificado en Can Roqueta-Torre Romeu (fig. 113.10 y 13). Excepcionalmente, esta misma forma se puede reproducir para realizar funciones de tinaja con la característica decoración de cordones (fig. 113.15).

Las urnas globulares de borde recto exvasado y sin cuello diferenciado constituyen un tipo cerámico más escasamente representado en los hábitats. Sin embargo, dentro de este conjunto, sería necesario diferenciar entre vasos grandes y ampliamente decorados que son fácilmente identificables en la necrópolis y otros más pequeños que también aparecen en este mismo contexto funerario, pero que al mismo tiempo son los que más frecuentemente aparecen amortizados en los silos, cubetas y grandes recortes propios de los espacios habitados. En el conjunto de estos vasos, encontramos vasos sin decorar (fig. 110.7) o con motivos de acanalados que pueden llegar a combinarse como, por ejemplo, formando trazados horizontales (fig. 110.11, fig. 113.6-7), zig-zags con meandros (fig. 110.8), meandros (fig. 110.9), horizontales con impresiones ovales en la carena (fig. 110.10) u horizontales y una doble fila de puntos (fig. 113.8). En muchos casos, como decíamos, estos vasos tienen unas reducidas dimensiones, lo que explicaría que se los haya relacionado constantemente con los vasos de ofrenda procedentes de las necrópolis, cuestión que tenemos que poner en duda, ya que muchos de estos vasos deben ser interpretados como auténticas urnas cinerarias destinadas a contener los restos incinerados de los individuos de más corta edad.

Dentro de este grupo, se merece una mención especial un conjunto de piezas que presentan una decoración que reproduce meandros, zig-zags, ondulaciones y bandas horizontales o verticales y que se efectúan mediante una serie de trazos incisos que normalmente es triple. Este tipo de decoraciones, prácticamente inexistente en el contexto de la necrópolis, tiene una datación generalmente de finales de la Edad del Bronce, como pasa en Can Roqueta-Torre Romeu (fig. 113.19-21), a pesar de que también puede encontrarse puntualmente en contextos de la Primera Edad del Hierro como sucede en Can Roqueta-

DIASA (Boquer, Carlús y Francès, 1999: 127) (fig. 111.10) o en la propia necrópolis, aunque con motivos y, sobre todo, tipos cerámicos diferentes (CPR-49-4D y CPR-66-3C).

Por último, el cuarto conjunto cerámico propio de las áreas de hábitat durante el Bronce Final son las tinajas que normalmente responden a perfiles globulares u ovoides con el borde exvasado recto o más excepcionalmente, convexo. Precisamente, en uno de estos casos (fig. 113.15) se observa un gran parecido formal con los característicos perfiles de las urnas de incineración de cuello marcado. Las superficies son de tonalidades variadas, pero predominan las de color naranja o marrón claro, mientras que los acabados acostumbran a ser rugosos o con alisados irregulares. Uno de los principales problemas que se observan entre las tinajas es el alto grado de fragmentación que impide que tengamos muchos perfiles enteros para evaluar sus capacidades, a pesar de que seguramente oscilarían entre unos volúmenes medianos o grandes. En cuanto a la decoración de las tinajas, lo más corriente es la presencia de cordones con digitaciones. Aunque también podemos encontrar casos sin decorar, es mucho más característico que en el punto de unión entre el borde y el cuerpo superior haya uno de estos cordones (fig. 112.1-7 y fig. 113.14-15). A partir de aquí, los cordones se pueden combinar para formar composiciones geométricas complejas con disposiciones horizontales, verticales, reticuladas (fig. 113.14) o formando guirnaldas. Puntualmente, también podemos encontrar algún caso con cordones incisos (fig. 112.13) u otras decoraciones plásticas como los pezones (fig. 112.10), además de las impresiones (fig. 112.11) y de las incisiones (fig. 108.12). Finalmente, también se da frecuentemente las impresiones que decoran el labio de las tinajas (fig. 112.2 y fig. 113.15). Excepcionalmente, pueden llegar a llevar asas (fig. 113.14-15).

Mención a parte merece el análisis cerámico de los vasos cinerarios procedente de la necrópolis localizada en Can Roqueta-Torre Romeu (fig. 113.17-18). Simplemente, se trata de dos únicos vasos, uno de los cuales (CRTR-270) sólo conserva la base. El otro, procedente de la tumba CRTR-271, es un vaso bitroncocónico de la forma 4, carenado y con borde convexo muy vertical que está decorado con acanalados horizontales bajo el cuello. Convencionalmente, se trata de una forma cercana al denominado tipo Can Missert I que, tradicionalmente, ha sido datado a principios del Bronce Final, lo que nos permitiría situar esta necrópolis en un momento anterior a la de Can Piteu-Can Roqueta. No obstante, esta posibilidad resulta en estos momentos excesivamente arriesgada, porque, por un lado, se trata de un conjunto cronológicamente aislado del contexto general de las ocupaciones del paraje con la excepción, tal vez, de ciertas estructuras del sector DIASA fechadas por radiocarbono y, por otro, porque no parece haber paralelos tipológicos próximos en todo el paraje de Can

Roqueta. Por tanto, habrá que esperar en un futuro para aclarar la cronología de esta necrópolis y poder evaluar así su importancia en el contexto del paraje de Can Roqueta.

Durante la Primera Edad del Hierro, también documentamos notables similitudes entre los contextos cerámicos de la necrópolis y del resto de yacimientos del paraje de Can Roqueta. Este es el caso de los platos-tapaderas que, a pesar de la desaparición de las decoraciones acanaladas internas es un hecho relevante, la producción se mantiene sin diferencias tipológicas sustanciales (fig. 111.1-6 y fig. 113.22).

En cuanto a los vasos cinerarios característicos de la necrópolis durante Primera Edad del Hierro, es decir, aquellos que presentan un perfil bitroncocónico y un borde exvasado alargado, podemos decir que son muy frecuentes en todo paraje de Can Roqueta ya que los localizamos en Can Roqueta-DIASA (fig. 111.11-14), Can Roqueta'91 (fig. 112.26-27 y 29) y Can Roqueta-Torre Romeu (fig. 113.23). Incluso, en algunos casos, se pueden observar las típicas decoraciones realizadas a partir de acanalados horizontales, así como las impresiones oblicuas hechas con un instrumento dentado (fig. 111.14 y fig. 112. 29). Recordamos que este mismo tipo de perfil puede encontrarse en la necrópolis con función de vaso de ofrenda.

Precisamente, algunos de los característicos perfiles propios de los vasos de ofrendas presentes en la necrópolis también se identifican entre los materiales de los yacimientos de Can Roqueta. De este modo, por ejemplo, son comunes los pequeños vasos con un asa, bajos (fig. 111.15, fig. 112.32 y fig. 113.24-25) o altos (fig. 111.19 y fig. 113.26), en un caso decorado con las clásicas impresiones oblicuas hechas con un instrumento dentado (fig. 111.17), también localizadas en Can Roqueta'91 (fig. 112.17 y 29). Igualmente, se localizan vasos de perfil parecido pero sin asa y decorados con los característicos acanalados verticales (fig. 111.18, fig. 112.35 y fig. 113.25) u otros vasos de perfil esférico con borde entrante y un asa (fig. 111.8-9 y fig. 112.33). Por otro lado, aunque no muy bien representadas en las zonas de hábitat, en el transcurso de este periodo se observa la tendencia, ya vista en la necrópolis, de incorporar pies cada vez más desarrollados sobre todo entre los vasos de tamaño medio. Por último, hay que destacar los vasos pintados de color rojo que también aparecen en DIASA (fig. 111.20).

Finalmente, en todas las estaciones arqueológicas del paraje de Can Roqueta encontramos un buen número de tinajas. Estas manifiestan una tradición heredera del periodo anterior con el característico perfil ovoide, el borde exvasado, en ocasiones con el labio decorado con impresiones (fig. 111.22, fig. 112.30-31 y fig. 113.28), y la decoración de cordones impresos, muy puntualmente incisos, que se disponen prioritariamente en el punto

de unión entre el borde y el cuerpo superior (fig. 111.21-22 y 25-26, fig. 112.30-31 y 42-43; fig. 113.27-28). A pesar de esto, también puede haber casos que no tengan ninguna decoración (fig. 111.24) o que presenten motivos aún más complejos con diseños reticulados (fig. 111.27) o superposiciones de cordones horizontales (fig. 111.28-29).

En lo que respecta a la cronología absoluta, disponemos de un total de 8 cronologías radiocarbónicas útiles²¹⁵ para nuestros propósitos de un total de 11 procedentes de Can Roqueta-DIASA (Mestres, 1999), a las que habría que sumar las tres válidas de nuestra necrópolis, las aún no publicadas procedentes de Can Roqueta II y las actualmente en curso de realización pertenecientes a Can Roqueta-Torre Romeu.

La secuencia propuesta a partir de Can Roqueta-DIASA establecía la existencia de tres momentos de ocupación durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en base a las dataciones radiocarbónicas (González *et alii*, 1999: 297-300). El primero se fechó durante el último tercio del II milenio cal. ANE a partir de las muestras procedentes de las estructuras CR-61 (fig. 115), un área de trabajo, y las estructuras CR-43 y CR-60 (fig. 116), interpretadas como hornos. En estas estructuras aparecen ya algunos de los elementos cerámicos característicos de la necrópolis durante el Bronce Final como, por ejemplo, los vasos con borde convexo y cuello diferenciado, a veces con labio impreso y con decoración de espigas, o las tapaderas troncocónicas.

El segundo momento tiene lugar durante los siglos IX y VIII cal. ANE y está caracterizado a partir de las estructuras CR-85 (fig. 117), CR-97 (fig. 118), CR-100 (fig. 119) y CR-37 (fig. 120). De todo el material representado en estas estructuras, queremos destacar el procedente del supuesto fondo de cabaña CR-37 y del silo CR-97. En el primer caso, fechado en 2630 ± 50 BP (844-767 cal. ANE a dos sigmas), volvemos a encontrarnos con materiales cerámicos bien representados en la necrópolis durante el Bronce Final. Se trata de un cuello de urna de la forma 3 decorada con acanalados horizontales y oblicuos y dos vasos de la forma 4, uno decorado con acanalados horizontales e impresiones oblicuas y el segundo

²¹⁵ Una de las dataciones debe ser completamente rechazada: la UBAR-242 procedente de la estructura 6 (Mestres, 1999: 332). Otra de las dataciones, la UBAR-486 de la estructura CR-96, presenta claros problemas de adscripción al periodo de la Primera Edad del Hierro (Mestres, 1999: 333), ya que tras analizar los materiales publicados de esta estructura (fig. 114), se puede observar que no existen elementos claros para afirmar la cronología inicialmente propuesta, por lo que podría ser perfectamente factible una cronología de Bronce Final. Por otro lado, la estructura tipo silo número CR-89 presenta dos dataciones diferentes. Finalmente, la muestra UBAR-482, procedente del horno o fosa de combustión número CR-43, no aportó ningún material arqueológico, por lo que no puede utilizarse en este estudio. En cambio, la muestra UBAR-484, procedente del silo CR-85, si sabemos que tenía material arqueológico asociado pero este no es analizado en la monografía. En definitiva, de las 11 fechas iniciales descartamos la UBAR-242 por incoherente, la UBAR-482 por no tener materiales arqueológicos asociados y la UBAR-484 por no haberse publicado, pese a existir, el material arqueológico a ella asociada. La muestra UBAR-486 se acepta como propia del Bronce Final.

con un meandro y zig-zag. Nos encontramos, pues, ante otro ejemplo en el que conviven los tipos clásicos del Bronce Final en una misma estructura que, en este caso, ha sido interpretada como una posible cabaña. Por contra en el segundo caso, fechado en 2725 ± 45 BP (937-802 cal. ANE a dos sigmas con un 93'5% de probabilidad), presenta un fragmento de carena decorado con un triple trazo inciso, pero también un pequeño vaso carenado con asa y decorado con impresiones oblicuas realizadas con un instrumento dentado, motivo también presente en otro vaso, éste bitroncocónico y además decorado con un acanalado horizontal e impresiones circulares, bajo el cuello. Este conjunto cerámico resulta muy interesante ya que, por un lado, la técnica del triple trazo inciso es característica del Bronce Final aunque puede perdurar, mientras que, por otro, la utilización del instrumento dentado pertenecería ya a la Primera Edad del Hierro. Sin duda alguna, la inclusión de estas dos estructuras dentro de un mismo momento cronológico nos lleva a una profunda contradicción, ya que los materiales de una (CR-37) y otra (CR-97) son característicos de momentos bien diferenciados que denominamos Bronce Final y Primera Edad del Hierro, respectivamente. Esto nos lleva a discutir la validez de una de las dos cronologías, bien la primera por ser excesivamente reciente, lo que también nos obligaría a replantearnos algunas de las dataciones de la necrópolis, o bien la segunda por justamente todo lo contrario, lo que nos parece más razonable.

Finalmente, el último momento de ocupación del sector DIASA se fecharía entre los siglos VIII y el VII cal. ANE a partir de las dos fechas de radiocarbono obtenidas en la estructura tipo silo número CR-89 (fig. 121). El contexto cerámico viene dado por diversas producciones que aparecen en la necrópolis durante la Primera Edad del Hierro: los vasos bitroncocónicos de borde exvasado, recto y largo, es decir, el típico vaso cinerario de ese periodo, los pequeños vasitos con decoración de acanalados horizontales sobre la carena, identificados en varias tumbas como vasos de ofrenda, y los vasos con pintura roja, también representados entre los vasos de ofrenda de la necrópolis.

En definitiva, salvo el problema que hemos expuesto referente a la estructura CR-97, se observa en DIASA la existencia de los dos periodos característicos de la necrópolis, es decir, el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro cada uno de ellos con sus producciones cerámicas específicas. Esto mismo se documenta con claridad en Can Roqueta II²¹⁶ y en Can

²¹⁶ Las dataciones radiocarbónicas realizadas sobre diferentes estructuras de Can Roqueta II señalan una total coherencia con lo aquí expuesto, aunque destacando de nuevo una notable antigüedad para las estructuras de la Primera Edad del Hierro fechadas. Agradecemos a los directores de la excavación (Toni Palomo y Alba Rodríguez) esta información.

Roqueta-Torre Romeu donde se han utilizado criterios similares de fechación para las numerosas estructuras identificadas.

B. Otros contextos arqueológicos del prelitoral y litoral central catalán.

La Depresión prelitoral catalana, sobre todo entre el Llobregat y el Tordera, constituye, como ya dijimos, una entidad geográfica con identidad propia que condiciona, al menos durante la prehistoria reciente, una cierta unidad cultural, tal y como se pone de manifiesto, entre otras cosas, a partir de unas mismas producciones materiales durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. Esta unidad se hace extensible hacia el litoral, al que se accede a través de los valles de los diferentes cursos fluviales que desembocan en el Mediterráneo y hacia el sur, tras cruzar el río Llobregat, en la Depresión del Penedès.

Por lo tanto, es en este territorio, pero también en algunas zonas próximas a él, donde lógicamente encontramos los yacimientos que presentan más relaciones con las evidencias arqueológicas documentadas en el paraje arqueológico de Can Roqueta y, en particular, con la necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta. Así pues, atendiendo exclusivamente a aquellos yacimientos que presentan más información, los hemos dividido en dos conjuntos, las necrópolis y las hábitats.

a) Necrópolis.

Las necrópolis o espacios funerarios que más información nos proporcionan son Can Missert en Terrassa (Petit, 1985; Ruiz Zapatero, 1985), Ca l'Estrada en Argentona (Petit, 1985; Ruiz Zapatero, 1985), Bòbila Roca en Pallejà (Petit, 1985; Ruiz Zapatero, 1985), Cova de can Montmany en Pallejà (Petit, 1985; Ruiz Zapatero, 1985), Coll S'Avenc en Tavertet (Molist, Cruells y Buxó, 1986), El Pi de la Lliura en Vidreres (Pons y Solés, 2004), El Serrat de Balà en Cantonigròs (Castells, Cruells y Molist, 1986-1989), El Pla de la Bruguera en Castellar del Vallès (Clop *et alii*, 1998), El Coll en Llinars del Vallès (Sanmartí, 1993 y Muñoz, 2002) y Granja Soley en Sta. Perpètua de Mogoda (Sanmartí *et alii*, 1982). Algunas de estas necrópolis se encuentran en la periferia de los límites geográficos pertenecientes a la Depresión prelitoral pero se incluyen igualmente porque resulta indudable la existencia de relaciones entre ellas y porque aportan información complementaria. Este es el caso de El Pi de la Lliura que se sitúa en la cordillera litoral más allá del Tordera o de Coll S'Avenc y El Serrat de Balà que se ubican en plena cordillera transversal catalana. Por otro lado, aunque no lo hayamos hecho, podríamos haber extendido el análisis más allá de los límites geográficos prefijados, al menos hasta las comarcas de Tarragona donde algunas de las necrópolis

presentan numerosos elementos en común, tanto cerámicos como metálicos, e incluso alguna se localiza estrictamente en los márgenes de la propia Depresión prelitoral como es el caso de Can Canyís. También podríamos haber incluido las necrópolis del Empordà donde se observan interesantes influencias mutuas que, sobre todo, alcanzarán su momento álgido durante la Primera Edad del Hierro, tal y como se observa fundamentalmente a través de los objetos metálicos procedentes de los ajuares funerarios, lo que demuestra la apertura de todas estas comunidades a unas redes comerciales que conectan territorios cada vez más extensos. Con el tiempo, serán estas relaciones las que acabarán generando una aparente homogeneización de los ajuares metálicos típicos de las necrópolis.

Del análisis de todos estos yacimientos podemos observar los siguientes aspectos de orden cronológico. En primer lugar, la existencia de necrópolis monofásicas, es decir, exclusivamente utilizadas durante un periodo muy concreto de tiempo debido a su corta duración temporal. De esta forma, Can Missert, Coll S'Avenc y El Pi de la Lliura, todas ellas necrópolis con una cierta entidad, presentan una única ocupación centrada durante el Bronce Final. Lo mismo sucede con El Pla de la Bruguera y en El Coll durante la Primera Edad del Hierro.

En segundo lugar, observamos que en la mayoría de las necrópolis del Bronce Final conviven los dos tipos cerámicos pertenecientes a las formas 3 y 4. Estos tipos, recordamos, han sido la base para la seriación tipológica de Can Missert y por extensión de todo el periodo, sin embargo, no existe en ninguna de ellas ni evidencias materiales, ni un conjunto de fechas de radiocarbono, ni pruebas estratigráficas que la confirmen.

En tercer lugar, la inclusión de la cueva de can Montmany es un referente interesante, ya que manifiesta prácticas de incineración en urna depositadas en cueva, una alternativa a los tradicionales cementerios al aire libre que tiene como principal referente la cercana necrópolis de la Bòbila Roca en la misma localidad. Destacamos en ambas aparece la característica forma 4 del Bronce Final y que en la Bòbila Roca, incluso, convive con la forma 3.

En cuarto lugar, la única datación radiocarbónica²¹⁷ de todas las necrópolis mencionadas²¹⁸ procede de El Pi de la Lliura donde se fechó el contenido de la tumba 15 que contenía los restos de una tapadera y un vaso cinerario con borde exvasado biselado, cuello diferenciado, pie alto y una decoración muy compleja que incluía meandros acanalados y de

²¹⁷ 2850 ± 40 BP (1120-910 cal. ANE a dos sigmas)

²¹⁸ Recordemos que existe otra en la cercana necrópolis de Can Bech de Baix: 2770 ± 60 BP (1030-807 cal. ANE a dos sigmas).

trazo inciso múltiple, espigas impresas y triángulos rellenos y un doble círculo, ambos incisos. Esta fecha nos ubica en el tiempo varios elementos de análisis: la práctica de la incineración en urna, la existencia de auténticas necrópolis y la presencia de tipos cerámicos emparentados con nuestra forma 3, así como también de técnicas y motivos decorativos conocidos en los diferentes sectores del paraje de Can Roqueta como los acanalados o los trazos múltiples incisos para el diseño de motivos como los trazados horizontales o los meandros.

En quinto lugar, se observa una clara evolución en la arquitectura de las tumbas que va de las más pequeñas y sencillas a otras más grandes, de tipo silo, más complejas. Esta transformación se observa en El Serrat de Balà y no se materializará definitivamente hasta bien entrada la Primera Edad del Hierro, ya que todas las necrópolis de este periodo presentan estas características, si bien en el caso de El Pla de la Bruguera, igual que en caso anterior, podemos encontrar la coexistencia de ambos tipos de fosas.

Por último, el análisis de las diferentes necrópolis nos permite establecer una secuencia evolutiva que vuelve a redundar en la existencia de dos periodos claramente definidos. De esta forma, durante el Bronce Final, concretamente entre finales del II milenio y el siglo IX cal. ANE, tendríamos el desarrollo de necrópolis como Can Missert, Ca l'Estrada, Bòbila Roca, Cova de can Montmany, Coll S'Avenc y El Pi de la Lliura, sin que nos resulte posible establecer una seriación interna entre ambas, ya que todas muestran materiales muy parecidos. La necrópolis de El Serrat de Balà con su importante ajuar metálico y una forma cerámica del vaso cinerario perteneciente a la tumba 1 en la propia tradición de la Primera Edad del Hierro, se tendría que fechar en el transcurso del siglo VIII cal. ANE. A continuación vendría la necrópolis de El Pla de la Bruguera que se desarrollaría durante toda la Primera Edad del Hierro hasta su final que tendría lugar hacia el 575 ane. Finalmente, siguiendo las cronologías convencionalmente admitidas vendrían la necrópolis de El Coll (590-580 ANE) y el enterramiento de la Granja Soley (560-550 ANE). Notamos, no obstante, que sólo en estas dos últimas necrópolis encontramos armamento de hierro lo que marca un salto cualitativo y, seguramente, también cronológico respecto a las anteriores necrópolis, incluyendo Can Piteu-Can Roqueta. Igualmente, destacamos la presencia de cerámicas a torno de factura paleoibérica en la Granja Soley, lo que implica definitivamente un cambio notable con la transición de estas sociedades hacia una nueva realidad que a partir de entonces denominamos íbera.

b) Estructuras de hábitat y campos de silos.

Los hábitats de este periodo son numerosos y en gran parte, al menos por lo que respecta a la zona central catalana, ya fueron recogidos en la tesis doctoral de Petit (1985). Evidentemente, con el tiempo se han ido añadiendo otros asentamientos a la lista, sobre todo en los alrededores del área geográfica tratada por Petit, pero aún y así, volvemos a encontrarnos con el problema de la falta de publicaciones que reflejen los resultados obtenidos y esto, como es lógico, repercute de lleno en nuestra interpretación. Precisamente por esto, la mayoría de los yacimientos catalogados no aportan mucha información debido a que ya han sido destruidos, a que se trata simplemente de recogidas superficiales de materiales o a que tan sólo han sido publicados de forma parcial. Por otro lado, las características de los yacimientos, con estructuras aisladas y sin posibilidad de establecer una estratigrafía vertical, tampoco ayudan mucho a la hora de establecer secuencias dentro de cada ocupación, tal y como ya expresamos cuando analizamos la problemática de los asentamientos del paraje de Can Roqueta. Finalmente, hay que reconocer que esta situación se agrava aún más cuando prácticamente no existen dataciones radiocarbónicas, las cuales en ocasiones cuando se publican, lo hacen sin el correspondiente material asociado estudiado.

A pesar de todo, desde los trabajos de Petit (1985 y 1992-93) el esquema cronológico prácticamente no ha variado y lo único que podemos hacer es incluir nuevos yacimientos en él. Lo único discutible desde la perspectiva actual es la claridad con que se usan las tradicionales fases cronológicas del Bronce Final, algo que desde nuestro punto de vista resulta demasiado arriesgado, ya que hoy por hoy no creemos viable la identificación de las cuatro clásicas fases de ese periodo a través de material cerámico disponible. En este sentido, el ejemplo más esclarecedor procede de Can Roqueta-DIASA, donde las dos fases propuestas para el Bronce Final a partir del radiocarbono no se corresponden con la existencia de materiales cerámicos excesivamente diferenciables desde un punto de vista tipológico, tal vez con la única excepción de la práctica inexistencia de los tipos funerarios propios de la forma 4 o tipo Can Missert IV, siempre y cuando no consideremos que se trata de una cuestión aleatoria.

En definitiva, los yacimientos que más nos pueden ayudar para dirimir cuestiones de orden cronológico son: La Ferrussa, Can Cortès, Can Mora, Can Teixidor (Petit, 1985 y 1992-93), la UAB y Can Bertran en Cerdanyola del Vallès (Maya, 1985; Francès, 1992), Cova de Can Sadurní en Begues (Edo *et alii*, 1986; Blasco, 1993), Sta. Digna III en Les Franqueses del Vallès (González, Martínez y Alarcos, 2003), la Bòbila Roca de St. Pere de Ribes (Miret, Mormeneo y Boquer, 2002; Miret y Boquer, 2004), Les Pruelles en Sitges (Boquer, 2004) y el

Coll Roig en Bellprat (Belarte, Hernández y Principal, 2004). Un poco más alejados de nuestra área de estudio resulta muy interesante el núcleo de hábitats del Penedès con casos como L'Hort d'en Grimau en Castellví de la Marca (Mestre, Sanmartí y Santacana, 1990), Mas d'en Boixos en Pacs del Penedès (Farré *et alii*, 2002), Pujolet d'en Moja y Olèrdola, ambos en esta misma localidad (Mestres *et alii*, 1997 y Molist *et alii*, 2004).

De todos estos espacios habitados podemos obtener una serie de conclusiones que creemos interesante destacar. En primer lugar, la existencia de un modelo de poblamiento muy extendido que ocupa toda la Depresión prelitoral y las estribaciones montañosas del litoral y del prelitoral. Este modelo se caracteriza por la existencia de pequeñas agrupaciones de cabañas diseminadas en el territorio y en relación a amplios espacios aptos para la agricultura, tal y como ocurre con el paraje de Can Roqueta que sería el caso más evidente de este modelo. Estas cabañas en ocasiones pueden aparecer aisladas, como en Can Cortès, Can Bertran o en el Coll Roig, sin que podamos determinar si esto es producto de las intervenciones parciales que no permiten la documentación de otras estructuras similares en el entorno más próximo o porque verdaderamente constituyen por si solas otro modelo a tener en cuenta. Tanto un modelo como el otro, puede estar relacionados con un número variable de silos u otras estructuras de funcionalidades diversas. En otras ocasiones, estas estructuras constituyen la única manifestación arqueológica documentada como sucede en los silos de la UAB o en Sta. Digna III, lo que no quiere decir que las cabañas no existieran, si no más bien al contrario que no fueron descubiertas en su momento por hallarse en cualquier otro punto del entorno no intervenido o porque ya habían sido destruidas. Desde un punto de vista cronológico nos interesa sobre todo constatar que este modelo es una herencia de periodos anteriores y que pervive sin grandes cambios durante todo el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. Por otro lado, destacamos también la utilización complementaria de determinadas cuevas (Pixarelles o Can Sadurní, etc.) seguramente destinada a refugios puntuales y que hay que relacionar con ciertas prácticas ganaderas que resultan absolutamente necesarias para este tipo de sociedades agropecuarias. Sólo en determinados casos se observan algunas variaciones de este modelo como, por ejemplo, en el caso de Olèrdola que se ubica en alto y es protegido por un muro para resguardar al ganado (Molist *et alii*, 2004). Esto sucede durante la Primera Edad del Hierro, pero tampoco deberíamos descartar que este modelo alternativo se desarrollara con anterioridad a juzgar por las dataciones ofrecidas por el Turó del Montgròs en El Brull²¹⁹ (López y Riera, 2004a y b), yacimiento que presenta unas características muy similares a las de Olèrdola. Probablemente, el modelo anunciado por este asentamiento se

²¹⁹ En la actualidad, aún no ha sido publicado el material arqueológico asociado a estas dataciones.

acabe imponiendo a finales de la Primera Edad del Hierro hasta acabar dando origen a los poblados propiamente íberos.

En segundo lugar, igual que ocurría con las necrópolis volvemos a encontrarnos con asentamientos que son monofásicos y, por lo tanto, con una ocupación centrada en un periodo concreto, ya sea Bronce Final o Primera Edad del Hierro. De esta forma, La Ferrussa, Can Cortès, Can Mora, Can Teixidor, Can Bertran, la Bòbila Roca, Les Pruelles, Sta. Digna III y el Coll Roig, entre otros, corresponderían al primer periodo, mientras que la UAB, L'Hort d'en Grimau, Mas d'en Boixos, Pujolet d'en Moja y Olèrdola, pertenecerían al segundo, seguramente en contextos cronológicos que irían desde el siglo VIII cal. ANE hasta finales del VII o principios del siguiente siglo, coincidiendo con algunos asentamientos de Can Roqueta. Queremos destacar, también, que tanto Can Teixidor como Sta. Digna III presentan cerámicas decoradas con múltiples trazos incisos, decoración que como hemos visto es característica del final de la Edad del Bronce, pero que también puede perdurar hasta el periodo siguiente como parece demostrarse en el paraje de Can Roqueta (silo 97 de DIASA y tumbas 49 y 66 de Can Piteu-Can Roqueta).

En tercer lugar, al analizar determinados contextos del Bronce Final observamos como los dos tipos cerámicos clásicos de este periodo conviven en una misma estructura como, por ejemplo, sucede en las cabañas de Can Bertran y de Can Cortès, así como también en el silo 6 de Bòbila Roca.

Por último y en cuanto a las dataciones radiocarbónicas, volvemos a observar que son muy escasas ya que sólo disponemos de las dos procedentes del silo 6 de la Bòbila Roca (Miret y Boquer, 2004: 351)²²⁰ y de otra procedente de la Cova de can Sadurní (Edo *et alii*, 1986: 41)²²¹. Respecto a las primeras, nos sitúan en un momento de pleno Bronce Final durante el cambio de milenio cal. ANE, aproximadamente, y nos permiten datar materiales típicos de nuestra necrópolis y del paraje de Can Roqueta como, por ejemplo, los vasos de la forma 3 y 4, los labios impresos de bordes convexos, las tapaderas con decoración compleja interna y las bases con acanalados en el fondo. En cuanto a la datación de can Sadurní, nos remite a un contexto de escasos materiales donde destacaríamos la existencia de bordes convexos y diversos fragmentos informes, unos con decoración incisa y otros con decoración acanalada, uno de ellos con lo que parece ser parte de un meandro (Blasco, 1993: 287 y fig.

²²⁰ 2925 ± 50 BP y 2860 ± 50 BP.

²²¹ 2920 ± 100 BP.

83.5-8). Destacamos, sin embargo, que esta datación ha sido rechazada por algunos autores al no ver un contexto del todo claro (Castro, Lull y Micó, 1996: apéndice, n. 551).

1.8. LA CRONOLOGÍA DE CAN PITEU-CAN ROQUETA

Después de analizar todos y cada uno de los elementos susceptibles de ser utilizados para fechar nuestra necrópolis, conviene detenerse en ellos para cruzarlos y realizar una propuesta de evolución de los materiales cerámicos y en general de la propia necrópolis y del paraje arqueológico de Can Roqueta.

Para empezar conviene defender la existencia de dos periodos con una clara identidad material: el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. Son muchos los argumentos que hemos ido dando a lo largo de este capítulo para fundamentar esta clara distinción. Destacamos principalmente el caso de los yacimientos monofásicos y en concreto de las necrópolis porque nos resulta la evidencia más clara de que los materiales característicos de cada uno de los periodos pueden individualizarse claramente. En contra, querríamos mencionar el caso de la datación procedente del silo CR-97 de Can Roqueta-DIASA que resulta excesivamente alta para el material identificado en su interior. No obstante, volvemos a recordar que las propias características de un silo nos obligan a ser prudentes, ya que en su interior pueden mezclarse materiales, incluido un carbón, de distintos momentos cronológicos que, por lo tanto, desvirtúen su cronología.

El caso de nuestra necrópolis es diferente porque presenta dos periodos bien diferenciados, pero que se suceden en el tiempo. El principal problema con el que nos encontramos es precisamente la identificación de una fase de transición entre ambos. Sin embargo, en el momento actual de las investigaciones creemos posible individualizarlo, tanto a partir de sus materiales arqueológicos como a través de ciertos cambios en las prácticas funerarias que analizaremos a continuación.

Así pues, conviene que iniciemos nuestro recorrido tratando de esclarecer el origen de la necrópolis, el cual estimamos que debió producirse, casi con toda seguridad, durante el siglo X cal. ANE gracias a la datación de radiocarbono más antigua procedente de la necrópolis. No obstante, debemos valorar la posibilidad de que pudiera entrar en funcionamiento un poco antes, concretamente a lo largo del último cuarto del segundo milenio, si tenemos en cuenta determinadas dataciones que nos permiten contextualizar determinados materiales cerámicos bien representados en la necrópolis como es el caso de las

urnas cinerarias de la forma 3 con carena suave, cuello marcado, bordes convexos y, en algún caso, también las decoraciones complejas basadas en los acanalados. Estas dataciones proceden del horno CR-60 de Can Roqueta-DIASA (2950 ± 45 BP), la Cova de can Sadurní (2920 ± 100 BP), el silo 6 de la Bòbila Roca de St. Pere de Ribes (2925 ± 50 BP y 2860 ± 50 BP) e incluso la necrópolis de El Pi de la Lliura (2850 ± 40 BP). Si aceptáramos la posibilidad de la existencia de esta fase tan antigua, el inicio de la necrópolis estaría en consonancia con la primera fase de ocupación propia del Bronce Final en el paraje de Can Roqueta. Por otro lado, aún es pronto para valorar la antigüedad de la pequeña necrópolis o, simplemente, tumbas aisladas (son sólo 2) procedentes del sector de Can Roqueta-Torre Romeu, que por una cuestión meramente tipológica, con las reservas que como hemos visto ello comporta, también podría ser posible que funcionase en este preciso momento.

En definitiva, dejando de lado aspectos de orden interpretativo actualmente poco fundamentados, hoy en día sólo podemos afirmar con seguridad que la necrópolis se encuentra en funcionamiento durante el siglo X cal. ANE. Desde entonces la necrópolis inicia un crecimiento en dirección sur hasta alcanzar un número aproximado de 600 tumbas, siempre de arquitectura sencilla, en un espacio de tiempo que estimamos entre los 300 y los 250 años.

A lo largo de este periodo que conocemos como Bronce Final, y a pesar de su larga duración, resulta actualmente imposible realizar una fasificación interna, lo que da idea de una fuerte estandarización en la producción cerámica funeraria que se encuentra vigente a lo largo de todo ese periodo. Para el análisis de la fase del Bronce Final, la secuencia de Can Missert, modelo de referencia tradicional, ha tenido que ser desestimada ante la evidencia de las relaciones físicas observadas en el yacimiento y de los contextos observados en algunas áreas de hábitat. De este modo, los dos tipos clásicos de urnas cinerarias, tal y como se demuestra por las relaciones físicas analizadas, conviven durante gran parte del tiempo, cuestión que ya había sido defendido por otros autores a raíz de los hallazgos procedentes de los hábitats (Francès, 1992: 32-34; Boquer, Carlús y Francès, 199: 124). No obstante, destacamos que la urna de cuello destacado y borde convexo (F-3) presenta, por un lado, unas dataciones radiocarbónicas verdaderamente bajas para lo que normalmente se ha venido defendiendo (véanse las dataciones de las tumbas CPR-340 y CPR-466), mientras que por otro, intuimos que es un tipo más antiguo que la urna globular de borde recto y corto (F-4). Esto último es, al menos, lo que parece deducirse a partir de los datos aportados por las áreas de hábitat donde el tipo de la forma 3 aparece desde el primer momento, mientras que el tipo de la forma 4 la hace más tarde, a pesar de que, en general, siempre se muestra más esquiva

en el registro arqueológico. Por esta razón, consideramos en este momento prioritario la fechación de aquellas tumbas que contengan este tipo de urna para poder evaluar de forma más segura su verdadera delimitación cronológica.

Si la existencia de dos tipos funerarios bien diferenciados no responde a una cuestión de orden cronológica, habrá que buscar otra explicación. Por eso, la distribución más o menos paritaria de ambos tipos en la necrópolis nos hizo pensar en la posibilidad de que fueran distintivos de género, tal y como se propuso para el caso de la necrópolis de Agullana (Palol, 1958). De hecho, si hemos visto que los vasos de pequeño tamaño se reservan para las incineraciones infantiles, no sería nada extraño que también se hiciera una distinción en función del sexo. De este modo, la cuantificación de ambos tipos, así parecería indicarlo, ya que la forma 3 (incluyendo los vasos del tipo VC-BF-I de la forma 4 que presentan el característico borde convexo) se encuentra presente en el 52'3% de las tumbas del Bronce Final, respecto al 47'7% en que aparecen los vasos cinerarios de la forma 4.

Por otro lado, esta misma idea podría defenderse si analizamos la distribución de aquellos objetos metálicos que tradicionalmente se han venido considerando como masculinos, es decir, las navajas y las pinzas (Giraud, Pons y Janin, 2003: 237), las cuales aparecen siempre asociadas a vasos cinerarios de la forma 3, lo que podría revelar un acceso al metal socialmente restringido en función del género (fig. 122). Sólo un único caso está asociado a una forma 4 (CPR-673-2A), aunque excepcionalmente presenta la particularidad de tener un borde convexo. No obstante, el análisis antropológico de los vasos cinerarios con navajas o pinzas no ha llegado a confirmar esta hipótesis, ya que sólo en dos de los vasos ha sido posible identificar el sexo, con las reservas que ello implica. De esta forma, nos hemos encontrado con un caso masculino (CPR-481) y otro femenino (CPR-294). Casualmente, esta última tumba es la única que asocia en su interior tanto una navaja como unas pinzas.

A parte de estos materiales, durante el Bronce Final pueden existir otros materiales que son igualmente abundantes. Este es el caso, como no, de las tapaderas troncocónicas, tanto si van decoradas internamente con acanaladuras como si son completamente sobrias, o también de los pequeños vasos que sirven para albergar en su interior los escasos restos producidos por la cremación de los difuntos infantiles. Finalmente, encontramos también otras producciones que resultan más excepcionales como, por ejemplo, un vaso cinerario del tipo VC-BF-I o las tapaderas del tipo T-BF-I y II, todos ellos de la forma 2

Tras el Bronce Final entramos en la Primera Edad del Hierro. A lo largo del siglo VIII cal. ANE, y más probablemente en el transcurso de la segunda mitad, asistimos a una fase de

transición que, gracias a los objetos metálicos asociados, sabemos que a nivel cerámico se caracteriza por la presencia de nuevos vasos como las urnas de perfil bicónico y borde exvasado largo de tamaño medio o grande, u otros tipos cerámicos más originales tanto por su perfil como por sus técnicas y motivos decorativos (fig. 123).

Es muy posible que en el transcurso de este siglo se produjese una evolución de los tipos cerámicos característicos del Bronce Final hasta los nuevos de la Primera Edad del Hierro. Así, el tipo perteneciente a la forma 3 evolucionaría hacia tipos de la forma 4 tras hacer desaparecer su cuello y perder su característico borde convexo, mientras que el tipo VC-BF-III de la forma 4 daría lugar a diferentes tipos de esa misma forma tras ir perdiendo su aspecto globular e ir alargando su borde. Esto daría lugar, de nuevo a una dualidad durante la Primera Edad del Hierro entre vasos altos y otros más proporcionados que con el tiempo irá a menos. Las decoraciones de estos vasos cinerarios suelen ser escasas pero técnicamente variadas. Así encontramos los clásicos acanalados horizontales, junto con un conjunto de decoraciones sumamente originales como, por ejemplo, una serie de impresiones hechas con una especie de ruedecilla que se disponen horizontalmente o en bandas con pequeños trazos oblicuos (CPR-644), espigas incisas sobre la carena (CPR-435) o el doble círculo estampillado (CPR-508). En cuanto a las tapaderas, se sigue respetando el típico perfil troncocónico, pero al mismo tiempo se observan los últimos casos que presentan decoración interna hasta su completa desaparición y sustitución por otro tipo de tapaderas más sobrias. Por último, destacamos a lo largo de esta fase de transición la introducción de un único vaso de ofrenda como complemento del conjunto funerario principal.

De todos modos, esta fase de transición es mucho más perceptible, como decíamos, a través de los objetos metálicos entre los que encontramos las fíbulas de pivote y de doble resorte, las cuales son anteriores a la aparición de los primeros objetos de hierro. La fíbula de pivote se considera que tiene un origen mediterráneo (Giardino 1995), si bien no hay otro sitio que presente una distribución más alta y tipológicamente más variada que el noreste de la Península Ibérica. La fíbula de doble resorte también tiene un origen incierto, pero en este caso, independientemente de que pueda tener o no un prototipo mediterráneo hay que considerar dos cuestiones interesantes. Por un lado, su amplia distribución peninsular y, por otro, que se trata de un objeto muy relacionado con las prácticas comerciales fenicias.

Otros elementos metálicos propios de este momento son las agujas de cabeza anular y de cabeza enrollada o alguna navaja que sigue la tradición anterior. En algún momento de esta fase de transición, probablemente a finales del siglo VIII cal. ANE, se produce también

la llegada de los primeros objetos de hierro, fundamentalmente cuchillos, que se encontrarán asociados a las últimas fibulas de pivote y de doble resorte.

Finalmente, tras la transición, encontramos un horizonte clásico de Primera Edad del Hierro que transcurre a lo largo de todo el siglo VII ANE. En él se observa la convivencia de tumbas sencillas y complejas, estas últimas con numerosos vasos de ofrendas que pertenecen a múltiples tipos de las formas 1, 2 y 4. Entre los vasos cinerarios se observa, en general, un crecimiento de las dimensiones mientras que se acentúa el biconismo y el borde se prolonga aún más. No obstante, también predominan otros tipos que tienen características propias. De esta forma, encontramos platos cinerarios de la forma 1, vasos cinerarios de la forma 2 (tipos VC-H-I y II) y, por último, entre los de la forma 4 encontramos reproducciones a mano de formas fenicias como las urnas Cruz del Negro con dos asas (tipo VC-H-VIII) o los contenedores tipo *pithos* de cuatro asas (VC-H-II-B1), además de otras en las que casualmente también predominan las asas (tipos VC-H-V, VI, IX y X). Muchos de estos tipos son igualmente reproducidos como vasos de ofrendas, a pesar de que entre éstos existen tipos propios en cualquiera de las formas analizadas. En cuanto a las tapaderas, suelen llevar un asa, son de perfil troncocónico y se encuentran, en general, sin decorar. Excepcionalmente podemos encontrar tipos de la forma 2 (T-H-I, II y III), en este caso sin asas pero en dos de ellos con una lengüeta perforada como sistema de presión alternativo. Por último, mencionar el caso de la existencia de una tapadera plana.

En cuanto a los vasos de ofrenda, destaca la gran variabilidad morfológica con la representación de todas las formas antes definidas. Dentro de las formas 1 y 2 acostumbra a haber bastantes casos con un asa, mientras que dentro de la forma 4, en ocasiones nos encontramos con 2 o, incluso, hasta 4 asas. Cuantitativamente, se observa un notable aumento de los vasos de ofrenda, de uno hasta catorce por tumba, por lo que se sitúan por encima del resto de categorías funcionales (VC y T), aspecto que significa un importante cambio respecto al Bronce Final.

Por lo que respecta a las decoraciones, los vasos de este periodo se decoran mucho menos. No obstante, las técnicas decorativas utilizadas son más variadas. Por un lado, continúan existiendo los motivos acanalados, pero con una mayor simplificación, ya que estos se reducen a motivos horizontales, verticales u oblicuos de trazo grueso. Por otro lado, encontramos diferentes tipos de impresiones, como por ejemplo, los pequeños trazos oblicuos, en una ocasión también formando espigas, realizados con un instrumento dentado y se sitúan en el cuello o sobre la carena. También tenemos los motivos de media caña

dispuestos en vertical o en líneas horizontales y las clásicas impresiones circulares parecidas a las del periodo anterior. Finalmente, hay un último conjunto de decoraciones realizadas con técnicas muy variadas como son las incisiones que forman bandas horizontales de dos o tres líneas separadas entre sí y rellenas con otras incisiones verticales también de doble o triple trazo, los cordones impresos horizontales y los vasos pintados con motivos geométricos variados. Por último, hay que mencionar la aparición de pies de diferentes tamaños que se encuentran calados o simplemente perforados.

De nuevo los metales son los elementos más relevantes para definir esta fase. Entre estos encontramos los clásicos cuchillos de remaches o las fibulas serpentiforme de hierro, mientras que más tarde llegarán otros elementos característicos como los asadores de hierro, el *simpulum* o el material cerámico a torno de filiación fenicia, que también encontramos representado en Can Roqueta '91, DIASA y Can Roqueta II (Carlús *et alii*, e.p.c).

A nivel general podemos establecer numerosos paralelismos entre estos materiales y los otros yacimientos catalanes (Pons, 1984; Rovira, 1998), especialmente los del área del Vallès como la necrópolis del Pla de la Bruguera (Clop *et alii*, 1998) y la de El Coll (Sanmartí, 1993; Muñoz, 2002). También encontramos numerosos referentes en el sureste francés, como los del pecio de Rochelongue (Arnal *et alii* 1970) y las necrópolis de Gran Bassin en Mailhac y Le Peyrou en Agde (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989). Es importante señalar igualmente que algunos objetos como las fibulas serpentiformes, las hebillas de placa rectangular moldurada de un garfio y las agujas biglobulares, todos ellos bien conocidos en el Midi francés, sólo se localizan, dentro del noreste peninsular, en las necrópolis del territorio vallesano.

Todo este conjunto de elementos metálicos procedentes de nuestra necrópolis, admitiendo la usual presencia de objetos de hierro como fósil director, se ha fechado tradicionalmente en nuestro territorio a partir de la segunda mitad del siglo VII ANE. Sin embargo, conviene replantearse esta cronología ante la evidencia de las dataciones radiocarbónicas calibradas para los primeros hierros peninsulares (Almagro Gorbea, 1993; Ruiz Gálvez, 1998; Senna-Martínez, 2000) y para la presencia fenicia en la Península Ibérica (Mederos, 1997: 86, tabla 18; Castro, Lull y Micó: 1996: 193-195 y 209; Torres, 1998: 57), aspectos que tienen su total correspondencia con alguno de los datos procedentes de Catalunya²²².

²²² En este contexto, tal vez habría que volver a tomar en consideración las fechas de C14 correspondientes a la Primera Edad del Hierro, que calibradas, generalmente envejecen las tradicionales cronologías propuestas a

Por otro lado, también creemos importante referirnos al contexto general de estos mismos objetos, por ejemplo, en el sur de Francia, donde los primeros hierros, principalmente cuchillos y agujas, se fechan a partir del último cuarto del siglo VIII ANE (Janin y Chardenon, 1998: 58-59). También hay que recordar que gran parte de los objetos documentados en nuestra necrópolis (fibulas de doble resorte y serpentiformes, agujas, cuchillos, asadores, el *simpulum*, etc.) se encuentran ampliamente representados en contextos propios del complejo de Gran Bassin I que se fecha entre finales del VIII y principios del VI ANE (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989: 456). Este hecho junto con la inexistencia de armamento pesado de hierro, de cerámica paleoibérica y de ciertos elementos de bronce como las fibulas de pie alto, nos permiten situar el final de la necrópolis entorno al 600-575 ANE. En definitiva, estimamos para este segundo periodo, incluida la fase de transición con el Bronce Final, una duración aproximada de unos 150 o 125 años.

Con la desaparición de la necrópolis no se interrumpen las actividades en el paraje de Can Roqueta, ya que en el sector de Can Roqueta II todavía se documentarán diversos silos con materiales a torno de tipo paleoibérico y emporitano fechados en el transcurso del siglo VI ANE. En el transcurso de la segunda mitad de este mismo siglo, el modelo de poblamiento característico de la Depresión prelitoral en la zona central de Cataluña durante todo el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro se abandona definitivamente. Así, desde este momento se constatará la presencia de poblados urbanizados y situados en puntos destacados del paisaje, sin que podamos descartar del todo la existencia de asentamientos alternativos ubicados en relación a los campos de cultivo. Por otro lado, las necrópolis de estos poblados nos resultan prácticamente desconocidas hoy en día, sin que exista una explicación convincente que dé respuesta a este fenómeno²²³. El resultado de todo esto es una nueva realidad política, social y

partir de los materiales cerámicos. Esto ocurre en los casos de Barranc de Gàfols (Sanmartí *et alii*, 2000: 233) y Els Vilars (Alonso *et alii*, 1998), entre otros.

²²³ Esta desaparición de los contextos funerarios es común a algunos territorios, mientras que en otros las necrópolis perdurarán hasta momentos del ibérico antiguo y de manera mucho más restringida hasta el ibérico pleno (Sanmartí, 1991). Podríamos pensar en que las prácticas funerarias tradicionales son substituidas por otro tipo de ritos que no dejan constancia arqueológica o que, sencillamente, las necrópolis de estos poblados no han sido aún descubiertas. Sin embargo, en otros territorios como el Lacio, la inexistencia de contextos funerarios entre los siglos VI y V ANE, ha sido puesta en relación con el empobrecimiento de los ajuares funerarios, lo que impide fechar correctamente los enterramientos correspondientes a este momento. Las causas de este empobrecimiento, para algunos autores (Cornell, 1999: 137), no tendrían que ver con cuestiones económicas sino más bien ideológicas y culturales. De este modo, la evolución que se observa en los ritos funerarios reflejarían el paso de una conmemoración fundamentalmente privada con la amortización de tesoros en el interior de las tumbas a otra de carácter público con la celebración de eventos populosos con banquetes, ofrendas a los santuarios de la colectividad y entretenimientos que ensalzan el rango y prestigio de la familia. Destacamos el hecho de que esta evolución de la sociedad latina arranca paralelamente al proceso de urbanización de la ciudad de Roma y su transformación en ciudad-estado. Casualmente, aunque a una escala política más pequeña, la evolución de las sociedades preibéricas en Catalunya se muestra muy parecida al caso lacial, ya que la progresiva desaparición de sus contextos funerarios transcurre al mismo tiempo que la consolidación del nuevo

económica que se conoce en términos generales como ibérica y, más concretamente, como layetana.

CAPÍTULO VII

EVOLUCIÓN DEL RITUAL EN CAN PITEU-CAN ROQUETA

EVOLUCIÓN DEL RITUAL EN LA NECRÓPOLIS DE CAN PITEU-CAN ROQUETA

La necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Villena *et alii*, e.p.) se sitúa en la línea de los cementerios de incineración del occidente europeo. La tipología de los enterramientos y el ritual identificado son característicos de lo que tradicionalmente se ha venido denominando como necrópolis de campos de urnas o cementerios de tumbas planas²²⁴ (Ruiz Zapatero, 2001). Encontramos paralelos en la mayoría de las necrópolis pertenecientes al Bronce Final tanto en las cordilleras como, sobre todo, en las Depresiones prelitoral y litoral, desde los Pirineos hasta el Ebro: Can Bec de Baix (Agullana), El Pi de la Lliura (Vidreres), Coll s'Avenc (Tavertet), Can Missert (Terrassa), El Calvari (El Molar), etc.

El análisis del contenido de los depósitos funerarios ha permitido deducir un ritual basado en la cremación como método de tratamiento para los cadáveres previo a su entierro. No obstante, esporádicamente hay que valorar otros ritos alternativos a la incineración como se demuestra en diversos puntos del paraje de Can Roqueta donde aparecen restos humanos inhumados parciales y secundarios, normalmente restos de cráneo, y excepcionalmente en posición primaria (Majó, e.p.). El primero de los casos, con el paso del tiempo, se ha demostrado que se trata de un hecho bastante recurrente difícil de interpretar, pero que para

²²⁴ Pese a la reiterada utilización de este tipo de conceptos por la bibliografía peninsular, queremos destacar que han sido totalmente rechazados por los investigadores del sur de Francia desde la celebración de una Mesa Redonda celebrada en el 1993 en Lattes sobre las estructuras de cubrición y señalización de las tumbas protohistóricas del Midi francés (Schwaller, 1995). Los argumentos en que se basaban estos investigadores son, por un lado, que la inexistencia de estructuras tumulares responde más a una cuestión de conservación, que no real y, por otra, que el concepto “campos de urnas” implica “un paramètre culturel fort, de toute façon étranger au contexte protohistorique languedocien” (Janin, 1996: 16).

algunos autores serían indicativos de determinados ritos fundacionales (Rovira, 1993; Alcalde, Molist y Toledo, 1994: 62).

La tumba de incineración, entendida como un receptáculo funerario y último contenedor de los restos de difunto y de sus enseres, es la última acción de una compleja ceremonia fúnebre que sólo podemos intuir a partir de los restos conservados y exhumados a partir de la excavación arqueológica. El conocimiento del ritual de la muerte, en sus primeras etapas, lo podemos obtener a partir de paralelos más modernos, como los documentados en el mundo griego, Etruria o entre los mismos íberos. También las aproximaciones etnográficas a estas prácticas resultan un buen recurso para reconstruir los aspectos rituales (Villena, e.p.a).

Así pues, es muy probable que las ceremonias fúnebres constaran de diversos acontecimientos clave como la preparación y exhibición ritual de cuerpo del difunto, el transporte hacia la pira funeraria o *ustrinum* con el acompañamiento fúnebre formado por los familiares y los miembros de la misma comunidad, la cremación del cadáver, la recogida de sus restos y, finalmente, la sepultura de la urna con los restos incinerados en su interior.

Sobre la preparación del cuerpo del difunto para su cremación no sabemos prácticamente nada. No obstante, al encontrarnos con objetos metálicos quemados y deformados por la acción del calor, debemos suponer que los individuos fueron colocados sobre la pira vestidos o amortajados con sus pertenencias de bronce y hierro, las cuales serán después depositadas preferentemente dentro del vaso cinerario.

No se ha documentado ninguna estructura tipo *ustrinum* destinada a la combustión del cuerpo del difunto²²⁵. Tampoco existen tumbas o fosas que hayan sido utilizadas como lugar de enterramiento y como crematorios al mismo tiempo, por lo que podemos afirmar que se trata siempre de cremaciones secundarias. Así pues, la cremación de los cadáveres debió realizarse en algún lugar situado en la periferia de la necrópolis o apartado de ella. Finalmente, la deposición de los restos y de los conjuntos funerarios se efectúa siempre dentro de una fosa practicada en el suelo natural, cuyas dimensiones varían según los periodos de la necrópolis.

Gracias al estudio antracológico (Mensua y Piqué, 2002), sabemos que el combustible utilizado en el ritual es la madera de encina seguido a mucha distancia de la del roble. Este

²²⁵ Durante la excavación de campo, se documentó una estructura de combustión (CPR-763) a la que ya hemos hecho referencia y que fue interpretada como *ustrinum* (Carlús y Lara, 2004: 64-65 y fig. 5.b). Sin embargo, el análisis posterior de los materiales cerámicos identificados y una datación radiocarbónica realizada sobre carbón (UBAR-685: 4540 ± 60 BP, es decir, 3380-3080 cal. ANE a 2 sigmas con un 86,1% de probabilidad) permitió otorgar una definitiva datación de Neolítico Final.

aspecto viene corroborado por el análisis palinológico, realizado igual que en el caso anterior a partir del sedimento localizado dentro de los vasos, que demuestra un paisaje típico mediterráneo abierto, pero con masas boscosas de encinares mixtos con robles y pinos, además de bosques galería (Burjachs, 2001). El proceso de cremación no llegaría a producir la reducción total del difunto a cenizas, dado que las temperaturas alcanzadas oscilan entre los 650 y los 800 °C. Esta interpretación se fundamenta en el análisis de la coloración de los huesos localizados en el interior de los vasos, los cuales van del blanco roto hasta el blanco yeso.

La ausencia de cenizas, dentro de las urnas o de las fosas, permite inferir que los restos óseos fueron recogidos y seleccionados de manera cuidadosa. No obstante, destacamos que existen importantes diferencias en el peso de los depósitos óseos y en la representatividad de determinadas partes del cuerpo. De este modo, algunos individuos están representados únicamente por unas pocas astillas óseas, mientras que en otros se constata una preocupación por recoger masivamente del crematorio los restos óseos del difunto. Esto nos lleva a pensar que, tal vez, una parte de los huesos pudieran haber sido utilizados para otro tipo de prácticas que desconocemos o simplemente conservados por sus familiares (Villena, e.p.a). Por otro lado, cronológicamente, parece que la fragmentación de los huesos es más fuerte durante el Bronce Final que durante la Primera Edad del Hierro, lo que puede indicar un menor uso de combustible en este último periodo o, en todo caso, una combustión menos duradera.

Finalmente, los restos incinerados se depositaban, generalmente, dentro de una urna o, en casos más puntuales, directamente dentro de la propia tumba. En algunos casos, por la disposición de los huesos en el interior de la urna se ha deducido la existencia de una especie de pañuelo que en forma de hatillo los contendría. Tal vez el caso más claro, corresponda al vaso cinerario de la tumba del Bronce Final CPR-492 (foto 88). Como se puede ver en la imagen, un fragmento de cráneo situado en el lado derecho permanece en posición inclinada, pero sin entrar en contacto con la pared del vaso, lo que permite deducir la existencia de algún elemento (por ejemplo, un pañuelo) que lo sostendría en esta posición. Lo mismo sucede con otros huesos situados en la periferia del depósito antropológico que tampoco llegan a entrar en contacto con la pared del vaso. A favor de esta interpretación, habría que mencionar la conservación por oxidación de diferentes muestras de tejido asociadas a fíbulas serpentiformes de hierro, lo que podría atribuirse a este tipo de pañuelos, ya que debemos descartar la conservación de restos de ropa debido a la combustión del cadáver.



Foto 88.- Vaso cinerario de CPR-492. La disposición de los huesos muestra la existencia de algún elemento orgánico (pañuelo ?) que los contendría.

Es muy probable que en el transcurso de este ritual, el banquete fuese otra de las partes importantes del ritual funerario. En él, se ofrecía el sacrificio de algún animal u otros alimentos con la intención de loar al difunto que, bajo la tutela y con la participación de las divinidades, era consumido entre los familiares, sin olvidar al muerto que recibía su parte en forma de ofrendas de alimentos dispuestos dentro de su tumba, bien directamente sobre el suelo o más frecuentemente en el interior del vaso cinerario. En el caso de la carne, la conservación de sus huesos permite una rápida identificación de esta práctica (foto 89). Sin embargo, hay que pensar en la colocación de otros productos que no se han conservado. Precisamente, esto es lo que podemos inferir a partir de los análisis de contenidos de los vasos (Juan Tresserras y Matamala, 2002) o del ejemplo concreto del vaso cinerario de la tumba CPR-946, donde se documentaron dos espacios vacíos (foto 90) que se han interpretado como las huellas de dos probables ofrendas alimenticias (Villena, e.p.a).



Foto 89.- Fémur derecho de cerdo en el interior del VC de la tumba CPR-803.



Foto 90.- Negativos sobre los restos óseos de las ofrendas del vaso cinerario de CPR-946.

Una vez acabado todo el ritual funerario, no serían descartables las visitas puntuales por parte de los parientes cercanos con el objetivo de mantener viva la memoria del difunto.

Las estructuras de enterramiento del Bronce Final son sencillas y pueden asimilarse al tipo 1 de Pons (Pons, 2000). Se trata de fosas de un tamaño ajustado al volumen de los artefactos contenidos, sin complementos, dentro de los cuales se colocan los restos de la incineración del muerto y el ajuar metálico (fotos 91 y 92), todo ello bien dispuesto dentro de una urna de cerámica. El contenido osteológico y el ajuar son protegidos por una cubierta cerámica o por una piedra debidamente trabajada (foto 93). Finalmente, la tumba puede estar protegida y/o señalizada por diversos sistemas de cubrimiento.



Fotos 91 y 92.- Dos vasos cinerarios (CPR-1036 y CPR-1042) en cuyo interior se observa la disposición del ajuar metálico entre los restos antropológicos.



Foto 93.- Vaso cinerario y tapadera cerámica de la tumba CPR-1003.

Uno de los aspectos más remarcables es la simplicidad de los ajuares y de los conjuntos cerámicos presentes en las tumbas. Como ya hemos dicho, la mayor parte de los enterramientos pertenecientes a este periodo muestra de manera casi exclusiva, la urna cineraria que contiene los restos del muerto y la correspondiente cubierta. Igualmente,

destaca la escasa representatividad del número de vasos de ofrenda, de hecho casi inexistentes, dentro de las tumbas.

A nivel tipológico, existe entre los vasos cinerarios una dualidad de formas caracterizada por los tipos de las formas 3 y 4, además de un único caso de la 2, mientras que las tapaderas se encuadran de manera casi absoluta, dentro de la forma 1 y muy puntualmente dentro de la 2. Esta dualidad observada entre las urnas cinerarias ha sido valorada como una distinción de género sin que el análisis antropológico lo haya podido confirmar. No obstante, vemos en ella un componente ritual, por cuanto se trata de una producción fuertemente normalizada que, si bien no sólo es exclusiva de la necrópolis, si que es absolutamente mayoritaria en este tipo de yacimientos. Por otro lado, en sentido contrario vemos otro tipo de producciones igualmente normalizadas, como las tinajas de cordones, que son absolutamente rechazadas como vasos cinerarios y, por lo tanto, carentes de todo tipo de carga simbólica.

A nivel decorativo, las tapaderas (formas 1 y 2) se caracterizan por las clásicas acanaladuras horizontales ubicadas en el interior del vaso, tanto en sus paredes como en el fondo formando círculos concéntricos. En el caso de los vasos cinerarios, las decoraciones son mucho más complejas sin que podamos establecer diferencias entre las urnas de las formas 3 y 4. De hecho no existe un único patrón compositivo, sino todo lo contrario, es decir, una libertad absoluta a la hora de plasmar los diferentes motivos decorativos que en los casos complejos prácticamente nunca se repiten. Esta falta de estandarización en la decoración nos impide observar patrones concretos que puedan ser interpretados desde una óptica ritual, social, económica o cultural.

En cuanto a la metalurgia, durante el Bronce Final existía un uso funerario muy restringido del metal. La presencia de algunas tumbas con estos elementos de alto valor nos permite evidenciar la existencia de ciertos individuos con un mayor poder acumulativo de riqueza y posiblemente un rol un tanto diferenciado del resto de los difuntos. De todas formas, se tiene que añadir que la presencia de estos elementos de prestigio no tiene relación directa con la complejidad de las tumbas donde se localizan. Estas tumbas que incluyen material metálico se disponen de manera aleatoria y preferencialmente en las zonas del noroeste y en el este de la necrópolis (fig. 124), sin que aparentemente se aprecien agrupaciones de significación ritual ni de preeminencia social. Destacamos, no obstante, la mínima presencia de objetos metálicos en el sector noreste de la necrópolis.

Se trata de objetos pequeños y morfológicamente muy simples, entre los que destacaríamos el conjunto funcionalmente destinado al aseo personal: las navajas y las pinzas

de depilar. Como ya dijimos, estos elementos tradicionalmente han sido asociados a la figura masculina (Giraud, Pons y Janin, 2003) en relación a sus cuidados personales o bien a aspectos rituales que tendrían que ver con la purificación del cuerpo mediante su rasurado y lavado. Por otro lado, la relación, ya comentada, entre estos objetos y los vasos cinerarios de la forma 3²²⁶, nos ha permitido hipotetizar sobre la identificación de esta forma cerámica con el sexo masculino (fig. 122), sin que haya podido ser demostrada por el análisis antropológico de los restos óseos.

La presencia de metal está representada dentro de los ajuares, de manera mayoritaria, por una única pieza. Los ajuares con más de un elemento suponen una excepción. La totalidad de los elementos amortizados se localizan dentro del vaso cinerario, depositados sobre el paquete osteológico, intercalado entre los huesos o debajo de ellos. Cuando los metales se disponen entre los restos óseos, los encontramos normalmente por encima de un pequeño lecho de huesos de menos de 3 cm. de grosor, generalmente, colocados de manera horizontal en el centro de la capa. La manera en que están colocados permite inferir una amortización cuidada, no exenta de intencionalidad ritual.

A parte del ajuar metálico, los conjuntos funerarios asociados al Bronce Final pueden presentar otros elementos de significación ritual. Destacamos el hallazgo de una valva, no modificada de *Arca noae*, de un colgante perforado hecho con un canino de suido y de diversos fragmentos de fauna quemada, principalmente ovicaprino, por encima de los bovinos y los suidos, y mayoritariamente en edad de crecimiento (Montero, 2004). Estos restos animales podrían interpretarse dentro del ritual desarrollado como posibles restos de un banquete funerario o sencillamente como ofrendas. Su distribución (fig. 125) se centra preferencialmente en el sector noroeste de la necrópolis si bien también hay una importante presencia en el sector este en relación con el empedrado CPR-247.

En definitiva, durante el Bronce Final, los conceptos rituales que se desprenden del análisis de la necrópolis son escasos, ya que sólo disponemos de una documentación que se limita al aspecto formal de las tumbas. De este modo, sólo podemos analizar la arquitectura funeraria, el contenido material, los elementos de banquete y los restos antropológicos. Así pues, a partir de estos datos lo que observamos es un ritual homogéneo que tal vez sólo se diferencie de manera excepcional por la existencia de determinados objetos metálicos o de fauna, aspectos, que por otro lado pueden tener una explicación de estatus o, incluso tal vez, cronológica que no hemos alcanzado a desvelar. Sin embargo, esta homogeneidad en el

²²⁶ Recordamos que sólo uno de los 9 casos no cumple este requisito (CPR-673-2A).

sistema enterramiento se verá superada, de manera progresiva, con la entrada de los primeros artefactos de hierro.

De esta forma, en el transcurso del siglo VIII cal. ANE se produce la transición a la Primera Edad del Hierro. Esta se caracteriza por pocas diferencias respecto al periodo anterior, ya que seguimos observando la existencia de tumbas sencillas distribuidas fundamentalmente por la zona central del lado oeste de la necrópolis. Sin duda alguna, las variaciones más evidentes se dan entre los materiales que se incluyen en las tumbas y en la deposición de los ajuares metálicos (agujas de cabeza enrollada y anular, fíbulas de pivote y doble resorte, primeros objetos de hierro...) que normalmente aparecen fuera del vaso cinerario, bien a su lado o, sobre todo, justo debajo de él, es decir, bajo la base.

A partir de entonces, comenzarán a aparecer tumbas cada vez con ajuares cerámicos y metálicos más ricos (fotos 94-97), así como un notable aumento de la capacidad y del volumen de los entierros con fosas que pueden llegar hasta los 1900 litros. Las tumbas de plena Primera Edad del Hierro muestran una evolución en la arquitectura funeraria que, quizás, indique la superación de los anteriores esquemas arquitectónicos y una concepción más elaborada del ritual funerario. Así pues, se construyen tumbas de forma y cubiertas variadas y, sin dejarse de lado las estructuras más pequeñas, aparecen otras de tipo silo, es decir, de morfología troncocónica y hemisférica de gran volumen, con *loculus* central y, en otros casos, encajes para construir estructuras para sostener el peso de las cubiertas superiores. La existencia de pequeños *loculi*, en el fondo de las tumbas, permite fijar los conjuntos principales de manera vertical. La disposición de los elementos que conforman el ajuar del difunto también se muestra, en esta fase tardía de la necrópolis, mucho más compleja y variada que en el Bronce Final.

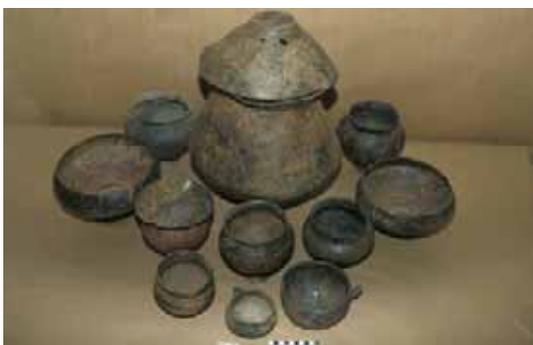


Foto 94.- VC, T y VO de la tumba CPR-15.



Foto 95.- Ajuar metálico de la tumba CPR-296.



Foto 96.- Ajuar metálico de la tumba CPR-550.



Foto 97.- Ajuar metálico de la tumba CPR-50.

En cuanto a la cerámica, a nivel funcional se ha distinguido entre el conjunto principal (VC+T) y los vasos de ofrenda. Dentro de los primeros, y concretamente entre los vasos cinerarios, volvemos a encontrarnos con una producción bastante normalizada ya que hay un dominio bastante claro del tipo VC-H-I de la forma 4 con perfiles bicónicos y bordes exvasados progresivamente más alargados. Mientras que entre las tapaderas siguen siendo troncocónicas y, a diferencia del periodo anterior, casi sin decorar. Desde el punto de vista del ritual, el aumento cuantitativo de los vasos de ofrenda, cuyas cifras oscilan entre uno y catorce por tumba, es, sin duda alguna, el cambio más importante y destacado respecto al Bronce Final.

En lo que respecta a las decoraciones, los vasos de este periodo se decoran mucho menos lo que nos impide, de nuevo, observar patrones estilísticos o técnicos que nos permitan establecer grupos susceptibles de ser interpretados desde una visión ritual, social, económica o cultural. No obstante, llamamos la atención acerca de diversas decoraciones muy específicas que pueden ser susceptibles de cierta carga simbólica como, por ejemplo, el motivo de media caña, los trazos incisos y los motivos pintados. Por otro lado, cabe pensar en la utilización de determinados vasos con pies calados, también bastante escasos, para ciertas prácticas rituales y de prestigio relacionadas con el quemado de perfumes o bien con los banquetes funerarios como ha sugerido Rafel (1998: 83).

Por último, dentro del conjunto cerámico destacamos dos vasos realizados a torno y pintados con bandas horizontales, un vaso tipo “Cruz del Negro” y otro *pithoide*, que responden claramente a tipologías fenicias. Su presencia en nuestra necrópolis hay que ponerla en relación con su contenido (aceites, miel, especias o productos aromáticos) que se utilizaría en los distintos rituales comunitarios como los banquetes. Por sus dimensiones, estos tipos de vasos debieron tener un papel secundario dentro del comercio fenicio, ya que el principal protagonismo estaría asumido por los grandes contenedores, especialmente las

ánforas, que contendrían productos como el vino o el aceite que tendrían una más amplia demanda comercial (Marlasca, 2002).

En cuanto al ajuar metálico se observan importantes diferencias a nivel cuantitativo y cualitativo respecto al periodo anterior. La proporción de metales aparecidos en las tumbas de la Primera Edad del Hierro supera, de largo, el número de elementos exhumados en las tumbas del Bronce Final, al mismo tiempo que se diversifican los materiales (bronce, hierro y bimetálicos) y especialmente las tipologías (Rovira, 2002). Se trata, además, de elementos técnicamente más elaborados. De esta manera, la mayor parte de las tumbas incluye, dentro de sus ajuares, algún elemento metálico de bronce o hierro, mientras que las que no poseen ningún elemento en su interior se distribuyen por toda la necrópolis. En cuanto a las tumbas con objetos propios de la fase de transición (agujas y fíbulas de bronce), éstas se sitúan en los cuadros 9A1-4 o cerca de ellos, es decir, en el sector noroeste de la parte que corresponde a la necrópolis del hierro. Casualmente, esta zona coincide con la mayor dispersión de objetos metálicos durante el Bronce Final, lo que puede indicar una cercanía cronológica entre ambas deposiciones. Por último, objetos menos comunes como los elementos de banquete, los bocados de caballo o las hebillas se sitúan hacia el sur-sureste de la necrópolis que es donde, además, se documentan las tumbas con más materiales metálicos (fig. 126).

A nivel funcional, hay un claro predominio de los objetos ornamentales, pero los de aseo personal y otros destinados a múltiples funcionalidades (como por ejemplo cuchillos de tamaño medio o ciertos alambres apuntados) están igualmente representados. Tan sólo algunos esporádicos cuchillos de gran tamaño podrían considerarse como armamento. Otras piezas excepcionales son las de caballería. El ámbito ritual se manifiesta también puntualmente mediante la presencia de elementos vinculados al banquete funerario.

En esta fase se produce una asociación recurrente entre dos elementos de hierro: el cuchillo del tipo Gran Bassin I, algunos de ellos con el mango de madera²²⁷, y la fíbula serpentiforme, algunas de ellas con restos de tejido adherido²²⁸, que pueden ir también acompañados de otras piezas como las agujas de cabeza biglobular en forma de pesa en bronce y en hierro, las posibles fíbulas de resorte bilateral de hierro, las cadenas y brazaletes de bronce y hierro y, por último, las hebillas de bronce de placa rectangular con molduras o

²²⁷ El análisis del mango de cinco ejemplares ha determinado que se utilizaba la madera de evónimo (Mensua y Piqué, 2002).

²²⁸ Se trata de diversos restos con “orificios distribuidos de manera muy regular que nos indican o bien la presencia de lo que en su momento eran probablemente hilos del urdido hoy en día desaparecidos, o bien el trabajo de un tejido de punto”, y que siempre encontramos asociados a este tipo de fíbula. En la actualidad, aún se encuentran en proceso de estudio en el Museu Tèxtil de Terrassa (Masdeu, Morata, Saladrigas, 2002).

romboidal calada, siempre de un solo garfio que se complementan con un conjunto de botones o láminas aplicadas sobre el cinturón confeccionado con cualquier tipo de material perecedero (cuero o lana, por ejemplo).

Simultáneamente se constata que un número reducido de entierros acumulan más metal que el resto. Otro rasgo remarcable es la aparición ocasional de elementos rituales de filiación mediterránea vinculados al banquete funerario. Si bien el *simpulum* se documenta dentro del mismo horizonte cultural en las necrópolis de Agullana, Anglés, (Pons 1984) o El Coll en Llinars del Vallès (Sanmartí 1993), los asadores de hierro son prácticamente únicos en el noreste peninsular, mientras que sus referentes más próximos hay que localizarlos en el área de Mailhac (AAVV, 1997).

En cuanto a los aspectos rituales de los materiales metálicos, se ha comprobado que la amortización voluntaria de los ajuares se hacía de manera sistemática mediante la cremación y afecta a todo tipo de objetos. Además, el estudio microespacial nos permite constatar diversas pautas de deposición del metal dentro de los conjuntos funerarios. De este modo, pueden aparecer en dos ámbitos diferenciados, bien aislados o bien agrupados en cualquier punto de la fosa, en el exterior de los vasos cerámicos, normalmente en el vaso cinerario, o dentro de ellos.

Por otro lado, la situación del metal dentro de las urnas cinerarias, está directamente relacionada con el paquete antropológico. La mayoría aparecen sobre los restos óseos, pero también los hay entre ellos y, excepcionalmente, por debajo. La distribución agrupada de algunas de estas piezas hace suponer que se habrían depositado unidas o protegidas, es decir, ligadas o envueltas con algún elemento perecedero. Paralelamente, el estado de algunos objetos indicaría que ya se habrían introducido incompletos dentro del contenedor cerámico.

Los conjuntos funerarios asociados a la Primera Edad del Hierro, igual que durante el Bronce Final, pueden presentar otros elementos de significación ritual, como por ejemplo, la presencia de restos óseos animales (fig. 127) quemados o no, normalmente ganado bovino, pero también ovicaprinos y suidos (Montero, 2004). Estos restos son colocados directamente sobre los restos incinerados del muerto, depositados dentro de los vasos de ofrenda o situados dentro de la tumba sobre el fondo (foto 98). Por otro lado, los análisis de los contenidos cerámicos han dado como resultado la presencia de productos lácteos y cerveza, así como otras recetas más elaboradas como un guisado de ortigas, una conserva de frutos con miel o la combinación de productos lácteos con cereales (Juan y Matamala, 2002). Como en el periodo anterior, estos restos animales o de productos elaborados para el consumo podrían

interpretarse como ofrendas o como restos de un banquete funerario. Igualmente, la presencia de diversos asadores y de un *simpulum* dentro de un vaso con cerveza (vaso 2B de la tumba 18), según los estudios de contenidos, evoca la existencia de este tipo de banquete, también identificado en otras necrópolis (Bouloumié, 1988: 350-352; Kohler y Naso, 1991).



Foto 98.- Fémur de cabra joven en el interior del VC de la tumba CPR-518.

Precisamente, en el contexto de estos banquetes, destacamos la aceptación de objetos de procedencia mediterránea como los asadores, el *simpulum* o el concepto de los vasos de pie calado. Para algunos autores, la llegada de estos elementos implica un proceso de aculturación entre las élites indígenas del mediterráneo central y occidental que incorporarían en sus ceremonias fúnebres el modelo de banquete de raíz griega basado en comidas comunitarias con una vajilla específica donde se comería carne y se bebería vino (Bouloumié, 1988). No obstante, en este caso creemos que se trata simplemente de un proceso de readaptación de los tradicionales banquetes, por otra parte ya documentados durante el Bronce Final, con la incorporación de nuevos productos de manufactura mediterránea en el caso de los objetos hechos en metal, e imitados o reinterpretados con tipologías cerámicas locales en el caso de los pies calados.

CAPÍTULO VIII

DEMOGRAFÍA, ESTRUCTURA SOCIAL E INTERCAMBIOS

DEMOGRAFÍA, ESTRUCTURA SOCIAL E INTERCAMBIOS A PARTIR DE CAN PITEU-CAN ROQUETA

Desde la perspectiva de la arqueología de la muerte, numerosos autores han insistido en la importancia del estudio de los contextos funerarios como reflejo del grado de desarrollo social de una comunidad (Ruiz Zapatero: 2001: 257-258). En nuestro caso, si queremos realizar una aproximación a la demografía, a la estructura social y a las relaciones comerciales de las comunidades del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en nuestra zona de estudio, esta percepción resulta todavía más justificada ante la homogeneidad y la escasez de datos bien contextualizados que caracterizan el espacio habitado a lo largo de este periodo. Aún así, la lectura social que podemos realizar a partir del estudio de las necrópolis presenta muchas limitaciones por la extrema fragmentación de los restos óseos humanos incinerados. Como veremos, en la mayoría de los casos, dicha fragmentación dificulta la determinación de las edades o, aún más grave, la adscripción sexual de los difuntos lo que nos impide apreciar las diferencias de género existentes en esta comunidad. En cambio, la presencia de ajuares bien individualizados nos permite valorar la posibilidad de acumulación de objetos por parte de un reducido sector de la población lo que refleja el estatus social de estos, así como también las relaciones comerciales que estas comunidades ejercieron a lo largo de aproximadamente unos 400 o quizás 500 años.

Con los datos en la actualidad disponibles, y a pesar de que nos encontramos en una fase preliminar del estudio de la necrópolis, hemos tratado, por un lado, de definir la estructura social de la comunidad que depositó los restos incinerados de sus difuntos en la necrópolis y por otro lado, conocer la importancia de los intercambios comerciales desarrollados por esta comunidad.

En el primer caso, hemos recurrido a los siguientes aspectos: el significado de las prácticas sepulcrales no incineratorias documentadas en los espacios habitados, la accesibilidad a un ritual funerario concreto, ya sea la incineración o la inhumación, la inversión de trabajo en la construcción de la tumba, la posición que la sepultura ocupa dentro del conjunto de la necrópolis y dentro del sector en el que está ubicada (valoración de la posición central de algunas tumbas en función de agrupaciones definibles), las relaciones de dependencia entre las tumbas, la cantidad de objetos (cerámicas, metales u otros), la calidad de los mismos, la naturaleza de las ofrendas y la presencia o ausencia de armamento.

En el segundo caso, la localización de determinados productos cerámicos y metálicos de amplia distribución geográfica nos indica, como veremos, la existencia de relaciones con otras comunidades del entorno e, incluso, más lejanas.

Este fenómeno de apertura al exterior se encuentra bien consolidado durante la Primera Edad del Hierro, momento en que podemos vincular la presencia de ciertos objetos en la necrópolis con los contactos emergentes que desde el siglo VIII ANE se están produciendo en todo el Mediterráneo occidental. En cambio, con anterioridad, durante el Bronce Final, esta realidad es más difícilmente perceptible, por lo que probablemente los intercambios se limitarían a las áreas geográficas más cercanas, como el noreste de Cataluña. De hecho, en este periodo, dos acontecimientos importantes como son la generalización de la decoración acanalada en las cerámicas y la adopción del rito de la incineración, permiten evidenciar estrechos y tempranos vínculos entre las diversas comunidades asentadas en el territorio del noreste peninsular.

1. PALEOBIOLOGÍA Y PALEODEMOGRAFÍA

La antropología biológica es aquella disciplina que, entre otras informaciones, nos acerca a la edad y el sexo de los difuntos, mientras que la paleopatología pone al descubierto algunas de las enfermedades que sufrieron en vida. Por otro lado, la paleodemografía se refiere a la estructura de la población que fue enterrada. De este modo, podemos intuir tanto la posición del individuo dentro de la sociedad, como su calidad de vida o si nos encontramos ante una población típica, es decir, donde no se excluye a ningún grupo de la sociedad por razones de sexo, edad, posición social, estatus económico u otras (Villena, e.p.b).

A. La determinación de la edad de los individuos.

En el caso de las incineraciones, la prolongada exposición de los cuerpos humanos a una fuente de altas temperaturas provoca una fuerte deformación y fragmentación de tejido óseo. De este modo, la metodología utilizada tiene en cuenta los métodos convencionales de la antropología física aunque los resultados estén limitados por el grado de conservación de los restos.

La determinación de la edad de los individuos puede realizarse con cierta precisión hasta la edad aproximada de unos 30 años. Hasta entonces, los huesos se están formando siguiendo unas frecuencias bien conocidas que son las usadas para establecer la edad aproximada del difunto. De esta forma, cuanto más joven sea el individuo, más huesos en formación tendrá y más posibilidades tendremos de afinar su edad. Sin embargo, cuando los huesos se han formado por completo, la determinación de la edad resulta más compleja, pues se encuentra supeditada a otros criterios como, por ejemplo, el desgaste de los huesos y los procesos degenerativos que van en aumento en función de la edad, siempre y cuando no intervengan otros elementos como determinadas actividades laborales que pueden favorecer estos procesos (Campillo y Subirà, 2004: 151-180). La observación sistemática del grado de obliteración de las suturas craneales, nos ha permitido en algunos casos aproximar mejor la edad del sujeto. Sin embargo, la observación de las suturas craneales ha sido considerada con mucha cautela. El proceso de cremación de los huesos provoca el estallido de los cráneos por sus puntos más frágiles, es decir, por las suturas, ello puede provocar una desviación que llevaría a sobre valorar los individuos jóvenes. Teniendo en cuenta todas estas limitaciones, la población incinerada en la necrópolis parece, en general, bastante joven (Villena *et alii*, e.p.), lo que también se desprende del número de patologías identificadas que resulta extremadamente pequeño. Esto, permite deducir, además, que estamos ante una población bastante sana (Campillo, 2002).

En Can Piteu-Can Roqueta, la distribución poblacional que se obtiene a partir de la determinación de la edad de los individuos estudiados permite deducir que no existen diferencias significativas entre los dos periodos (fig. 128). Por otro lado, podemos observar que los individuos adultos son los más representados con bastante diferencia respecto al resto (Villena, e.p.b).

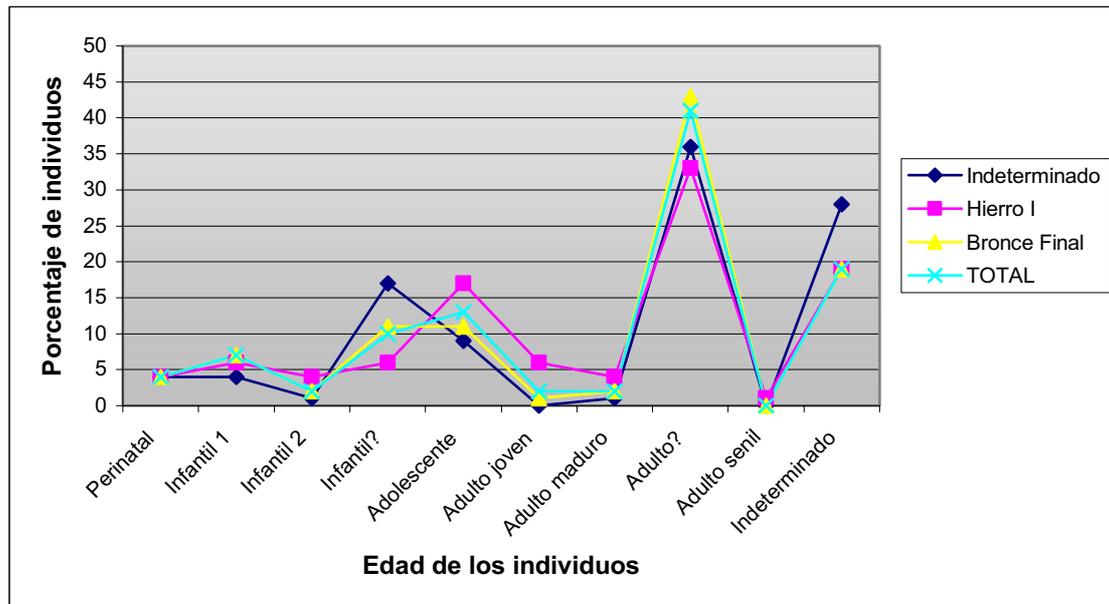


Fig. 128: Representación del número de individuos en función del periodo arqueológico expresado en porcentajes: *Perinatal*: -6 meses + 12 meses; *Infantil 1*: entre 1-6 años; *Infantil 2*: entre 7-14 años; *Infantil?*: Imposible definir si es infantil 1 o 2; *Adolescente*: entre 14-20 años; *Adulto joven*: entre 21-40; *Adulto maduro*: entre 41-60; *Adulto senil*: más de 61 años; *Adulto?*: Individuo de talla adulta; *Indeterminable*: la fragmentación es enorme o el número de restos muy pequeño.

B. El diagnóstico del sexo de los individuos enterrados.

Desde un punto metodológico se puede considerar la determinación del sexo de un individuo a partir de ciertos aspectos morfológicos del cráneo y del hueso coxal. No obstante, se prioriza este último ya que presenta una fiabilidad casi absoluta, mientras que la determinación a partir de determinadas partes craneales, reducen enormemente las posibilidades de establecer correctamente el sexo (Campillo y Subirà, 2004: 181-189). De todos los restos analizados en la necrópolis, sólo en muy contadas ocasiones, el proceso de cremación ha respetado esta parte ósea.

C. Paleodemografía.

La utilización del criterio morfológico de gracilidad o robustez ha permitido caracterizar la población como predominantemente grácil lo que se corresponde con una población típica mediterránea. No obstante, no debemos perder de vista que esto mismo puede estar también asociado a que la población incinerada es fundamentalmente joven (Villena *et alii*, e.p.).

Establecer de forma aproximada la población incinerada es otro de los aspectos que consideramos relevantes. Para ello, por defecto, se ha considerado que cada vaso cinerario

contiene un individuo. Sin embargo, esto hay que demostrarlo con el análisis antropológico valorando la posibilidad de que dentro de una urna puedan existir dos o más individuos. Por tanto, una de las prioridades del estudio antropológico ha sido la determinación del número mínimo de individuos presentes en una urna a partir de criterios como la repetición de un mismo hueso en un mismo vaso o asegurar que no hayan incompatibilidades osteológicas de edad, de robustez o de peso. No obstante, también hay que valorar que un único fragmento discordante puede ser insuficiente para afirmar categóricamente la presencia de dos individuos²²⁹. Por esta razón (fig. 129) se ha tenido en cuenta el NMI (número mínimo de individuos) y el NPI (número probable de individuos) (Villena, 2002).

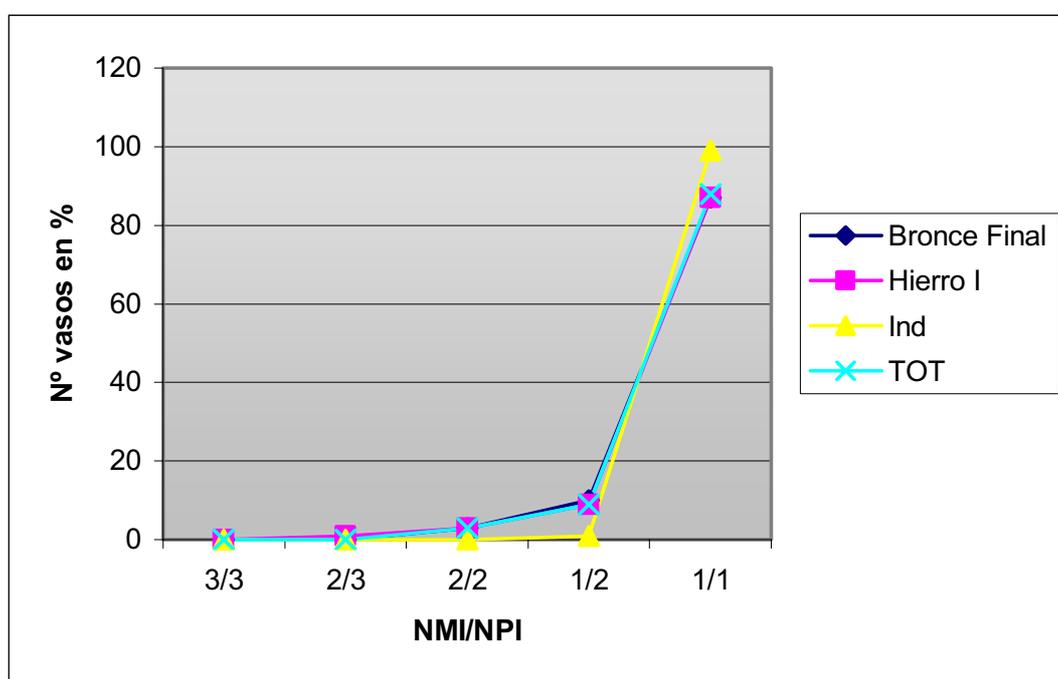


Fig. 129: Representación del número de individuos en porcentajes en un mismo vaso cinerario según el número mínimo de individuos y/o probable y en función del período arqueológico.

De este modo, sobre un total de 541 vasos analizados, hemos podido observar que disponemos de una sepultura triple del Bronce Final (0'18%) y de dos sepulturas dobles que podrían ser verdaderamente triples (una del Bronce Final y otra de la Primera Edad del Hierro), lo que significa tan sólo un 0'37% del total. Por otro lado, tenemos un conjunto de 15 sepulturas dobles que constituyen el 2'77% (11 del Bronce Final y 4 de la Primera Edad del Hierro) y 46 individuales, es decir, un 8'50% con probabilidades de ser dobles (33 del Bronce Final, 12 de la Primera Edad del Hierro y una de cronología indeterminada). Por último, hay

²²⁹ Si consideramos que normalmente se utilizaba un mismo espacio para incinerar a los cadáveres, podríamos imaginar que al recobrar los restos óseos del difunto mediante algún instrumento, también sería posible recuperar algún otro resto de cualquier individuo incinerado anteriormente.

un total de 477 urnas con un solo individuo (283 vasos son del Bronce Final, 111 de la Primera Edad del Hierro y 83 de cronología indeterminada) lo que representa un 88'17% del total de casos analizados. Destacamos que muchos de los vasos cinerarios que contienen más de un individuo, incluyen en su interior un individuo adulto con otros infantiles (Villena *et alii*, e.p. y Villena, e.p.b).

En definitiva, podemos afirmar que las diferencias entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro son fundamentalmente cuantitativas debido a la mayor representatividad de tumbas del primer periodo, ya que apenas existen diferencias significativas entre un periodo y otro.

2. LA ESTRUCTURA SOCIAL E INTERCAMBIOS A PARTIR DE LAS EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS.

La comunidad que habita el paraje de Can Roqueta, responsable de la necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta, se encuentra perfectamente establecida desde los comienzos del Bronce Final a juzgar por las dataciones radiocarbónicas procedentes del sector DIASA. Esta comunidad mantendrá desde este primer momento unos estrechos lazos con otras comunidades vecinas localizadas en la Depresión prelitoral y litoral de la Cataluña central, fundamentalmente entre los ríos Llobregat y Tordera. Este grupo se caracteriza por una coherencia interna basada en una misma producción material, por ejemplo las cerámicas y sus decoraciones, y en un mismo modelo socioeconómico de explotación del entorno que cimienta sus raíces en épocas anteriores y que, al mismo tiempo, permite definirlo como un grupo arqueológico con identidad propia. En este contexto, contrasta una notable homogeneidad material con la escasez de productos atribuibles a contactos externos, lo cual no nos permite especular mucho en este sentido.

El modelo de hábitat característico del paraje de Can Roqueta se debe definir como un asentamiento disperso formado por pequeñas granjas que se encuentran diseminadas en el territorio. La cuestión fundamental es que este modelo se mantiene inalterable a lo largo de todo el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. En este contexto, la familia es la estructura social y productora más relevante y las relaciones de tipo parental que existen entre ellas, junto con las alianzas dentro y fuera de la comunidad, son el medio básico a partir del cual se integra y se estructura la vida social. Esto equivaldría a una estructura clánica convencional o más probablemente a una agrupación patrilineal segmentada de ésta, donde un grupo de familias se ayudan entre sí en situaciones económicas relacionadas con la subsistencia y

sociales como la defensa común (Johnson y Earle, 2003: 235). Por tanto, a pesar de que estas unidades domésticas funcionarían autónomamente, se puede prever en determinadas ocasiones la cooperación entre las diferentes granjas que forman el asentamiento, así como la organización y gestión de los recursos, de los excedentes producidos, de la defensa y de los bienes colectivos como pueden ser los animales para trabajar en el campo o destinados a la procreación del ganado, o, incluso, la distribución de la mano de obra en el momento de invertir en pequeñas infraestructuras como las zanjas de funcionalidad desconocida (Colomer *et alii*, 1999: 43).

Esta dinámica que hemos descrito basada en la cooperación entre diferentes grupos familiares que habitan en granjas dispersas en el territorio, permite una notable estabilidad y una mejora en las condiciones de explotación de los recursos existentes. En este contexto, la tierra es el principal recurso para la subsistencia de las familias y su control es imprescindible para su supervivencia. Así, se puede intuir una cierta territorialización que se justifica externamente a través de la necrópolis, que como sitio de descanso de los antepasados de la comunidad, permite legitimar la posesión y explotación de estas tierras. Por otro lado, alrededor de los muertos se articulan una serie de rituales funerarios absolutamente importantes para la cohesión de grupo y que, a la vez, permiten reafirmar la identidad de la comunidad.

La organización de estos trabajos colectivos y la gestión de excedentes, recursos y bienes comunitarios tendría que estar controlada por determinados personajes que ejercieron sus funciones en momentos puntuales. Todo esto no implicaría necesariamente, al menos en un primer momento, un reconocimiento social estricto de la importancia de estas personas con la institucionalización y consolidación de su posición social. De hecho, a lo largo del Bronce Final las tumbas no destacan excesivamente por la presencia de grandes ajuares que pudieran traducirse en la clara evidencia de una posición social preeminente del difunto.

Efectivamente, la realidad que se observa en las necrópolis nos indica aspectos tan relevantes como la apariencia de un ritual que se manifiesta muy simplificado con la deposición de un único vaso que contiene los restos del difunto y la correspondiente tapadera cerámica que protege el conjunto. Por otro lado, se observa una muy reducida presencia de metal que evaluamos provisionalmente en un 9% del total de las tumbas completamente analizadas, lo que se traduce en un escaso acaparamiento de estos elementos que normalmente no rebasa la cantidad de uno o dos objetos por tumba (fig. 124). Del mismo modo, la reducida materia prima utilizada para su confección, la sencillez tecnológica de los mismos, así como

la escasa variedad tipológica y funcional de los objetos parecen indicar una limitada producción metalúrgica a lo largo del periodo y, en consecuencia, un notable valor de estos productos (Ruiz Zapatero, 2001: 264). Entre estos objetos queremos destacar cuantitativamente los de funcionalidad ornamental (anillos, pendientes, botones, brazaletes, cuentas,...), seguidos de los destinados al aseo personal (navajas y pinzas) que nos remiten a otros conjuntos del propio Vallès (Petit, 1985; Carlús *et alii*, 1999), así como también a la necrópolis ampurdanesa de Agullana. Por último, las puntas de flecha documentadas responden a una funcionalidad bélica, pero son muy escasas y resultan muy complicadas de interpretar porque siempre han aparecido fuera de las urnas y en contextos poco claros normalmente asociados a la Primera Edad del Hierro.

Arquitectónicamente, tampoco se observan notables diferencias, ya que las tumbas son muy sencillas y evidencian el esfuerzo justo y necesario para colocar la urna. Por otro lado, durante la excavación de campo, fue posible la documentación de agrupaciones concretas de tumbas. Quizás, las más evidentes, estando aún mal conservadas, fueron los llamados empedrados. La interpretación de éstos resulta muy problemática por la imposibilidad de evaluar sus verdaderos límites y dimensiones. No obstante, parece muy sugerente la idea de considerarlos como superestructuras de cubierta de tumbas que estarían relacionadas entre sí por motivos de parentesco o afinidad a un grupo social.

Puntualmente, en determinadas zonas de la necrópolis se percibe la posible relación entre diversas urnas de pequeñas dimensiones que en algunos casos contienen los restos de individuos infantiles. Este hecho, unido a la recurrente asociación dentro de una misma urna de dos individuos (un adulto y un infantil), permite confirmar la existencia de agrupaciones de tumbas relacionadas por lazos de parentesco. Un caso sintomático es la evidente relación entre las tumbas CPR-859, CPR-875, CPR-1029 y CPR-1092, a la que ya nos referimos anteriormente. Recordamos que estas tumbas se localizan en una misma área –hacia el noroeste de la necrópolis del Bronce Final (fig. 105)-, que los vasos cinerarios son de pequeñas dimensiones y que presentan un mismo tipo de tapadera consistente en un fragmento informe de tinaja que ha sido recortado. Casualmente, los fragmentos informes que hacen de tapaderas de los vasos cinerarios de las tumbas CPR-1029 y CPR-1092 remontan entre ellos, mientras que los fragmentos procedentes de la tumba CPR-875 presentan un aspecto muy similar en cuanto a factura, cocción y desgrasantes que también hacen pensar que es trata de la misma pieza.

La presencia de fauna, como el metal, también es muy limitada, ya que sólo se ha identificado en una veintena de casos que se localizan preferencialmente hacia la zona noroeste de la necrópolis (fig. 125). Las especies identificadas son tres: ovicaprinos, suidos y bovinos que se encuentran muy repartidas porcentualmente, aunque son los primeros los que dominan.

Como hemos podido ver, la presencia o la ausencia de los objetos metálicos y de la fauna son los elementos más claros que nos sirven para constatar la existencia de importantes diferencias en el conjunto de tumbas pertenecientes a este periodo. Esto puede interpretarse de dos formas. Por un lado, que se trate de una cuestión relacionada con la cronología y que, probablemente, estos productos se generalicen con el tiempo y, por otro, que este fenómeno se deba a la existencia de distintos estatus sociales entre los difuntos y que, en consecuencia, nos estén reflejando ciertas desigualdades entre los individuos de la comunidad. Esta segunda interpretación puede hacerse aún más evidente si vemos que el acceso a estos dos posibles indicadores de prestigio, sólo se manifiesta simultáneamente en cuatro tumbas (CPR-481, CPR-541, CPR-637 y CPR-1068), aunque en estos casos los objetos metálicos son poco representativos, ya que solo encontramos anillas en dos casos y chapitas (navajas?) en otros dos.

Como ya hemos visto, aunque la mayoría de los objetos metálicos son ornamentales, las navajas y las pinzas forman un conjunto bastante atractivo de analizar porque tradicionalmente han sido asociadas a los individuos masculinos²³⁰. En este sentido, siempre nos ha llamado bastante la atención la relación que se manifiesta entre estos elementos y su presencia en el interior de las urnas cinerarias con borde convexo y cuello diferenciado²³¹. De hecho, al observar que la seriación de Can Missert no se cumplía, nos planteamos la posibilidad de que las dos formas cerámicas típicas de este periodo respondiesen no a una cuestión cronológica, sino a una cuestión de género. Esto podría confirmarse con el análisis de la distribución de ambas formas en la necrópolis, que como se vio (fig. 101) resultó ser bastante equitativa, lo que implicaría una idéntica representación de hombres y mujeres en la necrópolis. No obstante, y pese a la desconfianza que nos puede ofrecer la determinación sexual a partir de los restos óseos incinerados, destacamos que en el único caso donde pinzas y navaja aparecieron dentro de un mismo vaso (CPR-294-34B), conformando de esta forma el

²³⁰ Al menos, así se concibe en el sur de Francia (Nickels, Marchand y Schwaller, 1989; Taffanel, Taffanel y Janin, 1998; Giraud, Pons y Janin, 2003).

²³¹ Esta asociación se da en 9 de los 10 casos en que aparecen navajas y pinzas durante el Bronce Final. No obstante, destacamos que el único vaso cinerario (673-2A) que no presenta un perfil característico de la forma 3 comparte con el resto el típico borde convexo de este periodo.

ajuar más importante de todo este periodo, el análisis antropológico determinó la existencia de un individuo femenino incinerado, lo que contradiría la clásica atribución sexual de estos elementos metálicos.

Por otro lado, parece probable que el derecho de acceso a la necrópolis y a la práctica de los rituales correspondientes estuviera socialmente restringido durante el Bronce Final, al menos en lo que respecta a los niños. De hecho, a pesar del gran número de tumbas que corresponden a este periodo, alrededor de unas 600 que se fueron depositando sucesivamente a lo largo de unos 300 o 250 años²³², en la gráfica de edad (fig. 128) se observa que la representación de los individuos más jóvenes resulta excesivamente reducida (en torno a un 4% de perinales y un 7% de infantiles I). Este hecho, a pesar de tratarse de una dinámica muy reiterada en algunas de las necrópolis de incineración europeas de este mismo horizonte cronológico (Harding, 2003: 369-370), es absolutamente contradictorio respecto a la alta mortalidad infantil típica de las sociedades pre y protohistóricas. Esto nos obliga necesariamente a plantear que no todos los niños tendrían las mismas posibilidades de acceso a la necrópolis y, por lo tanto, que deberíamos pensar en alternativas funerarias para este grupo²³³. Por otro lado, las limitaciones del análisis antropológico no permite opinar sobre si este acceso restringido sería extensible a hombres o mujeres, pero aún y así, remarcamos que tanto unos como los otros, como pasa con los niños, se encuentran igualmente representados en la necrópolis.

Si valoramos la demografía del paraje de Can Roqueta a partir de los datos expuestos (unas 600 tumbas en 300 o 250 años) y asumieramos los preceptos²³⁴ planteados por Wells

²³² Como hemos visto, este número de tumbas no implica necesariamente que haya el mismo número de personas incineradas, ya que como se ha podido comprobar gracias al estudio antropológico, hay numerosos vasos cinerarios que contienen restos de dos o hasta tres personas diferentes.

²³³ Teorizar sobre este aspecto es una labor sumamente especulativa por lo que no existe aún una respuesta satisfactoria. De esta forma, una posibilidad, bien documentada en otros territorios como en la zona del Segre (López y Gallart, 2002), sería la existencia de inhumaciones ubicadas bajo el pavimento de las casas, pero la dificultad de localizar este tipo de estructuras domésticas en nuestra zona de estudio, así como su estado de conservación (en general, fuertemente arrasadas), no nos permite fundamentar con unas mínimas garantías esta hipótesis. Por otro lado, en caso de existir este tipo de sepulturas, el número de difuntos continuaría siendo inferior al esperado. En definitiva, para justificar este déficit de niños en las necrópolis habría que valorar otros ritos alternativos o sencillamente aceptar problemas de conservación debidos principalmente a la acción de fuego sobre unos restos óseos extremadamente frágiles. No obstante, esta última posibilidad se contradice con los porcentajes de individuos infantiles observados en ciertas necrópolis de incineración (Trellisó, 1998: gráf. 5 y 6).

²³⁴ Los criterios definidos por Wells son: 1) que la necrópolis haya sido usada por una sola comunidad y que ésta no haya utilizado otras necrópolis al mismo tiempo, 2) que todos los individuos de la comunidad hayan sido enterrados en la necrópolis, 3) que se disponga de todas las tumbas, 4) que se conozca la duración de la necrópolis, 5) que el crecimiento poblacional se haya mantenido estable a lo largo del tiempo y 6) que sepamos la esperanza de vida media. Consideramos que nuestra necrópolis se ajusta a estos criterios a pesar de que existen elementos que pueden desvirtuar nuestros cálculos como por ejemplo, el verdadero sentido de la pequeña necrópolis del sector Torre Romeu (¿es anterior a Can Piteu o se trata de una necrópolis alternativa a ella?), la

para el estudio de la demografía a partir de las necrópolis (Wells, 1981: 97-98), obtendríamos una media cercana a las dos tumbas por año, que sería muy susceptible de ser más alta si consideramos diferentes aspectos como un intervalo de tiempo menor para la duración de la necrópolis (por ejemplo, 250 años), la pérdida de parte del registro funerario y, sobre todo, la falta de un importante número de niños que no se han conservado o que recibirían algún tipo de ritual funerario alternativo. No obstante, si utilizáramos la misma proporción propuesta para Can Missert por Ruiz Zapatero (2001: 266), quien sigue las estimaciones realizadas por Neustupny (1983) para poblaciones de la cultura de la Cerámica Cordada del III milenio cal. ANE, esta media nos daría una población aproximada de unas 100 -120 personas²³⁵. Con esta cifra, la tasa bruta de mortalidad se situaría entorno a unas 20 muertes por cada mil habitantes en un año²³⁶, una cifra que se asemeja bastante a la que presentaban algunos países del tercer mundo a principios de los 80 (Haggett, 1988: cuadro 7-4), pero queda aún bastante lejos de otras cifras superiores al 30 por mil que se han utilizado para cálculos demográficos (Ruiz Zapatero y Chapa, 1990: 363).

Precisamente, uno de los cálculos especialmente utilizados para determinar la demografía de Can Roqueta, es la conocida fórmula de Acsádi y Nemeskéri (1970: 65-66) aplicada para el estudio de las necrópolis centroeuropeas del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, según la cual el tamaño de la población media de comunidad viva (P) es igual al número total de muertos en la necrópolis (D) por la esperanza de vida media al nacer (e), dividido por el número de años que la necrópolis estuvo en uso (t), menos un factor corrector (K) al que se le pueden asignar distintos valores (10%, 20%, etc.) según las circunstancias del caso analizado. Es decir:

$$P = \frac{(D \times e)}{t} + K$$

Para aplicar esta fórmula en nuestra necrópolis antes debemos analizar con detalle las distintas variables de que disponemos. La variable “D”, es decir, el número total de muertos de la necrópolis depende de factores como el número de tumbas contabilizadas y el número de

representatividad de las esporádicas inhumaciones que aparecen en los diferentes asentamientos ubicados en el paraje de Can Roqueta, el número de tumbas destruidas por las continuas labores agrícolas a lo largo del tiempo y el margen de indefinición cronológica debido al desconocimiento para fechar el comienzo de la necrópolis. De todos estos problemas, el que más puede desvirtuar nuestros cálculos es el primero, ya que no podemos descartar que existan otras necrópolis en el entorno próximo a Can Piteu-Can Roqueta. El caso de las necrópolis de Castres, tres situadas en un radio de 6 Km. y con un total de 1218 tumbas, es el más significativo de la existencia de esta posibilidad (Giraud, Pons y Janin, 2003).

²³⁵ Un total de 100 para 300 años de duración de la necrópolis y 120 para 250 años.

²³⁶ La tasa bruta de mortalidad se calcula a partir del número de muertos, por ejemplo en un año (en este caso 2), dividido por la población media estimada que es de 100 personas (Haggett, 1988: 150).

muertos identificados. Debido a que una parte de la necrópolis permanece aún sin excavar no podemos dar respuesta exacta a estas dos variables. Sin embargo, el número de 600 tumbas o 600 muertos parece bastante razonable a juzgar por los datos actualmente disponibles. Por razones de poca representatividad nos vemos obligados a ignorar las dos tumbas de la pequeña necrópolis del sector Torre Romeu y las escasas inhumaciones, normalmente secundarias, identificadas en diversos sectores del paraje de Can Roqueta (Majó, e.p.). Por otro lado, tampoco podemos estimar con certeza el número de tumbas destruidas por las labores agrícolas posteriores que afectaron a la necrópolis.

La variable esperanza de vida (e) resulta imposible de saber por lo que normalmente se procede a dar un valor estimado aproximado que oscila entre los 30 y los 35 años (Hassan: 1981: 110-123), a pesar de que la esperanza de vida de la mujer sería inferior a la del hombre (Campillo, 1995: 333). No obstante, este valor medio puede resultar engañoso ya que a partir de otros datos obtenidos sobre una muestra de 563 individuos en la cultura de El Argar (2375/2350-1525/1500 cal. ANE, según Castro, Lull y Micó, 1996) la esperanza de vida media era de 19'9 años, pero a partir de los 20 todavía era de 15'3 años más (Kunter, 1990: 103)²³⁷. Estas diferencias se deben a que la mayoría de los enterramientos infantiles no estarían excluidos del rito de la inhumación (de hecho estos representan aproximadamente un 35 por ciento del total), algo que sí parece suceder en nuestra necrópolis de incineración, en consonancia con otras necrópolis europeas (Harding, 2003: 369-370). Como vemos se trata de la variable más complicada de establecer. En nuestro caso, valoramos la posibilidad de realizar el cálculo con un valor alto (35 años) y otro bajo (20 años).

La variable del tiempo de uso de la necrópolis (t) resulta complicada de establecer porque no hemos podido concretar con seguridad la fecha de inicio de la necrópolis. No obstante, hemos valorado unos 300 o 250 años, esta última estimación más cercana a los resultados obtenidos a partir del C14. Por último, el factor corrector (K) se aplica en función del número de tumbas no conservadas que a juzgar por la excavación de campo no debió ser excesivo. Por esto, creemos que un 10% se ajustaría a la realidad.

En definitiva, el resultado de la fórmula de Acsádi y Nemeskéri con una esperanza de vida de 35 años para 300 años de duración es de 77 personas de población media para el paraje de Can Roqueta, mientras que es de 92 en el caso de aplicar 250 años. Esta cifra es aún menor (44 y 53, respectivamente) en el caso de utilizar una esperanza de vida de 20 años. De

²³⁷ Medias de edad de defunción similares, es decir, entre los 19 y los 24 años, también se han contabilizado para ciertas necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro incluida El Pla de la Bruguera (Trellisó, 1998: gráf. 3).

hecho, estas dos últimas cifras son totalmente inviables porque en un siglo, con cuatro generaciones, la población estimada total sería sólo de 176 y 212 personas, cuando el total de tumbas que hemos establecido es de 200 o 240, para 300 o 250 años, respectivamente. Por otro lado, la tasa bruta de mortalidad se situaría en torno al 45 por mil, lo que supone una cifra notablemente elevada. En cambio, con 77 o 92 personas la población total a lo largo del siglo, con cuatro generaciones, sería de 308 o 368 personas, respectivamente, es decir, un valor superior a la estimación de 200 o 240 tumbas generadas durante un siglo, mientras que la tasa bruta de mortalidad sería del 26 por mil. Esta diferencia entre la población media y el número de tumbas habría que achacarla, en parte, a que no todos los individuos, y principalmente los infantiles, recibirían sepultura en la necrópolis, pero aún y así seguiría habiendo una notable distancia entre ambas estimaciones. Sin duda alguna, unos valores más similares entre la población estimada y el número de tumbas deducido nos habrían acercado a una situación ideal que consistiría en una tasa bruta de crecimiento natural 0 caracterizada, en este caso, por un equilibrio entre una alta natalidad y una alta mortalidad.

Es evidente, que en la actualidad no podemos establecer, ni siquiera con unas mínimas garantías, la población establecida en el paraje de Can Roqueta y responsable de la necrópolis, pero creemos que el índice de mortalidad propuesto a partir de las estimaciones realizadas por Neustupny resulta excesivamente bajo, sobre todo si aceptamos una alta natalidad. De lo contrario, una combinación entre alta natalidad y una mortalidad del 20 por mil implicaría un notable aumento demográfico en poco tiempo que en el estado actual de las investigaciones parece del todo inviable defender. De hecho, en la línea de la fórmula de Acsádi y Nemeskéri y valorando una esperanza de vida de 35 años aproximadamente, es más lógico pensar que para el tipo de estructura social que estamos analizando, la población se caracterice por una curva de baja supervivencia y un crecimiento poblacional estable o escaso, es decir, con una tasa bruta de natalidad equilibrada respecto a la mortandad aunque caracterizada por importantes fluctuaciones (Haggett, 1988: 152 y 165).

Por tanto, a la luz de todos los datos que hemos ido exponiendo, observamos que durante el Bronce Final la estructura social parece bastante igualitaria, a pesar de que hay determinados grupos que no están completamente representados. Como hemos visto, este es el caso de los niños, pero también de algunas pocas personas cuyos restos son inhumados en estructuras ajenas a la necrópolis. Estos restos son cuantitativamente muy escasos, siempre fragmentarios y normalmente correspondientes a partes de cráneos, lo que constituye la única excepción a la norma incineradora. El que se trate de enterramientos secundarios en los que se han seleccionado determinadas partes óseas, hace pensar en interpretaciones que se moverían

dentro de un comportamiento ritual específico cuyo significado no es absolutamente desconocido.

En cambio, en cuanto al contenido de las tumbas, en algunos casos se percibe un cierto acceso diferencial a determinados productos como el metal o las ofrenda faunísticas, lo que nos puede mostrar la existencia de ciertos individuos, tanto hombres como mujeres, que empiezan a destacar socialmente por encima del resto. Posiblemente, estas personas, con el tiempo, irán adquiriendo progresivamente algunos privilegios a partir de una posición preeminente dentro de una estructura familiar de linajes y en función de sus responsabilidades dentro de la comunidad, lo que incluirá tomar determinadas decisiones en momentos comprometidos o la gestión de determinados bienes colectivos. Esto abrirá la puerta a sucesivos episodios de acceso desigual a la producción y a los recursos, con los que poco a poco se podrían ir materializando las primeras desigualdades sociales dentro de la comunidad.

Esto se da en un contexto general para Cataluña en el que se observa una notable intensificación del intercambio de objetos metálicos, tanto de productos manufacturados como de objetos amortizados destinados a la refundición (Ruiz Zapatero y Rovira, 1994-96). De esta forma, la evidencia cada vez más importante de depósitos, aunque localizados preferentemente en el valle del Segre, demuestra una demanda generalizada en todo el territorio del nordeste peninsular. En este contexto de intensificación comercial, se tiene que incluir tanto la presencia de navajas y pinzas de bronce como la de vasos decorados con motivos ondulados, meandros y líneas horizontales o verticales realizados, generalmente, con un triple trazo inciso que aparecen de forma esporádica en diferentes puntos del paraje de Can Roqueta. Todos estos objetos nos permiten fechar durante este periodo ciertos contactos que nos remiten a las cercanas comarcas del Empordà, La Selva y la Garrotxa, las cuales se encuentran también emparentadas con el grupo francés de Mailhac.

Así pues, la transición a la Primera Edad del Hierro se realiza dentro de estos parámetros que hemos descrito, es decir, con un lento pero imparable proceso hacia una más evidente diferenciación social. El problema que se nos presenta es principalmente la dificultad que existe en individualizar una fase de transición con la atribución de unos materiales arqueológicos concretos. No obstante, es probable que a lo largo del siglo VIII cal. ANE se vayan produciendo sucesivos cambios a nivel cerámico, así como la apertura de estas comunidades a contactos externos cada vez más intensos y regulares favorecidos por una tímida presencia de comerciantes coloniales que empezamos a encontrar en los territorios de la costa del nordeste peninsular a partir de la segunda mitad de éste mismo siglo.

Aparentemente, a lo largo de esta transición, la dinámica observada en la necrópolis durante el Bronce Final no sufre grandes cambios a excepción de la presencia de productos tan típicos como las agujas de cabeza enrollada o anular, además de otros más exóticos de manufactura mediterránea como son las fíbulas, primero de pivote y más tarde de doble resorte, siempre fabricadas en bronce y que habría que poner en relación con nuevos productos textiles. Desde un punto de vista comercial, todo esto supone un importante salto cualitativo que tendrá continuidad, ya que rápidamente, se incluirá la llegada de los primeros objetos de hierro, fundamentalmente cuchillos, cuya tipología es similar a los del horizonte Grand Bassin I del sur de Francia, y quizás también, algunos elementos ornamentales realizados en este mismo material. Probablemente, esta fase de transición no fue muy larga en el tiempo y rápidamente se consolidaran los contactos coloniales que configurarán la plenitud de la Primera Edad del Hierro.

Durante este nuevo periodo se empiezan a hacer más evidentes las diferencias en el tratamiento de los difuntos incinerados en la necrópolis. No obstante, estas diferencias no se limitan sólo a una cuestión de mayor o menor presencia de elementos en los ajuares sino que, como veremos, responden a otros aspectos más generales que sobrepasan este ámbito.

La nueva realidad se caracteriza seguramente por un cambio en el ritual funerario que se hace más complejo que en épocas anteriores. Aún así, la deposición funeraria principal continúa caracterizándose por la presencia de un vaso cinerario y una tapadera cerámica, pero a partir de ahora y con frecuencia se irán introduciendo una serie de vasos de ofrenda que pueden ir desde un único ejemplar hasta los dieciséis. Aunque la presencia de estos vasos dentro de la tumba puede estar ligada a una cuestión de tipos sentimental, es decir, que sean propiedad del difunto, en la mayoría de los casos se han de interpretar como vasos de ofrendas que contendrían diferentes productos que son difíciles de precisar, pero entre los que podríamos encontrar bebidas como la cerveza, conservas con miel y alimentos cocinados como purés, productos lácteos con cereales y carne, es decir, alimentos muy variados que permiten entrever la complejidad de los banquetes funerarios en este periodo. Por tanto, la presencia de más o menos vasos de ofrenda se transforma en un primer elemento para valorar la estructura social de la comunidad de Can Roqueta y, en este sentido, es importante detenerse en la variabilidad interna que manifiestan los conjuntos funerarios y que parecen indicar un aumento progresivo del número de vasos. De esta manera, sobre el total de tumbas completamente estudiadas, aproximadamente un 52'2% de ellas está constituida por uno o dos vasos, es decir, lo que generalmente correspondería a un conjunto principal formado por un vaso cinerario y su correspondiente tapadera. El resto de tumbas presentan un número

diferente de vasos: un 24'1% tienen entre tres y cuatro vasos, un 19% entre cinco y ocho y un 4'4% entre nueve y dieciocho vasos. Si consideramos estos porcentajes se hace bastante evidente la existencia de un pequeño conjunto de sepulturas que manifiesta una riqueza inusual en número de vasos y, por extensión, en número de ofrendas alimenticias. En cuanto a su distribución (fig. 130), la dispersión de los cuatro conjuntos arriba definidos se distribuyen por toda la necrópolis a excepción del último que se concentra exclusivamente en el sector sur. Creemos que la explicación de este fenómeno estaría asociada a una cuestión cronológica, ya que las tumbas situadas más al sur serían las más tardías de toda la necrópolis, aunque sin excluir la continuidad del uso del resto de su superficie.

Especial atención merece, la presencia de determinados vasos (urna Cruz del Negro, vaso *pithoide* y el *askos*), sobre todo por sus contenidos, que evidencian, de un lado, una manufactura ajena a la tradición cerámica de la comunidad y, de otro, un contenido totalmente exótico como podría ser el vino o el aceite. La adquisición por parte de unos personajes muy concretos de estos recipientes, tal como anteriormente sucedió con algunos objetos metálicos muy concretos como las fíbulas de pivote y doble resorte, implica la continuidad del aprovechamiento de determinados productos de origen mediterráneo, lo que vuelve a redundar en la integración de esta comunidad en unas redes comerciales de amplio alcance territorial tal y como veremos más adelante.

La presencia o ausencia de metal, así como la singularidad de los objetos representados, son, también, unos buenos criterios para medir la riqueza de los depósitos funerarios. Respecto al Bronce Final, lo que más llama la atención es el aumento cuantitativo y cualitativo de estos objetos. Provisionalmente, dentro del conjunto estudiado, un 76% de tumbas tienen presencia de metal, incluidos algunos casos concretos que concentran importantes cantidades de objetos en bronce o hierro y tipológicamente bien diversificados. Esta cifra podría ser incluso mayor si discrimináramos ciertas tumbas que presuponemos violadas y, por lo tanto, que presentan su contenido seriamente alterado con la desaparición de parte del ajuar metálico y cerámico.

Entre los objetos más característicos encontramos, fundamentalmente, elementos ornamentales variados, fíbulas y cuchillos y, más esporádicamente, otros como hebillas, objetos de banquete (*simpulum* y asadores) y un bocado de caballo. Como vemos, estos ajuares propios de plena Primera Edad del Hierro marcan una importante ruptura respecto al periodo precedente, lo cual implica el momento álgido en la apertura de esta comunidad hacia

un comercio exterior, lo cual necesariamente ha de resultar muy lucrativo para ciertos sectores de la sociedad.

Aún así, algunos de estos objetos pueden llegar a un amplio sector de la comunidad con lo cual, teóricamente, debería ser la presencia de ciertos elementos muy específicos y la concentración de piezas metálicas y vasos de ofrendas, en tanto que contenedores de alimentos, lo que nos permita evidenciar la existencia de importantes diferencias sociales. No obstante, esta última afirmación puede presentar diversos inconvenientes. En primer lugar, no necesariamente deben coincidir un mayor número de vasos de ofrendas y de metales, lo que probablemente implica que en la definitiva deposición funeraria intervendrían otros elementos que podrían no estar relacionados con la posición social del individuo incinerado. En segundo lugar, algunas de las tumbas de la Primera Edad del Hierro que muestran grandes cantidades de metales presentan en su interior materiales amortizados propios del Bronce Final. En el caso de la cerámica es suficientemente evidente constatar este fenómeno, pero en el de los metales es más difícil. Por tanto, es necesario minimizar el número de cerámicas y de metales en aquellas tumbas que manifiestan claramente este fenómeno, ya que tanto las cerámicas como los elementos hechos con cobre o bronce, como por ejemplo las anillas, los brazaletes, las plaquitas, etc., pueden pertenecer a tumbas del periodo anterior que han sido destrozadas en el momento de excavar la tumba de la Primera Edad del Hierro.

Otra cuestión muy curiosa referente a la presencia de metales es la enorme representación de los cuchillos y de las fíbulas serpentiforme. En total, la presencia de uno u otro elemento se documenta en aproximadamente un poco más del 61% de las tumbas completamente estudiadas, mientras que la asociación entre los dos objetos en una misma tumba responde a casi un 29%, lo que representa la existencia de una ofrenda metálica muy normalizada. Estos porcentajes, obviamente, se amplían si dejamos de lado las tumbas que no tienen metales. Así, la presencia de cuchillos y fíbulas serpentiformes constituye un 80% del total de tumbas con metales, mientras que la asociación de ambos elementos se da en cerca de un 38% de los casos.

Igual que en el periodo anterior, la presencia de fauna se encuentra muy limitada (fig. 127), aunque dado el número más reducido de tumbas durante la Primera Edad del Hierro, es porcentualmente más numerosa. En total, se ha podido identificar fauna en quince casos que se reparten regularmente por toda la necrópolis. Las especies identificadas son las mismas que para el Bronce Final con la particularidad de que las preferencias varían, ya que las más representadas son los bovinos, seguidos de los ovicaprinos y, en último término, de los suidos.

En este caso, la valoración de la presencia de fauna como un posible indicador de estatus debe matizarse, ya que sabemos de la presencia de otros alimentos que no se han conservado, gracias a los análisis de contenidos realizados en algunos vasos de ofrenda. Por tanto, quizás, sería más interesante limitarnos a la identificación y cuantificación de éstos como contenedores de alimentos variados y no sólo en la presencia o ausencia carne. Por otro lado, el patrón de deposición de la fauna manifiesta una mayor complejidad que en el periodo anterior ya que, aún manteniéndose la costumbre de incinerar los restos, se observan deposiciones de animales recién nacidos, enteros y quemados –principalmente suidos-, la selección de partes concretas –normalmente cráneos de bóvidos adultos quemados-, así como otros restos sin quemar (Montero, 2004).

Las diferencias entre las tumbas también se dan a nivel arquitectónico ya que si bien en muchos casos se mantienen las tumbas sencillas y de espacio reducido para colocar sólo la urna con su tapadera, poco a poco se empiezan a generalizar tumbas más complejas, tanto por su medida como por su organización interna con la presencia de *loculi* o encajes en las paredes que evidencian sistemas de cubierta más costosos de realizar. El problema que se nos presenta es cuando hablamos de agrupaciones de tumbas, aspecto que no podemos concretar actualmente por falta de pruebas directas en este sentido.

Respecto al periodo anterior, se observan pocas diferencias en las posibilidades de acceso a la necrópolis por parte de la población de Can Roqueta. Como podemos ver, el número total de tumbas, incluidas las pertenecientes al periodo de transición, estaría entorno a las 250²³⁸ para un espacio de tiempo de aproximadamente 150 o 125 años, lo que implica un *ratio* ligeramente inferior a la observada durante el Bronce Final. Sin embargo, volvemos a documentar la presencia de personas de diferente sexo y edad, aún y la nuevamente observada escasa representación de los niños (fig. 128). Si analizamos la probable demografía para este periodo según la fórmula de Acsádi y Nemeskéri, obtenemos un total de 37 y 44 personas a partir de una esperanza de vida de 20 años para una duración de la necrópolis de 150 y 125 años, respectivamente, y una tasa bruta de mortalidad del 45 por mil. Estas cifras aumentan hasta las 64 y 77 personas si asumimos una esperanza de vida de 35 años, con lo que obtenemos una tasa bruta de mortalidad del 25 por mil. Estas estimaciones de población a lo largo de un siglo, con cuatro generaciones, daría un total de 148-176 y de 256-308 personas, respectivamente. De esta forma, los cálculos realizados a partir de una esperanza de vida de

²³⁸ Volvemos a recordar que gracias al análisis antropológico de los restos incinerados, en un mismo vaso cinerario pueden haber restos de una, dos o tres personas diferentes, por lo que este número de tumbas no implica necesariamente un número parecido de difuntos.

20 años no alcanzan el mínimo de 167 o 200 tumbas que hemos valorado para un siglo, mientras que si asumimos una esperanza de vida de 35 años, los valores obtenidos sobrepasan ampliamente nuestras estimaciones iniciales. Por lo tanto, en caso de asumir estas últimas estimaciones deberíamos pensar en la existencia de un buen número de individuos cuyos restos no descansarían en la necrópolis. En todo caso, de nuevo nos volvemos a encontrar un tanto alejados de una hipotética tasa bruta de crecimiento natural estable.

La pequeña diferencia en la población media estimada que habitaría el paraje de Can Roqueta respecto al periodo anterior, no creemos que deba explicarse por una caída demográfica ni tampoco por la presencia de algunas inhumaciones, primarias o secundarias, en diferentes zonas de Can Roqueta, ya que estas son cuantitativamente insignificantes como para llegar a ser una alternativa a la incineración. La deposición de estos pocos restos inhumados, cuando son primarias, manifiestan un tratamiento poco cuidado –posiciones forzadas, sin ajuar, etc.-, mientras que cuando son secundarias parecen responder a ciertas prácticas rituales alternativas o complementarias a la incineración de significado desconocido, pero que no deben ser muy diferentes de las realizadas durante el Bronce Final. En todo caso, estos contextos, siempre difíciles de interpretar, responden a una evidente desviación de la norma funeraria caracterizada por la inhumación.

En cambio, quizás determinados depósitos rituales sin restos humanos incinerados, siempre y cuando se interpreten como cenotafios, como por ejemplo pasa con la estructura 20, si que ayudarían a minimizar estas diferencias entre los dos periodos, ya que implicaría la existencia de otros rituales funerarios alternativos a la convencional deposición de los restos incinerados dentro de la tumba.

Por otro lado, habría que valorar también la posibilidad de un proceso de transformación del modelo de hábitat tradicional que implicaría a finales de la Primera Edad del Hierro una progresiva ocupación de determinadas zonas ubicadas en alto que permitirían un mayor control estratégico del territorio, lo que comportaría un lógico pero inexorable desdoblamiento de las zonas más llanas que repercutiría en una menor frecuentación de la necrópolis con el tiempo. Más adelante, volveremos a tratar este tema.

Vistas algunas de las características propias de la Primera Edad del Hierro, son suficientemente evidentes las diferencias respecto al periodo anterior. En primer lugar, parece observarse una accesibilidad a la necrópolis más limitada, ya que la *ratio* entre el número total de tumbas y el tiempo transcurrido es ligeramente más pequeña, lo que puede estar relacionado con el mencionado cambio en el patrón de poblamiento o tal vez con la existencia

de ciertos depósitos rituales que se pueden interpretar como cenotafios y la presencia de un mayor número de inhumados documentados en las áreas de hábitat respecto al periodo anterior. En segundo lugar, aún manteniéndose todavía vigentes las tumbas sencillas, se documenta un aumento de la inversión de trabajo en la construcción de algunas tumbas que se hacen más grandes y con acondicionamientos en su interior. De otro modo, no se han podido evidenciar hasta al momento agrupaciones de tumbas concretas ni relaciones de dependencia entre ellas, lo que podría significar, en caso de ser una realidad, otra notable diferencia respecto al Bronce Final, en el sentido que podría implicar una importante transformación de la realidad social con la suavización y disolución de los lazos familiares característicos del periodo anterior. Finalmente, la mayor complejidad de la ritualidad funeraria de la Primera Edad del Hierro se traduce en la cantidad de vasos de acompañamiento, metales y de ofrendas cárnicas rituales que se identifican (cabezas de bóvidos o cerdos recién nacidos). No obstante, una gran cantidad de vasos dentro de una tumba no necesariamente debe coincidir con un buen número de objetos metálicos o de ofrendas alimenticias, con lo cual se puede intuir que en la deposición funeraria también debieron intervenir otros factores no obligatoriamente relacionados con la posición social del difunto. En este sentido, quizás sea la presencia de muchos metales o de algunos objetos concretos como los elementos de banquete u ornamentales como las hebillas, un referente de la posición social del individuo gracias a su mayor accesibilidad a las redes comerciales y a la posibilidad económica de haber conseguido estos objetos en vida. En cambio, la presencia de muchos vasos con alimentos o, más concretamente, con ofrendas cárnicas puede estar más relacionada con el prestigio social del difunto, lo que implicaría la presencia de deudores con obligaciones de estatus o, en términos no necesariamente económicos, con obligaciones familiares o de parentesco mediante las cuales determinadas familias encargadas del sepelio venerarían con especial atención o por simples cuestiones sentimentales a sus difuntos (Harding, 2003: 194).

Así pues, como podemos ver, la necrópolis parece manifestar un aumento de la riqueza a lo largo del tiempo en los términos antes expresados, es decir, una mayor inversión de tiempo en la construcción de las tumbas y una mayor acumulación de metales, de vasos y de ofrendas alimenticias. No obstante, en la valoración de esta última cuestión se observan diferentes aspectos que se deben matizar. Por un lado, la relativamente escasa acumulación de metales en la mayoría de las tumbas (normalmente 1 o 2) y el reparto bastante homogéneo entre la comunidad de algunos de los objetos de más éxito como los cuchillos o las fíbulas serpentiformes, pueden implicar escasas diferencias sociales. Recordemos que aproximadamente un 60% de la población incinerada en la necrópolis presenta alguno de

estos dos objetos. En todo caso, las únicas diferencias destacables serían, en primer lugar, entre aquellas personas que acceden a según qué objetos poco representados en la necrópolis, como por ejemplo los escasos elementos de banquete, las hebillas de cinturón o algún bocado de caballo, todos ellos localizados significativamente en la zona más meridional de la necrópolis. En segundo lugar, tendríamos aquellas tumbas que presentan un ajuar estandarizado característico formado por cuchillo y/o fíbula serpentiforme. Finalmente, habría un reducido número de tumbas distribuidas a lo largo y ancho de la necrópolis y que estimamos en torno al 25%, que no presentan ningún elemento metálico en el interior de la tumba. No obstante, tampoco podemos rehusar que detrás de esta situación no haya otra lectura posible, como por ejemplo, una simple cuestión cronológica que hoy por hoy es difícil de precisar.

También es cierto que la acumulación de numerosos alimentos dentro de las tumbas manifiesta cierta riqueza entre la comunidad en cuanto a la amortización de recursos subsistenciales. Es probable que las familias, como entidades económicamente autosuficientes, consiguieran amplios avances en la gestión de sus recursos hasta garantizar una producción excedentaria que les facilitase el acceso a las redes de intercambios e, incluso, que justificaría la cada vez mayor amortización de alimentos, tanto de origen agrícola como ganadero, este último, especialmente representado en las tumbas.

Por tanto, durante la Primera Edad del Hierro, los datos aportados por nuestra necrópolis parecen indicar, para la población de Can Roqueta, una estructura social todavía muy igualitaria, en cuanto se observa el acceso a la necrópolis de casi toda la población (salvo el caso de una parte de los niños) y el consumo y/o amortización generalizado de un importante volumen de las ganancias obtenidas de la explotación agropecuaria del entorno y del comercio.

A lo largo de este periodo, esta última actividad resulta muy importante para entender la transformación de esta comunidad y su integración en unas redes comerciales de amplio alcance territorial. De esta forma, a Can Roqueta llegan productos de diferentes ámbitos culturales como itálicos (probablemente las fíbulas de pivote, el *askos* y los elementos relacionados con el banquete), fenicios (posiblemente las fíbulas de doble resorte y los vasos a torno) y del sur de Francia (cuchillos tipo Grand Bassin I y vasitos del tipo VO-H-IV de la forma 2), así como otros de los que resulta más difícil establecer su procedencia como ocurre con los vasos de pie calado, para los que se han supuesto tanto influencias fenicias (Rafel, 1998) como itálicas (AA.VV, 1997). No obstante, la autoría de la distribución de estos

productos, muy difundidos en todo el Golfo de León, así como su cronología no está del todo clara, sobre todo, si tenemos en cuenta que dentro de una misma embarcación podrían viajar mercancías de diferentes procedencias. De todos modos, lo más probable es que interviniesen diferentes agentes, tanto indígenas como fenicios, egeos o tirrénicos, lo que explicaría la heterogeneidad de las producciones llegadas al Vallès (Marlasca *et alii*, e.p.). En cuanto a la cronología, todos estos contactos hay que encuadrarlos entre el siglo VIII cal. ANE y principios del VI ANE, con un momento álgido para el comercio de tipo fenicio a partir de la consolidación del asentamiento fenicio de Sa Caleta en Ibiza (a partir de mediados del siglo VII ANE) que haría de puente entre las colonias meridionales y nuestra zona (López Cachero, Marlasca y Rovira, e.p.).

En definitiva, se puede intuir a lo largo de este periodo un aumento de la riqueza en general. La población de Can Roqueta se hace fuertemente excedentaria, lo que le permite acceder a las redes comerciales. En esta nueva situación, heredera de la anterior, la estructura social aparentemente no parece resentirse demasiado. Es probable que sea muy parecido a lo visto anteriormente, tal y como se demostraría por la amortización generalizada de productos foráneos en las tumbas por parte de un importante sector de la población. Aún así, el lento camino hacia una diferenciación social se va materializando con el tiempo, ya que detrás de la organización de la colaboración entre familias, la gestión de una producción excedentaria y de los intercambios debe haber un grupo reducido que lo controla y saca un beneficio adicional. Esto se puede traducir en determinadas tumbas que indistintamente del sexo y la edad del difunto, pueden acumular importantes conjuntos cerámicos y/o metálicos. De esta manera, por ejemplo, la tumba CPR-965, probablemente perteneciente a un individuo femenino, no presenta el ajuar estandarizado característico formado por cuchillo y fíbula serpentiforme pero, en cambio, no por esto está exenta de riquezas, ya que tiene otros objetos metálicos igualmente “suntuosos” como una hebilla de cinturón o elementos ornamentales como brazaletes, además de un conjunto de catorce vasos cerámicos. La tumba 15, con un individuo de edad y sexo indeterminable, tiene quince vasos (foto 94), un cuchillo y dos fíbulas serpentiformes. La tumba 49, un adulto de compleción grácil, tiene dieciocho vasos, una aguja biglobular y diversos elementos ornamentales. La tumba 677, con un niño de menos de un año incinerado, está formada por siete vasos, uno de ellos el *askos*, pero tiene un ajuar metálico muy interesante compuesto por un conjunto de anillas de bronce, tres brazaletes de hierro rematados con esferas, otro brazalete de sección redonda, un pequeño collar de cuentas de pasta vítrea, un torques y una fíbula serpentiforme. Por último, la tumba 296 contiene un depósito funerario formado por un individuo adulto joven y grácil, un infantil I y

probablemente otro adulto, acompañados de un numeroso ajuar compuesto por cinco vasos, un cuchillo, dos fibulas serpentiformes, un bocado de caballo, una aguja de cabeza biglobular y un cinturón formado por una hebilla de placa, 1220 botones y diversos elementos ornamentales en bronce (foto 95). Esta pequeña muestra de tumbas con importantes ajuares sería, por tanto, representativa de este reducido número de personas socialmente destacadas dentro de la comunidad de Can Roqueta donde, como podemos ver, se incluirían hombres, mujeres y niños. Por tanto, aunque no se destaque un factor cronológico que pueda explicar algunas de las diferencias de riqueza observadas en las tumbas, parece claro que estas no estarían fundamentadas en criterios como el sexo o la edad del difunto.

Con su rol social asumido, estos individuos tendrían una posición ventajosa para acceder, con más posibilidades que el resto de la comunidad, a las redes comerciales que con la llegada de los colonizadores parecen haber recibido un fuerte impulso durante este periodo, lo cual les servirá para controlar los intercambios, acaparar y redistribuir los bienes de prestigio adquiridos y, de esta manera, consolidarse poco a poco en su posición. Con el tiempo, la consecuencia inmediata de este proceso sería la definitiva institucionalización de estas posiciones sociales, es decir, la aceptación por parte de toda la comunidad de unos cargos de responsabilidad que tendrán su plasmación más evidente, desde un punto de vista fundamentalmente arqueológico, en el ritual funerario con la acumulación de materiales metálicos y cerámicos, así como la celebración de rituales cada vez más complejos que incluirían el banquete funerario y la deposición de cada vez más notables ofrendas alimenticias en el interior de las tumbas. Este es, precisamente, el proceso que se empieza a consolidar durante la Primera Edad del Hierro con la irrupción del factor comercial colonial.

Más adelante, lo que se impondrá a lo largo del siglo VI ANE es un importante cambio del patrón de poblamiento. Esto se detecta por diversos aspectos. Por un lado, en el transcurso de este periodo las evidencias de la ocupación del paraje parecen limitarse a la presencia de un número cada vez más reducido de silos hasta desaparecer definitivamente hacia principios de la siguiente centuria. Sin embargo, a pesar de esto, la llegada de importaciones (recipientes paleoibéricos y vajilla griega) no se interrumpe.

Por otro lado, la necrópolis deja de ser utilizada probablemente hacia principios de este siglo sin que haya ninguna evidencia de un traslado a otro punto del paraje estudiado. Todo este proceso, se explica dentro de una transformación más profunda que parece afectar a todo el litoral y prelitoral catalán como consecuencia directa de nuevas necesidades sociales, políticas, económicas y de defensa que se imponen desde mediados del siglo VI ANE. En el

primer caso, se observa el nacimiento de los poblados concentrados que con el tiempo se hacen más estables y de carácter urbano y que significarán los asentamientos de una comunidad más numerosa que responde a un nuevo orden organizativo. Políticamente, el poblado aparece como la residencia de un poder político que organiza de una manera más efectiva la explotación económica del territorio. En tercer lugar, con el dominio del territorio se produce el control y gestión desde el poblado del excedente agrícola y la ocupación de zonas bien comunicadas y privilegiadas para consolidarse como puntos de intercambio. Finalmente, las necesidades defensivas se manifiestan con el desarrollo de las murallas y la ubicación de los poblados en lugares altos fácilmente defendibles. En definitiva, todo esto se traducirá en una dinámica que tiene como resultado final un desplazamiento de la población de las depresiones hacia la sierra costera donde, la nueva situación motivada por un importante crecimiento del comercio mediterráneo a raíz del establecimiento foceo de *Emporion*, permitirá unas garantías más grandes de éxito para la supervivencia de estas comunidades, ya plenamente ibéricas.

Esta nueva situación implica necesariamente un nuevo impulso en la consolidación y aumento de las diferencias sociales dentro de las comunidades inmersas en un claro proceso de iberización. El cambio del modelo de poblamiento característico anterior y la sustitución por otro bien diferente implica la existencia de importantes decisiones en el seno de la comunidad que repercuten directamente en el reconocimiento de ciertos personajes encargados de tomarlas. Igualmente, la existencia de ciertas tumbas que acaparan importantes conjuntos funerarios con la presencia destacada de armamento en hierro con las tumbas de Llinars del Vallès (Sanmartí, 1993) o de la Granja Soley (Sanmartí *et alii*, 1982), implica hasta que punto estos personajes se están aprovechando de su posición social para conseguir diferentes objetos metálicos, cuantitativamente y cualitativamente muy vistosos, que serán amortizados a su muerte. Precisamente, estos conjuntos funerarios datados dentro de la primera mitad del siglo VI ANE son un buen testimonio de que la transformación de la sociedad parece ligeramente anterior a la aparición de los poblados en alto con urbanismo que se desarrollaran en el transcurso de la segunda mitad de este mismo siglo.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

La necrópolis de incineración de Can Piteu-Can Roqueta con sus cerca de 1100 tumbas identificadas representa uno de los conjuntos funerarios más numerosos de toda la protohistoria peninsular. El conjunto que hemos podido analizar en este trabajo, pese a que sólo responde a dos terceras partes del total del volumen de información, es lo suficientemente significativo como para dar respuesta a muchas de las preguntas inicialmente planteadas.

En primer lugar, hemos podido constatar que las tumbas presentan sistemas de cubrición que las protegen y señalizan. Desconocemos, el aspecto último de este tipo de cubiertas, ya que sólo nos ha quedado constancia de sus restos líticos en forma de piedras dispersas por los alrededores de las tumbas o dentro de los propios vasos cinerarios. En última instancia, creemos que todas las alternativas señaladas responden a una estructura de tipo pseudotumular que tendría el aspecto de un simple amontonamiento de piedras, lejos, por tanto, de otros modelos tumulares bien definidos arquitectónicamente como son los propios de la zona de Segre-Cinca, de los Pirineos o del Bajo Aragón. Por otro lado, también desconocemos si existían elementos de señalización que pudieran ser identificados como estelas o cipos, ya que no tenemos ningún elemento que responda a estas características.

Así pues, y pese a que observamos numerosos puntos en común con otras necrópolis del Prelitoral y litoral catalán, no podemos calificar estrictamente a esta necrópolis como un campo de urnas o un cementerio de tumbas planas. De hecho, es muy probable que lo que exista es un problema de conservación que ha impedido la documentación de los verdaderos sistemas de cubrición de las tumbas, independientemente de que, como parece, existan diferentes tradiciones tumulares en las necrópolis del noreste.

La cronología de esta necrópolis comprende dos periodos bien definidos, Bronce Final y Primera Edad del Hierro, con una fase de transición intermedia que anuncia importantes transformaciones en muchos aspectos. El transcurso de un periodo a otro se produce en una dinámica de continuidad que queda claramente demostrada por el reiterado uso de un mismo espacio funerario. De esta forma, observamos un modelo muy similar al de otras necrópolis del noreste peninsular y del sur de Francia como El Calvari en El Molar, Can Bec de Baix en Agullana o los conjuntos funerarios de Roques de St. Formatge en Serós, de Castellet de Mequinenza, de El Coll de Moro en Gandesa, de Mailhac (Le Moulin y Grand Bassin I y II) o de Castres (Le Causse, Gourjade y Le Martinet), etc.

La necrópolis de incineración comenzaría a desarrollarse en algún momento bastante impreciso durante el cambio del segundo al primer milenio cal. ANE, es decir, en torno al año 1000 cal. ANE. Desde entonces, el espacio funerario fue creciendo en dirección sur y probablemente también hacia el lado oeste. Como ya hemos descrito en ocasiones, las fosas de las tumbas son sencillas en el sentido de que no incluyen ningún complemento arquitectónico en su interior, ya que sólo se limitan al espacio necesario para alojar en su interior un vaso cinerario con su correspondiente tapadera, normalmente de cerámica. Los ajuares son escasos, ya que se limitan a unos pocos objetos metálicos y a puntuales ofrendas de alimentos que normalmente se colocan en el interior del vaso cinerario.

Las primeras transformaciones en el ritual funerario se dejan intuir de manera muy vaga. Durante el siglo VIII cal. ANE, probablemente a mediados o finales del mismo, comienzan a llegar los primeros productos de procedencia mediterránea (fibulas) que nos hablan de la inclusión de los habitantes del paraje de Can Roqueta en unos circuitos comerciales supraterritoriales. Paralelamente, se percibe la presencia de algún vaso de ofrenda y la deposición del ajuar metálico, que rápidamente incluirá algún objeto de hierro como, por ejemplo, los primeros cuchillos de remaches, directamente sobre el suelo de la tumba o bajo el vaso cinerario. Estos pequeños cambios definen una fase de transición que se incluye dentro de lo que denominamos como Primera Edad del Hierro.

Queremos destacar que este nuevo periodo no es más que una continuidad del Bronce Final y que sólo pretende definir el momento en que comienzan a aparecer unos objetos que, independientemente de su origen, tienen una amplia aceptación en diferentes territorios del Mediterráneo central y occidental, lo cual es el reflejo de la apertura de estas comunidades hacia el exterior y, en consecuencia, de su contacto con agentes comerciales seguramente de distintas procedencias.

La Primera Edad del Hierro se manifiesta con total plenitud durante el siglo VII cal. ANE, coetáneamente al horizonte Gran Bassin I del sur de Francia y Agullana III del Empordà, con los que compartirá ajuares metálicos similares (cuchillos, fibulas serpentiformes, elementos de banquete, vasos rituales, primeros contenedores a torno, etc.) producto de la inclusión de todas estas comunidades en unas redes comerciales de ámbito mediterráneo. En este momento, las transformaciones anunciadas durante la transición se hacen más evidentes con el desarrollo de las tumbas complejas de tipo silo, contenidos cualitativa y cuantitativamente más notables y ritos fúnebres, como los banquetes, posiblemente cada vez más complejos.

Esta situación se interrumpe hacia el año 600 o 575 ANE con el abandono definitivo de la necrópolis debido, seguramente, a una reestructuración del poblamiento que afecta al paraje de Can Roqueta, pero que no se materializará definitivamente hasta la segunda mitad de ese mismo siglo.

Cuando iniciamos este trabajo, nos marcamos como principal objetivo el estudio de los materiales cerámicos procedentes de la necrópolis. Para ello, diseñamos un análisis integral que incluyera la interpretación funcional de los vasos, su valoración cronológica y, finalmente, la ordenación de todo el conjunto cerámico en unos tipos bien definidos. Para este último aspecto, quisimos introducir la estadística para reformular las tradicionales tipologías del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro y tratar de definir unos tipos cerámicos que, como unidades de análisis básicas, agrupasen en su seno todas aquellas cerámicas que tuvieran tanto una identidad propia, es decir, unas características comunes, como un mismo significado cronológico y funcional. De este modo, la identificación de los diferentes tipos cerámicos y de sus propias características cronológicas, en relación con el resto de elementos idóneos para fechar contextos arqueológicos (relaciones físicas, objetos metálicos, arquitectura de las tumbas, etc.), constituía el paso previo para tratar temas como la fasificación interna de la necrópolis, su evolución y duración en el tiempo.

Los métodos estadísticos con los que hemos trabajado, el análisis de conglomerados (ACL) y el análisis de componentes principales (ACP), ya habían sido previamente utilizados por numerosos autores que habían demostrado su validez para resolver problemas relacionados con la cultura material y el análisis espacial de los yacimientos. En nuestro caso decidimos desarrollar el mismo método desarrollado por Jesús V. Picazo para el estudio de los materiales cerámicos de la Edad del Bronce en el sur del Sistema Ibérico Turolense (1993). Para ello, fue necesaria la inclusión de nuevas medidas y el cálculo de nuevos índices

para que la realidad morfológica de nuestros vasos cerámicos quedara lo suficientemente descrita. Sin duda alguna, este es el elemento más importante porque las agrupaciones que se obtienen están absolutamente determinadas por el valor de las variables (en este caso los índices) elegidas.

No obstante, los resultados obtenidos no han sido del todo satisfactorios, lo que no debe entenderse como una crítica al método desarrollado por Picazo que en su caso si aporta una correcta solución a la problemática planteada. Los problemas observados han sido varios. Por un lado, porque las agrupaciones obtenidas por el ACL han resultado poco definidas debido a que existe una importante homogeneidad en el conjunto de las formas analizadas. De esta manera, sólo en contadas ocasiones existe la suficiente especificidad morfológica en algunas piezas como para segregarlas sin problemas del resto del conjunto. Por otro lado, esto quedaba bien patente cuando utilizábamos el ACP para validar las agrupaciones obtenidas mediante el ACL, ya que sólo en aquellos casos más evidentes era posible su satisfactoria individualización gracias a los gráficos de dispersión. En el resto de ocasiones, la mayoría de las agrupaciones obtenidas por el ACL se solapaban entre sí, no se apreciaban sus límites de forma clara o, puntualmente, algunos casos pertenecientes a esas agrupaciones se segregaban de ellas sin que se evidenciaran, de esta forma, la validez de semejantes agrupaciones y, en definitiva, su definición como auténticos tipos.

Así pues, con estos resultados era imposible aceptar semejante agrupaciones como auténticos tipos morfológicos. De hecho, era más conveniente aceptar la homogeneidad métrica de los vasos y replantearse la tipología a partir de la introducción de nuevos aspectos como la cronología, la funcionalidad de los vasos y la existencia de elementos de presión o pies, entre otros.

De esta forma, la utilidad del método estadístico, tal y como ha sido aplicado, y ante la escasa definición de las agrupaciones formuladas, ha quedado relegada a la comprensión de aquellas variables que resultaban más determinantes en cada agrupación, a la valoración de ciertas tendencias métricas observadas en cada una de las formas, así como a la relación existente entre las variables y su incidencia en la producción cerámica.

Es evidente que podríamos haber utilizado otras alternativas y, entre ellas, la más evidente que era replantearse de nuevo las variables implicadas en el estudio, variables que, por otro lado, son las tradicionalmente utilizadas para este tipo de estudios. La realidad es que los resultados aquí presentados son producto de una importante reflexión en este mismo sentido, ya que para llegar aquí ya realizamos un profundo estudio sobre cuales eran las

variables más idóneas para este tipo de trabajo. De este modo, se realizaron pruebas con índices o medidas en bruto, con la selección y/o exclusión de diferentes medidas que daban lugar a combinaciones de lo más variado, eliminación, corrección o aplicación literal del índice de tamaño, estudio de todo el conjunto de las cerámicas o segregación en función de la cronología, de la funcionalidad o de ambas a la vez, etc. Esto nos llevó a realizar numerosísimas pruebas para cada una de las formas, sin que llegáramos a obtener unos resultados del todo aceptables. Por otro lado, el haber forzado las variables en esta dirección nos habría ocasionado serios problemas de objetividad, ya que estaríamos dirigiendo las técnicas estadísticas empleadas hacia la obtención de unos resultados que nos permitirían reproducir, lo más cercanamente posible, aquello que según nuestra experiencia como arqueólogos estimamos más razonable (Barceló, 1988: 58). Cabe decir que de habernos extendido en la búsqueda de unas variables más eficaces, esto habría supuesto una inversión de tiempo muy costosa sin tener nunca la total seguridad de obtener el éxito esperado.

Otro inconveniente que hemos observado, parte de la propia filosofía de la metodología utilizada. De este modo, puesto que las agrupaciones (o tipos) obtenidas mediante el ACL y ACP son el resultado de las relaciones entre los casos analizados, la inclusión de un nuevo caso puede provocar importantes cambios en la estructura de esas agrupaciones, ya que ello obliga a un replanteamiento general de las relaciones existentes entre todos los casos. Este problema es sumamente importante si tenemos en cuenta que no hemos podido disponer de un conjunto cerámico cerrado, ya que aún no ha concluido la intervención sobre la necrópolis. De esta forma, los tipos que hubiéramos podido definir, principalmente a partir del ACL, habrían sufrido importantes cambios tras la inclusión de un buen número de vasos, lo que nos obligaría a replantearnos gran parte de nuestro estudio realizado en base a ellos. Esto resulta un problema importante y, de hecho, constituye una crítica general al ACL y al ACP, ya que de esta forma se constata que las agrupaciones (o tipos) surgidas son bastante inestables y, lo que es peor, denotan al menos una falta de identidad, es decir, uno de los dos elementos, junto con el significado, que consideramos como inevitables para la definición de un tipo, si es que éste se quería utilizar como una unidad de análisis de la sociedad que lo produjo.

La tipología definitivamente desarrollada ha nacido de la discusión del método estadístico utilizado y de la valoración de determinados datos aportados de la excavación arqueológica, fundamentalmente de aquellos que hacen referencia a la cronología, la funcionalidad de los vasos, así como otros elementos característicos de los mismos (sistemas de prensión, existencia o no de pies, etc.). En este sentido, hemos valorado la estadística como

un medio para el desarrollo de una tipología y no como una finalidad en si misma. De este modo, el resultado final ha sido la identificación de un buen número de tipos que hemos incluido en cuatro formas diferentes, a los que habría que sumar otros cinco tipos que responden a problemáticas más específicas (vasos tipo Cruz del Negro y *pithoide*, el *askos*, el *thymiaterion* y la tapadora plana).

En el capítulo 5.1. hacíamos referencia a las posibilidades que nos ofrecía la elaboración de una tipología. En ese contexto, formulábamos una serie de preguntas a las que a lo largo de este trabajo hemos intentado responder. No obstante, como colofón creemos que sería interesante tratar de hacer una breve recapitulación y volverlas a recordar.

La primera de ellas, es una de las preguntas a la que más tiempo le hemos dedicado durante este trabajo, ya que se refiere a la cronología de la necrópolis y su faseificación, cuestiones sobre las que las cerámicas tienen bastante que decir. Debemos añadir, sin embargo, que esa pregunta tenía respuesta antes de la realización de este trabajo, ya que la identificación de dos periodos con sus respectivos y exclusivos materiales cerámicos había quedado bien definida en el caso del Vallès desde los estudios desarrollados en torno a la necrópolis de Can Missert (Bronce Final) y de las tumbas aisladas y asentamientos al aire libre excavados y analizados durante los años 80 (Primera Edad del Hierro). No obstante, era importante volverse a realizar esta pregunta porque ante una necrópolis que manifiesta una continuidad de su ocupación a lo largo de estos periodos, la correcta delimitación de cada uno de ellos resultaba una tarea especialmente importante para definir su fase de transición. Precisamente, ésta es una de las pequeñas aportaciones que hemos podido realizar a través de este trabajo, ya que el estudio de la cerámica, en combinación con el de los objetos metálicos, ha permitido identificar un horizonte de transición entre ambos periodos. Por lo demás, a partir del análisis de los materiales cerámicos nos ha resultado prácticamente imposible ir más allá y distinguir fases bien definidas dentro de cada uno de los dos periodos principales, a pesar de que en ocasiones es posible percibir ciertas tendencias evolutivas que son susceptibles de ser interpretadas desde un punto de vista cronológico.

La segunda pregunta hace referencia a la posibilidad de determinar la funcionalidad de los vasos contenidos en el interior de las tumbas. Sobre esta cuestión también no hemos expresado ampliamente, manifestando lo difícil que resulta ir más allá de la clara distinción entre vasos cinerarios, tapaderas y vasos de acompañamiento. Sin embargo, si que hemos podido observar diferencias en el patrón de deposición de los vasos (platos, tapaderas y platos cinerarios, vasos contenidos en otros vasos, etc.) para determinar diferencias en el ritual y

también ha sido posible realizar análisis puntuales del contenido de algunos vasos, así como la determinación de la fauna aparecida, tanto dentro de ellos como colocada directamente sobre la tumba, con la intención de identificar posibles restos alimenticios ofrecidos durante el ritual funerario. Igualmente, también se ha detectado la presencia de determinados vasos y metales que pueden cumplir ciertas funciones específicas como, por ejemplo, el *askos* o el *thymiaterion* que perfectamente pudieron haber intervenido en banquetes rituales, junto con los asadores y el *simpulum*.

En cambio, no hemos podido desarrollar en profundidad los aspectos tecnológicos que definen cada periodo, ya que para ello hubiera sido necesaria la realización de determinadas analíticas que no han estado a nuestro alcance.

Por otro lado, en ocasiones hemos podido identificar grupos arqueológicos concretos a partir de la distribución de determinados tipos cerámicos. Esto se ve claramente en el caso del Bronce Final, donde los dos tipos principales son cuantitativamente similares y se distribuyen de una forma homogénea por toda la necrópolis. Descartada la posibilidad cronológica tradicionalmente aceptada de que representan dos fases diferenciadas dentro del Bronce Final, se valoró la posibilidad de que fueran representativos del género de sus difuntos, sin que el análisis antropológico haya podido demostrar esta posibilidad. Otro distintivo de grupo arqueológico es el tamaño de los vasos que, independientemente del tipo cerámico al que pertenezcan, en el caso de los más pequeños parece coincidir al menos durante el Bronce Final con la presencia en su interior de un individuo de corta edad. Por el contrario, las cerámicas identificadas como de transición, a pesar de que constituyen un grupo tipológicamente heterogéneo, sí que pueden interpretarse en sentido cronológico. Por lo demás, resulta absolutamente imposible adscribir tipos cerámicos a grupos sociales, económicos o culturales concretos.

La localización geográfica de tipos cerámicos similares a los descritos en nuestra necrópolis, nos permiten definir una zona muy homogénea desde este punto de vista, que estaría situada en el prelitoral y el litoral del centro de Catalunya, concretamente en un espacio comprendido entre el río Llobregat al sur²³⁹, el Tordera al norte y la cordillera prelitoral al oeste. Este territorio presenta una densa ocupación poblacional en las tierras llanas y muy fértiles del Vallès, gracias a la existencia de un elemento vertebrador como es el río Besos y sus afluentes.

²³⁹ Quizás sea este el límite más relativo ya que resultan muy destacables las estaciones, tanto en cueva como al aire libre, documentadas en las comarcas del Baix Llobregat, al sur del río (Petit, 1985), y del Garraf (Boquer, 2004; Miret y Boquer, 2004).

Las relaciones con otros territorios vecinos son evidentes. Basta con observar la implantación de la incineración y de las necrópolis o la presencia de cerámicas incisas procedentes del norte, así como de determinados objetos metálicos durante el Bronce Final o las importaciones metálicas y cerámicas de diversos orígenes que caracterizan la Primera Edad del Hierro y sobre las que ya nos hemos extendido ampliamente.

No observamos tampoco muchas diferencias entre la producción cerámica destinada a la necrópolis y la utilizada en los asentamientos, a excepción de la inexistencia de tinajas de mediano y gran tamaño en el primer caso. Esto es un dato a tener en cuenta, a pesar de las objeciones planteadas en relación a si el material cerámico recuperado de los silos es suficientemente representativo como ajuar doméstico. En este sentido, destacamos que los análisis de contenidos realizados sobre vasos cinerarios han resultado siempre negativos, lo que permitiría pensar que se trataría de una producción específicamente destinada para su uso funerario, independientemente de que otros vasos del mismo tipo pudieran ser utilizados dentro del ámbito doméstico.

Las últimas preguntas iban orientadas a la caracterización del tipo de sociedad y sistema económico que se puede deducir a partir de los datos extraídos tanto de la necrópolis como de los asentamientos de su entorno más inmediato. Sobre este tema, ya nos extendimos suficientemente en el capítulo correspondiente. Sin embargo, para concluir, simplemente destacaremos que gracias a los cuantiosos datos procedentes del paraje de Can Roqueta, podemos deducir un modelo de sociedad basado en estructuras clánicas escasamente jerarquizadas y con liderazgos poco definidos que están formadas por diversas familias nucleares, económicamente autónomas, pero que cooperarían entre ellas en diferentes ámbitos como la subsistencia, las ceremonias o la defensa común. En este contexto se desarrolla un modelo de hábitat basado en pequeñas granjas dispersas en el territorio que se dedican fundamentalmente al trabajo del campo y que tiene en la tierra y el ganado su principal fuente de riqueza.

Este modelo de asentamiento se mantendrá sin grandes cambios a lo largo de todo el Bronce Final y gran parte de la Primera Edad del Hierro. Sin embargo, durante este periodo se va a ir percibiendo un paulatino aumento de los objetos importados que nos demuestra que estamos ante una sociedad que dispone de una capacidad excedentaria suficiente como para poder acceder con todas las garantías a las redes comerciales mediterráneas. Probablemente, la capitalización de la gestión de los excedentes, de los intercambios y de la redistribución de los productos mediterráneos por parte de una reducida minoría, provocaría el distanciamiento

social de este grupo respecto al resto de la comunidad, así como su progresiva consolidación en esa posición privilegiada y la definitiva institucionalización de los cargos.

A lo largo del siglo VI ANE y tras el abandono de la necrópolis, durante el denominado proceso de iberización, los cambios se hacen cada vez más evidentes con un importante cambio en el modelo de asentamiento que implica un importante despoblamiento de las zonas más llanas en paralelo a la progresiva ocupación de poblados en alto con urbanismo y bien defendidos, donde quedarían perfectamente institucionalizadas aquellas diferencias sociales que se habían ido fraguando durante toda la Primera Edad del Hierro.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV (1982): *L'Arqueologia a Catalunya, avui*, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona.

AAVV (1997): *Mailhac et le premier Âge du Fer en Europe occidentale* (Catálogo de la exposición), Conseil Général de l'Aude, Carcassonne.

Acsádi, G. Y Nemeskéri, J. (1970): *History of human span life and mortality*, Akademiai Kiado, Budapest.

Adams, W. y Adams, E. (1991): *Archaeological typology and practical reality*, Cambridge University Press, Cambridge.

Agustí, B. (1999): *Els rituals funeraris en el període Calcolític-Bronze Final al nord-est de Catalunya*, Tesis doctoral inédita.

Agustí, B. (2002): “Depósitos funerarios con cremación durante el Calcolítico y el Bronce en el nordeste de Catalunya”, en Rojo, M.A. i Kunst, M. (ed.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del neolítico*, *Studia Archaeologica*, n. 91, Universidad de Valladolid, pp: 65-82.

Agustí, B.; Alcalde, G.; Burjachs, F.; Buxó, R.; Juan-Muns, N.; Oller, J.; Ros, M^a T.; Rueda, J. M^a, y Toledo, A. (1987): *Dinàmica de la utilització de la Cova 120 per l'home en els darrers 6000 anys*, Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona, Sèrie Monogràfica, 7.

Agustí, J; Cabrera, L, y Moyà, S. (1985): “Sinopsis estratigràfica del Neógeno de la fosa del Vallès-Penedès”, *Paleontologia i Evolució*, n. 18, pp: 57-81.

Agustí, B.; Codina, D.; Dehesa, R.; Llinàs, J.; Merino, J.; Montalbán, C., y Vargas, A. (2003): "La necrópolis d'incineració de Vilanera", en *Sisenes jornades d'arqueologia de les comarques gironines*, Sant Juan de les Abadeses 10-11 de maig del 2002, pp: 77-86.

Agustí, B.; Codina, D.; Dehesa, R.; Llinàs, J.; Merino, J.; Montalbán, C., y Vargas, A. (2004): "Excavacions arqueològiques a Vilanera (L'Escala, Alt Empordà)", en *Tribuna d'Arqueologia, 2000-2001*, Barcelona, pp: 99-114.

Albareda, J.; Figuerola, J.; Molist, M., y Ollich, I. (1984): *Història d'Osona*, Eumo editorial, Vic.

Albizuri, S. y Colomer, S. (2001-2002): "Informe arqueozoológico de Carretelà (Aitona, Segrià, Lleida), en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n.11-12, pp: 235-250.

Albizuri, S. y Nadal, J. (1993): "Análisis faunístico del yacimiento de Punta Farisa (Fraga, Huesca)", *Estudios de la Antigüedad*, n. 6/7, 1989/90, pp: 31-37.

Alcalde, G.; Molist, M., y Toledo, A. (1994): *Procés d'ocupació de la bauma del Serrat del Pont (la Garrotxa) a partir del 1450 AC*, Publicacions Eventuals d'Arqueologia de la Garrotxa, n. 1, Olot.

Alcalde, G.; Molist, M.; Saña, M^a, y Toledo, A. (1997): *Procés d'ocupació de la bauma del Serrat del Pont (La Garrotxa) entre 2900 i el 1450 cal. AC.*, Publicacions Eventuals d'Arqueologia de la Garrotxa, n. 2, Olot.

Alfonso, J.; Subirà, M. y Malgosa, A. (2004): "Estudi preliminar de les restes antropològiques del Mas d'en Boixos (Pacs, Alt Penedès), en *Tribuna d'Arqueologia 200-2001*, Barcelona, pp: 33-48.

Almagro Basch, M. (1952): "La invasión céltica en España ", *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, tomo I, vol. II, pp: 141-240.

Almagro Basch, M. (1955): *Las necrópolis de Ampurias*, vol. II, en *Monografías Ampuritanas*, n. III, CSIC, Barcelona.

Almagro Basch, M.; Serra-Ràfols, J. C., y Coromines, J., (1965): *Carta arqueológica de España*. C.S.I.C. Barcelona, pág 169.

Almagro Gorbea, M. (1973): *Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica*, en *Excavaciones Arqueológicas en España*, n. 83.

Almagro Gorbea, M. (1977): "El Pic dels Corbs, de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica", *Saguntum*, 12, pp: 89-141.

Almagro Gorbea, M. (1993): "La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo protoorientalizante", en *Complutum*, n. 4, Madrid, pp: 81-94.

Alonso, N. (1999): "La agricultura de la Primera Edad del Hierro y de época ibérica en el llano occidental catalán: problemática y nuevas aportaciones", en *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum, Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro*, Sèrie Monogràfica, n. 18, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 127-138.

Alonso, N. (2000): "Registro arqueobotánico de Cataluña occidental durante el II y I milenio ANE", en *Complutum*, n. 11, pp: 221-238.

Alonso, N. y Buxó, R. (1995): *Agricultura, alimentació y entorn vegetal en la Cova de Punta Farisa (Fraga, Huesca) durante el Bronce medio*, Espai/Tiemp, n.24, Quaderns del Dpt. de Geografia i Història, Universitat de Lleida.

Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, À., y López, J. B. (1998): "Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca", en *Los iberos, principes de occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Barcelona, pp: 355-372.

Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, À., y López, J. B. (1999): "Chronologie des âges des métaux dans la Basse Vallée du Segre (Catalogne, Espagne) a partir des datations ¹⁴C", en *3^{ème} Congrès International: ¹⁴C et Archéologie*, Lyon, 1998, pp: 287-292.

Álvarez Gracia, A. (1985): "El yacimiento protohistórico de Palermo en Caspe (Zaragoza). Aproximación a la secuencia cultural Bronce Final-Hierro en el valle medio del Ebro", en *Museo de Zaragoza, Boletín*, n. 4, pp: 296-301.

Álvarez García, A. (1990): "El Bronce Final y el Hierro inicial en la región aragonesa", en *Estado actual de la arqueología en Aragón*, Institución Fernando el Católico, vol. I, ponencias, pp: 97-131.

Álvarez, A y Bachiller, J. A. (1994/96): "La evolución del urbanismo en el Bajo Aragón durante los períodos del Bronce Final-Hierro Antiguo", *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 18-19 de noviembre de 1994, pp: 175-182.

- Álvarez Arza, R. (2001): *Dinámica ocupacional de la cueva de les Pixarelles (Tavertet, Osona)*, Tesis de licenciatura inédita, Universidad de Barcelona.
- Álvarez, R. y Rauret, A. M^a (1996): "El Neolítico Final en la Cueva de les Pixarelles", *Rubricatum*, n. 1, *Actes del I Congrés del Neolític a la Península Ibérica*, Gavà-Bellaterra, 27-29 de marzo de 1995, vol. 1, pp: 439-445.
- Amorós, J., (2000): *Informe del seguiment arqueològic i de la intervenció a Can Roqueta-estació de bombament de l'estació depuradora d'aigües residuals Sabadell-riu Ripoll*. Inèdito. Museu d'Història de Sabadell.
- Andrieux, P. (1976): "Essai d'un four de potier reconstitué du type de Sévrier (Bronze final)", en *Etudes Préhistoriques*, n. 13, pp: 37-40.
- Aquilué, X.; Burés, L.; Castanyer, P.; Esteba, Q.; Pons, E.; Santos, M. y Tremoleda, J. (2000): "Els assentaments indígenes i l'ocupació grega arcaica de Sant Martí d'Empúries (L'Escala, Alt Empordà). Resultats del projecte d'intervencions arqueològiques de 1994 i 1995", en *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Lluenguadoc Occidental. Actualitat de l'arqueologia de l'Edat del Ferro, Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro*, Sèrie Monogràfica, n. 19, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 19-32.
- Aranda Jiménez, G. (2001): *El análisis de la relación forma-contenido de los conjuntos cerámicos del yacimiento arqueológico del Cerro de la Encina (Granada, España)*, BAR internacional Series, n. 927, Oxford.
- Argente Oliver, J. L. (1994): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental*, en *Excavaciones Arqueológicas en España*, n^o 168, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Armentano, N. (2000): *El jaciment de Can Filuà. Dades per a la interpretació del món funerari de l'Edat del Bronze*, Memoria de treball de recerca del mestratge d'especialització professional en biologia humana, UAB, juliol de 2000.
- Arnal, J.; Bouscaras, A.; Hugues, C.; Peyron, J. y Robert, A. (1970): "Quelques fibules du dépôt marin de Rochelongue (Agde, Hérault)", en *Pyrenae*, n. 6, pp: 53-58.
- Arteaga, O. (1978): "Los Pirineos y el problema de las invasiones indoeuropeas", en *II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp: 13-31.

Arteaga, O.; Padró, J. y Sanmartí, E. (1978): "El factor fenici a les costes catalanes i del Golf de Lió", en *Els pobles pre-romans del Pirineu, II Col·loqui d'Arqueologia Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà, 1976, pp: 129-135.

Arteaga, O.; Padró, J. y Sanmartí, E. (1986): "La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc", en Olmo, G. del y Aubet, M. E.: *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. II, Sabadell, pp: 303-314.

Asensio, D.; Belarte, M^a C.; Ferrer, C.; Noguera, J.; Sanmartí, J., y Santacana, J. (1994/96a): "El jaciment del Barranc de Sant Antoni (Ginestar, Ribera d'Ebre)", en *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 231-246.

Asensio, D.; Belarte, M^a C.; Ferrer, C.; Noguera, J.; Sanmartí, J., y Santacana, J. (1994/96b): "El poblament de les comarques del curs inferior de l'Ebre durant el Bronze Final i la Primera Edat del Ferro", *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 301-317.

Aubet, M^a E. (1993): "El comerç fenici i les comunitats dels ferro a Catalunya", en *El poblament ibèric a Catalunya*, Mataró, 1993, *Laietania*, n. 8, pp: 23-40.

Aubet, M^a E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, ed. Crítica, Barcelona.

Baillie, M.G.L. y Pilcher, J.R. (1983): "Some Observations on the High-Precision Calibration of Routine Dates", en Ottaway, B.S. (ed.): *Archaeology, Dendrochronology and the Radioocarbon Calibration Curve*, University of Edingburgh, Department of Archaeology Occasional Paper, n. 9, pp: 51-63.

Baldellou, V, y Moreno, G. (1986): "El hábitat campaniforme en el Altoaragón", en *Bolskan*, n. 3, pp: 17-30.

Barberà, J. y Sanmartí, E. (1982): *Excavacions al poblat ibèric de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelonès). Campanyes 1974-1975 i 1977-1981*, en *Monografies arqueològiques*, n. 1, Barcelona.

Barceló, J. A. (1988): "Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la arqueología: un análisis de estelas antropomorfas de la Península Ibérica", en *Trabajos de Prehistoria*, n. 45, Madrid, pp: 51-85.

- Barrial, O. i Francès, J. (1993): "Una possible necròpolis de l'edat del bronze a Can Coll (Cerdanyola), en *Limes*, n. 3, pp: 25-31.
- Barril, M. y Ruiz Zapatero, G. (1980): "Las cerámicas con asas de apéndice de botón del NE de la Península Ibérica", en *Trabajos de Prehistoria*, n. 37, pp: 181-219.
- Bate, L. F. (1998): *El proceso de investigación en arqueología*, ed. Cátedra, Barcelona.
- Bea, D. (1996): *Can Canyís. Una necròpolis de la primera edat del ferro en el Penedès*, tesi de llicenciatura inédita, Universitat de Barcelona.
- Bea, D.; Carilla, A. y Chimisanas, E. (1999): "La necròpolis de Can Canyís (Banyeres del Penedès, Baix Penedès): una revisió del material funerari", en *Miscel·lània penedesenca XXIV: IX Jornades d'Estudis Penedesencs*, Calafell, 1996, pp: 33-52.
- Belarte Franco, M^a C. (1997): *Arquitectura domèstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica*, en *Arqueomediterrània*, n. 1, Barcelona.
- Belarte, M.C.; Hernández, J. y Principal, J. (2004): "Recerques a la Baixa Segarra: el jaciment del bronze del Coll Roig i l'assentament ibèric del Coll Blanc (Bellprat, Anoia), en *Actes de les Jornades d'Arqueologia i Paleontologia 2001. Intervencions arqueològiques i paleontològiques a les comarques de Barcelona (1996-2001)*, vol. 1, La Garriga, 29-30 de novembre y 1 de diciembre de 2001, pp: 308-339.
- Beltrán, A. (1959): "El yacimiento de Cabezo de Monleón, Caspe (Zaragoza)", *V Congreso Nacional de Arqueología*, pp: 134-155.
- Beltrán, A. (1960): "La indoeuropeización del Valle del Ebro", en *Primer Simposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, pp: 103-124.
- Beltrán, A. (1974): *Aragón y los principios de su historia. Síntesis de arqueología aragonesa*, Universidad de Zaragoza.
- Bietti Sestieri, A. M. (1992): *La necropoli laziale di Osteria dell'Osa*, 3 vols., Saprntendenza Archeologica di Roma, n. 1, ed. Quasar.
- Birckhoff, G. D. (1933): *Aesthetic Measure*, Cambridge.
- Blasco, A. (1993): *Els nivells prehistòrics de la Cova de Can Sadurní (Begues, Baix Llobregat)*, Tesis de licenciatura inédita, Universitat de Barcelona.

Blech, M. (1996): "Terracotas arcaicas de la Península Ibérica", en Olmos, R. y Rouillard, P. (eds.): *Formes archaïques et arts ibériques*, Col. de la Casa de Velázquez, n. 59, Madrid, pp: 111-128.

Bocquet, A. y Couren, J.P. (1974): "Le four de potier de Sévrier, Haute-Savoie (Âge du Bronze Final)", en *Etudes Prehistoriques*, n. 9, pp: 1-6.

Bocquet, A. y Reymond, J. (1976): "Deux vases protohistoriques d'un abri-sous-roche de Virignin (Ain)", en *Etudes Prehistoriques*, n. 13, pp: 33-35.

Boquer, S. (2004): "Les Pruelles (Sitges, El Garraf). Estructura i estudi de la ceràmica a mà", en *Actes de les Jornades d'Arqueologia i Paleontologia 2001. Intervencions arqueològiques i paleontològiques a les comarques de Barcelona (1996-2001)*, vol. 1, La Garriga, 29-30 de novembre y 1 de diciembre de 2001, pp: 204-215.

Boquer, S.; Bosch, J.; Cruells, W.; Miret, J.; Molist, M. y Rodón, T. (1995): *El jaciment de l'Institut de Batxillerat Antoni Pons. Un assentament a l'aire lliure de finals del Calcolític*, Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya, n. 15.

Boquer, S.; Carlús, X. y Francès, J. (1999): "El conjunt ceràmic prehistòric", en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, a Excavacions arqueològiques a Catalunya, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp: 89-148.

Boquer, S.; Gonzálvez, L.; Mercadal, O.; Rodón, T., y Saenz, L. (1990): "Les estructures del Bronze Antic-Bronze Mitjà al jaciment arqueològic de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)", *Arraona*, n.7, pp: 9-25.

Boquer, S., Gonzálvez, J.L., Mercadal, O., Rodón, T., Saenz, L., (1992): "Un nou assentament del Bronze-Ferro al Vallès. Can Roqueta", *Tribuna d'Arqueologia 1990-1991*, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, pp: 41-51.

Boquer, S.; Martín, A. (1999): "Història de la investigació a Can Roqueta", en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, a Excavacions arqueològiques a Catalunya, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp: 15-25.

Boquer, S., Parpal., (1991): *Memòria de les excavacions arqueològiques al polígon industrial de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)*. Inédito. Servei d'Arqueologia de Catalunya.

- Boquer, S. y Parpal, A. (1994): *Can Roqueta. Estructures prehistòriques i medievals. Campanya 1991*, Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya, n. 13.
- Bosch Gimpera, P., (1913-1914): "La col·lecció de prehistòria al Museu de Sabadell", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, Vol. V. pp. 583-586.
- Bosch Gimpera, P. (1915-1920a): "Resultats de l'exploració de coves de Catalunya per l'Institut d'Estudis Catalans 1915-1920", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 473 - 481.
- Bosch Gimpera, P. (1915-1920b): "L'estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la Península Ibèrica", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, pp: 516-527.
- Bosch Gimpera, P. (1915-1920c): "L'estat actual de la sistematització del coneixement de la primera Edat del Ferro a Catalunya", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, pp: 586-589.
- Bosch Gimpera, P. (1915-1920d): "Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, pp: 641-671.
- Bosch Gimpera, P. (1915-1920e): "L'estat actual de la investigació de la cultura ibèrica", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, pp: 671-694.
- Bosch Gimpera, P. (1926): "La Prehistoria de los iberos y la etnología vasca", en *Sociedad de Estudios Vascos*, XVI, 4.
- Bosch Gimpera, P. (1932): *Etnologia de la Península Ibèrica*, Barcelona.
- Bosch Gimpera, P. (1939): "Two celtic waves in Spain", en *Proceedings of the British Academy*, XXVI.
- Bosch Gimpera, P. (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- Bosch Gimpera, P. y Colominas, J. (1920): "La necrópolis de Can Missert (Tarrasa)", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, n. VI, pp: 582-586.
- Bosch Gimpera, P. y Pericot, L. (1915-1920): "Consideracions generals sobre els megàlits catalans", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, pp: 505- 510.
- Bosch, Á. y Toledo, A. (1989): "Cau Negre de Sant Roc. Amer. Un jaciment del Bronze Final a La Selva", *Cypsela*, nº VII, pp: 35-39.

- Bosch i Argilós, J. (1995): "El món funerari al Neolític i al Calcolític al curs inferior de l'Ebre", *Citerior*, n. 1, *L'Arqueologia de la mort. El món funerari a l'antiguitat a la Catalunya meridional*, Tarragona, pp: 15-31.
- Botto, M. (e.p.): "Considerazioni sul periodo orientalizzante nella penisola italiana: la documentazione del *Latium Vetus*", en *Congreso Internacional de Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Mérida, 5-8 de mayo de 2003.
- Bouloumié, B. (1988): "Le syposion greco-étrusque et l'aristocratie celtique", en *Les princes celtes et la Méditerranée*, Rencontres de l'École du Louvre, Paris, pp: 343-383.
- Bouscaras, A. y Hughes, C. (1967) "La cargaison des bronzes de Rochelongues (Agde, Hérault)", *Rivista di Studi Liguri*, n. XXXIII, pp: 173-184.
- Burgués, M. (1925): *Estudis de terrissa catalana precedits d'un preliminar sobre les bases científiques de la ceràmica*, Sabadell.
- Burjachs, F. (1999): "Anàlisi pol·línica", en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (Coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, en *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp: 242-246
- Burjachs, F. (2001): *Informe preliminar de l'anàlisi palinològica del jaciment de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)*, Inèdit.
- Buxó, R. (1997): *Arqueologia de las plantas*, ed. Crítica, Barcelona.
- Campillo, D. (1995): "Mortalidad y esperanza de vida en la Península Ibérica, desde la Prehistoria a la Edad Media", en *Arqueología da Morte. Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*, Actas do Curso de Verán da Universidade de Vigo, Xinzo de Limia, 1994, pp: 319-340.
- Campillo, D. (2002): *Estudi de les restes osteològiques exhumades a la necròpoli de Can Roqueta-Can Piteu*. Informe inèdit.
- Campillo, D. y Subirà, M.E. (2004): *Antropología física para arqueólogos*, ed. Ariel, Barcelona.
- Campo, M., (2000): *Informe dels treballs arqueològics duts a terme a la parcel·la de Ca n'Alzina-Mas Carbó, Servei polígon de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)*, Inèdit, Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.

Canal, D. y Rovira, N. (1999): “La agricultura y la alimentación vegetal de la Edad del Hierro en la Catalunya oriental”, en *Els productes alimentaris d’origen vegetal a l’Edat del Ferro de l’Europa occidental: de la producció al consum, Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l’Estudi de l’Edat del Ferro*, Sèrie Monogràfica, n. 18, Museu d’Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 139-150.

Carlús, X. (1999): “La cabana del bronze inicial de la Vall Suau (Sant Quirze del Vallès, Vallès Occidental)”, en *Limes*, n. 6-7, pp: 19-39.

Carlús, X.; Francés, J.; Martín, A., y Montero, I. (1999): “La producció metal·lúrgica”, en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, a *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp: 169-176.

Carlús, X. y Lara, C. (2004): “La necrópolis de camps d’urnes de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)”, en *Tribuna d’Arqueologia 2000-2001*, Servei d’Arqueologia de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp: 49-75.

Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, X. y Villena, N. (2001): *Informe preliminar de l’assaig de la metodologia d’excavació de les urnes d’incineració i dels vasos d’acompanyament de la necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)*, Servei d’Arqueologia de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, Inédito.

Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, X.; Villena, N. y Martín, A. (2004): “La necrópolis d’incineració de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)”, en *Actes de les Jornades d’Arqueologia i Paleontologia 2001. Intervencions arqueològiques i paleontològiques a les comarques de Barcelona (1996-2001)*, vol. 1, La Garriga, 29-30 de novembre y 1 de diciembre de 2001, pp: 115-131.

Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, X. y Villena, N. (e.p.a): “La necrópolis de incineración de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona): caracterización del ritual funerario”, en *XXVII Congreso Nacional de Arqueología*, Huesca, mayo de 2003.

Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodríguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (e.p.b): “El paraje arqueológico de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental): Diacronía y tipología de las ocupaciones”, en *XXVII Congreso Nacional de Arqueología*, Huesca, mayo de 2003.

Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodriguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (e.p.c) (eds.): *Can Roqueta i Can Piteu. Els assentaments i les necròpolis del bronze final-primera edat del ferro*, en *Quadern d'Arqueologia*, n. 4, Museu d'Història de Sabadell.

Carlús, X. i Terrats, N. (2003): "El poblament prehistòric i antic a la conca mitra del riu Ripoll: dels caçadors-recolectors a l'antiguitat tardana", en *Arraona*, n. 27, pp: 26-45

Casellas, S. (1999): "Les restes faunístiques de Can Roqueta. Campanyes de 1990 i 1992", en González, P.; Martín, A. y Mora, R. (Coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 16, Barcelona, pp: 255-258.

Castany, J.; Alsina, F., y Guerrero, L. (1992): *El Collet de Brics d'Ardèvol. Un hàbitat del calcolític a l'aire lliure (Pinós, Solsonès)*, Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya, n. 2.

Castany, J.; Estany, I., y Guerrero, L. (1994): *La cambra pirinenca de Santes Masses. Un sepulcre col·lectiu del bronze antic (Pinell, Solsonès)*, Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya, n. 14.

Castanyer, P.; Esteba, Q.; Pons, E.; Santos, M. y Tremoleda, J. (1999a): "La primera etapa de l'hàbitat de l'edat del ferro: Fase IIa", en Aquilué, X. (dir.): *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Monografies emporitanes*, n. 9, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 105-138.

Castanyer, P.; Esteba, Q.; Pons, E.; Santos, M. y Tremoleda, J. (1999b): "La segona etapa de l'hàbitat de l'edat del ferro: Fase IIb", en Aquilué, X. (dir.): *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Monografies emporitanes*, n. 9, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 139-215.

Castells, J.; Enrich, J. y Enrich, J. (1983): "El túmul I de la Serra de Clarena (Castellfollit del Boix, Bages)", *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, n.4, pp: 55-81.

Castells, J.; Cruells, W. y Molist, M. (1986-1989): "El Serrat de Balà. Una necròpolis d'incineració a Cantonigrós, Osona", *Ampurias*, n. 48-50 (I), pp: 224-239.

Castiella, A. y Bienes, J.J. (2002): *Vida y muerte durante la protohistoria en El Castejón de Arguedas (Navarra)*, en *Cuaderno de Arqueología de Navarra*, n. 10.

Castro Martínez, P. V. (1994): *La sociedad de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península Ibérica. La necrópolis de El Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona)*, BAR International Series, 592, Oxford.

Castro, P.V., Lull, V. y Micó, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*, BAR International Series 652, Oxford.

Cent-Vint Group (1986): “Els ritus d’enterrament a la Cova 120 (La Garrotxa), del Neolític final a l’Edat del Bronze”, en *Cota Zero*, n. 2, pp: 20-24.

Cerdeño, M.C. y Juez, P. (2002): *El Castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*, en Monografías arqueológicas del Seminario de Arqueología y Etnología turolense, n.8, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Cerdeño, M.C.; Marcos, F. y Sagardoy, T. (2002): “Campos de urnas en la Meseta oriental: nuevos datos sobre un viejo tema”, en *Trabajos de Prehistoria*, n. 59 (2), pp: 135-147.

Checa, L. y Rius, L. (e.p.): “Intervenció paleontològica a l’EDAR Sabadell-Riu Ripoll (Can Llobateres, Sabadell, Vallès Occidental)”, en *Tribuna d’Arqueologia 2001-2002*, Servei d’Arqueologia de la Generalitat de Catalunya, Barcelona.

Clarke, D. L. (1984): *Arqueología Analítica*, ed. Bellaterra, Barcelona.

Clausell, G. (1998): “El comercio marítimo fenicio en la desembocadura del río Mijares (Castellón)”, en Pérez, J. y Pascual, G. (ed.): *III Jornadas de Arqueología subacuática*, Valencia, pp: 239-247.

Clausell, G. (2002): *Excavacions i objectes arqueològics del Torrelló d’Almassora (Castelló)*, Museu Municipal d’Almassora.

Clop, X. y Faura, J. M. (1997): “Ritual funerari i societat durant la Primera Edat del Ferro al Vallès. El Pla de la Bruguera-Centre de Distribució SONY (Castellar del Vallès)”, en *Arraona*, n. 20, Sabadell, pp: 9-32.

Clop, X.; Faura, J. M.; Gangonells, M.; Molist, M. y Navarro, C. (1998): *El Pla de la Bruguera-Centre de distribució SONY. Una necròpoli d’incineració de la Primera Edat del Ferro a Castellar del Vallès (Castellar del Vallès, Vallès Occidental)*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 15, Barcelona.

- Colomer, E. (1999): "Estudi tecnològic del conjunt ceràmic prehistòric", en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (eds.): *Can Roqueta. Un establiment prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 16, pp: 148-166.
- Colomer, E.; González, P.; Martín, A.; Masvidal, C.; Mora, R.; Parpal, A., y Villafruela, J. (1999): "Les estructures arqueològiques", en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (eds.): *Can Roqueta. Un establiment prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 16, pp: 37-87.
- Colominas i Roca, J. (1947-48): "La cueva de Can Montmany de Pallejà", *Ampurias*, XXV, pp: 239.
- Comelles, S., (2003): *Informe dels treballs arqueològics a la parcel·la de can Camps-Ca n'Alzina-Can_Bordoll. Polígon industrial de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)*. Inèdito. Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.
- Contreras, F. (1984): "Clasificación y tipología en Arqueología. El camino hacia la cuantificación", en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, n. 9, Granada, pp: 327-385.
- Costa, F.; García, P.; Marcet, R., y Mas, J. (1982): "El jaciment prehistòric de Can Soldevila (Santa Perpètua de Mogoda)", *Fulls d'Arqueologia i Història de Sta. Perpètua de Mogoda*, pp: 9-48.
- Cornell, T. J. (1999): *Los orígenes de Roma c. 1000-264 aC.*, ed. Crítica, Barcelona.
- Courbin, P. (1974): *Tombes géométriques d'Argos*, I. Études Péloponnésienes, VII, Paris.
- Cruells, W. y Molist, M. (1990): *Un poblat a l'aire lliure de fa 4000 anys*, ed. Museu de Manlleu, n.4.
- Cubero, C. (1998): *La agricultura durante la Edad del Hierro en Catalunya. A partir del estudio de las semillas y los frutos*, en Monografies del SERP, n. 2.
- Cubero, C. (2000): "Estudi de les restes paleocarpològiques", en *Arqueomediterrània*, n. 5, pp: 209-217.
- Cuesta, F. (1983): "Un fondo de cabaña de la Edad del Bronce en Can Barba, Terrassa", en *Arraona*, n. 16, II època, pp:17-59.

- Cuesta, F.; Colomer, S.; Albizuri, S. y Barrial, O. (1985): "Avance de los resultados obtenidos en los silos ibéricos de la Calle Elisenda (Sant Cugat del Vallès)", *Estudios de la Antigüedad*, n. 2, pp: 231-262.
- Cura, M. (1977): "Aportaciones al conocimiento del proceso de iberización en el interior de Cataluña", en *Symposi Internacional sobre els orígens del món ibèric, Empúries*, n. 38-40, pp: 331-343.
- Cura, M. (1978): "Contribució a l'estudi de les poblacions pre-romanes de l'interior de Catalunya", en *Els pobles pre-romans del Pirineu, II Col·loqui d'Arqueologia Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà, 1976, pp: 177-188.
- Cura, M. y Rovira, J. (1976): "Consideracions sobre el poblat del Bronze Final de Marlès (St. Pau de Pinós, Barcelona)", en *Cypsela*, n. 1, pp: 101-104.
- Cura, M.; Rovira, J. y Vilardell, R. (1991): "Origen i filiació dels primers grups tumulars catalans", en *Actes del Congrés Internacional d'Història dels Pirineus*, Cervera, 1988, pp: 243-259.
- Dedet, B. y Py, M. (1975): *Classification de la céramique non tournée protohistorique du Languedoc Méditerranéen*, ed. Boccard, Paris.
- Díaz, J. y Carlús, X. (1997): "El yacimiento de Can Ballarà (Terrassa, Vallès Occidental). Las inhumaciones en fosa tipo silo del Bronce Inicial en Catalunya", en *II Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. II: Neolítico, Calcolítico y Bronce, Zamora, 1996, pp: 591-603.
- Díez-Coronel, L. (1974): "Una sepultura del Bronce en Viella (Lérida)", *Miscelánea Arqueológica, XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología de Ampurias (1947-1971)*, I, pp: 303-309.
- Diloli, J. y Bea, D. (1995): "Enterraments de l'edat del bronze a les comarques meridionals de Catalunya: un estat de la qüestió", *Citerior*, n. 1, *L'Arqueologia de la mort. El món funerari a l'antiguitat a la Catalunya meridional*, Tarragona, pp: 33-50.
- Duday, H. (1976): "La nécropole de Peyrou à Agde (Hérault)", en *Revue d'Archeologie Narbonnaise*, Suplement, n. 6.
- Edo, M.; Millán, M.; Blasco, A. y Blanch, M. (1986): "Cova de Can Sadurní (Begues, Baix Llobregat)", en *Tribuna d'arqueologia 1985-1986*, Barcelona, pp: 33-41.

Eiroa, J. J. (1982): *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

Eiroa, J. J. y Bachiller, J. A. (1985): "Informe de la IV Campaña de Excavaciones Arqueológicas en el poblado y necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspe (Zaragoza)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, VI, Caspe, pp: 147-192.

Eiroa, J.J.; Bachiller, J.A.; Castro, L y Lomba, J. (1999): *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*, ed. Ariel, Barcelona.

Equip Guineu (1995): "Elaboració d'una cronostratigrafia per a la prehistòria del Penedès", en *Tribuna d'Arqueologia 1993-1994*, Barcelona, pp: 7-24.

Equip Minferri, (1997): "Noves dades per a la caracterització dels assentaments a l'aire lliure durant la primera meitat del II mil·leni cal. BC: primers resultats de les excavacions en el jaciment de Minferri (Juneda, les Garrigues)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 7, Lleida, pp: 161-211.

Equip Sarró (2000): "Les Roques de Sarró (Segrià, Lleida). Evolució de l'assentament entre el 3600 cal. ANE i el 175 ANE", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 10, Lleida, pp: 103-173.

Espejo Blanco, J. M. (2000-2001): "La cerámica con asas de apéndice de botón: un estado de la cuestión", en *Pyrenae*, n. 31-32, pp: 29-55.

Esteba, Q. y Pons, E. (1999): "El primer hàbitat a Sant Martí: Fase I", en Aquilué, X. (dir.): *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual*, *Monografies emporitanes*, n. 9, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 87-101.

Estevez, J. (1977): "Estudio de la fauna", en Pons, E. *et alii: La Fonollera. Un poblado al aire libre del Bronce Final*, Girona, pp: 177-183.

Estévez, J. (1982): "Estudio de la fauna de la Peixera", *Ilerda*, XLIII, pp: 169-170.

Etxeberria, F. y Delibes de Castro, G. (2002): "Interpretación del fuego en los sepulcros megalíticos", en Rojo, M.A. i Kunst, M. (ed.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del neolítico*, *Studia Archaeologica*, n. 91, Universidad de Valladolid, pp: 59-64.

- Farré, J.; Mestres, J.; Senabre, M.R., y Feliu, J.M. (2002): "El jaciment de Mas d'en Boixos (Pacs del Penedès, Alt Penedès). Un espai utilitzat des del Neolític fins a l'època ibèrica", en *Tribuna d'Arqueologia 1998-1999*, Barcelona, pp: 113-134.
- Ferràndez, M.; Lafuente, Á.; López, J.B., y Plens, M. (1991): "La necrópolis tumular d'incineració de la Colomina I (Gerb, La Noguera) ", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 1, pp: 83-150.
- Ferràndez, M y Lafuente, Á. (1989): "La Colomina 2: primeres notícies d'un assentament del Bronze Final", *Estudis. La Noguera*, n. 3, Centre d'Estudis de La Noguera, Balaguer, pp: 71-82.
- Ferreruela Gonzalvo, A. (1993): "Aproximación a la carta arqueológica de la provincia de Zaragoza: término municipal de Leciñena (primera parte)", *Museo de Zaragoza, Boletín*, n. 12, pp: 7-274.
- Ferrer, A. y Giró, P. (1943): "La colección prehistórica del Museo de Vilafranca del Panadés", en *Ampurias*, n. V, pp: 185-240.
- Francès, J. (1992): "La cabana del Bronze Final de Can Bertran (Cerdanyola del Vallès, Vallès Occidental)", *Limes*, n. 2, Cerdanyola del Vallès, pp: 29-41.
- Francès, J. (1993): "Les estructures del Bronze Antic del Poliesportiu de la UAB: primers resultats", *Limes*, 3, pp: 4-24.
- Francès, J. (1995): "Noves excavacions al sector est del jaciment del poliesportiu de la UAB (Cerdanyola, Vallès Occidental)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 5, pp: 147-178.
- Francès, J. (2000): "Características y evolución de los hábitats de la Primera Edad del Hierro en la Depresión prelitoral catalana", en *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Lluenguadoc Occidental. Actualitat de l'arqueologia de l'Edat del Ferro, Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro*, Sèrie Monogràfica, n. 19, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 33-42.
- Francés, J. y Pons, E. (1998): "L'hàbitat del Bronze Final y la Primera Edat del Ferro a la Catalunya litoral y prelitoral ", *Cypsela*, n. 12, Girona, pp: 31-46.
- Gallart, J. (1984): "El Tossal de les Paretetes (L'Albagés, Les Garrigues)", *Arqueologia* 83, Ministerio de Cultura, Madrid, pp: 184.

Gallart i Fernández, J. (1988): "Avenç de l'estudi de la necròpolis d'incineració de La Pena (Torregrossa, el Pla d'Urgell)", en *Quaderns d'Arqueologia del Grup de Recerques de "La Femosa"*, n. 3, Artesa de Lleida.

Gallart, J. (2002): "Els braçalets de la Cova dels Muricecs", en *Sala d'Arqueologia, Catàleg, Quaderns de la Sala d'Arqueologia*, n. 2, IEI, Lleida, pp: 139-141.

Gallart, J. y Junyent, E. (1989): *Un nou tall estratigràfic a la Pedrera, Vallfogona de Balaguer, La Noguera, Lleida*, en Quaderns del Departament de Geografia i Història de l'Estudi General de Lleida, Col. Espai/Temps, n. 3, Lleida.

Garcés, I. (2002): "94. Fre de cavall", en *Sala d'Arqueologia. Catàleg, Quaderns de la Sala d'Arqueologia*, n.2, pp: 200-201.

Garcés, I. y Junyent, E. (1989): "Fortificación y defensa de la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en els Vilars", *Revista de Arqueologia*, n. 93, Madrid, pp: 38-49.

Garcés, I.; Junyent, E.; Lafuente, A., y López, J. B. (1991): "El sistema defensiu de Els Vilars (Arbeca, les Garrigues)", *Actas del Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica: Fortificacions: la problemàtica de l'ibèric ple*, Manresa, 1990, pp: 183-197.

Garcés, I.; Junyent, E.; Lafuente, A., y López, J. B. (1993): "Els Vilars (Arbeca, Les Garrigues): Primera Edat del Ferro i Època Ibèrica a la Plana Occidental catalana", en *Actes de El poblament ibèric a Catalunya, en Laietània*, n. 8, Mataró, pp: 43-59.

Garcés, I.; Junyent, E.; Lafuente, A., y López, J. B. (1997) (Coord.): *Vilars 2000. Una fortalesa ilergeta d'ara fa 2700 anys*, Universitat de Lleida, Lleida.

Garcés, I.; Marí, L.; Pérez, J., y Puche, J. M^a (1993): "Ocupacions de tradició del bronze recent i dels camps d'urnes tardans al Tossal de les Tenalles de Sidamon)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 3, pp: 249-285.

García, D. (1999): "Sistemas agrários, cultivo de los cereales y urbanización en Galia meridional (s. VIII-IV a.C.), en *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, Sèrie Monogràfica, n. 18, Museu d'Arqueologia de Catalunya – Girona, pp: 189-196.

García, E. y Lara, C. (1999): "La construcció en terra", en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (eds.): *Can Roqueta. Un establiment prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 16, pp: 193-204.

Gardin, J.C. (1985): *Code pour l'Analyse des fomes de poteries*, CNRS, París.

Gascó, J. (1995): "État de la question de l'âge du bronze sur le versant Nord des Pyrénées de l'Est (Pyrénées Orientales, Ariège, Aude) et sur ses marges", en *Xè. Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Cultures i medi de la Prehistòria a l'Edat Mitjana. Homenatge al Professor Jean Guilaine*, 10-12 de novembre de 1994, Puigcerdà-Osseja, pp: 343-358.

Genera i Monells, M. (1995): *El poblat protohistòric de Puig Roig del Roget (El Masroig, Priorat)*, Memòries d'intervencions Arqueològiques a Catalunya, n. 17, Barcelona.

Giardino, C. (1995): *Il Mediterraneo occidentale fra il XIV ed VIII secolo a.C. Cerchie minerarie e metallurgiche*, BAR Int. Series, n. 612, Oxford.

Gil Mascarell, M. (1981): "Bronze Tardío y Bronce Final en el País Valenciano", en *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, n. 1.

GIP (2002): *Colors de la Terra. La vida i la mort en una aldea d'ara fa 4000 anys. Minferri (Juneda)*, Quaderns de la Sala d'Arqueologia, n. 1, IEI, Lleida.

Giraud, J.-P.; Pons, F., y Janin, T. (2003) (dirs.): *Nécropoles protohistoriques de la région de Castres (Tarn): Le Causse, Gourjade, Le Martinet*, en *Documents d'Archéologie Française*, n. 94, París, éditions de la maison des sciences de l'homme.

Gómez, J. y Mohen, J. P. (1981): "Les plus vieux objets en fer de France", en *Frühes Eisen in Europa, Festschrift Walter Ulrich Guyan zu seinem, n. 70, Geburtstag*, Schaffhausen, pp: 53-56.

González, J. R. y Rodríguez, J. I. (1989): "Avanç dels resultats de l'excavació del fons de cabana de l'Edat del Bronze del Tapió a Gimènells (Alpicat, Segrià)", *Excavacions Arqueològiques d'urgència a les comarques de Lleida*, col. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 9, Dpt. Cultura de la Generalitat de Catalunya, pp: 71-83.

González, P.; Martín, A., y Mora, R. (1999): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, a *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona.

González, P.; Martín, A.; Boquer, S.; Carlús, X. y Francès, J. (1999): "Conclusions", en González, P.; Martín, A. y Mora, R. (coord): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, a *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona.

González, R.; Martínez, P., y Alarcos, A. (2003): "Contribució al coneixement de l'edat del bronze al Vallès Oriental: Santa Digna III", en *Lauro. Revista del Museu de Granollers*, n. 24, pp: 5-17.

González Prats, A. (1993): "Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente)", en *Saguntum*, 26, Valencia, pp: 181-188.

Gracia i Giralt, J. (1987): "Els materials ceràmics incisos d'estil epicampaniforme de la Pedrera de St. Jordi (Pacs, Alt Penedès, Barcelona)", *Olerdulae*, any XII, n. 1-4, pp: 103-118.

Gracia, F. (2000): "El comercio arcaico en el Nordeste de la Península Ibérica. Estado de la cuestión y perspectivas", en *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani occidental*, Empúries, Monografies Emporitanes, n. 11, 1999, pp: 257-276.

Gracia, F. y García, D. (1999): "La primera fase del poblamiento protohistórico en el área sur de la desembocadura del Ebro. El poblado fortificado de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Alcanar), campañas 1997-1998", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 9, pp: 131-155.

Gracia, F. y Munilla, G. (1993): "Estructuración cronoocupacional del poblamiento ibérico en las comarcas del Ebro", en *El poblament ibèric a Catalunya*, Mataró, 1993, *Laietania*, n. 8, pp: 207-255.

Gracia, F.; Munilla, G., y García, E. (1994/96): "El Período Ibérico I en la comarca del Montsià. Poblamiento y organización del territorio", *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 363-385.

Granados, O.; Puig, F. y Farré, R. (1993): "La intervenció arqueològica a Sant Pau del Camp: un nou jaciment prehistòric al pla de Barcelona", *Tribuna d'Arqueologia 1991-1992*, pp: 27-38.

Guilaine, J. (1972): *L'Age du Bronze en Languedoc Occidental, Ariège, Roussillon*, "Mémoires de la Société Préhistorique Française", 9, Paris.

Guilaine, J. (ed.) (1980): *Le groupe de Véraza et la fin des temps néolithiques dans le sud de la France et la Catalogne*, Éditions du CNRS, Paris.

Haggett, P. (1988): *Geografia. Una síntesis moderna*, ed. Omega, Barcelona.

- Hassan, F. (1981): *Demographic Archaeology*, Academic Press, New York-Londres.
- Harding, A. F. (2003): *Sociedades europeas en la Edad del Bronce*, ed. Ariel, Barcelona.
- Harrison, R. J. y Moreno, G. (1990): "Moncín: una secuencia cultural de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)", *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV, pp: 11-28.
- Hatt, J.J. (1954): "De l'âge du Bronze à la fin de l'âge du Fer. Problèmes et perspectives de la protohistoire française", en *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, n. 51, fasc. 8, pp: 101-110.
- Hermay, A. (1997): "Vases à embouchure en forme de tête animale à l'âge du fer", en Karageorghis, V.; Laffineur, R. y Vandenameele, F. (ed.): *Four thousand years of images on cypriote pottery*, Proceedings of the Third International Conference of Cypriote Studies, Nicosia, 3-4 May 1996, Brussels-Liège-Nicosia, pp: 107-112.
- Iniesta Sanmartín, A. (1983): *Las fibulas de la región de Murcia*, Biblioteca Básica Murciana, n. 15, Murcia.
- Janin, T. (1992): "L'évolution du Bronze final IIIB et la transition Bronze-Fer en Languedoc occidental d'après la culture matérielle des nécropoles", en *Documents d'Archéologie Méridionale*, n. 15, pp: 243-259.
- Janin, T. (1996): "Pratiques funéraires et sociétés protohistoriques en France méridionale: les nécropoles du Bronze final IIIB mailhacien, approche préliminaire et premiers résultats", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 6, pp: 7-34.
- Janin, T. (2000): "Nécropoles et sociétés elisyques: les communautés du Premier Âge du fer en Languedoc occidental", a Dedet, B.; Gruat, Ph.; Marchand, G.; Py, M. y Schwaller, M. (eds.): *Archéologie de la mort. Archéologie de la tombe au Premier Âge du Fer. Actes du XXI Colloque International de l'Association Française pour l'Étude de l'Âge du Fer*, Conques-Montrozier, 1997, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, n. 5, pp: 117-131.
- Janin, T.; Burens, A. y Carozza, L. (1997): *La nécropole protohistorique du Camp d'Alba à Réalville (Tarn-et-Garonne)*, Lattes/Toulouse, ARALO/Archives d'Ecologie Préhistorique.
- Janin, T. y Chardenon, N. (1998): "Les premiers objets en fer en Languedoc occidental et en Roussillon (VIIIe s. av. n. è.): types, chronologie et origine", en Feugère, M. y Serneels, V. (dir.): *Recherches sur l'économie du fer en Méditerranée nord-occidentale*, Monographies Instrumentum, n. 4, pp: 56-64.

Janin, T. y Chardenon, N. (2000): "L'évolution des pratiques funéraires du Mailhacien au Grand Bassin I (IX^e-VII^e s. av. n. è.): à propos des cimetières mailhacois...", a Dedet, B.; Gruat, Ph.; Marchand, G.; Py, M. y Schwaller, M. (eds.): *Archéologie de la mort. Archéologie de la tombe au Premier Âge du Fer. Actes du XXI Colloque International de l'Association Française pour l'Étude de l'Âge du Fer*, Conques-Montrozier, 1997, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, n. 5, pp: 59-64.

Janin, T.; Gaillard, A.; Calvet, C.; Lenorzer, S., y Montécinos, A. (2002): "La sépulture protohistorique de la Métairie Grande à Laure-Minervois (Aude) (VII^e s. av. n. è.)", *Documents d'Archéologie méridionale*, n. 25, pp: 123-128.

Jonson, A. W. y Earle, T. (2003): *La evolución de las sociedades humanas*, ed. Ariel, Barcelona.

Juan Tresserras, J. (1997): *Procesado, preparación y conservación de alimentos vegetales para consumo humano. Aportaciones del estudio de fitolitos, almidones y lípidos en yacimientos arqueológicos prehistóricos*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Barcelona.

Juan Tresserras, J. (2000): "Resultats de les anàlisis de residus en material de mòlta", en *Arqueomediterrània*, n. 5, pp: 219-226.

Juan Tresserras, J. y Matamala, J. C. (2002): *Can Piteu-Can Roqueta. Estudi de continguts de recipients ceràmics*, Informe inédit.

Juan Tresserras, J.; Maya, J. L. y López Cachero, J. (1999): "Primeros análisis de contenidos en recipientes cerámicos en el hábitat de Genó (Aitona, Segrià, Lleida)", *4t. Congrés europeu sobre ceràmica antiga: estudis arqueològics i arqueomètrics*, 12-15 de novembre de 1997, Andorra.

Junyent, E. (1992): "Els orígens del ferro a Catalunya", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 2, Lleida, pp: 21-35.

Junyent, E. (2002): "Els segles de formació: el bronze final i la primera edat del ferro a la depressió de l'Ebre", en *I Jornades d'Arqueologia. Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació*, Tivissa, 23-24 de novembre de 2001, *Ilercavònia*, n. 3, pp: 17-35.

Junyent, E.; Lafuente, À, y López, J. B. (1994): "L'origen de l'arquitectura en pedra i l'urbanisme a la Catalunya Occidental", *Cota Zero*, n. 10, pp: 73-89.

Kaiser, J. M. (2003): "Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología", en *Complutum*, n. 14, pp: 73-106.

Kohler, C. y Naso, A. (1991): "Appunti sulla funzione di alari e spiedi nelle società arcaiche dell'Italia centro-meridionale", en Herring, E., Whitehouse, R. y Wilkins, J. (Eds.): *Papers of the Fourth Conference of Italian Archaeology. The archaeology of power*, 2, Accordia Research Center, London, 41-63.

Kunter, M. (1990): *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*, Madrider Beiträge, 18, Philipp von Zabern, Magunzia.

López Cachero, J. (1998): *Estudio de la habitación 2 de Genó: una aproximación al conocimiento del espacio doméstico de las comunidades de CC.UU Antiguos en el Bajo Segre*, Tesis de licenciatura inédita, Universidad de Barcelona.

López Cachero, J. (1999): "Primeros ensayos urbanísticos en el NE peninsular: el ejemplo de Genó y los poblados de espacio central", en *Pyrenae*, n. 30, pp: 69-89.

López Cachero, J y Cebrià, A. (2003): *Memòria de la primera campanya d'excavacions a la Cova de Valldecerbes (La Llacuna, Anoia, Barcelona)*, Inédita, Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.

López Cachero, J.; Juan Tresserras, J., y Maya, J. L. (e.p.): "Nuevos análisis de contenidos en recipientes cerámicos del hábitat de Genó (Aitona, Lérida)", en *3er. Congreso de Arqueología Peninsular*, Vilareal.

López Cachero, J.; Marlasca, R., y Rovira, M.C. (e.p.): "Las relaciones comerciales", en Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodriguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (eds.): *Can Roqueta i Can Piteu. Els assentaments i les necròpolis del bronze final-primera edat del ferro*, en *Quadern d'Arqueologia*, n. 4, Museu d'Història de Sabadell.

López i Melción, J. B. y Gallart, J. (2002): "La societat a l'edat del bronze", en *Sala d'Arqueologia, Catàleg*, Quaderns de la Sala d'Arqueologia, n. 2, pp: 119-134, IEI, Lleida.

López i Melción, J. B. y Pons, E. (1996): "Les necròpolis d'incineració tumulària de la zona pirinenca", Bertranpetit, J. y Vives, E. (ed.): *Muntanyes i població: el passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*, Andorra la Vella, 1995, pp: 107-126.

López Mullor, A. y Riera, M. (2004a): "Intervencions recents (1997-2001) a l'oppidum del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)", en *Tribuna d'Arqueologia 2000-2001*, Barcelona, pp: 135-185.

López Mullor, A. y Riera, M. (2004b): "Resultats de les excavacions de 1997 a 2001 a l'oppidum del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)", en *Actes de les Jornades d'Arqueologia*

i Paleontologia 2001. Intervencions arqueològiques i paleontològiques a les comarques de Barcelona (1996-2001), vol. 1, La Garriga, 29-30 de noviembre y 1 de diciembre de 2001, pp: 267-282.

Lorrio Alvarado, A. J. (1991): "Clasificación automática de formas cerámicas completas: un estudio comparativo de diversos métodos multivariantes", en *Complutum*, n. 1, Madrid, pp: 99-112.

Louis, M. y Taffanel, O. y J. (1955): *Le Premier Age du Fer languedocien, I.*, Institut International d'Études Ligures, Coll. de Monographies préhistoriques et archéologiques, Bordighera-Montpellier.

Louis, M. y Taffanel, O. y J. (1958): *Le Premier Age du Fer languedocien, II. Les nécropoles à incinération*, Institut International d'Études Ligures, Coll. de Monographies préhistoriques et archéologiques, Bordighera-Montpellier.

Louis, M. y Taffanel, O. y J. (1960): *Le Premier Age du Fer languedocien, III. Les tumulus, conclusions*, Institut International d'Études Ligures, Coll. de Monographies préhistoriques et archéologiques, Bordighera-Montpellier.

Lumbreras, L. (1987): "Métodos y técnicas en arqueología", *Boletín de Antropología Americana*, n. 16, México, pp: 5-20.

Llanos, A. y Vegas, J.L. (1974): "Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica", en *Estudios de Arqueología Alavesa*, n. VI, pp: 265-313.

Llongueras, M.; Petit, M.À., y Marcet, R. (1979): "Recientes excavaciones en la Bóbila Madurell (Sant Quirze del Vallés, Barcelona)", *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo, 1977, pp: 253-260.

Llussà, A.; Gallart, J.; Ribes, J. y Costafreda, A. (1990): "El jaciment del Bronze de Minferri (Juneda, Les Garrigues)", *Quaderns d'Arqueologia del Grup de Recerques de "La Femosa"*, n. 5.

Majó i Ortín, T. (e.p.): "Les inhumacions", en Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodríguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (eds.): *Can Roqueta i Can Piteu. Els assentaments i les necròpolis del bronze final-primera edat del ferro*, en *Quadern d'Arqueologia*, n. 4, Museu d'Història de Sabadell.

Maluquer de Motes, J. (1942): "La cerámica con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del nordeste de la península", en *Ampurias*, VI, pp: 171-188.

- Maluquer de Motes, J. (1945): "La provincia de Lérida durante el Eneolítico, Bronce y primera Edad del Hierro", en *Ilerda*, V. 173 - 245.
- Maluquer de Motes, J. (1945-1946): "Las culturas hallstáticas en Cataluña", *Ampurias*, VII-VIII, pp: 115-184.
- Maluquer de Motes, J. (1949): "Concepto y periodización de la Edad del Bronce peninsular", en *Ampurias*, n. 11, pp: 191-195.
- Maluquer de Motes, J. (1954): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*, en Excavaciones en Navarra, IV, Pamplona.
- Maluquer de Motes, J. (1968): "Un nuevo hallazgo de Campos de Urnas en el Valle del Segre (Lérida)", en *Pyrenae*, n. 4, pp: 169-170.
- Maluquer de Motes, J. (1969): "Los fenicios en Cataluña", en *Tartessos y sus problemas, V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, 1968, Barcelona, pp: 241-250.
- Maluquer de Motes, J. (1971): "Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro", *The European Community in Later Prehistory. Studies in honour of C.F.C. Hawkes*, 107-120.
- Maluquer de Motes, J. (1983): *El poblado paleoibérico de la Ferradura, Ulldecona (Tarragona)*, en Programa de Investigaciones Protohistóricas, VII, Barcelona.
- Maluquer de Motes, J. (1984): *La necrópolis paleoibérica de Mas de Mussols, Tortosa (Tarragona)*, en Programa de Investigaciones Protohistóricas, VIII, Barcelona.
- Maluquer de Motes, J. (1986-87): "Problemática general del hierro en occidente", en *Zephyrus*, n. XXXIX-XL, pp: 9-15.
- Maluquer de Motes, J. (1987): *La necrópolis paleoibérica de Mianes en Santa Bárbara (Tarragona)*, en Programa de Investigaciones Protohistóricas, IX, Barcelona.
- Maluquer de Motes, J.; Huntingford, E.; Martín, R.; Rauret, A. M^a; Pallarés, R., Vila, M^a del V. (1986): *Arquitectura i urbanisme ibèrics a Catalunya*, Programa d'investigacions Protohistòriques, Barcelona.
- Manzano, S.; Agustí, B. y Colomeda, N. (2004): "El jaciment de Can Xac (Argelaguer, La Garrotxa)", en *VII Jornades d'Arqueologia de les comarques de Girona*, 4-5 de junio de 2004, La Bisbal d'Empordà, pp: 109-114.

Marlasca, R. (2002): *Els materials d'importació i les imitacions de Can Piteu-Can Roqueta*. Informe inèdit.

Marlasca, R. (e.p.): "Les denes de pasta vítrea", en Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodriguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (eds.): *Can Roqueta i Can Piteu. Els assentaments i les necròpolis del bronze final-primera edat del ferro*, en *Quadern d'Arqueologia*, n. 4, Museu d'Història de Sabadell.

Marlasca, R.; Rovira, M.C.; Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J. y Villena, N. (e.p.) "Materiales de importación en la necrópolis de incineración de Can Piteu - Can Roqueta (Sabadell, Barcelona)", en *Congreso Internacional de Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Mérida, 5-8 de mayo de 2003.

Marcet, R. y Petit, M. À. (1985): "Assentaments d'habitació a l'aire lliure de la comarca del Vallès. Del Neolític al Bronze Final", *Estudios de la Antigüedad*, n. 2, Bellaterra, pp: 93-133.

Martí, M.; Pou, R., y Buch, M. (1995): "Les estructures prehistòriques del jaciment de Can Filuà, Santa Perpètua de Mogoda (Vallès Occidental)", *Limes*, 4-5, pp: 28-44.

Martín, A. (1985): "De la cultura de los Sepulcros de Fosa al grupo de Veraza en el Vallès", en *Estudios de la Antigüedad*, n. 2, pp: 35-70.

Martín, A.; Biosca, A. y Albareda, M.J. (1985): "Excavacions a la Cova del Frare (Matadepera, Vallès Occidental). Dinàmica ecològica, seqüència cultural i cronologia absoluta", *Tribuna d'Arqueologia 1983-1984*, pp: 91-103.

Martín, A.; Gallart, J.; Rovira, C. y Mata-Perelló, J. M. (1999): "Nordeste", en Delibes, G. y Montero, I. (Coord.): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios regionales*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid, pp: 115-177.

Martín, A.; Ibáñez, G. y Martínez, A. (1981): "Análisis del material arqueológico del fondo de cabaña de la calle Juan Ràfols", en *Puig Castellar (3ª época)*, n.4, pp: 119-137.

Martín, A. y Mestres, J.S. (2002): "Periodització des de la fi del neolític fins a l'edat del bronze a la Catalunya sud-pirinenca. Cronología relativa i absoluta", en *Pirineus i veïns al III mil·lenni AC. De la fi del neolític a l'edat del bronze entre l'Ebre i la Garona, XII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 10-12 de novembre de 2000, Puigcerdà, pp: 77-130.

Martin, A.; Miret, J.; Blanch, R. M.; Aliaga, S.; Enrich, R.; Colomer, S.; Albizuri, S., y Bosch, J. (1988a): "Campanya d'excavacions arqueològiques 1987-88 al jaciment de la Bòbila Madurell-Can Feu (Sant Quirze del Vallès, Vallès Occidental)", *Arraona*, n. 3, pp: 9-23.

Martin, A.; Miret, J.; Bosch, J.; Blanch, R. M.; Aliaga, S.; Enrich, R.; Colomer, S.; Albizuri, S., Folch, J.; Martínez, J., y Casas T. (1988b): "Les excavacions al paratge de la Bòbila Madurell i de Can Feu (St. Quirze del Vallès, Vallès Occidental)", *Tribuna d'Arqueologia*, 1987-1988, pp: 77-92.

Martín, A.; Petit, M A, y Maya, J.L. (2002): "Cultura material, economia i intercanvis durant el III mil·lenni AC a Catalunya", en *Pirineus i veïns al III mil·lenni AC. De la fi del neolític a l'edat del bronze entre l'Ebre i la Garona, XII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 10-12 de novembre de 2000, Puigcerdà, pp: 295-322.

Martin, J. M. (1989): *Les vases polypodes de l'Age du Bronze dans le Sud-Ouest de la France*, Archives d'Ecologie Prehistorique, n.9.

Martín, M. A. (1991): "El material etrusco en el mundo indígena del NE de Catalunya", en *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*, Barcelona, 1990, pp: 95-105.

Martín, M. A. (1995): "Formació i desenvolupament de la cultura ibèrica a la zona del nord-est de Catalunya", en *Xè. Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Cultures i medi de la Prehistòria a l'Edat Mitjana. Homenatge al Professor Jean Guilaine*, 10-12 de novembre de 1994, Puigcerdà-Osseja, pp: 423-434.

Martínez Santa-Olalla, J. (1946): *Esquema paleontològic de la Península Hispànica*, Madrid.

Mas i Canals, D. de (1989): *El relleu del Vallès Occidental (L'evolució geomorfològica quaternària del Vallès Occidental)*, Institut d'Estudis Catalans, Arxius de la secció de ciències, LXXXVII, Barcelona.

Mascort, M. T.; Sanmartí, J., y Santacana, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya Meridional*, Publicacions de la Diputació de Tarragona, Tarragona.

Masdeu, C.; Morata, L. i Saladrigas, S. (2002): *Informe preliminar sobre les restes de teixit de Can Piteu-Can Roqueta*. Informe inèdit.

Mata-Perelló, J. M. (1991): *Els minerals de Catalunya*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona.

- Mateo Bretos, P. (1994): "Influencia de la calidad del suelo en la ubicación de poblados y necrópolis. El Bronce Final en el Sur de Lleida", *Pyrenae*, n. 25, pp: 71-92.
- Maya, J. L. (1976): "Un torques de la necrópolis de Pedrós (Lérida)", en *Ilerda*, XXXVII, pp. 211-213.
- Maya, J. L. (1977): *Lérida prehistórica*, col. Cultura Ilerdense, Lleida.
- Maya, J. L. (1978): "Las necrópolis tumulares ilerdenses", en *Els pobles pre-romans del Pirineu, II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, pp: 83-96.
- Maya, J. L. (1981a): "Yacimientos de las edades del Bronce y Hierro en la provincia de Lérida y zonas limítrofes", *Miscel·lània Homenatge al professor S. Roca i Lletjós*, Lleida, pp: 321-376.
- Maya, J. L. (1981b): "La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca", *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, pp: 129-163. Reeditado en (1990) *Bolskan*, n. 7, pp: 159-196.
- Maya, J. L. (1982): "Asentamientos al aire libre de la Edad del Bronce en la Cataluña occidental. Bases para el reconocimiento de un horizonte Antiguo-Reciente", *Ilerda*, XLIII, pp: 153-186.
- Maya, J. L. (1983a): "Nuevos vasos polípodos pirenaicos en Catalunya", *Trabajos de Prehistoria*, n.40, pp: 59-84.
- Maya, J. L. (1983b): "Comentario a los materiales de la Edad del Bronce", *Bolskan*, n. 1, Huesca, pp: 39-65.
- Maya, J. L. (1985): "Silos de la primera Edad del Hierro en la Universidad Autònoma de Barcelona", *Estudios de la Antigüedad*, n. 2, pp: 147-218.
- Maya, J. L. (1986a): "Cerámicas excisas y de boquique en el nordeste peninsular", *VI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, pp: 103-113.
- Maya, J. L. (1986b): "Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i Cinca", *Cota Zero*, n. 2, pp: 39-47.
- Maya, J. L. (1990): "¿Bronce Final o Primera Edad del Hierro? La problemática en el marco de la Depresión Prelitoral", *Limes*, n. 0, pp: 31-43.

- Maya, J. L. (1990): "Primera Edad del Hierro: los Campos de Urnas", en *Historia de España*, vol. I: *Desde la prehistoria hasta la conquista romana (siglo III aC.)*, ed. Planeta, Barcelona, pp: 295-377.
- Maya, J. L. (1991): "El Nordeste peninsular entre la Edad del Bronce y el mundo ibérico", en *Veinte años de Arqueología en España. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* (Homenaje a D. E. Cuadrado), n. 30-31, pp: 87-97.
- Maya, J.L. (1992a): "Calcolítico y Edad del Bronce en Cataluña", *Aragón/Litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria* (En Homenaje a J. Maluquer de Motes), Zaragoza, 263-298.
- Maya, J. L. (1992b): "Aprovechamiento del medio y paleoeconomía durante las etapas metalúrgicas del Nordeste peninsular", *Elefantes, ciervos y ovicaprinos. Economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*, Santander, pp: 275-314.
- Maya, J. L. (1992/93): "El Bronce Final-Hierro Inicial en la zona norte del valle del Ebro", en *Bajo Aragón, Prehistoria: segundos encuentros de prehistoria aragonesa*, IX-X, Caspe-Zaragoza, 1986, pp: 7-50.
- Maya, J. L. (1993): "En torno al origen del mundo ibérico catalán: problemas de sustrato", en *El poblament ibèric a Catalunya*, Mataró, 1993, *Laietania*, n. 8, pp: 7-19.
- Maya, J. L. (1997): "Reflexiones sobre el Bronce Inicial en Catalunya", *Saguntum (PLAV)*, Homenatge a la Pra. Dra. M. Gil-Mascarell Boscà, vol. II, n.30, Valencia, pp: 11-27.
- Maya, J. L. (1998): "El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro", en Barandiarán, I. *et alii: Prehistoria de la Península Ibérica*, ed. Ariel Prehistoria, Barcelona, pp: 317-415.
- Maya, J.L. y Barberà, J. (1990): "Etnogénesis de las etnias prerromanas en Cataluña", *Actas del Congreso de Paleoeología de la Península Ibérica*, Universidad Complutense, Madrid, pp: 167-184.
- Maya, J. L.; Cuesta, F. y López Cachero, J. (1998): "El poblado del Bronce Final de Genó (Aitona, Lleida)", en Maya, J. L.; Cuesta, F. y López Cachero, J. (Eds.): *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Barcelona, pp: 13-171.
- Maya, J. L. y Díez-Coronel, L. (1986): "Nuevos asentamientos del Bronce Inicial en la Cataluña Occidental", *Ilerda*, XLVII, pp: 81-99.

- Maya, J. L.; Francès, J., y Prada, A. (1993): "El complejo arqueológico de Punta Farisa", *Estudios de la Antigüedad*, n. 6/7, 1989/90, pp: 7-30.
- Maya, J. L.; López Cachero, J.; González, J. R.; Junyent, E., y Rodríguez, J. I. (2001-2002): "Excavaciones en el poblado de Carretelà (Segrià, Lleida) (1981-1983)", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n.11-12, pp: 151-233.
- Maya, J.L. y Mestres, J. (1996): "Approche a la chronologie de l'Age du Bronze et le premier Age du Fer dans la Péninsule Ibérique", *Acta Archaeologica*, vol. 67, pp: 251-269.
- Maya, J. L. y Montón, F. (1986): "Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Bajo Cinca: El Barranco de Monreal (Fraga, Huesca)", *Ilerda*, XLVII, pp: 145-152.
- Maya, J. L. y Petit, M^a A. (1986): "El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámica con boquique en la Península Ibérica", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, n. 2, pp: 49-71.
- Maya, J. L. y Petit, M^a A. (1995): "L'Edat del Bronze a Catalunya. Problemàtica i perspectives de futur", en *Xè. Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Cultures i medi de la Prehistòria a l'Edat Mitjana. Homenatge al Professor Jean Guilaine*, 10-12 de novembre de 1994, Puigcerdà-Osseja, pp: 327-342.
- Maya, J. L. y Prada, A. (1989): "Aportaciones al poblamiento de las cuencas de los ríos Segre y Cinca durante el inicio de la Edad del Bronce", *Bolskan*, n. 6, pp: 85-120.
- Mayoral, F. (1990/91): "Elementos clasificatorios y segmentos sociales en las necrópolis del horizonte ibérico antiguo de la zona Montsià-Baix Maestrà", en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, n. 15, pp: 189-205.
- Mayoral, F: (1991): "Elements classificatoris i entitats socials a l'horitzó ibèric antic del Montsià-Baix Maestrà", en *Estrat*, n. 4, pp: 5-19.
- Mayoral, F. (1992): "Las necrópolis del Horizonte Ibérico Antiguo del Montsià-Bajo Maestrazgo", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 2, pp: 97-110.
- Mederos, A. (1997): "Nueva cronología del Bronce Final del occidente de Europa", en *Complutum*, n. 8, pp: 73-96.
- Mensua, C. y Piqué, R. (2002): *Anàlisi dels carbons i fustes. Informe preliminar*, Inédito.
- Mercadal, O. (1991): "Bòbila Madurell: un bon exemple en la relació arqueologia-antropologia", *Limes*, n. 1, pp: 36-43.

- Mestres, J. (1999): "La datació per radiocarboni", en González, P.; Martín, A. y Mora, R. (Coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*", Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 16, Barcelona, pp: 329-335.
- Mestres, J. y Martín, A. (1996): "Calibración de las fechas radiocarbónicas y su contribución al estudio del Neolítico catalán", *Actes del I Congrés del Neolític a la Península Ibérica*, Gavà-Bellaterra, 27-29 de marzo de 1995, vol. 2, *Rubricatum*, n. 1, pp: 791-804.
- Mestres, J.; Nadal, J.; Senabre, M.R.; Socias, J., y Moragas, N. (1997): "El Pujolet de Moja (Olèrdola, Alt Penedès), ocupació d'un territori durant el Neolític i la primera edat del ferro", en *Tribuna d'Arqueologia 1995-1996*, Barcelona, pp: 121-148.
- Mestres, J.; Sanmartí, J., y Santacana, J. (1990): "Estructures de la Primera Edat del Ferro de l'Hort d'en Grimau (Castellví de la Marca, Alt Penedès)", en *Olerdulae*, n. 1-4, pp: 75-117.
- Mestres, J.; Senabre, M^a R., y Socias, J. (1994/96): "L'Alt Penedès a la Primera Edad del Ferro: consideracions a l'entorn d'un model d'ocupació del territori", *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 247-263.
- Mestres, J. y Socias, J. (1993): "Pou Nou: un assentament de l'Edat del Bronze a la plana penedesenca (Olèrdola, Alt Penedès)", *Olerdulae*, XVIII, pp: 45-120.
- Miret, J. y Boquer, S. (2004): "Bòbila Roca (Sant Pere de Ribes, Garraf)", en *Actes de les Jornades d'Arqueologia i Paleontologia 2001. Intervencions arqueològiques i paleontològiques a les comarques de Barcelona (1996-2001)*, vol. 1, La Garriga, 29-30 de novembre y 1 de diciembre de 2001, pp: 348-358.
- Miret, J.; Mormeneo, Ll., y Boquer, S. (1992): "Bòbila Roca (St. Pere de Ribes). Cincuenta anys d'investigacions arqueològiques", en *Del Penedès. Publicació de l'Institut d'Estudis Penedesencs*, n. 3, pp: 21-46.
- Miró, C y Molist, N. (1982): "Estudi de la fauna del jaciment de Can Soldevila III (Santa Perpètua de Mogoda)", *Fulls d'Arqueologia i Història de Sta. Perpètua de Mogoda*, pp: 55-56.
- Mohen, J. P. (1980): *L'Age du Fer en Aquitaine, du VIII au III siècle avant Jésus-Christ*, Mémoires de la Société Préhistorique Française, n. 14.

- Molera, S.; Ollé, A.; Otiña, P.; Vergès, J. M^a, y Zaragoza, J. (2000): "L'Era del Castell (El Catllar). Un assentament de la primera Edat del Ferro al Camp de Tarragona", en *Tribuna d'Arqueologia 1997-1998*, pp: 7-17.
- Molina, F. (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, n. 3, pp: 159-232.
- Molist, M. (1982): "Aportacions al coneixement dels períodes Bronze Final-Primera Edat del Ferro a la comarca de Osona", *Ausa*, X, 102-104, pp: 217-230.
- Molist, M.; Cruells, W., y Buxó, D. (1986): "Coll S'Avenc: aproximació a l'estudi del ritual d'una necròpolis d'incineració de la Comarca d'Osona", *Cota Zero*, 2, pp: 33-38.
- Molist, M.; Cruells, W. i Anfruns, J. (1991): "Reflexions a l'entorn de la metodologia per a l'estudi de les necròpolis d'incineració. Aplicació als exemples d'Osona: Coll S'Avenc i Serrat Balà (Tavertet)", *Limes*, 1, pp: 74-85.
- Montero, M. (2004): *Informe preliminar sobre les restes de fauna recuperades al jaciment de Can Piteu-Can Roqueta*. Inèdito.
- Montón Broto, F. J. (1988): "Avance al estudio de los materiales del yacimiento de la Edad del Bronce de Zafranales en Fraga (Huesca)", *Bolskan*, n. 5, pp: 201-247.
- Montón Broto, F. J. (1994/96): "Las cerámicas acanaladas en el Bajo Cinca y Monegros: un indicador de la transición Bronce Final-Hierro", en *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 127-136.
- Montón, S. y Martínez, J. (1999): "Les restes faunístiques prehistòriques de Can Roqueta. Campanyes de 1995", en González, P.; Martín, A. y Mora, R. (Coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*", *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, n. 16, Barcelona, pp: 258-283.
- Munilla, G.; Gracia, F. y García, E. (1994-96): "La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Fina-Hierro en el Valle medio del Ebro", en *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 153-170.

- Muñoz, A. M^a (1965): *La cultura neolítica catalana de los sepulcros de fosa*, Publicaciones Eventuales del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, n. 9.
- Muñoz Rufo, V. (2002): “La necrópolis del Coll (Llinars del Vallès)”, en *Lauro. Revista del Museu de Granollers*, n. 22-23, pp: 5-14.
- Nadal, J. y Albizuri, S. (1999): “El Barranc de Gàfols (Ginestar, Tarragona) i Aldovesta (Benifallet, Tarragona): el estudio arqueozoológico como base de teorización sobre la dieta humana a principios de la Edad del Hierro y la complejidad económica en el curso bajo del Ebro”, en *Pyrenae*, n. 30, pp: 207-221.
- Navarro, R. (1970): *Las fibulas en Cataluña*. Publicaciones Eventuales del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, n. 16, Barcelona.
- Neumaier, J. (1995): "Los Campos de Urnas del sudoeste europeo desde el punto de vista centroeuropeo", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 5, pp: 53-80.
- Neustupny, E. (1983): “The Demography of Prehistoric Cemeteries”, en *Panátky Archeologické*, n. LXXIV, pp: 7-34.
- Nickels, A.; Marchand, G. y Schwaller, M. (1989): “Agde. La nécropole du Premier Age du Fer”, en *Revue Archéologique de Narbonnaise*, supplément 19, Paris.
- Oliva, M., Terrats, N., (2003): *Informe de l'excavació arqueològica a Can Roqueta/Torre-Romeu, 2002-2003 (Sabadell, Vallès Occidental)*. Inédito. Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.
- Orton, C. (1988): *Matemáticas para arqueólogos*, ed. Alianza, Madrid.
- Orton, C.; Tyers, P. Y Vince, A. (1997): *La cerámica en arqueología*, ed. Crítica, Barcelona.
- Padró, J.; Ferran, A.M., y Cura, M. (1978): “Treballs arqueològics a Llívia”, en *Cypsela*, n. II, pp: 233-246.
- Palet i Barba, D. (1915-20): “Un enterrament de la primera Edat del Bronze a Terrassa”, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, vol. VI, Barcelona, pp: 538.
- Palol, P. (1958): *La necrópolis hallstàtica de Agullana*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, n. I.
- Palomo, A.; Rodríguez, A.; Carbó, M. y Comellas, S. (2002): “Estructures d'hàbitat del bronze inicial a Can Roqueta II (Sabadell, Vallès Occidental)”, en *Pirineus i veïns al III mil·lenni AC. De la fi del neolític a l'edat del bronze entre l'Ebre i la Garona, XII Col·loqui*

Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, 10-12 de novembre de 2000, Puigcerdà, pp: 227-234.

Palomo, A. y Rodríguez, A. (2004): "Can Roqueta II (Sabadell, Vallès Occidental)", en *Tribuna d'Arqueologia 2000-2001*, Barcelona, pp: 77-98.

Parpal, A., (1997): *Memòria-informe dels treballs de prospecció arqueològica al solar delimitat per l'avinguda de Can Bordoll i els carrers de Can Llobateres i de Can Cinto del polígon industrial de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)*. Inèdit. Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.

Pascual, J. Ll. (2002): "Incineración y cremación parcial en contextos funerarios neolíticos y calcolíticos del este peninsular al sur del Xúquer", en Rojo, M.A. i Kunst, M. (ed.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del neolítico*, *Studia Archaeologica*, n. 91, Universidad de Valladolid, pp: 155-179.

Pellicer Catalán, M. (1982): "La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del nordeste hispano", *Habis*, n. 13, Universidad de Sevilla, pp: 211-238.

Pellicer Catalán, M. (1984a): "La problemática del Bronce Final-Hierro del nordeste hispano: elementos de sustrato", *Scripta Praehistorica, F. Jordá Oblata*, Salamanca, pp: 399-430.

Pellicer Catalán, M. (1984b): "Elementos ultrapirenaicos y hallstättizantes en el horizonte del Bronce Final-Hierro del noreste hispano", *Habis*, n. 15, Universidad de Sevilla, pp: 309-343.

Pellicer Catalán, M. (1987): "Orígenes del urbanismo y de las necrópolis tumulares de incineración del valle medio del Ebro", *Archivo de Prehistoria Levantina*, n. XVII, *Homenaje a D. Fletcher*, vol. 1, pp: 157-175.

Pereira Sieso, J.; Ruiz Tabeada, A. y Carboles, J. (2003): "Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano: la necrópolis de Palomar de Pintado", en *Trabajo de Prehistoria*, n. 60, vol. 2, pp: 153-168.

Pérez Casas, J. A. (1985): "La necrópolis de incineración del Cabezo de Ballesteros, Epila, Zaragoza", en *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Logroño, 1983, pp: 419-434.

Pérez Conill, J. y Gomà, R. (1993): "Dos assentaments de l'Edat del Bronze a Artesa de Segre: Coll del Rat i Refet", *XXVI Jornada de treball del Grup de Recerques de les Terres de Ponent (a la memòria del Dr. Joan Maluquer de Motes)*, Artesa de Segre, pp: 51-69.

- Pericot, L. (1950a): *Los sepulcros megalíticos catalanes y la Cultura Pirenaica*, Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos.
- Pericot, L. (1950b): “Para una sistematización de la Edad del Bronce”, en *Crónica del I Congreso Nacional de Arqueología y del V Arqueológico del Sudeste*, Almería, 1949, pp: 184-188.
- Petit, M.À. (1985): *Contribución al estudio de la Edad del Bronce en Cataluña (Comarcas del Moianès, Vallès Oriental, Vallès occidental, Maresme, Barcelonès y Baix Llobregat)*. Universidad Autónoma de Barcelona (Inédita).
- Petit, M.À. (1992-93): “El Bronce final y la transición hacia la primera Edad del Hierro en la región central-costera de Cataluña”, en *Bajo Aragón, Prehistoria: segundos encuentros de prehistoria aragonesa*, IX-X, Caspe-Zaragoza, 1986, pp: 255-272.
- Petit, M. À. y Rovira, J. (1979): "El vaso polípodo de la Cova Verda (Sitges, Barcelona) y los polípodos con decoración de estilo campaniforme en la fachada mediterránea de la Península Ibérica", *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres, pp: 1-7.
- Picazo Millán, J. V. (1993): *La Edad del Bronce en el Sur del Sistema Ibérico Turolense, I: los materiales cerámicos*, Monografías Arqueológicas del SAET, n. 7, Teruel.
- Picazo, J.V. y Rodanés, J.M. (1997): “Bronce Antiguo y Medio”, en *Caesaraugusta*, n. 72, vol. I, pp: 109-153.
- Piérart, M. y Touchais, G. (1996): *Argos. Une ville grècque de 6000 ans*. Eds CNRS, Paris.
- Piqué, R. (1999): “Anàlisi antracològica”, en González, P.; Martín, A., y Mora, R. (coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, a *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, n. 16, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp: 207-220.
- Pita, R. y Díez-Coronel, L. (1964-65): “La necrópolis de incineración de Torre Filella, en Lérida”, en *Ampurias*, XXVI-XXVII, Barcelona, pp: 251-257.
- Pita, R. y Díez-Coronel, L. (1968): *La necrópolis de Roques de San Formatge, en Serós (Lérida)*, Excavaciones Arqueológicas en España, n. 59.
- Pleiner, R. (1982): “Les débuts du fer en Europe”, *D. H. A.*, n. 8, pp: 167-192.
- Plens, M. (2002): “156. Urna funerària”, en *Sala d’Arqueologia. Catàleg*, Quaderns de la Sala d’Arqueologia, n.2, pp: 299

- Plens, M. (2002): "150. Tapadora", en *Sala d'Arqueologia. Catàleg*, Quaderns de la Sala d'Arqueologia, n.2, pp: 288.
- Pons, E. (1982): "Les necròpolis d'incineració en el període entremig de les edats del Bronze-Ferro a la regió de Girona", *Cypsela*, IV, pp: 91-101.
- Pons, E. (1984): *L'Empordà de l'Edat del Bronze a l'Edat del ferro*, Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona.
- Pons, E. (1986): "El pas de l'Edat del Bronze a la del Ferro a Catalunya", *VI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 1984, Puigcerdà, pp: 15-27.
- Pons, E. (1990): "El principio de la metalurgia del hierro en Cataluña", en Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, 1986-1987, *Zephyrus*, n. XXXIX-XL, pp: 251-263.
- Pons, E. (1995): "Les relacions atlàntico-mediterrànies per la via dels Pirineus durant els inicis de l'Edat del Ferro", en *Xè. Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Cultures i medi de la Prehistòria a l'Edat Mitjana. Homenatge al Professor Jean Guilaine*, 10-12 de novembre de 1994, Puigcerdà-Osseja, pp: 415-422.
- Pons, E. (1996-97): "L'última etapa de l'Edat del Bronze a l'Empordà (850-700 a.C.): una relació del grup empordanès amb la població mailhaciana. Estat de la qüestió", en *Congrès d'Homenatge al Dr. Pere de Palol*, vol. 1, Girona, 1995, *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, vol. XXXVI, Girona, pp: 235-258.
- Pons, E. (2000): *Pobles de muntanya, pobles d'aigua als Pirineus orientals (1100-650 a.C.). La necròpolis de Puig Alt, Roses*, Col·lecció Papers de Recerca, n. 5, Roses.
- Pons, E. (2003): "De l'edat del bronze a l'edat del ferro a Catalunya: desplaçaments, estades i canvi cultural", en *Cota Zero*, n. 18, Vic, pp: 106-130.
- Pons, E. y Esteba, Q. (2000): "La signification sociale des nécropoles à incinération en Catalogne côtière (bronze final et Premier Âge du Fer –entre 1285 i 580 av. J.C.)", *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, n. 7, Lattes, pp: 103-115.
- Pons, E.; Maya, J. L., y Buxó, R. (1989): "Hábitat y estructuras domésticas durante el final de la Edad del Bronce en el Norte y Oeste de Catalunya", *Hábitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la protohistoire, Pré-actes du Colloque International*, Arles-sur-Rhône, pp: 31-35.

Pons, E. y Pautreau, J. P. (1994). “La nécropole d’Anglès, La Selva (Gérone, Espagne) et les relations Atlantique-Méditerranée à travers les Pyrénées au début de l’Age du Fer”, *Aquitania*, n. 12, Burdeos, pp: 354-375.

Pons, E. y Pautreau, J. P. (1996). “La necrópolis d’Anglès i las relacions atlàntico-mediterrànies a través dels Pirineus al segle VII a.C.”, en *Quaderns de la Selva*, n. 9, pp: 25-53.

Pons, E. y Solés, A. (2004): *El jaciment del Pi de la Lliura (Vidreres-La Selva). Una necrópolis d’incineració del Bronze Final III (1120-910 aC.)*, en *Quaderns de la Selva*, n. 14 i 15, Centre d’Estudis Selvatans.

Pons, F.; Janin, T.; Lagarrigue, A. y Poignant, S. (2001): “La nécropole protohistorique du Camp de l’Église-Sud (Flaujac-Poujols, Lot)”, en *Documents d’Archéologie méridionale*, n. 24, pp: 7-81.

Puche, J. M^a (1993): "Evolució del poblament i relacions macroespacials durant l'Edat del Bronze a l'Urgell", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 3, pp: 21-64.

Puche, J. M^a (1996): "L'edat del bronze a l'Urgell: seriació cronològica i estudi dels jaciments", *Fonaments*, n. 9, pp: 11-76.

Rafel, N. (1989): *La necrópolis del Coll del Moro de Gandesa: les estructures funeràries*, Ajuntament de Tarragona.

Rafel, N: (1991): *La necrópolis del Coll del Moro de Gandesa: els materials*, Diputació de Tarragona.

Rafel, N. (1993): *Necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanyes 1984 i 1987*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 12.

Rafel, N. (1995): “Usos rituals a la necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, la Terra Alta)”, en *L’Arqueologia de la mort. El món funerari a l’antiguitat a la Catalunya meridional*, en *Citerior*, n. 1, Tarragona, pp: 51-71.

Rafel, N. (1998): “Peus ceràmics reixats de tradició mediterrània en els CU de l’edat del ferro a Catalunya”, en *Revista d’Arqueologia de Ponent*, n. 8, pp: 81-84.

Rafel, N. (2000): “El poblat del Calvari del Molar (Priorat). Excavacions Vilaseca”, en *Revista d’Arqueologia de Ponent*, n. 10, pp: 261-275.

- Ramon, E. (1995): "La necròpolis protohistòrica de Milmanda (Vimbodí)", en *L'Arqueologia de la mort. El món funerari a l'antiguitat a la Catalunya meridional*, en *Citerior*, n. 1, Tarragona, pp: 107-117.
- Rauret, A. M^a (1987): "La seqüència estratigràfica de la cova de les Pixarelles (Tavertet, Osona)", *Tribuna d'Arqueologia 1986-1987*, pp: 59-68.
- Renom, V., (1914-1948): *Diari d'excavacions. Sabadell*. Vol. II-III. Museu de Sabadell. Còpia inèdita mecanografiada.
- Riera, S. (1990): "Història de la vegetació al Pla de Barcelona en els darrers 9000 anys. Anàlisi pol·línica de l'antic Estany del Cagalell (DR-1)", en *Revista Catalana de Geografia*, n. 13, vol. V, pp: 57-68.
- Rincón, M^a A. del. (1998): "El Calcolítico y la Edad del Bronce", en Barandiarán, I. *et alii: Prehistoria de la Península Ibérica*, ed. Ariel Prehistoria, Barcelona, pp: 197-315.
- Ripoll, E. y Clopes, I. (1962): "Sepulturas neolíticas en la Bóvila Bonastre de Martorell", *Ampurias*, XXIV, pp: 168-170.
- Ripoll, E. y Sanmartí, E. (1975): La Catalogne dans le Monde Antique, *Archaeologia*, 83, pp: 46.
- Rius i Serra, J. (1920): "El sepulcre del Turó de les Mentides (Folgaroles)", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-1920, pp: 580-581.
- Rodanés, J. M^a (1991): "Investigaciones arqueológicas en el Bajo Cinca: campañas de excavación de 1989/1990 en el poblado de la Edad del Bronce de Masada de Ratón (Fraga, Huesca)", *Bolskan*, n. 8, pp: 165-199.
- Rodanés, J. M^a (1992): "Datación absoluta de los niveles inferiores del yacimiento de Masada de Ratón (Fraga, Huesca)", *Museo de Zaragoza, Boletín*, n. 11, pp. 5-12.
- Rodanés, J. M^a y Picazo, J. V. (1997): "Bronce Final y Primera Edad de Hierro", *Caesaraugusta*, n. 72, vol. I, pp: 155-215.
- Rodanés, J. M^a y Sopena, M^a C. (1998): *El Tozal de Macarullo (Estiche, Huesca). El Bronce Reciente en el Valle del Cinca*, Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio, Col. Tolous, n. 9.
- Rodríguez, J. I. y González, J. R. (1985): "El poblado de la Edad del Bronce de la Serra de l'Encantada (Alcarràs)", *Ilerda*, XLVI, pp: 9-18.

- Rodríguez, A.; Palomo, A., y Majó, T. (2002): “Les structures funéraires de Can Roqueta II (Sabadell, Vallès Occidental)”, en *Pirineus i veïns al III mil·lenni AC. De la fi del neolític a l’edat del bronze entre l’Ebre i la Garona, XII Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà*, 10-12 de novembre de 2000, Puigcerdà, pp: 659-669.
- Roudil, J. L. (1972): *L’age du Bronze en Languedoc Oriental, Roussillon et Ariège*, ed. Klickenberg, París.
- Rovira, M.C. (1992): “Recursos minerals i producció metal·lúrgica a l’Empordà durant la protohistòria”, en *Annals de l’Institut d’Estudis Empordanesos*, n. 25, pp: 309-328.
- Rovira, M.C. (1998a): “Les premiers objets de fer en Catalogne (VIIe-Vie s. av. n. è.)”, en Feugère, M. y Serneels, V. (dir.): *Recherches sur l’économie du fer en Méditerranée nord-occidentale, Monographies Instrumentum*, n. 4, pp: 45-55.
- Rovira, M.C. (1998b): “Le travail du fer en Catalogne du VIIe au Ier s. av. n. è.”, en Feugère, M. y Serneels, V. (dir.): *Recherches sur l’économie du fer en Méditerranée nord-occidentale, Monographies Instrumentum*, n. 4, pp: 65-75.
- Rovira, M.C. (2002): “Informe de resultats de l’estudi dels materials metàl·lics de la necrópolis protohistòrica de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell)”, en *Informe dels treballs de la segona fase a la necròpolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell): l’excavació de les urnes cineràries i dels vasos d’acompanyament*, Servei d’Arqueologia de la Generalitat de Catalunya, inédito, pp: 42-53.
- Rovira, J. (1976): "Los vasos polípodos en Catalunya y el País Valenciano", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, n. 3, pp: 117-132.
- Rovira, J. (1978a): “El Bronze Final a la vessant Sud del Pirineu català”, en *Els pobles pre-romans del Pirineu, 2n. Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà*, 1976, Puigcerdà, pp: 47-56.
- Rovira, J. (1978b): “La penetració durant el Bronze Final de les influències Nord-pirinenques cap a l’interior de Catalunya i el seu impacte”, en *Els pobles pre-romans del Pirineu, 2n. Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà*, 1976, Puigcerdà, pp: 69-82.
- Rovira, J. (1978c): "Un vaso polípedo de la Cova Fonda de Salomó (Tarragonès, Tarragona) y los vasos polípodos de la Edad del Bronce en Catalunya", *Informació Arqueològica*, n. 42, pp: 18-27.

- Rovira, J. (1984): "El asentamiento del Clot de Fenàs (Cabanabona, La Noguera, Lleida) y algunas reflexiones sobre los asentamientos protourbanos del Bronce Medio en la Depresión Central", *Informació Arqueològica*, n. 42, pp: 18-27.
- Rovira, J. (1988): "Sobre la cronología y el papel de los vasos polípodos en Catalunya: la Balma de Pegueroles (Navès, Solsonès) y otros puntos de aparición de este elemento", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria I, pp: 269-277.
- Rovira, J. (1990-91) "Reflexiones sobre los primeros Campos de Urnas en la Península Ibérica: una arribada marítima, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, n. 15, pp: 157-171.
- Rovira, J. (1993): "Els dipòsits fundacionals d'elements ossis cranials humans durant l'edat del bronze a Catalunya. Observacions sobre la seva aparició en assentaments, indrets d'ocupació i unitats habitacionals", en *Gala*, n. 2, pp: 57-64.
- Rovira, J. y Cura, M. (1989): "El món tumular català des del bronze antic fins època ibèrica. Continuitat versus substitució", en *Espacio, Tiempo y Forma*, Sección I, Prehistoria y Arqueología, t. 2, UNED, pp: 153-171.
- Rovira, J.; López, A.; González, J. R. y Rodríguez, J. I. (1996-97): "Solibernat: un model d'assentament protourbà en el Bronce Final de Catalunya. Síntesi de les campanyes de 1981-1982", *Miscel·lània Arqueològica (1996-1997)*, pp: 39-82.
- Rovira, J. y Petit, M^a À. (1997): *La unitat habitacional de Can Cortès (Sant Just Desvern, Barcelona). Una cabana del Bronce Final a l'antic estuari del riu Llobregat*, Monografies arqueològiques, VIII, Barcelona.
- Rovira, J. y Santacana, J. (1980): *Economia, societat i canvi a la Catalunya prehistòrica*, ed. Cymis, Barcelona.
- Rovira, J. y Santacana, J. (1982a): "Protourbanismo y asentamientos de la Edad del Bronce en Cataluña. Ensayo de tipología y distribución geográfica. Estructura social y modo de producción dominante", *Informació Arqueològica*, n. 38, gener-juny, pp. 26-35.
- Rovira, J. y Santacana, J. (1982b): *El yacimiento de la Mussara (Tarragona). Un modelo de assentamiento pastoril en el Bronce Final de Cataluña*, Monografies Arqueològiques, n. 2, Barcelona.

- Rovira, N. y Buxó, R. (1999): "Anàlisis paleocarpològiques", en González, P.; Martín, A. y Mora, R. (Coord.): *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 16, Barcelona, pp: 220-235.
- Royo, J. I. (1984): "Excavaciones del Museo de Zaragoza en la necrópolis prehistórica del Barranco de la Mina Vallfera, Mequinenza, Zaragoza", en *Boletín del Museo de Zaragoza*, n. 3, Zaragoza, pp: 5-
- Royo, J. I. (1985): "El yacimiento de Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza) y su necrópolis tumular de inhumación e incineración. Campaña de 1983 y 1984", en *Arqueología Aragonesa, 1983 y 1984*, pp:
- Royo, J. I. (1987): "El poblado y necrópolis prehistóricos de Riols I, Mequinenza, Zaragoza. Campaña de urgencia", *Arqueología Aragonesa, 1985*, pp: 31-35.
- Royo, J. I. (1987): "La necrópolis tumular de Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza). Campaña de 1985", *Arqueología Aragonesa, 1985*, pp: 71-74.
- Royo, J. I. (1990): "Las necrópolis de los campos de urnas del valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico", *II Symposium sobre los Celtíberos*, Daroca, 1988, pp: 123-136.
- Royo, J. I. (1991a): "Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza). Trabajos realizados en 1986", *Arqueología Aragonesa, 1986-87*, pp: 145-148.
- Royo, J. I. (1991b): "La necrópolis tumular de Los Castelletts II (Mequinenza, Zaragoza). Quinta campaña", *Arqueología Aragonesa, 1988-89*, pp: 121-125.
- Royo, J. I. (1991c): "Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza). VIª campaña de excavaciones arqueológicas", *Arqueología Aragonesa, 1988-89*, pp: 127-131.
- Royo, J. I. (1994/96): "Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de los castelletts de Mequinenza (Zaragoza): una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro I en el NE peninsular", *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 93-108.
- Royo, J. I. y Ferreruela, A. (1983): "Noticia preliminar sobre la necrópolis de inhumación e incineración de Los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza)", en *Boletín del Museo de Zaragoza*, n. 2, Zaragoza, pp: 211-

- Royo, J. I. y Ferreruela, A. (1985): “El poblado y necrópolis tumular de Los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza). Estudio preliminar de los materiales depositados en el Museo Provincial de Zaragoza”, en *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Logroño, 1983, pp: 393-
- Rye, O. S. (1981): *Pottery technology. Principles and reconstruction*, Manuals on Archaeology, n. 4, Taraxacum, Washington D. C.
- Ruiz de Arbulo, J. (1994): “Puertos hispanos y rutas marítimas en el Mediterráneo antiguo. Cuestiones en torno a los intermediarios en el comercio de materiales áticos”, en *Aulas del Mar, Arqueología subacuática*, Murcia, pp: 133-145.
- Ruiz-Gálvez, M. (1993): “El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce”, en *Complutum*, n. 4, pp: 41-68.
- Ruiz-Gálvez, M. (ed.) (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum, Extra n. 5. Madrid.
- Ruiz-Gálvez, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, ed. Crítica, Barcelona.
- Ruiz Zapatero, G. (1979): “El Roquizal del Rullo: aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los campos de urnas del Bajo Aragón”, en *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp: 247-288.
- Ruiz Zapatero, G. (1985): *Los campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, Universidad Complutense, Madrid.
- Ruiz Zapatero, G. (1995): “El poblamiento del primer milenio a.C. en los Pirineos”, en J. Bertranpetit y E. Vives (eds.): *Muntanyes i població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*, Centre de Trobada de les Cultures Pirinenques, Andorra La Vella, pp: 85-106.
- Ruiz Zapatero, G. (2001): "Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas", a Ruiz-Gálvez Priego, M. (coord.) (2001): *La Edad del Bronce, ¿Primera edad de oro de España? Sociedad, economía e ideología*, ed. Crítica, Barcelona, pp: 257-288.
- Ruiz Zapatero, G. y Chapa Brunet, T. (1990): “La arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas”, en Burillo, F. (ed.) : *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp: 357-372.

Ruiz Zapatero, G. y Rovira, J. (1994-96): “La producción, la circulación y el control del metal: del Bronce Medio a la Edad del Hierro en el noreste de la península ibérica”, en *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 33-47.

Sánchez, E. (1989): “Del Bronce Final a la Primera Edad del Ferro a la Catalunya central (assaig de periodització) (siglos VIII-V a.C.)”, *ETFP*, I (2), pp: 249-280.

Sánchez, E. (1990): “Del Bronce Final a l'Edat del Ferro”, en *El Berguedà: de la prehistòria a l'antiguitat*, Manresa, pp: 181-197.

Sandars, N. K. (1957): *Bronze Age Cultures in France*, Cambridge.

Sanmartí, E. (1993): *Una troballa de guerrer de la primera edat del ferro trobada a Llinars del Vallès (Vallès Oriental, Barcelona)*, en *Treballs del Museu de Granollers*, n. 1.

Sanmartí, E.; Barberà, J.; Costa, F., y García, P. (1982): “Les troballes funeràries d'època ibèrica arcaica de la Granja Soley (Sta. Perpètua de Mogoda, Vallès Occidental, Barcelona)”, en *Ampurias*, n. 44, pp: 71-103.

Sanmartí, E. y Padró, J. (1976-78): “Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas meridionales de Catalunya”, en *Ampurias*, n. 38-40, pp: 157-176.

Sanmartí, J. (1991): “Las necrópolis ibéricas en el área catalana”, en *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*, Serie Varia, n. 1, UAM, Madrid, pp: 77-108.

Sanmartí, J. (2001): “La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya”, en *Butlletí Arqueològic de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, època V, n. 23, pp: 101-132.

Sanmartí, J.; Belarte, M^a C.; Santacana, J.; Asensio, D. y Noguera, J. (2000): L'assentament del Bronce final i Primera Edat del Ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre), en *Arqueomediterrània*, n. 5.

Sanoja, M. (1984): “La inferencia en la arqueología social”, *Boletín de antropología americana*, n. 10, México, pp: 35-44.

Schwaller, M. (1994): “Le dossier: Structures de couverture et de signalisation des sépultures protohistoriques du Midi de la Gaule et des régions périphériques”, en *Documents d'Archéologie Méridionale*, n. 17, pp: 9-99.

Senna-Martínez, J.C. (2000): "O problema dos primeiros ferros peninsulares em contextos do Bronze Final da orla Atlântica: os dados do Outeiro dos Castelos de Beijós (Carregal do Sal)", en *Trabalhos de Arqueologia da E.A.M.*, n. 6, Lisboa, pp: 43-60.

Serra Ràfols, J. de C. (1930): "El poblament prehistòric de Catalunya", en *Geografia General de Catalunya, València i Balears*, vol. II. Barcelona, pp: 82.

Serra Vilaró, J. (1920): "Mina i fundició d'aram del primer període de la Edat del Bronze a Riner", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-1920, pp: 535-538.

Serra Vilaró, J. (1923): *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcralcs eneolítiques*, Museu Arqueològic Diocesà, Solsona-Manresa.

Serra Vilaró, J. (1927): *Civilització megalítica a Catalunya. Contribució al seu estudi*, Museu Arqueològic Diocesà, Solsona.

Shepard, A. O. (1971): *Ceramics for the Archaeologist*, Carnegie Institution, Publ. n. 609, Washington.

Solier, Y.; Rancoule, G., y Passelac, M. (1976): *La nécropole de "Las Peyros" (VIè siècle av. J.-C.) a Couffoulens (Aude)*, Revue Archéologique de Narbonnaise, Supplément, n. 6.

Sperber, L. (1987): *Untersuchungen zur chronologie der Urnenfelderkultur in nördlichen Alpenvorland von der Schweiz bis Oberösterreich*, Antiquitas, Bonn.

Storch de Gracia y Asensio, J. J. (1989): *La fibula en la hispania Antigua: las fíbulas protohistòricas del Suroeste peninsular*, Tesis doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

Taffanel, O. y J., y Janin, T. (1998): *La nécropole du Moulin à Mailhac (Aude)*, en *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, n. 2, Lattes.

Tagliente, M. (1994): "L'armamento oplitico: prototipi greci e realtà italiche", en Bottini, A. (ed.): *Armi. Gli strumenti della guerra in Lucania*. Edipuglia. Bari, 48-53.

Tarradell, M. (1950): "La Península Ibérica en la época de El Argar", en *Crónica del I Congreso Nacional de Arqueología y del V Arqueológico del Sudeste*, Almería, 1949, pp 72-85.

Tarradell, M. (1962): *Les arrels de Catalunya*, "Biografies Catalanes", Barcelona, Vicens Vives.

- Tarradell, M. (1965): *El problema de las diversas áreas culturales de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*, en *Miscelánea en homenaje al Abate Henri Breuil, II*, Barcelona, 423 - 430.
- Tarrús, J. (1985): "Consideracions sobre el Neolític Final-Calcolític a Catalunya (2500-1800 a.C.)", en *Cypsela*, n. V, pp: 47-57.
- Tarrús, J. y Chinchilla, J. (1985): "El jaciment a l'aire lliure del Neolític Final de Riera Masarachs (Pont de Molins, Alt Empordà)", en *Empúries*, n. 47, pp: 42-69.
- Tarrús, J. y Bosch, À. (1990): "Els nivells postglacials de la Cova d'en Pau, (Serinyà, Pla de l'Estany)", en *Cypsela*, n. VIII, pp: 21-47.
- Toledo, A. (1982): "La cova de Les Monges. Un hàbitat de l'edat del bronze", en *Cypsela*, n. IV, Girona, pp : 69-89.
- Toledo, A. (1990): *La utilització de les coves des del calcolític fins al bronze final al NE de Catalunya (2.200-650 aC.)*, Tesi de doctorat, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Toledo, A.; Caravaca, J. y Codina, D. (1994): "Anàlisi tipològica de la ceràmica de la fase d'ocupació II.2.b.", en Alcalde, G.; Molist, M., y Toledo, A. (dirs.): *Procés d'ocupació de la bauma del Serrat del Pont (La Garrotxa) a partir del 1450 AC*, Publicacions Eventuals d'Arqueologia de la Garrotxa, n. 1, Olot.
- Tomás Maigi, J. (1959): "Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica", en *Caesaraugusta*, n. 13-14, Zaragoza, pp: 79-128.
- Tomás Maigi, J. (1960): "Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica. Conclusión", en *Caesaraugusta*, n. 15-16, Zaragoza, pp: 41-89.
- Torres, M. (1998): "La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente: implicaciones cronológicas en Chipre y el Próximo Oriente", en *Complutum*, n. 9, pp: 49-60.
- Torres, M. (2002): *Tartessos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, n. 14, Studi Hispano-Phoenicia n. 1, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Trellisó, L. (1998): "Estudi antropològic de les restes òssies cremades", en Clop, X.; Faura, J. M.; Gangonells, M.; Molist, M. y Navarro, C. (1998): *El Pla de la Bruguera-Centre de distribució SONY. Una necròpoli d'incineració de la Primera Edat del Ferro a Castellar del*

Vallès (Castellar del Vallès, Vallès Occidental), Excavacions Arqueològiques a Catalunya, n. 15, Barcelona.

Vargas, I. (1986): "Arqueología, ciencia y sociedad", en *Boletín de antropología americana*, n. 14, México, pp: 15-52.

Vargas, I. (1995): "El papel de las tipologías y los sistemas clasificatorios en la interpretación hecha por la arqueología social", en *Boletín de antropología americana*, n. 31, México, pp: 111-114.

Vázquez, M^a P. (1994): "El poblament de l'Edat del Bronze en el Segrià: Evolució i organització del territori", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n. 4, pp: 67-116.

Vázquez, M^a P. (1994/96a): "Morfologia dels llocs habitacionals: patrons d'assentament en el Segrià pre- camps d'urnes", en *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 77-91.

Vázquez, M^a P. (1994/96b): "Evolució i organització del territori: els camps d'urnes del Segrià", en *Gala*, n. 3-5, *Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*, St. Feliu de Codines, 1994, pp: 265-276.

Vila i Cinca, J., (1913): *Memoria de los trabajos realizados en las excavaciones de las cercanías del real Santuario de Nuestra Señora de la Salud de Sabadell*. Memòria de les activitats del Museu, Sabadell.

Vilardell, R. (1987): "Origen i evolució del megalitisme a les comarques centrals i occidentals de Catalunya: II. L'Edat del Bronze", en *Cota Zero*, n. 3, pp: 84-91.

Vilaseca, S. (1941): "Más hallazgos prehistóricos en Arbolí", en *Ampurias*, n. III, pp: 45-62.

Vilaseca, S. (1943): "La Balma de Can'Eures, Perafita (Barcelona)", en *Ampurias*, n. V, pp: 267-269.

Vilaseca, S. (1943): *El poblado y necrópolis prehistóricos de Molá (Tarragona)*, Acta Arqueológica Hispánica, n. I, Madrid.

Vilaseca, S. (1947): "El campo de urnas de Les Obagues del Montsant y la evolución de la cultura de las urnas en el Sur de Cataluña", en *Archivo Español de Arqueología*, n. XX, pp: 28-45.

- Vilaseca, S. (1953): *Coll del Moro, yacimiento posthallstático (Serra d'Almos, Tarragona)*, en *Estudios Ibéricos*, n.1, Valencia.
- Vilaseca, S. (1954): *Nuevos yacimientos tarraconenses de cerámica acanalada*, Instituto de estudios tarraconenses Ramón Berenguer, IV, Reus.
- Vilaseca, S. (1956): "El campo de urnas de La Tosseta (Guiamets, prov. de Tarragona), en *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, pp: 841-856.
- Vilaseca, S. (1957): "Una explotación minera prehistórica. La Solana del Bepo de Ulldemolins (Provincia de Tarragona), en *IV Congreso Nacional de Arqueología*, Burgos, 1955, pp: 185-189.
- Vilaseca, S. (1973): *Reus y su entorno en la Prehistoria*, edicions Rosa de Reus, Reus.
- Vilaseca, S., Solé, J. M. y Mañé, R. (1963): La necrópolis de Can Banyís (Banyeres, provincia de Tarragona), en *Trabajos de Prehistoria*, n. 8.
- Villafruela, J., (1997): *Memòria de les excavacions realitzades al jaciment de Can Piteu*. Inédito. Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.
- Villena, N. (2002): "Estudi de l'antropologia dels vasos cineraris", en Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J. y Villena, N. (coord.): *Informe dels treballs de la segona fase a la necròpolis de can piteu-can roqueta (sabadell): l'excavació de les urnes cineràries i dels vasos d'acompanyament*. Inédito, Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya.
- Villena, N. (e.p.a): "La incineració com a pràctica funerària recurrent", en Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodríguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (e.p.c) (eds.): *Can Roqueta i Can Piteu. Els assentaments i les necròpolis del bronze final-primera edat del ferro*, en *Quadern d'Arqueologia*, n. 4, Museu d'Història de Sabadell.
- Villena, N. (e.p.b): "Paleobiologia i paleodemografia", en Carlús, X.; Lara, C.; López Cachero, J.; Oliva, M.; Palomo, A.; Rodríguez, A., Terrats, N. y Villena, N., (e.p.c) (eds.): *Can Roqueta i Can Piteu. Els assentaments i les necròpolis del bronze final-primera edat del ferro*, en *Quadern d'Arqueologia*, n. 4, Museu d'Història de Sabadell.
- Villena, N.; López Cachero, J.; Martín, A.; Carlús, X.; Lara, C. y Rovira, C. (e.p.): "La necròpolis d'incineració de Camps d'Urnas de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental): Anàlisi i estudi pluridisciplinars", en *Tribuna d'Arqueologia 2001-2002*, Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya, Barcelona.

Waldren, W. H. (sin fecha): [http:// www.briegul.com/waldren/waldren2/ bouquique.html](http://www.briegul.com/waldren/waldren2/bouquique.html).

Wells, C. (1981): *The emergence of an Iron Age economy: the Mecklenburg grave groups from Hallstatt and Sticna*, Cambridge, Mass.